

BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. N°

817

▲

FECHA DE CONSTATAACION

30 DIC 1949

VALOR

S/ 5.

CLASIFICACION

TIERRA DE LOBOS



DEL AUTOR:

Publicadas:

Hostias de fuego (Prólogo de Medardo Angel Silva)
(versos)
Aurora Boreal (Carta-prólogo de Salvador Rueda)
(versos)
La Esfinge Interior (prosa)
Un Pedagogo terrible (novela)
Arbol que no da fruto (novela)
Novelas del Páramo y de la Cordillera.
Tierra de lobos (cuentos)

Por Publicarse:

La Sonámbula (novela)
Arbol que no da fruto (2ª edición)

En preparación:

Cuentos confidenciales
El hijo del Diablo y el Hijo de Dios (novela media-
nímica)
Poemas de reconcentración y de consejo (prosa)
Sed (versos)
Juego de haciendas (novela)
Circunferencia (novela)
Visiones y ultravisiones de tierra adentro y otras
prosas.

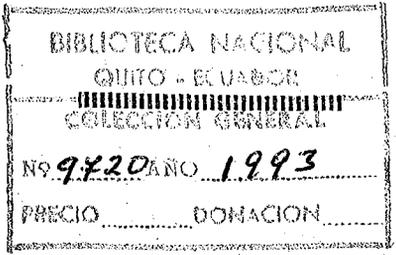
860-3/866/ Nuñez

N 973

g 2

SERGIO NUNEZ
CENTRO NACIONAL DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS
BIBLIOTECARIOS, LINGÜÍSTICOS Y LINGÜÍSTICOS

Tierra de Lobos



004265 - J.

QUITO — ECUADOR

I 9 3 9

Es propiedad del autor
de acuerdo con la ley

IMPRESA DEL MINISTERIO DE EDUCACION

DEDICATORIA para una DEDICATORIA

"Dedico este libro a lo desconocido de los desgraciados, a lo desconocido en carne y hueso, en montón; a lo desconocido grandioso e infinito; a aquellos cuyo martirio ha sido aniquilado por completo, a los subterráneos los destruidos, los borrados, los innumerables, multitud invisible y visible, sin embargo.

Lo hago bajo el signo de una Justicia de la Ley, a la vez palpitante y científica, que lo abarca todo aquí abajo.

Preciso será que un día u otro, el destino de los hombres se equilibre por sí mismo sobre la tierra, y que oigamos al fin los pasos, aún silenciosos, que hemos puesto en marcha".

HENRI BARBUSSE

TIERRA DE LOBOS

I

- En tu cara te digo, **adulón, lambeplato** del cura.
- Y vos? Y vos?
- ¿Yo? Sé agachar los lomos . . . yo vivo de mi trabajo. Y, para que veas, ya tengo todo listo. Pero mejor no digo nada . . .
- A ver, hombre grande, a ver, ¿qué tienes listo? . . . Ya se sabe: vos y el "poroto" Daniel Mosquera **son** una misma cosa, cortados por la misma tijera, enemigos de las cosas santas . . . ¡Que vengan, que vengan, los gringos herejes a descristianizarnos, para ver hasta dónde les da el agua! . . . No digo uno, sería todo el pueblo. Como me oyes, todo el pueblo. De chico a grande les haría entender . . .

Se habían "agarrado" en una especie de bocacalle, lamida por la aguita de acequia, con ánimo de sacarse tiras. Viejos contrincantes con este o el otro motivo— el caso del Cura, de su vida pública y privada y de tal o cual tópico machacón, referente a cargos judiciales, usufructo de haciendas, disfrute de privanzas y amistades con la gamonalía imperante— los dos sujetos andaban a la greña y revolviendo el cotarro.

La vispera, nada menos que antes de anochecer bien, sucedieron episodios dignos de anotarse en los anales del pacífico

pueblo de P. Los que mandaban siempre, en calidad de elementos pensantes y opinantes, se propusieron zamarle por las bardas al Dr. Rafael Adrián, Cura y Vicario recién acondicionado en la paz solariega de su convento.

Se venía diciendo con insistencia —y lo asentaban muchos— que el bueno del siervo de Dios no gozaba de reputación medianamente aceptable, y que por esta causa, venía pasando de mano en mano, como decir de pueblo en pueblo, sin la aquiescencia ni simpatía de nadie. Porque, a decir verdad, a excepción de Jarrines, Enríquez, Aguirre, Maldonado, que estaban en el candelero años de años, el bando o puesto le ofreció la sogá desde el primer momento.

Daban a entender que la cosa no era sino, el signo revelador de la hosquedad de partidos, rencillas lugareñas, con intrincadas y sabrosas prolongaciones, y que bien podría operarse el milagro de conciliar a güelfos y gibelinos, sin más que la eficiencia de la palabra divina desde el púlpito. Por desgracia, no sucedió así. Precisamente fue el primer domingo cuando reventó la asonada contra el Vicario, en las mismas puertas de la iglesia, la cual fue difundiendo con la celeridad del rayo por todos los rincones. Y sépase bien, sin esperar la media noche, sucedió lo que sucedió. En cuyo caso, no eran los gringos, sino Satanás quien iba a arreglar el desaguizado en persona.

Más de un centenar fueron los que entre jabajos y abajos, y tacos gruesos, penetraron en la vicaría a sacarle por la fuerza al pobre presbítero obligándole a tomar el tole por donde entró.

Natural creer que hubo una gresca infernal de parte y parte: los unos armados de sus fuertes puños para tomarle al extraño por los brazos, y los otros, que, en son de querer defenderlo, fueron arremetidos contra los sacrilegos, con palos y piedras y uno que otro disparo a quema ropa.

Engrosaron la horda, no solo los que salieron del billar, en donde reclutaron desafectos y malcriados, sino los mirones de las esquinas, todo ese foco de insidia y pifia que, con el nombre de firmantes, hace poco no mas, habían pedido la separación del Jefe Político y del Comisario Nacional.

Una coincidencia ominosa hizo que, a lo largo de dos kilómetros de camino, se tendiese un inocente efluvio de luna, mientras que al frente una sucesión espaciada de relámpagos hacía rebrillar los flancos de platino de los cerros dormidos en unas cuantas fracciones de segundo.

En vez de expeler a un hombre indefenso de semejante modo, bien cabía, con una noche así, ponerse a jugar al escondite o a la rayuela sobre el suelito plano, anudadas las manos hombres y mujeres.

Vencieron los disidentes. La chuzma sin capitán empezó a disolverse, a tiempo que los ladridos lejanos se buscaban y se encontraban allá por el enfaldo de las lomas soledosas, como si hubieran hallado vivito al dueño o al administrador de Guachalá.

Después, del Cerro Blanco se desprendió uno como peñón que vino a sumarse a la nubarrada luminosa que simulaba caerse sobre la torre inconclusa de la iglesia, a tiempo que unos lloriqueos y voces aguardentosas se mezclaban por el lado del parque por cerca del hotel "Siglo XX".

— Camilo, Camilo Tamayo, vamos a pegarnos unos tragos en el billar del loco Dueñas, en señal de que mañana a primera hora tendremos aquí a mister Clark. ¿qué dices?

— Y quién es, este mister Clark?

— Un mister . . .

— No lo supongo, un . . .

— Pastor protestante y nada mas.

— Yo no sé qué decirte. Si con el Cura Adrián han hecho lo que han hecho. Ahora con un pastor . . .

- Pues ahí verás. No ha de pasar nada. Yo soy el que respondo, yo Honorio Páez.
- Te parece. ¿No estás viendo de cuánto es capaz un pueblo enfurecido? ¿qué hicieron con los Alfaron en Quito? ¿Y lo que intentaron con la Belén de Sárraga? Hace un año no mas, ¿no es cierto que por poco les hacen sancocho a tres evangelistas en Cuenca?

De uno en uno fueron engrosando grupos. Ya estaban viendo con los ojos de la imaginación el día en que a alguno de esos sayones le ocurriere poner los pies. Y ahora que el pueblo estaba, o iba a estar en entredicho, era mentecitada intentar lo siquiera, así fuese con el objeto de distribuir hojitas volantes o permitirse abrir suscripciones a la Biblia de Cipriano de Varela, verbigracia.

Ya estaba hecho el círculo cerrado de inquisidores, **murmurones** y curiosos. ¿Cuántos, cuántos, cuáles? Precisamente los que arrancaron al Cura de su convento y estaban arrepentidos, los que no modulaban una palabra, sin dejar de chapurrar sandeces con desgarros de tos ferina. Los profesionales de la copita de a medio y del cigarro envuelto en papel amarrillo en retazos habilidosamente buscados en los tenebrosidades del bolsilo de liencillo; los que en ocasiones calvas de quitar y poner Roque, tiraba la piedra y escondían la mano.

Muchos fumaban en la epidermis del prójimo y ni escuchaban en el suelo, sino despellejaban al propio y al allegado, con igual saña. Uno que otro exhibía su reloj "Waltam", disforme como su criterio diario. Se figuraban que ellos ajustaban la medida del tiempo, con hacer un careo con el cielo la esfera del torreón y su reloj con dije. Javier Morales, un Felipe Pinto, unos tres Riveras, dos Aguayos, un Carlos Proaño, de braseró con Simón Cárdenas y Pancho Gutiérrez, se arriesgaban desde el escondrijo de su casa, estirando una resolución,

como estiraban airosamente el cuello ribeteado del poncho, entonando el paso.

Y es que cada cual era dueño exclusivo del pueblo,; vamos, de su pasado y su presente, como si se tratara de un semoviente adquirido por herencia y para toda la vida.

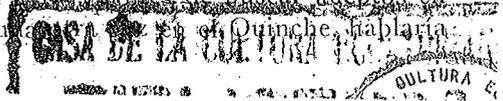
“Nuestro pueblo”, “mi pueblo”, “el suelo de nuestros mayores” “la tierra propia” eran expresiones corrientes; aferradamente aplicadas a cada triquitraque, con cuenta y razón. En aquello de “nuestro pueblo” cifraban su arraigamiento eterno, su posición, su condición terráquea de moradores con el alma de cántaro.

“Nuestro pueblo”. ¡Cuidado con permitir pelo de extraño, uña de forastero en algún carguillo de cincuenta o sesenta sueres! ¡Cuidadito con tolerar la intromisión de individuos traídos por el viento en asuntos de casa adentro, menos en el inaudito cometido de presentar a Dios de otro modo!

Lo tradicional, lo rutinario dentro del pantano de la costumbre, según ellos, debía ser intocable. Zanjas, tapias, altura de edificios, manera de hablar, de saludar y hasta de calzarse el sombrero, no sufrían cambio alguno. Y así transcurriesen siglos y ocurriesen erupciones volcánicas lustro tras lustro.

No solo fue Mr. John Clark, sino James Théodore Masters, Robert Fields y el joven Eugenio Lozano, natural de Santiago de Chile, quienes estaban por llegar al Cantón, de vuelta de los pueblos del Norte. Habían visitado sin ninguna novedad varias de sus misiones, entre ellas la de Agato y varios reductos de indígenas, dando conferencias al aire libre, como sucedió en Atuntaqui, siendo de advertir que de mucho les valió allí la amistad de Julio Rocha, todo un Teniente Político de pantalones.

¡Conque se acercaban a P. l. Antes de buscar adeptos en Tabacundo, y probar fortuna en el Quinche, hablaría



Mr. Fields y el mismo viejo Clark, claro que en un momento oportuno y eligiendo una temita adecuado.

— Cuando se trata de hacer conocer a Cristo, hay que dejar a un lado **tudo, tudo**, volvió a repetir el que dirigía la misión, Mr. Clark, no obstante joven, barbilampiño como buen americano, de mediana estatura, y que contrastaba con los otros en el modo de saber interesar al auditorio. Pasaba por conocer mejor el español.

Mas el que podía comprometer la situación en cualquier momento era Lozano, catacúmeno febril de la misión, entregado en cuerpo y alma al peligroso cometido de conferencias, sin dominar la materia, menos aún la suspicacia de los públicos.

En la plaza de Azoguez les hubiera ido bien, a no ser porque de súbito irrumpió la palabra del santiaguino intonso, y el mar se embraveció en forma.

En Guaranda, de la casa del Dr. Porfirio Durango estaba una rechifla de muchachas, que le obligaron al orador a coderse la boca, fuera de que le llovieron de la peluquería de la esquina cáscaras de naranja y hasta pedradas bien dirigidas. Con todo, no faltaron éxitos redondos. Por ejemplo, en el pueblo de Biblián pudieron vender como cosa de diez ejemplares de la Biblia; y fue talvez en Guanujo, la Magdalena, San Miguel de Chimbo y una que otra población de la provincia de León, que les salieron al paso elementos dóciles a la divina palabra. Sin contar con que por allí se encontraron con Flavio Cárdenas, asíduo en visitarles, dos Srtas. costeñas y unos cuantos espontáneos, adictos a la santa doctrina. El joven Luis Alberto Amores de Pillaro se impuso el sacrificio de seguirles hasta Quito. Y es así cómo tuvieron comodidad y tiempo de colocar libros y distribuir literatura de propaganda,

sin mas que presentarse en un lugar y seguir un itinerario.

Mr. Fields había dormido mal en una especie de hotel de la calle de la Ronda. Desde la antevíspera unos cuantos borrachitos buscaban camorra, sin duda a puerta cerrada, por adueñarse de una sola mujer de rompe y rasga, la famosa Emma Cruz, que berreaba como una posesa a ratos, y de repente se alzaba como una hiena contra determinado dómine, según decir, venido, o a lo peor.

A Lozano le dolía la cabeza un poco. Era por demás supersticioso en los viajes que hacía, guardando memoria de lo ocurrido antes y después de realizar su prédica. No se le iba del magín el hecho de haber hallado en el pueblo de Cumbayá copos de lana de **cuy** junto a la pared trasera de unas casas. Los gringos se echaron a reír de la ocurrencia. Pero lo que les hizo rascarse la cabeza, fue cierto indicio de "mala pata" que les salió al paso, tan pronto como entraron. Dos mujeres, al parecer del pueblo, se metieron adentro bruscamente, al verlos así como así, con sendos maletines a la mano y con caras desconocidas.

— ¡Jesús, Jesús! más parecen el diablo. Quienes **tan** serán. Julito, si no es que va a llover candela, talvez suceda una desgracia.

¿Qué les había dado a la Anita y Mercedes Ballesteros? ¿Por qué se les puso correr a esconderse viendo a los tres extraños? Pues nada, sino que así son en los medios pequeños: el aire de afuera les sabe a tufo podrido. Creen que el pelo de un transeunte es una viga disforme tendida de un extremo a otro del vecindario.

Era día sábado, para servir al Sr. y al patriarca San José, en cuyo honor debía haber retiro y comunión, con el mismo fervor de siempre. Y valga la verdad, así como andaban las cosas, ni el mismo cura Adrián hubiera obtenido la deseada depuración de almas.

Posiblemente por la circunstancia de hallarse sin Cura, y sujetos a la cólera de Dios, el acicate era mayor. Vamos a ver para qué.

Las cinco dadas serían cuando las campanas de la Matriz llamaron a la distribución solemne. Algún rezago de devoción movióles a los viejos, que abandonaban el juego de pelota de cerda para reclamar un tanto pesarosos:

— ¡Me muero! Vamos a rezar. Ahora siquiera, que no tenemos párroco.

Los que estaban clavados en la gallera desde las doce del día arrieron las apuestas más gordas, encaprichados como estaban en dejarse desnudar esta vez por el muy conocido Gabriel Arroyo, que andaba con plata en mano exhibiendo en alto su "giro", moteado de amarillo, jacarandoso como él solo.

— ¡A ver, muchachos, cien sucres más a mi gallo! Yo no soy —ni él tampoco— de tapada. Ni pongo sebó en las alas del animal. Juego limpio y todo lo que tengo.

— ¡Cien sucres a la primera picada...! Doscientos, trescientos. ¿quién ronca?

— ¡Cómo cien sucres!

— Y más de cien. Es que con este par de espuelas... háganme el favor.

II

Mr. Clark fue el primero en tomar por la calle principal. Aligeró el paso, y al reparar en el grupito de la esquina, sacó cinco tomitos del Nuevo Testamento, y los puso en buenas manos.

Había dado en el blanco. Uno de los más tozudos y que revelaba distinción y sobrado influjo sobre los demás, hizo una leve inclinación de cabeza.

— ¡Hola! ¿Con mister Clark?

— Servidor de todos ustedes. Mi quiere saludarles respetuosamente.

— ¡Adelante!— dijo uno, cediéndole el paso.

— Honorio Páez, para servirle.

— ¿El Dr. Páez? Tanto gusto.

— No soy doctor, a Dios gracias.

— ¿Y no viene a ser lo mismo?

— Nó, mister Clark. Ni matasanos, ni buscapleitos. Mas bien, si Ud. permite, me gustaría ser evangelista.

— Diga Ud. mejor, adventista. Yo soy... observador del Sábado.

— ¿Y por qué nó lo primero?

Los seis o siete circunstantes sonreían con mal disimulada sorna, y querían meter cuchara. Pero Páez sacó la barriga adelante, metió las dos manos en los bolsillos y repantigándose fechosamente exclamó:

- Oiga Mr. Clark, viene Ud. a tiempo. Cabalmente cuando yo en primer lugar y estos prójimos necesitamos uno y bueno, pero que nos dejen libres las hijas de María.
- Serás tú, el que lo necesitas.
- Ya digo, necesitamos uno y bueno, porque deseamos cambiar de cáscara, es decir de religión. ¿No le decía a Ud? Estamos de curas hasta la coronilla.

El gringo puso una cara más abrillantada.

- El caso es que lo necesitamos —volvió a machacar el bárbaro— asentando el pie. Y dirigiéndose al timorato en referencia añadió:
- En cuyo caso, azules y rojos tendrán que bautizarme de nuevo.
- Como vos aplicas las narices en todo, claro— intervino el de por ahí, asentando él también un zapatazo en las cejas de la acera.
- Bueno, yo quiere invitar a los de buena voluntad a la conferencia de esta noche. Somos tres compañeros y el senior Lozano que sirve a la misión espontáneamente.

Ya los habían visto de tiendas y almacenes de turcos.

Y sin exagerar, hasta con el taco de billar en la mano se fue acercando un individuo que tiraba a hijo de hacendado, en traje de montar, o que se había acostumbrado a llevar polainas nuevecitas, foete con mango forrado de plata y los nombres de haciendas cercanas en la boca.

- ¿Y donde se ha hospedado, Mr. Clark?
- Todavía en ninguna parte. Primero quiere conocer la población. Sicuramente nos apoyará la Sra. autoridad.

— Como no se trata de nada malo, seguro que sí.

Los curiosos se agruparon en mayor número, deseosos de rebanar y mascar la noticia. Y la noticia era que, para eso de las siete de la noche, los gringos iban a tomar posesión del convento y quien sabe si de . . .

— No seas bruto. ¿Cómo vas a creer que sea del convento? Será que de por ahí no mas hablen y hablen. Lo que hacen en Quito, yo les he visto. De repente por la Avenida 24 de Mayo aparece uno de estos y para los que . . . quieren oír, y se acabó.

— ¿Nada mas?

— Conque, Snes. y caballeros, si Utdes. quieren, quedan invitados a oír la palabra . . . Por lo pronto . . .

Y con su presteza peculiar fue distribuyendo y encajando por los ojos hojitas y hojitas impresas, ante el asombro de unos y el alalamiento intenso de los más.

Los que pasaban por gamonales se escogieron de hombres, escupiendo risotadas y palabrotas de grueso calibre.

— ¡Pobres diablos! Con las fichas que se han metido, ¡Con nosotros! La que se va a armar, si las viejas beatas lo huelen. ¿Vas a creer que . . .

— Cosas del Honorio Páez, y por la antipatía que tiene a los que no le dan gusto!

Con efecto, a Páez se le puso entre ceja y ceja sacar tajada de ese asunto del Cura.

Alcanzó a desprenderse del corrillo, desconcertado, furioso, mirando con ansiedad al cielo sucio de la tarde, un hombrecico

flaco, cargado de espaldas, blanco y pecoso en lo enmarañado de la barba ahumada con el tabaco. Conducía uno a modo de bastón de membrillo, lleno de nudillos como escrófulas. Con una regularidad pasmosa estaba unido al armatoste, que le concedía hasta el razonamiento en calles y estancos, alzándolo y levantándolo, estrechándolo o pegándose a la columna dorsal. Don Facundo Granja. ¿Quién no respetaba a don Facundo por su bastón de membrillo?

— Esto es una infamia, sí Sr., una infamia, un atrevimiento. Los muy canallas han venido con ese objeto.

— ¿De qué se trata?

— Tenemos a los protestantes en nuestras barbas. ¡Eso es todo!

— ¿Qué dice de protestantes?

— Que están aquí, y vienen a cristianizarnos de nuevo.

— Ve pes esto. Aprovechando la falta de párroco.

El hombre remachó lo dicho con la contera del membrillo sobre la conteza de naranja.

— Para que Udes. vean.

— Pero esto no puede ser. Ya pasa de castaño oscuro. Como si se hubieran muerto los católicos, los buenos cristianos.

— Es la pura verdad. Y como todo se permite en estos tiempos. Y como desde las autoridades . . .

— Sencillamente que no nos queda otro recurso— rompió el Sindico de la iglesia, con la rubicundez de su cara bonachona y los visos de su hipocresía acurruscada. Los bocados de su chicha dominguera hacía resaltar en el encebollado de sus ojos, que asentó de una vez:

— Dios me perdone, debían cogérles por el gazzate y aventarlos !

Después guiñó el ojo y concitó al otro, sintiéndose dispuesto a la heroicidad juvenil.

— Vamos a ver qué dicen los bien nacidos de aquí, todos los que hemos mamado buena leche... Porque no puede quedar así ...

Granja tomó la delantera a pasos largos, sin interrumpir la caminata regular de su membrillo. Habló y peroró en las cuatro esquinas de la plaza, entró a los dos billares de Fernando Herrera, siendo recibido mas bien con pullas y carcajadas. Buscó en la peluquería de Braulio Montenegro adeptos y simpatizantes. Unos minutos se detuvo conversando en los fonduchos olizqueantes de por allá, repletos de humo, rajas de leña, barriles de chicha madura, papas peladas, perros buscavidas que entraban y salían en las mismas, repelidos con el consabido puntapié. Le oyeron las mindabulas de los que comían caucara con ají, tortillas con queso de Guachalá y la jeta partida por la mitad de la Mercedes Pinchina, enseñoreada en racionar con platos colmados a sus clientes.

— ¿Qué es lo que dice? Loco creo que está el viejo peste.

— Por más señas esta noche van a predicar en la plaza.

En la puerta de la iglesia se comentaba acaloradamente. Después del rezo, no tenían por menos que seguir despellejando al prójimo, y hacer llover calamidades de lo alto sobre los causantes del escandalo del día.

— Y ¿quién creen que está palanqueando la Jefatura Política? El barrigón del Honorio. El abuelo "autori-

dad", el padre colado en el Concejo, y él, ya se sabe, si no está en la Tesorería, busca acomodo en el Estanco.

Y con Honorio Páez, mangoneaban los sempiternos mamones en ciclos seguidos de administración provincial. A título de liberales definidos, vivían pegados a las ancas de los pudientes de Quito; siempre que la oportunidad se prestaba para dar contra el suelo al fulano y al zutano.

Supieron que el Cura "no se casaba con nadie" y ¡paf! le arrojaron por la borda. Ellos, sí, ellos que no contentos con eso, quisieron bromearse con los rubios, llamándolos de Agató. Jugaban con la buena fe de unos y otros; y después se retirarían del escenario, como de costumbre.

I I I

— Mr. Fields, Ud. . . .

— Ud. Ud. Mr. Clark, Ud. que conoce el pueblo y tiene en la mano.

Ya no había tiempo que perder. Ni cabía titubear un ápice.

El más joven de los tres sacó una Biblia del maletín; una Biblia con cantos dorados y cubierta de marroquín, y la empujó hasta las manos del viejo pastor.

Un ligero resquemor resbaló por la epidermis del conjunto, formado ya de espectadores y de tal o cual oyente o curioso sin segunda intención. Y fue que, sin mucho esfuerzo, fueron aglomerándose en torno de los desconocidos.

Apenas los dos arbolillos macilentos, que guarnecían de mala gana un extremo del parque, proyectaban un tizne de penumbra en el suelo.

Las casas del ruedo desde mucho antes escuchaban atentas. Y no el ruido de la calle que debía interesarles, sino...

— “Queridos hermanos y amigos: —comenzó el pastor, apoyando la mano sobre el libro abierto.—Por primera vez vamos a dirigirnos a este pueblo culto de P., a insinuación de un caballero, y en cumplimiento de nuestro deber.

—“¡De un caballero! “se repitieron algunos.

Páez sintió que el suelo zozobraba debajo de sus pies. Como diez ojos buscaban al aludido, o a quien pudiera serlo.

— “Si, señores, alguien ha visto la necesidad de que la divina palabra, que contiene este libro, sea divulgada a los hombres sin distinción de personas”.

En bocacalles y esquinas gesticulaban a tiempo. Y, como es natural, los que venían prevenidos contra los instrusos, comenzaron a gruñir.

— “Venimos en nombre del Sr. Jesús, con el anuncio de paz en nuestros labios, en busca de la oveja perdida, tocando en todos los hogares, que son las conciencias apartadas del camino de Dios. Sabemos por experiencia que la simiente cristiana fructifica en cualquier terreno, y que hasta el esfuerzo nuestro para que el bien surja a la luz meridiana.

“Amigos, contando con el auxilio de Dios y luego con vuestra benevolencia, voy a explicar este pasaje: Mateo 10, 16, y es como sigue: “He aquí, yo os envío como ovejas en medio de lobos: sed pues prudentes como serpientes y sencillos como palomas”.

Los tres compañeros se miraron sorprendidos.

Masters se hubiera dado una palmada en la frente, pero no hizo sino buscar en el aire con la vista.

— ¡Abajo los herejes!—se oyó entonces.—¡Silencio, blasfemo! Nadie te ha permitido rebuznar. ¡Abajo los enemigos de la Religión!

“Y no digo por vosotros, amigos y hermanos, nó. Porque vivis con arreglo al Evangelio de Cristo. Quiere en pocas palabras explicaros

— ¡Váyanse al diablo todos los que niegan a Dios!

La oleada venía azotando la arena de muy cerca.

— Mr. Clark. Mr. Clark —dijo Lozano— mejor fuera que lo deje ahí. Mire, que no conviene seguir.

Y de un tirón de la americana, le hizo volver el rostro.

— “Bienaventurados sois vosotros, porque amais la ley de Cristo oyendo a sus enviados, y lo confesáis sin miedo del mundo, ni de la carne”.

— ¿Se calla Ud. o le divido la cabeza?— rugió uno, a dos pasos de distancia— Debe tener entendido que en un pueblo, creyente como éste, no queremos falsos apóstoles.

El pastor apagó el tono, recorriendo la vastedad del contorno, con un desaliento rayano en turbación y definitiva amargura. No supo por dónde continuar. Fue la mala estrella tal vez la que le inspiró querer cortar el asunto, citando al azar este otro pasaje del mismo Mateo: “Porque sí, Sres. y amigos, no lo podreis negar que “quien recibe profeta en

nombre de profeta, merced de profeta recibirá; y quien recibe justo en nombre de justo, merced de justo recibirá”.

— ¡Nó Sr! ¡Basta, basta ya! Antes de que le demos unas dos roturas de cabeza . . . !

— Pero señores, —interpuso Lozano, alzando las manos— sería bueno oírle primero. Siquiera unos diez minutos.

— ¿Y qué vamos a oír? Estupideces.

— Estupideces nó. Por favor, un momento ¡Estamos bien preparados para una discusión, pero no esperádemos— . . . exclamaron muchos a tiempo.

— Ustedes desocupan el campo ya mismito, o no respondemos— . . . exclamaron muchos a tiempo.

— Está bien— susurró Clark, haciendo por buscar un claro por entre el apretujamiento de la chuzma.

— Entendido que desocupar el campo es largarse por donde viniéron— fue un mandato, acompañado de un empujón descomunal.

El tumulto acrecía por momentos, con marcadas señales de acabar de veras con los pobres advenedizos, que recibían ya patadas, garrotazos, salivazos, carajos y burlonas invecivas, sin darles campo de huir pronto.

— ¡Toma, para que sepas dónde pisas, gringo sinvergüenza!

La mano que cargó sobre el pastor, se perdió en el vacío. Después siguieron los empujones, y las voces de las mujeres, y el barrullo de los muchachos, y el ladrido de los perros, y unos silbos estridentes, filudos, y uno como lamento colectivo, engrosado por la protesta torva de los que lanzaban maldiciones a puñados.

— Señores, no es para tanto —gritó angustiado Mr. Fields—No hemos hecho mal a nadie, ni somos capaces . . . Somos cristianos como ustedes, y no hacemos sino cumplir con un cometido moral. Si somos criminales, ¿por qué no interviene la justicia?

Dos sombras compasivas pasaron por sobre el cuerpo caído del indefenso Clark, acogotado por no sé cuántos. Levantaba todavía el sombrero para aparar los golpes —¡No sean tan brutos! ¡Déjenlos que se vayan!

A Lozano le llevaban a “rota batida” en dirección sur. Los que abofetearon a Mr. Masters iban haciendo gala de su fuerza, cargándole en hombros a trechos.

— **Segniores**, en el Ecuador se **tagta** así a los inocentes?— volvió a replicar Mr. Clark. **Mi busca** amigos con la palabra en la misma Patagonia. Y siempre sucedió que me **creen** un ser racional. **Ciegto**.

I V

La oscuridad no permitió verse ni distinguirse.

Habían recorrido a rastras todo el trayecto de la entrada. Y el vasto repertorio de insultos no se agotaba. Seguía el lloriqueo de mujeres que hacía cola, invocando la ira del cielo contra semejante plaga de herejes, “gringos arrastrados”, “muertos de hambre”, “condenados desde vida”, sin ley ni Dios, ni procedencia fija.

La providencia tarda, pero no olvida. Ahí estaba el justo y pronto castigo para los perversos de almas. ¡Que se fueran los advenedizos con viento fresco! ¡Gracias a que eran racionales y bautizados, les soltaban con las costillas en su puesto!

¡Crueldad sin ejemplo! Porque a Mr. Clark le llevaban en brazos ajenos, y los demás contaban con la cabeza rota en varias partes, y con la añadidura de haber soportado una tunda de padre y señor nuestro.

¿Estuvieron entre el tumulto, o salieron en defensa de las víctimas, de sus propias casas? Nadie se dió cuenta, sino al momento que metieron los hombros, haciendo uso del foete y del palo sin diferendos ni consideraciones de la laya.

— A ver, pedazo de animal, ¡suelta al gringo! ¡suelta, suelta, te digo!

— ¡No lo suelto, a ver . . .

— ¡Suelta, te digo, si no quieres que te saque el mondongo del cuerpo . . . Lo mismo vos y vos y vos y vos!

¡Ya! ¡ya! ¡ya!

Mas parecía ser don Gaspar Rodríguez, al administrador de "La Palmera" No era don Gaspar, semejante curuchupa de tuerca y tornillo.

— Ya mismito hago varias muertes . . . ¡Déjenlos en paz! ¿Quién les ha dicho que en P. . . .? ¿Acaso no somos civilizados? Eso es falta de humanidad. Eso es imitar a los jívaros del Oriente! Pero ni ellos!

— Es que Ud. no sabe lo que pasa. ¡óigame, óigame . . .

— ¡Qué va a pasar! sino que ustedes se creen dueños y amos de opiniones ajenas. Basta que uno no sienta en igual forma para alzarse a mayores.

— ¿De modo que vamos a permitir . . . ?

— Cierren las orejas entonces . . .

— Así le parece . . .

Los adventistas, acosados por la poblada, cada vez numerosa, se taparon la cara con la mano, y a empujones también, y recibiendo empellones, hasta del menos pensado, ganaron la primera tenducha de comestibles de las afueras.

— ¡Jesús, Jesús, Santo Dios! ¿Y quiénes son pues ustedes?

— Sra. por favor . . . !!

La puertucha ahumada, de una sola hoja, embutida en el lodo pajizo, cedió al empuje de dos, que fueron sorbiendo aire manso dentro de la habitación.

Alfonso Chávez, el corpulento Don Alfonso, de un salto se apostó al filo de la entrada, enarbolando su pistola,

— El que dé un paso más, ya sabe!

— ¿Usted también, Don Alfonso? . . . ¿qué es esto?

— No Sr. nadie entra aquí, sino quiere pagar con su vida. Y aunque me lleven en pedazos . . .

Sin embargo, se allegaron unos cuantos, bahosos, anhelantes, con el resoplido del insulto en la boca.

— Qué, caracho, vamos adentro! ¡Aquí están! Herejes, enemigos de Dios. ¡Conque, aprovecharon de que el pueblo está sin Cura para

— ¡Alto ahí, no se expongan. Yo sé dónde apunto.

— ¿Y Ud. qué tiene que ver con los gringos desgraciados? ¿También es protestante?

— Te digo que si das un paso, te rajo el alma!

— ¿A mí Dn. Alfonso?

— A vos, a vos!

Era Leonidas Freire el que intentó hacerse el macho. Y con él algunos —los que empujaban a la multitud— sacando

sus palos del escondite del poncho largo, cayéndose del hombro—Alejo Venegas, Rafael Buenaño, José Benavides, Camilo Bastidas.

Las mujeres aguzaban el grito: Juana Correa, Salvadora Basantes, vieja *guaricha*, con varios *tefes* en la cara, y por último, una placera famosa por sus fechorías con los pobres chagras, la Rosalía Velázquez, borracha hasta no más.

Las tituladas damas no hacían más que contemplar los toros de lejitos, con mil ojos desde el alféizar de madera de sus casas.

— Si más apura, rompan la puerta! —mandó Proaño, porque ya no estaban los fugitivos asegurándose por dentro.

Chávez no se movía del dintel, ni bajaba el arma.

Arreció el tumulto con palos y piedras sobre los delanteros.

— ¡Auxilio! ¡auxilio! —rugieron varios— Así no es la gracia, contra nosotros mismos.

— Aquí nos matan, oiga D. Alfonso.

— Despejen el campo, so brutos! ¿No ven que aquí va a ver una del diablo?

— ¡Sí Sr. porque ya tenemos unas tantas cabezas rotas.

Sonaron algunos tiros.

Chávez, pálido como un papel, se ahogaba de ira; y con la una mano multiplicaba los golpes. Después los puntapiés fueron a dar sobre dos o tres.

Iban cediendo poco a poco los agresores, hasta darle tiempo de maniobrar su pistola.

— Don Alfonsito, Don Alfonsito, a mí nó. ¡Por Dios, vea Sr. Alfonsito!

— ¡Quítense de aquí, grandísimos! ¡Ya, ya, ya! ¡Fuera de aquí!

Como por encanto fueron esfumándose los héroes de poncho y algunos de americana, presuntos aspirantes a cargos administrativos, liberales genuinos en épocas de pescar situaciones, y godos recalcitrantes en una pequeña emergencia populachera.

¿Era posible pensar en el desbande, con solo ver a un solo hombre colado a la puerta de **mama Encarna Bolaños**?

¡Buena estaba la cosa! Eso para los tontos. ¿Acaso era difícil el que los mismos gringos se pusieran a disparar desde adentro, o si no, tales o cuales **maleros** que no faltan? Pie, para qué te quise! Ante el asombro de la casucha de **mama Encarna**, que en sus mocedades de inmueble había presenciado verdaderas hombradas; sí Sr., la casucha que pasaba de un siglo de vivir en su propio sitio, sin inmutarse con el sol y el viento de todos los días, de los exorcistas no quedó uno. ¿Qué diremos de las mujeres? Encomendábanse a los santos de su devoción, clamaban a la Virgen del Quinche, entregando a hijos y nietos. Y dándose un baño de esperanza, concluyeron:

— Eso sí, Dios no ha de permitir que sigan adelante estas cosas. Primero, que se parta la tierra, antes que peligre la religión . . . Pero, ¿has visto cómo hasta Don Alfonso? ¿No tendrá hijos? ¿no será bautizado?

Más de miedo que de gana, **mama Encarna** encendió luz, soplando en el rescoldo cenizoso de la vispera.

Después llegaron los dos nietos ya mayores, tapialeros muy buscados en esas cercanías.

— Casito se entran a matarlos. ¡Pobrecitos! Serán o no serán lo que dicen. Allá que Dios les juzgue.

- Sí, Sra. Solo que aquí todos han sido jueces
- Otro poquito de agua para Mr. Clark.
- Y las heridas son graves. ¡qué tiranía! —exclamó uno de los nietos, acercando un pilche lleno.

La sangre corría por la boca desdentada de Mr. Clark, que se secaba con uno y otro pañuelo, agobiado por una angustia infinita.

Los otros sentían el cuerpo magullado, y también apenas podían tenerse en pie.

Mr. Fiélds había perdido su maletín y un estuche valiosísimo. Lozano, menos apostólico que los tres, recordaba haber hecho uso de dos Biblias, como de armas defensivas. Le habían rasgado los pantalones.

Fijándose un poco más, a Mr. Clark le tocaba el número gordo. Sentía irsele sangre del cuerpo a chorros, le faltaban dientes, y en un triz estuvo que le arrancaran un ojo, como al conquistador Almagro, de una pedrada bien dada. Tal vez lo iba a perder, si ya no estaba perdido del todo, porque la sangre era incontenible, a pesar de tanta y tanta agua, y el alcohol que se deparaba él mismo, con ayuda de uno de sus azorados compañeros.

Hervía el comentario en boca de los que entraron al billar con las primeras ocurrencias:

- ¿Has de creer que nunca me he sentido hombre como ahora? Al más grueso de los evangelistas le dí uno y bueno por atrás. Y ¡bulún! al suelo.
- Yo, vuelta, me he hallado un Biblia nuevita. Ya la van a quemar en el patio del convento con una mar de libros que han ido botando en el camino.
- ¿Y qué es del Honorio Páez? No ha enseñado ni la máscara. ¡Qué celebre! Empuja a los bobos, y después se mete en un hueco.

- Eso estaba visto.
- El los comprometió, él los trajo, y después?

No estaba en un hueco, sino jugando al tresillo en casa de su primo Rafael Antonio, en compañía del futuro Jefe Político Arturo Jarrín, cuyo nombramiento era un hecho, y de varias personas, ajenas, por esa vez, a lo que estaba ocurriendo.

- Con razón he tenido unos sueños terribles. Para oír estas cosas.—dijo el Secretario del Concejo, reelegido para ese bienio, el nunca ponderado Gustavo Hernández por sus chuscadas dignas de él y de los que le oían boquiabiertos.
- Al Honorio lo he visto correr con los calzones en la mano.
- ¿A mí?
- A vos.
- Los cholos como vos corren, apenas ven encender un fósforo. Yo nó.
- Cuento lo que he visto.
- Los cholos y los indios. Verbigracia, los Llerenas, los Mayorgas, los Hernández.
- Yo no soy indio, Sr.
- Pero lo fuiste. No niegues tu raza, está a la vista.
- Y usted no es un marqués.
- Por lo menos no tengo indios ni negros en mi familia. Pregunta a todo P. quiénes son los Páez. Cholito, como los Larreas y Chiribogas en Riobamba los Jarrines aquí. Y si no, fijáte en tu pellejo, vamos a ver . . .

El tal Honorio, con ser que presumía de grandulón, no pudo conciliar el sueño. Se acordaba, contra su voluntad

de que él, y solo él, tenía la culpa de todo lo ocurrido con los pobres gringos.

Estuvo en Agato, y allí conoció a Mr. Clark. Luego después en Atuntaqui. Tal vez no se hubieran decidido por P. porque estaban con poca gana de exponerse por esa vez, antes de pulsar el ambiente, solo con la venta de Biblias, y eso sin hacerse ver mucho.

Estaba visto que él era el único responsable. Y no porque anduvieran diciendo por las calles, sino porque una voz le gritaba en el fondo:

— ¡Canalla! Y para esto, para ocultarte en el momento del peligro, le trajiste a Mr. Clark?

Y lo alcanzaba a ver estando medio dormido, con su toquilla fofa sobre la cabeza, ingenuo, confiado, inmutable en su deseo de buscar a "los servidores de Cristo".

También el pastor coincidía a la distancia con sus consideraciones. Veía en su interior al hombre aquel que le hablaba con calor y porfiadamente, de una posible conversión de almas. ¿No hubiera sido mejor esperar? ¿Quién conocía P. a la fecha en calidad de pastor? Nadie. Tal vez algún evangelista de esos de tres al cuarto. Claro que sí. Porque apenas arriesgan tiempo y energías. Con su reticencia acostumbrada, apenas si se mueven, y cuando ven armarse el chubasco, huyen.

Agato, Cajabamba reductos de bondad y comprensión. Allí estaba la obra de Jesús, su obra fructificada, fecundante, enseñoreada entre los indiecitos. ¿Era preciso seguir sacrificándose en vano?

— Mr. Clark, —dijo Masters— tenemos que salir de aquí— Y aunque sea a la madrugada.

— Y si nos ven?

- Pase lo que pase, vámonos— concluyó Lozano, encaminándose a la puerta de una sola hoja.—Más allá podemos tomar caballos. ¿No es así?
- Los otros se movieron inmediatamente, preparados como estaban a dejar el terruño tal. Y sin abrir la boca, como buenos hijos del Sr.

V

La mañana se venía sin duda por allá lejos. Tal vez a tiente paredes avanzaba por las encrucijadas de lo desconocido. Los arrieros de Atuntaqui la pueden medir con tiempo con sus largos aciales cuando azuzan a las mulas.

Y por muchas partes la presentían siempre las indiecitas de Otavalo, San Pablo y San Antonio, por el trocete que llevan, y los rebozos de lienzo, y sus azafates de la cabeza y la vistosidad de sus anacos. Siempre están de fiesta matinal.

Solo para Mr. Fields la madrugada pendía de los labios de Dios.

- El es muy bueno. No nos ha de amanecer pronto. Con tal que tengamos tiempo de alejarnos unas dos leguas siquiera.
- Si no son ni las tres— replicó Lozano, con un tono agriado de voz, impropio de un adventista que ha tomado en serio su papel.

Y después quiso dar desahogo a su locuacidad:

- Lo que sucede que M. Clark no sabe elegir los asuntos. ¿Por qué no se acordó del libro de Tobías o de Ruth?

El viejo pastor, que venía a paso tardo, casi ni le oyó. El cansancio le agobiaba, el cansancio moral que le venía asediando desde días atrás. Le tocó como mucha frecuencia surcar en terreno pedregoso, siendo mal visto y peormente comprendido.

— **Gusted**, Lozano no conoce mi trabajo. Son poco menos que veinticinco años sólo en América. ¿Y no vió que en Tocopilla, en Iquique, y sobre todo, en Concepción? A mí me insultaban, sobre mí todo el peso . . . siendo el que hablaba menos, o el que dejaba hacer . . . El Sr. Jesús sabrá por qué me suceden tantas desgracias. Después estuve en Cuenca, en Loja, en Riobamba, ya cuando pisé el Ecuador. Ud., Lozano, en Zaruma me dejó solo. En Alausí, fijese, que fue el Cura, que se dió de amigo el día anterior, quien levantó al pueblo. Hago lo que puedo y nada más. Y ahora me viene con que el libro de Tobías . . . ¿Qué tenemos que ver con Tobías? Eso para los católicos.

Iba a romperse el día por un lado de Guachalá, por donde temían algún nuevo asalto. Pero ya la trasmontaban a oscuras todavía, pisando sobre terreno suave y entintándose con el verde botella de los potreros.

Ya más clarito, empezaron a distinguir violentas roturas del suelo libre, sembríos minúsculos, acoquinados en la vastedad del terreno de hacienda, monótono, pesado de color, y en buenas cuentas, inanimado, por la falta de poseedores.

Los cerros con la nubarrada azul, las colinas tendidas de largo en largo en el sopor de la lejanía, y siempre

Tierra de Lobos —

3
LA CULTURA

embadurnadas de humo, los arbolados perdidos en los recios altozanos y otros cayéndose de bruces al abismo, sin romper el telón de niebla, se les pusieron por delante, como si fuese necesario volver por el mismo tenor de choques y mandanzas.

Sólo que el sol se estaba prodigando a saltos, y creaba de nuevo las cosas cercanas, yéndose a calentar ciertos repechitos, privados del tráfico de los hombres, para que fuesen tomados en cuenta por el labrador o el transeunte.

Más acá o más allá ¡qué magnificencia de panorama! ¡qué vistosidad de lejanías! El cerro Blanco por un lado y por varias partes el Cotacachi, el Imbabura y un turbión de eminencias y colinas, que danzaban de júbilo en la plaza de toros del espacio. Ya parecía que tocaban en predios propios. Aquí una lomita con tres casas juntas, rodeadas de tapias en un solo cuerpo, resguardaban la cuadra alfalfar, las tres o cuatro cabezas de ganado, una yegua de carga y las ovejas y cerdos de ceba.

Casas del Marcelino Tamba, acomodado como él solo, con relación a sus hermanos, que apenas poseían una cuarta de tierra, lo del callejón de cabuyas para allá.

— ¡Juan a. a. a. n cho! Juanchitoooó!

Una longuita, como de doce años, rociada de sol y de buenamozura celeste, brincó hasta el tapiado de pencas, aventurándose casi al filo, y repitió el grito. Dónde estaba su Juanchito.

— Sacaaaá! a los animales al llano!

Sí, al llano bordado de yerba menuda, que se remozaba dentro de un bosquecillo de eucaliptos. Por allí iban a pasar

después de unas tres leguas de caminata. Dos varas de un cielo límpido poseía el sol, y desde donde estaba, buscaba con la vista a los **chacareros** madrugadores, que desyerbaban en los lienzos de maíz en plena adolescencia, en los papales siemecinos, en la chuzma dispuesta en escuadras, de a veinte de habas, todos reclutas, pero rozagantes y titilantes.

Desde el camino plano se veía la eflorescencia de arbustos y matas, a prueba de ventarrones diarios.

¿Prosperarían las habas, esas otras habas incrustadas en los escuadrones ralos de maíz? ¿Se comería papas **chauchas** en este año, ahora que la sequía agostaba la segunda flor?

Pasaban unos a sus quehaceres por los anémicos capulíes, dando zancadas y zapatetas. Y los **quindes** diminutos de rato en rato aplicaban el pico de acero sobre los farolillos de papel del **huántuc**. Y como si alguien tuviera la rara idea de disparar a las nubes errantes, que andurriaban con los gavilanes ociosos, una partida de tórtolas, levantó el vuelo, siempre en dirección de las parvas de trigo olvidadas de su dueño. Y todo al filo del camino, perurgido a seguir el declive de un terreno arcilloso y desigual, con matajes de chilcas, de cabuyales, romerillos y bustos de **cangahua**, vaciado el vientre en todo caso.

Divisaron chozas de **sigse** en la mesita redonda de la ladera, y un poquito lejos, el consabido haz de **chaguarqueros** para la futura construcción.

El paraje daba para una urbanización holgada, echando mano de tanto arbolito sin nombre y sin dueño, que se hombraba con la esbeltez del chaguarquero, tentativa de cucaña para subir o aspirar al cielo familiar de todo campesino, también hijo de Dios.

Habrían transcurrido unas horas, cuando a uno de los viajeros se le antojó descansar. Y más que todo, para curar las heridas y atender a Mr. Clark.

Jugaban a los centavos los gorriones con los longos de por ahí cerca. Corrían unos y otros lanzándose puñados de polvo. El cabuyo, con el huecarrón de la miel en sazón, no estaba lejos, talvez por el lado de la culata de la media aguita entejada, y por eso, formaban una bullanga sabrosa de perseguidores y perseguidos.

— Oyes, **guambrito**, ¿quién vive en esta casa?

— Mi taitico.

— ¿Y quién es tu taitico?

— Prudencio Caina **croqués**.

— Creo que es. Este no sabe nada —observó Lozano arrimándose al barranco venoso— Un por sí, Mr. Fields

— ¿Y qué digo yo?

Mas bien optaron por seguir adelante . . . Entraron en una especie de caserío. A ver, ¿qué iban a hacer allí?

¡Cuánta sangre fresca todavía por las mejillas de Mr. Clark! Apenas soportaba con el cuerpo molido y remolido por los golpes.

— Yo quiere también quedarse para ver cómo anda esto, —dijo tocándose las vendas de la cara.

Theodoro Masters, sólo este personaje conservaba su buen humor juvenil. Ni por asomos se le ocurría renegar de nadie. Con la sonrisa en los labios veía a sus compañeros confundirse con los escarabajos de las zanjas. No era para tanto haber librado un combate con gentes de otra raza y reñidas pasiones de pueblo chico. ¡No era para tanto!

— Y no crean que nos han dado caramelos. Tengo magulladas las costillas, y una bola de billar por aquí. **All righth.** Algo es algo para un gringo como yo,

que estuvo en Galápagos con el Dr. Ritter y la baronesa Wagner.

— ¿Ud. Mr. Masters?

— Sí, Sr. mi estuvo en Galápagos. Allí se vive como Adán en el paraíso, pero cuando menos piensa uno, le tragan como una píldora.

Mr. Clark aguzó la mirada, apenas vió que de las casitas de paja, sentadas en el santo suelo, brotaban seres humanos y animales.

La curiosidad avivó a unos y otros.

— ¿Quiénes serán pes?

— ¡Uy! vea mamita...

— Inés, quitate del sol. Ni que fueras lagartija...
Todita la mañana.

Avanzaron un poco, cuando he ahí que lloros y lloros diseminados en el tambor del aire frío.

— ¿Quién te hizo así? ¿dónde estuviste? —gritó azorada una mujer, no de feo aspecto, dando un salto del poyo de lodo seco. En media calle, y ante el asombro de los suyos, cayó de bruces en el suelo, juntando las manos.

— Almo Sr. sacramentado, justo Juez, vos solo sabes quién le ha hecho así. Dieguito, Dieguito.

Era un guambrito desnudo casi, con un tamaño raudal de sangre que le bajaba de la nalga.

— ¡Uyayá, mamita, por Diosito!

— Pero, bonito, ¿dónde estuviste?

— Estaba juntando leñita por . . .

- ¿Dónde, dónde?
- Cerca de la hacienda de ño ¡uh! uh! uuuu!
- ¿Por dónde? ¿cómo así?
- Juntando hojas secas . . . y entonces un perro ese perrazo Creo que estaba suelto.

La madre ahondó en la cosa un poco, sacando en conclusión que el mismo patrón, sí, el mismo andaba merodeando con semejante fiera por delante.

Lozano fue el primero que se acercó:

- ¡Hola! ¿qué pasa? ¿qué pasa con el chico?
- Qué ha de pesar, señor, sino que éste mi hijo
Vea pues esta **desdicha**. Véalo.

La mordedura del perro había sido tal que el muchacho cayó extenuado, bañado en sangre.

Maquinalmente los otros hicieron lo propio: preguntar, repreguntar, tomar informes nimios, torturar a la pobre mujer, que no hacía sino abrazar a la criatura y condolerse con estas y otras palabras.

- Y ni siquiera es de aquí. Está recién llegada — anotaron por ahí— Eso se llama estar de malas. Pero como la desgracia no viene avisando.

Mr. Masters, sonreído siempre, dió un paso en firme diciendo:

- Bueno, bueno, nada se saca llora que llora. A ver, Lozano, ayúdeme Ud. Tráigame el estuche, el sobrante, desde luego. ¿Qué dice Mr. Clark?
- Que está bien. Alcohol y yodo, pronto, pronto.

La mujer miró como asombrada a los extraños.

- Sí, Sra, —apuró Lozano— que vamos a curarlo ya mismo.
- Lo que Ud. oyó. No es cosa de la otra vida curar la mordedura de un perro.
- Y aún la de lobo— contestó mentalmente Mr. Clark, buscándose en el bolsillo del chaleco.—Y los lobos son los hombres malos que se tapan los oídos por no recibir al Cristo que da la salud. Ellos, los que como perros bravos causan heridas en el costado del Cordeiro. Y no son cinco ni diez heridas. Y no son con piedras del camino, sino con las palabras aprendidas en el albañal de los vicios. Pero un día arrepentidos dejarán caer su rostro por el polvo.

Entonces apareció en su mente la cara de Honorio Páez y recordó exactamente sus palabras:

- Ya verá Ud. cómo le reciben. Aquí nadie manda sino yo.

Aí tiempo le hizo cosquillas en la lengua a Lozano, mientras suministraba agua oxigenada, hilas, algodón desinfectado.

- Sra, ¿Ud. es de aquí?
- ¿Yo? No, Sr. de P.
- ¡Ajá! de P.
- De P. es decir, de las afueras. Allí tengo unas varitas de terreno con una casita de teja a medio hacer.

Los gringos se fijaban en la catadura astrosa de la mujer, joven y de buena presencia. Revelaba en los ojos una an-

siedad punzante, como la de querer confiar la historia de su vida al primero que pasara por la calle.

- Bueno, pero como el mundo da vueltas.
- Sí, Sr. aunque no siempre del mismo modo. Mire, Sr., yo no era así como me ve.
- Claro que sí.
- Yo hubiera podido casarme bien, y en efecto, me iba a casar. Pero un mal cristiano . . . el Honorio Páez.
- ¿Páez? —preguntó picado de curiosidad, Mr. Clark— mi le conoce a Páez, Sra.
- Lo conoce? —Me alegro. Este Sr. me inquietó con engaños y amenazas— Y ahí tiene sumercé.
- Tiene padre, sí, allá en el pueblo, y de comodidades,
- ¿Quiere decir que este muchacho?
pero que no me pasa ni un centavo . . . por decir ni un chocho.
- Es increíble —añadieron los rubios— que aquí en el Ecuador las leyes . . .
- Sr. con los gamonales no hay leyes que valgan. Riegan hijos por todas partes, en la cocinera, en la ponga, en la que se deja como yo, y nadie les dice nada.
- Y Mr. Páez es católico, romano —concluyó Mr. Clark— Y manifiesta ser buen hombre. Acabo de hablar con con él, es decir anteayer . . .

Y como si experimentara una brusca sacudida, se precipitó sobre su compañero Masters, que todavía buscaba el orificio de la herida con el yodoformo.

- Mire, Mr. Masters, déjeme a mí, se lo suplico, déjeme concluir.

- Ya, ya, está bien.
- No importa, Masters; quiere tener el gusto de venderlo siquiera . . . Una vez que se trata. ¿me comprende? Uds. no comprenden cómo **estuy** en este momento, muy contento. Es el hijo de mi mayor enemigo, a quien hasta hace poco hubiera querido estrangularlo.
- Eso nó, Mr. Clark. ¿usted? ¿usted?
- **Mi** hubiera sido capaz, **mi**, que lleva cosa de veinte años . . . porque nadie tuvo la culpa sino él . . .

El viejo pastor tomó al muchacho con suavidad de santo. Lo acomodó en su falda, y con una ternura de padre joven, le palpó y curó la herida. Volvió a venderla.

— ¡Pobrecito! Y todo por tu madre! Por ayudar a tu madre! Ya te sanarás, sí, sí . . . Le pondrá Ud. lo mismo poco a poco . . . Aquí tiene Ud. Sra. . . . Después de unos cinco días a lo más— concluyó poniéndole en la mano dos frasquitos y un poco de algodón.

- Y que no se desmande.
- Señorcito, Dios le pague. Y a todos los señores.
- Y que no se desmande, vuelvo a repetir.
- Dios les ha de pagar semejante acción tan noble. ¡Quién hubiera creído!

Boquiabiertos miraban la escena hasta los señores perros sentados en media calle.

Una expresión de realeza adquirió el carácter del día a eso de las doce.

El calor se hacía sentir en forma. Pero una cabalgata de nubes salió al escape, en auxilio de los cuatro viajeros.

siedad punzante, como la de querer confiar la historia de su vida al primero que pasara por la calle.

— Bueno, pero como el mundo da vueltas.

— Sí, Sr. aunque no siempre del mismo modo. Mire, Sr., yo no era así como me ve.

— Claro que sí.

— Yo hubiera podido casarme bien, y en efecto, me iba a casar. Pero un mal cristiano . . . el Honorio Páez.

— ¿Páez? —preguntó picado de curiosidad, Mr. Clark— mi le conoce a Páez, Sra.

— Lo conoce? —Me alegro. Este Sr. me inquietó con engaños y amenazas— Y ahí tiene sumercé.

— Tiene padre, sí, allá en el pueblo, y de comodidades,

— ¿Quiere decir que este muchacho?

pero que no me pasa ni un centavo . . . por decir ni un chocho.

— Es increíble —añadieron los rubios— que aquí en el Ecuador las leyes . . .

— Sr. con los gamonales no hay leyes que valgan. Riegan hijos por todas partes, en la cocinera, en la ponga, en la que se deja como yo, y nadie les dice nada.

— Y Mr. Páez es católico, romano —concluyó Mr. Clark— Y manifiesta ser buen hombre. Acabo de hablar con él, es decir anteayer . . .

Y como si experimentara una brusca sacudida, se precipitó sobre su compañero Masters, que todavía buscaba el orificio de la herida con el yodoformo.

— Mire, Mr. Masters, déjeme a mí, se lo suplico, déjeme concluir.

- Ya, ya, está bien.
- No importa, Masters; quiere tener el gusto de venderlo siquiera . . . Una vez que se trata. ¿me comprende? Uds. no comprenden cómo **estuy** en este momento, muy contento. Es el hijo de mi mayor enemigo, a quien hasta hace poco hubiera querido estrangularlo.
- Eso nó, Mr. Clark. ¿usted? ¿usted?
- **Mi** hubiera sido capaz, **mi**, que lleva cosa de veinte años . . . porque nadie tuvo la culpa sino él . . .

El viejo pastor tomó al muchacho con suavidad de santo. Lo acomodó en su falda, y con una ternura de padre joven, le palpó y curó la herida. Volvió a venderla.

— ¡Pobrecito! Y todo por tu madre! Por ayudar a tu madre! Ya te sanarás, sí, sí . . . Le pondrá Ud. lo mismo poco a poco . . . Aquí tiene Ud. Srá. . . . Después de unos cinco días a lo más— concluyó poniéndole en la mano dos frasquitos y un poco de algodón.

- Y que no se desmande.
- Señorcito, Dios le pague. Y a todos los señores.
- Y que no se desmande, vuelvo a repetir.
- Dios les ha de pagar semejante acción tan noble. ¡Quién hubiera creído!

Boquiabiertos miraban la escena hasta los señores perros sentados en media calle.

Una expresión de realeza adquirió el carácter del día a eso de las doce.

El calor se hacía sentir en forma. Pero una cabalgata de nubes salió al escape, en auxilio de los cuatro viajeros.

que reanudaron la marcha, saboreando a lo más un bocado de agua fría de Laura Rodríguez, madre del muchacho magullado en la hacienda vecina.

— ¿Cómo les pagaré? La Virgen Sma. les estaría mandando.

— Lo que de los propios no se espera, se recibe mejor de los ajenos— chapurró una de las que estaban en expectativa desde el chozo, conversando con el **guango** de lana sucia, atravesado en el trípode de capulí sin labrar.

Mr. Clark se sintió muy ágil para coronar la lomita preguntona, que no se turbaba con la presencia arrolladora del autobús que se venía a prisa.

Y la alegría le contagió a Lozano, quien se alzó en esos momentos con aire de clarividencia.

— Apostemos, Mr. Clark, que le adivino en qué va pensando?

— No sería muy difícil: pues en la acción que acabamos de realizar.

— Ud: va repasando algún pasaje análogo de la Biblia, Mr. Clark, por ejemplo aquese que comienza: "Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones".

Los otros porfiaban por querer continuar la parábola. Solo a Mr. Fields se le ocurrió decir:

— Y aunque así no fuera, la cuestión está muy clara, vamos a ver. ¿Cuál de los tres les parece que fue el prójimo que usó con el chico de misericordia, dando por un hecho el que Mr. Clark vaya reifrescando la parábola del Samaritano misericordioso?

- En este caso— se apresuró a decir el viejo Clark, con espontaneidad calurosa y alzando su tonillo estridente de antiguo convencido- todos tres somos prójimos, porque todos a tiempo hemos usado de misericordia. Y conste que no me mueve la vanidad, **Senior** Lozano.
- Pero Ud.
- ¿Yo? Pues yo lo que hice fue acordarme del amigo Páez, que a estas horas estará riéndose con sus amigos de nosotros.
- Buen ejemplar de lobo —encauzó Lozano— aunque no enseñó nunca las orejas.



que reanudaron la marcha, saboreando a lo más un bocado de agua fría de Laura Rodríguez, madre del muchacho magullado en la hacienda vecina.

- ¿Cómo les pagaré?, La Virgen Sma. les estaría mandando.
- Lo que de los propios no se espera, se recibe mejor de los ajenos— chapurró una de las que estaban en expectativa desde el chozo, conversando con el guango de lana sucia, atravesado en el trípode de capulí sin labrar.

Mr. Clark se sintió muy ágil para coronar la lomita preguntona, que no se turbaba con la presencia arrolladora del autotobús que se venía a prisa.

Y la alegría le contagió a Lozano, quien se alzó en esos momentos con aire de clarividencia.

- Apostemos, Mr. Clark, que le adivino en qué va pensando?
- No sería muy difícil: pues en la acción que acabamos de realizar.
- Ud: va repasando algún pasaje análogo de la Biblia, Mr. Clark, por ejemplo aquese que comienza: "Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones".

Los otros porfiaban por querer continuar la parábola. Solo a Mr. Fields se le ocurrió decir:

- Y aunque así no fuera, la cuestión está muy clara, vamos a ver. ¿Cuál de los tres les parece que fue el prójimo que usó con el chico de misericordia, dando por un hecho el que Mr. Clark vaya refrescando la parábola del Samaritano misericordioso?

- En este caso— se apresuró a decir el viejo Clark, con espontaneidad calurosa y alzando su tonillo estridente de antiguo convencido- todos tres somos prójimos, porque todos a tiempo hemos usado de misericordia. Y conste que no me mueve la vanidad, **Senior** Lozano.
- Pero Ud.
- ¿Yo? Pues yo lo que hice fue acordarme del amigo Páez, que a estas horas estará riéndose con sus amigos de nosotros.
- Buen ejemplar de lobo —encauzó Lozano— aunque no enseñó nunca las orejas.



LA VIGESIMA O LA TRIGESIMA

Cerca del fastuoso hotel Metropolitano afluyeron automóviles atragantados de polvo. Habían recorrido calles y alrededores, roncando de tanto alarmar a transeuntes y apolíticos. Los ocupantes eran gente escogida, atareada en distribuir consignas, órdenes tonantes y en dar con el modo y la forma de apagar la preocupación creciente que acabó por exasperar el magín del Gobierno emparapetado desde años atrás en las garitas de los cuarteles.

Seis automóviles más "1937" se apostaron por ahí, con la bienvenida a los ilustres viajeros, los perilustres rotarios que acababan de llegar de Guayaquil cumpliendo una misión delicada, como siempre oculta a los simples mortales.

Los que algo sabían y guardaban memoria de movimientos y actitudes inesperadas, daban por seguro que no se trataba de viajes ministriles solamente, sino de un honesto enjuague entre prosélitos y adláteres. Venían de recibir directivas, y ante todo, la bendición indulgencial del Gran Arquitecto.

Entre varias abluciones de cajón, la que determinó la suerte de la política de última hora, debía ser copiosa, y muy copiosa en ideales y aspiraciones de los menos y los más.

El problema multicolor de los partidos, lo que en otro tiempo intrigaba a los ases representativos en vísperas de un ciclo electoral, se veía destacarse en su propia enormidad. Y eran ellos, los sostenedores del partido histórico, quienes atinaban a columbrar muy allá de la realidad cierto nubarrón emergiendo hacia el cenit.

Y precisamente fue allá en Guayaquil, en esa noche de los discursivos juramentos a la causa, cuando alguien creyó interpretar el busilis con este explosivo:

“Mientras el Gobierno hace el bien, sin escatimarlo con enemigos y egoístas, estos vienen ramando una gorda, a vista y paciencia

—No hay más que irse de frente —masculló otro alguien— sin contempORIZACIONES, sin mayores reticencias. No son los velasquistas, son los grupitos de socialistas y algunos vanguardistas, a tono con tal o cual elemento comunista.

Para llegar a esta conclusión, las libaciones fueron más copiosas. Y fue que, a eso de la medianoche, comenzaron en el cielo raso del salón a danzar en torno de la visual de rotarios y profanos, muebles decorados, caras, ideas, proyectos, planes derogativos, sistemas de cambiar el rumbo ordinario, purgando el conglomerado, purificando el ambiente.

Lo sublime de las opiniones rielaba en las doradas burbujas del champaña, y a medida que se hablaba con estruendo, con aplomo de anfitriones y convidados de primera fila, la invectiva se emboscaba en las pupilas quemantes.

Era en número de diez los grandes hombres, endiablados contra los puntos de vista del mundo social, contra los que hasta en el Ecuador ansiaban llevar a efecto la salvación humana.

Hubo, con todo, unos minutos de sinceridad.

Un hombre delgaducho, pálido, el menos inficionado de facundia en esa noche, optó por desvencijarse despectivamente sobre una silla.

Miraba con desdén a los héroes de la carmañola en el Club “La Unión del Pacífico”.

Poco razonable con los irrazonables, en el maremagnum de la orgía, mentalmente hizo cálculos, revisó el escenario, dedujo el pro y el contra de tantos hechos sin trascendencia. Y en un rato de sinceridad, exclamó:

—Todo es una majadería, soajos, desde el hecho que son *milicianos*, y nada más que ellos, los que disponen del país. . . . Yo pregunto, ¿qué somos, qué hemos venido a ser los civiles desde el 9 de Julio? Muñecos, unos pobres muñecos de goznes. ¡Váyanse al diablo! Ni para comenzar tenemos. Pues que vengan otros sobre nosotros!

Una cantidad de humo de tabaco, del recién importado en apreciable escala por cierto Ministro de Hacienda, trazó volutas inconexas en el aire. Los más cercanos y los más lejanos aguzaron el oído.

Adrede el alto parlanté guluzmeaba a pocos pasos del egregio grupo.

—No sea Ud. lunfardo Jiménez —protestó uno.— Siempre es Ud. el hombre de las contradicciones. De modo que para Ud. el Liberalismo.

—¡Qué Liberalismo ni qué ocho cuartos! En el Ecuador no hay sino panzas; y pancistas somos nosotros, fueron nuestros abuelos, y me supongo que, hasta los que se titulan de “avanzada” El Liberalismo. ¡puah!

Y se repantigó con más gana en el asiento giratorio, rociando con su ironía el ceño antirrítmico de los convidados.

Ya se preludiaba el desbando ordenado y bien manido de intenciones y directivas.

Ya hubo un brusco movimiento en los adiposos y eruptivos, al final de los postres y con vasos a medio llenar.

Simultáneamente se acercaron para reanudar abrazos, aplazando la cita en Quito a una hora adecuada, una vez que no cabía gastar mucho tiempo, mientras el enemigo escogía sus posiciones.

—¿—Qué clase de enemigo será este?— se preguntó, uno de los infaltables, condecorado en máxima potencia, el más repleto de honores y de animales muertos en su vida de eterno Helio-

gábalo de la política ecuatoriana. Porque para él no existían enemigos ni conflagraciones. No los halló en el fácil y pacífico disfrute de su carrera bolivariano-arribista. Y aunque los hubiera, alejados o próximos, no iba a ser él quien expusiera el pellejo. No se había dado el caso de que los semidioses tuviesen algo que ver en el arreglo del mundo con los hombres, y peor que éstos se dejaran romper las mandíbulas por los exhombres de muchos subsuelos ignorados.

Como a eso de la madrugada debían emprender por el regreso a Quito en autocarril hasta Guamote o Cajabamba. En

Durán no faltaron estrechones de clavículas de tanto amigote y adicto.

En Riobamba el consabido banquete de los consabidos mufidores del humanitario rotarismo, debía darse a toda costa. Pero, como urgían los problemas imprevistos, y una ausencia de 48 horas inquietaba a las familias capitalinas, dieron por recibido aquel atasco de manifestación, y sin agitarse mucho, y con los incidentes de la vispera grabados en su memoria,—insignificantes después de todo,—un tanto preocupados más bien por lo que vendría a poco, a ser verdad cuanto se rumoreaba en el puerto, abandonaron los autocarriles por el hipócrifo de llanta, hasta, en un trayecto de pocas horas, venir a localizar sus miradas en el reloj semioscuro del Capitolio. Eran las once y media de la noche justitas.

—Y ¿a dónde va usted?

—A entenderme con el primer Jefe del ¿Y Ud?

—Pues yo haría lo mismo, sino estuviera de por medio primero mi casa. Con el Encargado sólo cabe atizar la cosa después de las nueve de la mañana.

A la madrugada comenzó a arreciar el tañido de las campanas. La abstracta, vacua e inactual plegaria de los fieles iba tomando vuelo, mezclándose después con el bostezo la desgracia corriente, apostada en el atrio de las iglesias, por ejemplo en el de S. Francisco, a tiempo que de dos en dos figu-

ras dolientes penetraban en S. Antonio de Cantuña con velitas de a real, después de una brega por milagros con S. Vicenté de Ferrer.

Eran la miseria y la pobreza que andaban muy juntas. Sus vecinas la cesantía y la humillación entrarían en las oficinas ministeriales, entre otras, en la de Obras Públicas. Acudirían también a la tierra prometida del Ministerio de Educación.

Estaban a 27 de noviembre, de trágica memoria.

Se hablaba a la chita callanda de lo malo, de lo desconcertante, de lo nauseabundo del minuto. Y nada menos que de la vida diaria en sus peores aspectos.

Faltaba el recurso de las medidas supremas para contrarrestar el hambre. Y era de verse cómo se reían los especuladores del pueblo necesitado, que esperaba en la eficacia de tal o cual decreto salvador del Jefe Supremo.

Azúcar o harina estaban por venir del Canadá o del Perú. Y parecía más bien que el Perú hacía de intermediario vivaracho en el negocio. A esto se agregaban los estragos de la sequía prolongada ante el volumen nada halagador de la agricultura andina.

En la esplanada del cielo no se barruntaba sino el excesivo forcejeo de nubes veraniegas fingiendo un choque de fuerzas, y luego acurrucándose en la cimera azul de los cerros lejanos.

—¿Cuándo lloverá? ¿Cuándo pensará llover?

—Y entre tanto, vaya Ud. a saber lo que hacen los “enhacendados” en estos días.

Pero iba a llover una Constitución, y éste era el tópico de actualidad, en los círculos extraoficiales. Ya estaba elaborada y condimentada con toques y retoques sucesivos, y por consiguiente, existía la presunción de que pronto entraría el país.....

Porque todavía las personas de buena fe, las que nunca habían jugado papel alguno en la feria vulgar de las ambiciones, esperaban ver resurgir el sol de los pasados días, como si en los tales pasados días se hubiera hecho patria, sin la consabida intromisión de los elementos perdurables.

Y los comentarios y secretesos pululaban, y a cual más y mejor.

Que la anunciada renuncia del Ministro de Educación; que sus dificultades con los colegas; que el repudio de Gobernadores y archipámpanos a las innovaciones educacionales; que los accidentes ferroviarios y aviatorios y ahora de aeronautas novatos con el décimo de la temporada.

En el elemento militar había congestión de perspectivas y divergencias.

¿Sería posible arrinconar a unos cuantos desafectos de los cuarteles, disolver unidades, dar de baja a tal jefe de comando, echar suertes con el mismo Jefe de la Nación?

La suerte de los partidos de izquierda, ya era cosa resuelta; debía sufrir un "impace" de un día para otro.

Y con este Ministro caído en buena hora con aparceros y soliviantadores. Y con la irrupción escandalosa de doctrinas y postulados extraños importados por entes inexcusados, a la vuelta de pocos años.

Al rededor de los problemas de casa adentro se debatían las seseras oficiales. Pero otro era el punto de mira de los que vivían con la realidad del mundo.

Siete meses de cruenta disyuntiva en España, de intenso desangre en la más decisiva de las campañas por la democracia. Pues bien, la suerte de esta España reivindicadora tampoco interesaba a la mayoría.

Con todo, las tres sílabas de esta tierra multiseccular y multi-señorial se habían fundido en la médula mental y en las glándulas espirituales de muchos jóvenes.

Y nada más que España, con sus milicias invencibles, con sus mujeres armadas para la defensiva y ofensiva, con la resolución inmediata, apretada en los labios y en la voluntad, de perecer todas por amor a su ciudad.

De los veinte o treinta mil espectadores de estas cosas, si quiera la quinta parte trataba de predisponer sus simpatías, de dirigir su objetivo de solidaridad hacia el frente difuso de los rojos españoles. ¡Qué presencia de ánimo! ¡Qué sangre, qué temeridad de hombres e impulsos!

Y por allá se movía el elemento insurgente, traidor a su bandera, militarismo funesto en la trayectoria de las nacionalidades, el mismísimo contendor ciego en pueblos carentes de energías cívicas.

Pues así en el Ecuador. ¿Qué se podía hacer con él? En el dudoso caso de existir la democracia, cualquier asomo de democracia en el país, se vería aplastada por la bota militar, por más que se decantase patriotismo y desinterés por bocas descocadas e insinceras.

Los vientos del norte traían noticias de revolución; en igual forma, las rachas frías del Sur.

Conspiraban en la frontera. Tramaban planes en Riobamba, en Cuenca, y no faltó corresponsal que llegó a situar las baterías en un idílico rincón de la Latacunga.

¿El enemigo estaba afuera del país, o actuaba desde las mismas oficinas del Gobierno?

Un lote de informaciones vino a posarse en la mesa del Ministerio de Gobierno. Por ahí, por allá, por acullá los siniestros adversarios. ¿Eran los militares retirados, los de la oficialidad fenecida, un rezago de velasquismo recalcitrante, las huestes rojas, venidas en el peor de los casos, de Rusia, o.?

Fuese lo que fuese. Pues, a tomar providencias.

En el seno de cierto Regimiento dízqué actuaban dirigentes, talvez dos comunistas, o miembros de células en germinación, o, sin creerlo ni pensarlo, misacantanos con dineros a la mano.

La noche última el subconsciente del teniente coronel Silve-la provocó inusitada alegría. Con efusión había leído, y punto por punto, el discurso pacifista del presidente Roosevelt en el parlamento del Brasil. Sin duda alguna, aquellas palabras:

“Podemos olvidarnos de toda clase de coaliciones egoístas, de equilibrios de potencias. Esos dioses no tienen lugar entre los vecinos americanos”.

Se dió a pensar en un futuro feliz para el Ecuador, sin deuda externa, sin revueltas ni coaliciones de partidos.

Soñó así mismo que tenía a sus órdenes un montón de carne recién dispuesta para un festín. Y muy probable, que unos cuantos oficiales en servicio soñasen las mismas cosas, en igual tramo de tiempo.

¿Y por qué nó? Se ha llegado a probar que la trayectoria nemonística no sufre variante alguna en el laboratorio cerebral, siempre y cuando se piense lo mismo.

El mal asomaba en las filas del susodicho Regimiento.

Acaso valía la pena proceder a su disolución compañía por compañía.

—Se equivocan por la mitad de la barba —explosionaron soldados y clases— Nos sacarán en pedazos del cuartel!

Después de formulada la fatal determinación, las blusas en consorcio con los sargentos, subrayaron:

—Nadie sale. Aquí morirán negros y blancos.

Y así sucedió que el 28 del propio noviembre la hecatombe se inició dentro del cuartel en la persona de unos cuantos oficiales ametrallados sin misericordia.

Se formalizó entonces la temida revuelta, con la movilización de hombres y armas por distintas direcciones.

Unos hacia los alrededores, otros por las bocacalles, unos

cuantos sin derrotero, sin jefes, siguiendo la encrucijada de la fatalidad. Con todo, fueron emplazando ametralladoras.

—¡Al Sanatorio! ¡Son de los nuestros!

—¡Al Ichimbía!

—Al Ichimbía, nó! Primero hay que hacer migas a la Policía; y hasta tanto, los mejores, los más resueltos, al Panecillo!

—Al fin, ¿qué hacemos? Si nos batimos solos, ya veremos...
.... Oiga, primero Velasco.....!

—¡Carajo, yo respondo! ¡A armarse el último diablo!

Los indefectibles contendores, y que decían defender la Constitución, se solidarizaron fácilmente, como fácil les fue asegurar posiciones y emprenderlas con la fe en el éxito, por demás rápido.

En el corto espacio de dos horas una cortina de fuego envolvía el lado Este de la ciudad, y apenas se podía ir contando las víctimas en las bocacalles contiguas al cuartel.

Y eran diez, y eran veinte, y llegaron a cincuenta, y pasaron de ciento.

—¡Abajo la Dictadura! ¡Viva Velasco! ¡Viva Larrea! ¡Viva el Socialismo!

Los vivas fueron apagados con una racha de fuego. Los vivos mixtificados de azules, rojos y amarillos.

—¡Griten abajo! ¿por qué no grita Ud?

—¿Por qué no gritan todos? Y Ud.? Y Ud?

—Porque no me da la gana.... ¡Soldados vendidos!

—¿Quiénes son vendidos, viejo bruto?... A ver quién quiere armas ¡Somos de los mismos! Armarse pronto!

—Yo tampoco he sido militar, sépanlo, pero antes era otra cosa. Caamaño, Veintimilla, por ejemplo.... Y todavía en el tiempo de D. Eloy.... Soy el sargento Castañeda, pero con pundonor.

—No me venga Ud. con historias— rugió uno de por ahí, sorbiendo la baba del bigote.... Que Caamaño, que Alfaro, que.... su abuela.... La misma vaina de siempre.... Ya no he

sido *milico* nunca. Ni Dios quiera. Un simple zapatero remendón. Pero sí me doy cuenta de lo que pasa en este pobre Ecuador: que los militares han mandado siempre. ¿no es cierto? Diga Ud. que *nó*. . . . Nunca de los nuncas hemos vivido en paz.

La catadura zapateril era muy conocida: el hombre bajo de cuerpo y en forma de una C., con las piernas también combadas dentro de las árgenas de un pantalón matizado de remiendos; bigote ralo y lagañas y costurones en una caraza sesentona. Residencia: carrera Loja o con alojamiento precario en la loma de la Chilena.

Y ¿quién es Ud. ?— acentuó el cabo segundo Navas, apuntando con su arma. Ud. sabe que. . . .

—Yo no sé nada— rasgué con indiferencia brusca al zapatero, avanzando unos pasos a la plaza del Teatro— sino que esta es la VIGESIMA O LA TRIGESIMA asonada o revuelta. ¡Qué se yo! Ya no hay vida en esta tierra de esbirros. ¿Qué dice a esto, cabo, cabito. . . . ?

Navas, acicateado por el viejo, borracho hasta la saciedad, encontró su blanco, sin otra réplica. Y se dispuso a. . . .

—No lo mate así—protestó uno de la esquina opuesta—Todavía que son derechistas, y tienen c. en la cara. . . . ¡Viva la revolución social!

Navas repitió el disparo.

—Flojo. . . . hijo de. . . . salga al frente— gimieron de un grupo pegado a la barriga sebosa de la pared.

— No mate a los paisanos desde "aquisito".

—Siga a sus compañeros so. . . . que han subido a la Chilena.

La comitiva de la muerte asomó por varios puntos.

Y los artilleros fueron cayendo. Uno que otro intentaba huir con arma y todo. Varios se entremezclaron con la gente turulata.

—¡Armarse, armarse! ¿quién quiere armarse? A ver, a ver. . . . ¡es el momento!

—¡Viva. . . .!

—¡Viva, quien? Tome su arma y cierre la boca. . . .

—Yo no me meto a defender a nadie. ¡Pobres diablos! Sin dirección, sin programas, sin jefes.... Siquiera en el 4 de marzo, en el 17 de mayo, en el 18 de diciembre, en el 2 de febrero en el....

—Al fin ¿qué hacemos con tantas fechas?

—Pues, claro, son.... los fastos de nuestra democracia en número indefinido, cada y cuando ha habido necesidad de clavar una pica en Flandes. En el Ambi, en Guayaquil, en Tulcán, en Tapi, en Quito, en cientos de lugares, nuestros soldados se han portado como héroes, y así como ahora, “defendiendo la Constitución”.

Como se iba empeorando la cosa, Arellano, Bravo, Martínez, Noboa, anónimos artesanos del barrio de la Tola, optaron por picar soleta a la primera tienda. Los fuegos recíprocamente multiplicaron las víctimas. Gritos, silbos, interjecciones tonantes se acordaron con el estruendo del cañón.

Y la muerte fue dando encontronazos de calle en calle. Y cientos de curiosos arrancaban a correr, viendo relámpagos por todas partes. Eran viejos y mujeres inermes y niños trashumanes y un cardumen de individuos vestidos de ideologías distintas, echados al colete eso que llamaban opinión de años y meses. Solo unos pocos fueron avanzando despacio en medio de la vorágine. Se figuraban hallarse en algún frente popular, animando la retaguardia roja, asediada por carros blindados y cañones de máximo alcance.

—Y ¿qué dicen por el centro?

—¡Abajo y siempre abajo la dictadura!

—Y ¿qué se proponen los revoltosos? ¿a quién proclaman? Lo cierto es que se matan porque sí.

—Ni mas ni menos, con excepción de la oficialidad que “defiende la Constitución”.

De pronto, un solo anhélito prendió en el tumulto, acodado a los muros del convento de S. Agustín.

—Vamos a ver qué pasa con el bueno del Ministro.

—El Ministro y unos tantos mamones están presos.... Está tomada ya la Oficina de Telégrafos.... Ya sube al Panóptico otra patrulla de artilleros. A esta hora ya tenemos en nuestras barbas 500 forajidos.

* * *

Cualquiera hubiera dicho que algo como sol se había clavado en su sitio por el lado del poniente, y que más tarde cabalgatas renegridas lo empujarían hacia abajo. Sin embargo, la tarde se venía lentamente, sin aparato alguno, quizá para no irse nunca, o siquiera pernoctar por algún nadir, en forma de neblinaje untado de oro o en una fría fundición de laca y ópalo.

En efecto, en la Casa de Correos se desarrollaba un tiroteo desenfrenado.

Caían muertos y mal heridos del tercer piso. Un gendarme rodó al pavimento de la calle, debido a una bala artera de no sé qué dependencia.

Artilleros y paisanos se cambiaban injurias, ingiriéndose el fragor de autocamiones y buses sin dueño, que iban y venían, como llevados por el estupor del tumulto.

Alcanzaron a cruzar dos indígenas, precisamente cuando estas fieras neumáticas huzmeaban en el vacío. Esta clase de vehículos mueven una asonada de ríos desbocados, atosigándose de polvo y de sol. El monstruo mordisqueante hace gárgaras, y escupe y bufa y concluye por desgarrarse el vientre desesperado, ahito de un cólico miserere de ira, causado por la gasolina que lleva en las entrañas.

Murió el Vicente Tacho de Nayón, apenas de 23 años, quien en vez de medrar en su casita de rastrojo seco y adiestrarse en el cuidado de sus ovejitas mugrientas, se vino a Quito. Se hizo del cabestro y de la sogá para el carguío por la cabeza. Ya se inició en el "huarapo" con su propio tío, siempre y cuando subían hasta la calle Tumbes. Una vez cayó en la Policía porque

faltó de palabra a mama Andrea "en delante" del chapa N° 286, valiente con la gente indígena y una pulgada con la chullada del salón "Venus".

Arreciaba el combate, ya por los alrededores del cuartel sublevado, ya en tres o cuatro calles convergentes. Detonó el cañón de largo alcance de una noticia inaudita:

"El Ministro Vásquez ha caído en las garras de los artilleros"

Poco después otra más gruesa:

"Vásquez ha muerto a manos de los sargentos".

Y diez minutos más tarde:

"Al Encargado lo llevan bien amarrado al cuartel de la carnicería".

Y, por último, un resoplido oscuro que brotó de un flanco de cierta masa:

"Todos los Ministros han sido. . . ."

No acabaron la frase ominosa, cuando otra ráfaga infernal derribó a diez.

Y nadie se creyó seguro en su sitio.

Se apretujaban para correr.

Se encorvaban para caer de brúces o arrebujarse con el único valor que les quedaba.

De súbito, se les vió a unos, convertidos en línea de tiradores

—¡Abajo la Dictadura!

—Abaj o o ó!

Iban a ser los próceres, los inesperados campeones del día 28. Juntos o separados combatirían contra el enemigo que estaba a dos pasos y no aparecía en su verdadera identidad. ¿La Dictadura? ¿el espectro del hambre? ¿La miseria republicana de hacía un siglo?

Y con un cuarto de giro, imprecisos, cobardes, luchando más consigo mismos que con la inencontrable realidad, soltaron las

armas y se aprontaron a salvar el bulto. Pero una rauda huida resultó un problema insoluble, a causa de la sinuosidad de las calles de Quito. Se abrían para estrecharles por la cintura, o les salían al frente, abriéndose en anchas avenidas, para volver a convertirse en cuneta o boquerón. Había pues que andar a trompicones y con las manos extendidas.

—¡Abajo!

—¡Abajo, a quien?..... ¿Qué partido?..... A ver, ¿cuál es su opinión?..... ¿por quién?.....

—Mi opinión? Buscar el pan para mis hijos y qué más?.....?

—Grite Ud. abajo so.....!!!

Éra el sargento Altamirano, desorbitado, ciego de coraje, traspuesto al plano del odio horas en que le anunciaran su baja y la de su compañía.

—¡Caraju.....! Ahora me lo paga el mismísimo.....

Y enristrada el arma, con ademán de lancero, tomó para la casa Presidencial.

Se abocó a la puerta. Denostó a la guardia. Disparó a quema ropa. Se dió modos de desarmar a cuatro, y entró como un ladrón.

Momentos eran éstos de conmoción total en la egregia sala. Aulicos, íntimos y empleados insinuaban al Encargado reiteradamente.... Pero éste conservaba su serenidad, confinándose en una sonrisita bonachona, fingiendo oír todo y no oír nada.

Dos minutos que una bala de cañón caía sobre el patio de la casa. Y el edecán aseguraba que una bomba trepanaba el techo.

Altamirano ganó las escaleras azorado, candente. Quiso esperar alguna ayuda de la calle o el asentimiento de soldados pretorianos, y que todavía rodeaban la entrada al Gabinete, prestos a disparar al primero que intentara....

Todo fue ver la silueta del hombre, de algo como hombre hambiqueante, apretujado a su arma, cuando de dos, de tres, de diez lugares hicieron fuego.

El sargento como bola fue rodando las escaleras, a tiempo que el revuelo en el Gabinete era indescriptible.

Que tres compañías, que un batallón, que tres cuerpos enteros..... contra el Gobierno!

Y no hubo tal.

A poco cesaron los fuegos, una vez que se ganaba el cuartel de los revoltosos. Y el alma volvió al cuerpo de los bravos defensores de la Constitución, obligados a ejecutar heroicidades sin cuento en el espacio de dos horas escasas y contra un puñado inerme de insurgentes.

A cosa de las seis de la tarde, la ciudad entró en su habitual silencio monacal. Se refugiaban en las iglesias preces y jaculatorias de antaño y hogano.

Y la solidaridad oficial comenzó a eslabonarse, con la congruencia de disposiciones, directivas, decretos de emergencia. Era de rigor depurar el ambiente, velar por la tranquilidad pública, apaciguar los ánimos. Mas no como en los pretéritos tiempos del alfarismo, perdonando y olvidando, sino acentuando precedimientos extremos.

Alumbró el día siguiente el escenario genuflexo de unos cuantos miles de ciudadanos.

Y comenzó la batida inmisericorde. Comunistas y socialistas brotaron al conjuro de los vengadores. Antiguos y recientes crímenes e intentonas políticas, se pusieron al descubierto.

Ficticios, abstractos, artificiales, supuestos impulsores de ideas nuevas, fueron entregados al brazo secular del dios tónante.

Primero el ruido ronco, el acento gutural de la protesta, de la unanimidad del contraataque. Luego, la inanición y la muerte de la voluntad y del valor.....

Y mientras los artilleros ganaban el Ichimbía y se resbalaban hasta el valle de los Chilos, o se abalanzaban al vacío de la muerte, los que eran capturados un rítmico y bien logrado júbilo agitaban el interior de los que triunfaron en la épica jornada, ante el presentimiento de un ascenso o de una condecoración.

Y los elementos rotarios, atraídos por una sola fuerza, por una sola intención, por un instinto inexplicable de querer vivir a tono con el mundo, reanudaron sus planes ejecutivos de salvar al Ecuador, y de salvarlo dictatorialmente, "totalitariamente", volviendo los ojos a Roma:

Y así fue cómo un oficial de alta graduación extendió su diestra, indicando, con el consabido saludo en alto, que en tierras ecuatorianas gesticularía la recia mandíbula del Escipión moderno.

—¡CEDU! ¡CEDU! ¡CEDU! —engrosaron los demás "carabinieri", oficiales y clases, evidentemente congestionados con el afán de volver boca abajo la redoma de la felicidad humana.



ANTES Y DESPUES DEL EXODO

Aquella consigna, y que venía desde las alturas oficiales, era terminante. Los presos debían seguir su rumbo al Archipiélago, sin otra reticencia que dar el último abrazo a sus familiares en alguna estación del tránsito.

Hubiéase o no lugar para ello, después de toda una noche de sobresalto, el tren comenzó a moverse con pachorra de traspachado. Había perdido, o lo hacían perder ecuanimidad. Serían poco más o menos las siete frías. Apenas un ligero indicio de claridad penetraba por los intersticios de las almas.

Uno de los viajeros tuvo la dulce extrañeza de suponerse en camino libre. Mucho era suponerse. Iban bajo la presión de una marcha rápida. ¿Cómo sucedía que antes de llegar a Naranjapata hicieran alto?

Unos pocos no pensaban en nada. No querían entregarse a divagaciones dolorosas, ni sobre el principio ni el fin del viaje. Durante más de dos meses de oprobioso encierro, se habían convertido nada menos que en autómatas.

Llegaran o no llegaran al puerto, tanto les daba. A lo más ansiaban contar en un momento de esos con el preciado don de las lágrimas. Y de verdad que adentro, muy adentro rebullían en eclosión quemante. Lágrimas de hombres recios, antes que ser expresión callada, se asomaban en forma de espuma por la comisura rampante. Insulto, maldición, reto, acompañado de una cerrazón de puños cara a cara.

del peligro, hubieran sido bien empleados, pero no se les daba tiempo.

Y ahora, después de la castración de la voluntad, lo mismo que del justo título de ser hombres, iban a notificarse del imperativo de que todavía estaban con vida.

No obstante, el Dr. Leoncio Granizo hizo ademán de ponerse en pie. Frotándose la membrana de los párpados, sacudió a su compañero, doblegado por el malestar de un sueño cercenado a cada paso, y exclamó:

— Amigos, ¿no les parece propicia la ocasión? Si tratáramos de evadirnos . . . ! El tren se ha detenido, según supongo, para que se verifique el trasbordo. Digo pues . . .

— ¡Cállese Dr.— repuso Rafael Sierra, acentuando la mueca de su disgusto— ¿Cree Ud. que estamos sueltos de la mano de Dios?

— Pero ni de las del diablo— añadió el capitán Estrella. ¿No ve que la escolta nos mide hasta la respiración? Y no porque ande desperdigada por la afueras . . .

Sin sentirlo los pasajeros de primera se vieron asediados por la curiosidad de saber en qué consistía aquel secreto. Y el secreto para ellos residía en esa como interrupción brusca del tren.

— Anoche se ha producido un “deslave”.

— Eso dicen . . . Mas parece que ha sido intencional el atentado.

— ¿De qué atentado se trata?

— No faltan elementos adecuados por estas cercanías. Aceptan una miserable paga . . . El otro día, sin an-

dar mucho, cuando se trataba de burlar las disposiciones del Gobierno

El obrero Aurelio Vernaza puso el oído atento al disparate:

— ¡Qué burradas tienen los esbirros! Figúrase que se trata de un atentado

— ¿No ve Ud. que ha llovido torrencialmente en estos días? Pian pianito llegaremos a Guayaquil, Sr. No tenga el menor cuidado. El número está completo. Cuéntenos una, dos, tres veces

— Sepa Ud. que nada tengo que ver con ustedes, so Yo voy a mis negocios y sanseacabó.

En efecto, se dió comienzo al trasbordo. Eran como 55 personas en conjunto. Y a los dieciocho, clarito se les pudo distinguir, porque formaban una como trahilla de vencidos.

Como el capitán Estrella, que nunca perdió la brújula de su carácter, más de cuatro también estiraron los miembros, al abocarse de nuevo al carro que les esperaba.

Desfilaron por su orden: el comunista Gerardo Avilés; Luis Araujo, Javier Granja, Gabriel Ruales, Cristóbal Brito, Juan Ludeña obreros sindicalistas; el periodista Luis Obregón, alta autoridad entre los suyos en eso de aderezar con un palo el desmenuzamiento de hechos corrientes. Desde Quito venía endulzando los momentos.

— ¿Recuerdas el cariucho que nos dieron en el Penal? ¡Caráfita! Sería o no sería así. Lo cierto es que el camarada Jefe Supremo lo dispuso, por encima del clamor de las familias y de la protesta Porque si ha rugido la protesta en los que todavía alientan alteza de

- sentimientos. Cariucho, una comidita de confianza, la tarde anterior al decreto de ostracismo. Ya lo adivinaba . . . Y nada, que se me puso una cosa . . .
- ¿Qué cosa?— soltó inquisitivo Ludeña, atraído por el relato.
- Que en la velada de ese domingo se oyó y se supo todo, todo. ¿Quieren Ustedes darse cuenta del cómo y del por qué de la retención del liberal radical Ramos? Vamos a ver, no sospechan . . . ?
- El saldrá dentro de poco como nosotros con destino al Archipiélago.
- Yo digo que nó. ¡Qué va! Ramos nunca ha sido liberal decente, ni ha tenido la franqueza de portarse como esbirro auténtico. A dos aguas.
- ¿Es posible? ¿Y cómo lo sabe Ud?
- Se me pone. Y cuando a mí se me pone. Y si no, ahí va un detalle. Cuando se realizó el domingo áquel el programa de los obreros textiles, Ramos estuvo allí.
- Claro que estuvo y estuve también— corroboró Araujo, a quien le intrigaba el sesgo que tomaba la cosa.
- No es esto no mas. Ramos espiaba, veía y olía con un plan consabido.
- No diga Ud. eso Dr. Está con la amenaza de marchar también . . .
- Un momento. Poco después, y por la noche, el Gobierno sabía el significado y el objeto de dicha fiesta. Condu-
 mio y sustancia, como quien dice. Y ello no es nada. Des días más tarde se dió la batida que arrastró con nosotros a las celdas del Penal. Ramos fue con nosotros. Sin oír ni aceptar auspicios de nadie, quedábamos inco-
 municados: Ramos el primero. Podíamos accionar, con todo. Pudimos y logramos saber algo de la calle. Movimiento febril en los cuarteles. Apuros de los po-
 líticos grandulones. Conferencias sucesivas entre mili-

tares y civiles. Presión constante y cruel sobre los pobres detenidos. Y Ramos estuvo en la demanda Se hacían más prisiones. Se multiplicó la vigilancia sobre supuestos dirigentes, se escogitaban curiosos medios de espionaje. Rumores por aquí. Comentarios por más allá. Se aplicaban las narices en los hogares. Se buscaba sentido y repercusión en el vuelo de cualquier dicharacho lanzado al azar. Hojas sueltas confiscadas, antes de pasar a segunda mano. Y ¡a la sombra a todo aquel que se propusiera pensar o escribir! Y en medio de esta confusión, Ramos ya fuera del Penal, se empapaba de lo que pasaba o pudiera pasar. Y ¡a palacio . . . !

*

* *

El tren tomó una actividad vertiginosa cerca de llegar a Bucay. Viada fácil y por demás conocida por la máquina Nº 42. Como que sintiera la dulzura de hallar suelo propio, viendo caras conocidas, con el resabio saleroso del trópico. Mejor resultaba llegar un poco de mañana, antes del bochorno inaguantable del medio día.

La gente se apostaba como siempre en la estación, con retazos de ansiedad en los ojos y con la expresión entrecortada de curiosos en boca de las mujeres:

— Veinte presos políticos pasan bien escoltados a Galápagos. ¿Quiénes serán? ¿Cuántos más vendrán? ¿No habrá como verles la cara? ¿Con qué clase de óleo divino se cubren los deportados por una dictadura?

Bucay. Naranjito. Todavía la población del Milagro. Seis leguas largas hasta llegar a Durán. ¿En Guayaquil tendrían tiempo de volver sobre el asunto del día?

Y era el Dr. Granizo el mejor infortunado y con arrestos de hombre, a pesar de la intransigencia de su conservadorismo. Los socialistas eran inexpertos en política sucia, y plagados, menos que de trastienda, de ideología ingenua. Capeaban la catástrofe con las cubiertas ilustradas de sus libros.

Cuesta era el más proveyecto. Carcelazos sufrió algunos por la causa de los suyos, de los que andaban propalando por calles y plazas la ambigüedad de su posición. Y luego un extrañamiento de dos años en la pasada dictadura progresista; no eran precedentes dignos de subrayarse en los fastos del socialismo auténtico?

Por cerca de las cinco de la tarde tocaron en el muelle de Guayaquil. Lo que les fue permitido, lo llevaron a cabo en pocas horas.

— ¡“La Prensa”!

¿Qué diría el gran diario de las mil facetas políticas?

— ¡“El Universal” “El Eco del Guayas”!

Granizo, Cuesta y el escritor Orejuela los revisaban con avidez. Largas tiradas de información. Y el consabido Decreto N°400, reproducido por tercera vez en página de honor. Sabiduría preventiva forjada por el cacumen de los cuatro jerifaltes que mandaban y desmandaban en el país.

Los presos rasgaron la página consabida del diario, corroidos de rabia.

¡Conque así se hacía la felicidad del Ecuador, ahogando la palabra escrita! ¡Conque los medios de represión contra el comunismo eran los únicos bien aconsejados hasta la

presente! ¿nadie tendría el resuello libre? ¿Se cruzarían de brazos los que resultaban víctimas de soplonos y aduladores de toda laya?

¡De súbito pusieron los ojos en un dato por demás curioso. El ex-asambleísta Dr. Augusto Ramos, mediante la garantía de unos cuantos amigotes del Régimen, contaba con irrestricta libertad. El comentarista burlón hacía esguinces con la noticia, añadiendo que, con la aquiescencia del Encargado, podía ejercer su cometido ideológico, siempre y cuando no se inmiscuyese en los entresijos del Gobierno. Lucha franca sí, pero no tras de bastidores.

Cuesta dió un puñetazo sobre la plana del periódico.

— ¡Qué lucha franca, ni qué niño muerto! Lo que hay en el fondo es sinvergüencería de unos y felonía de otros. A los esbirros y para los esbirros todo, y para nosotros ni agua.

En Guayaquil se supieron pormenores de los del éxodo anterior. No faltaron episodios sublimes. La madre y la esposa de cierto editorialista tuvieron rasgos espartanos. ¡Qué mejor galardón —según ellas— para un plumario que atravesar con el arma diminuta el abdomen de trogloditas desde lares lejanos! ¡Qué soportara la desgracia tranquilo! ¡que escribiera con más crudeza, precisamente en la prensa extraña para mengua de los infames, alzados a grandes hombres!

Cinco pasaron para Chile, como en otro tiempo el poeta Espronceda al puerto de Lisboa, sin un cobre. Al Chile hospitalario y comprensivo. Y si no, a Buenos Aires. Uno que otro pensaría en la Argentina cosmopolita como en tierra propia. Y por qué no en el Uruguay, suelo sin igual para la democracia, a pesar de su pequeñez geográfica?

Los guayaquileños añoraban buenos y felices tiempos. Habían digerido bien, regular número de historia patria. Desterrados fueron Pedro Moncayo y el primer Rocafuerte. García Moreno, periodista rebelde en la etapa de 1,85. . . . Desterrados y muy ilustres, Montalvo y Alfaro. El primero bebió acíbar a torrentes en varios reductos del mundo. Su número de escritor público le puzo el tizón del profeta en la lengua y también el hacha del demoledor en los hombros. Alfaro probó el hambre y la sed de ver a la patria en manos pulcras. Después, muchos tuvieron que desfilar por igual camino. ¿El Ecuador, por esto, había cambiado de amos? ¿Por casualidad vino a dar en poder de gente incontaminada? De ningún modo.

Los teóricos daban en querer el puritanismo en el poder. Y sobre todo, tanto demagogo transido de vanidad. Desde el foro, desde la prensa, desde el libro abundaban en buenas intenciones. Se hacían idolatrar por los incautos, mientras por ahí no más los que lograban el abordaje al Erario se reían con los carrillos llenos. Que siguieran los predicadores de buena nueva hablando en el vacío. Con francmasones de escuela no cabían la era individualista; y nadie, sino el rotarismo internacional, iba a dar cuenta de su pasado y su presente.

También el obrerismo de Guayaquil ofrendó no pocas víctimas por esos días. Diez fueron a dar de bruces en una poblacioncita del Oriente. Otros diez serían empujados al Archipiélago. Y el resto fuera del país. El por qué y el cómo de este castigo, no era de su incumbencia saberlo.

En tiempos anormales el amo frunce el ceño y los elementos naturales le obedecen. Y esto, según los pueblos.

Los bien documentados vienen diciendo que en el Ecuador la doctrina enseña buena cariz. En Cuba ¡guay! del que levanta el tono contra la sargentocracia de Batista. En Puerto Rico ¿quién abre la boca, ni para bostezar, en Puerto Rico? Nicaragua. ¿Qué clase de hombres mandan en Nicaragua? ¿Talvez algún sobreviviente del inolvidable Sandino?

¡Córcholis! Mas bien dicho, alguno de sus victimarios, o detractores.

¿Y en el Paraguay, y en Bolivia y en el Perú? ¿Por ventura, existen hígados de hombres en la tierra del platino? Y por un caso un nieto de González Prada encabeza la democracia juvenil contra el pretendido civilismo peruano? Se cree invulnerable, aún ante el peligro inminente del Apra, cuyo puño cerrado va a caer sobre la cervíz de los bisnietos de Pizarro.

Pues bien en el Ecuador eso que se ha dicho y se ha escrito sobre libertades, es una bella engañifa. Son tan lobos como los lobos los que han venido adueñándose del Solio. Y nadie llegue a sostener que una cierta Dictadura sabe a alfeñique, con algunos cientos de confinados y proscritos. Que se sirva alguien responder con entereza viril sobre el fuste y la calidad de estos: escritores, nada menos que gestores de ideas y posiciones nuevas. Pues por el hecho de pensar alto, habían de ser comunistas. Comunistas los censores de un mal Gobierno. Comunistas los aliados espontáneos de las grandes causas. Comunistas cuantos tuvieron una visión clara del desmoronamiento de viejos sistemas de política. Comunistas cuantos y quienes se constituyeron en defensores de las clases pobres. Comunistas, y nada menos que enemigos de la familia social, los que dispusieron de buenas entendederas, en medio del festín acomodaticios y segundones de administraciones habidas y por haber. ¿No es cierto que con la aplicación de calificativo se ha ganado en aquiescencia y apoyo para el crimen?

En el Ecuador no hay ni ha habido hombres libres. En el Ecuador no se ha permitido pensar, leer ni escribir de pie sobre el patético escenario de la realidad. ¡Anatema para los que simpaticen con los batalladores del mundo! Castigo a tal o cual desequilibrado, que conozca a Marx o sueñe con una conciencia universal, como pretenden Romain Rolland o el judío Einstein!

*
* *

Una ráfaga de solidaridad circuló en el seno de las entidades obreras a la llegada de los presos. Fueron saliendo en grupos a la plaza Rocafuerte. Sin contar con que serían repelidos en el acto, los rodearon con demostraciones convincentes. El vocerío se convirtió en protesta, tan pronto como vieron por los contornos gente armada.

— ¡No irán! ¡no irán! Pues, no irán los presos!

Los gendarmes con los sables desnudos echaron los caballos encima.

— A ver ¿cuántos, quienes?

— ¡Nosotros, los obreros conscientes! ¡Los del pueblo del seis de Marzo! ¡Abajo la Dictadura!

— ¡Abajo el ejército! ¡Abajo los masones condecorados! ¡viva el socialismo! ¡viva el socialismo en el Ecuador! Ya era tiempo !

— ¡No van los presos a Galápagos! ¡No vaaaaan! El que o los que . . . los tengan bien puestos . . . a libertarlos!

Ya eran doscientos, ya llegaban a medio millar los manifestantes. Por las calles adyacentes afluían con los mismos bríos de otros días. Querían abatir a la policía a pedradas y con denuestos. Todavía más: no fueron brotando garroteros, como en un ingrt conflagración eleccionri.

Bien visto, en la asonada figuraban hasta olvidados elementos del velasquismo en derrota. Y no es que hubiesen cambiado de catadura ni verborrea. Pero se esforzaban en

situar bien alto su rebeldía ante el estado de cosas. No más impuestos. No más restricción a la libertad. Ni mayores aprietos, en medio de tanta hambre y endeblez del Presupuesto.

— El obrero necesita garantías para vivir. ¡Abajo los especuladores del pueblo! Ni un día de Dictadura y menos de ésta!

La Policía continuó la batida sin conmiseración.

Y así fue cómo los gritos fueron atenuándose, por cuanto unos cuantos fueron retrocediendo, hasta ir a dar momentos después, la orden definitiva y terrible.

Los presos de Quito deploraban los sucesos a bordo ya del "Fénix". Y no como un lugar común, sino por la semejanza con otro cataclismo en la clase obrera, uno se dio a recordar el 15 de noviembre, cuando en este mismo Guayaquil de Pedro Carbo y de 9 de Julio, se hicieron víctimas a granel, so pretexto de sofocar una revolución social apenas en sus comienzos, y menos que en los comienzos.

Ahora el mundo ardía en conflagraciones ideológicas, con el compromiso inaplazable de remediar la suerte del hombre.

Jacques Maritain abordaba de frente el ideal de comunidad fraterna, exhortando a los cristianos de la época presente a volver a la verdad evangélica, plano moral acaparado por falsos apóstoles, al servicio de sus propios intereses.

Guillermo Ferrero hablaba desde el destierro sobre la falta de doctrina en las naciones de Europa, a excepción de Moscú. Era una fuga de democracias, con el sistema totalitario de Italia y Alemania. Decía, entre otras cosas: "Europa está hoy dividida en tres grupos de estados organizados de distinta manera, cada uno de los cuales constituye por su mera existencia una amenaza para los otros".

Guillermo Ferrero se decía esto, Franco, el pirata de España libre, penetraba en Salamanca, con tropas marroquíes, italo-alemanas y con los eternos opresores del pueblo ibero. Unamuno, el invicto escritor vasco, inconforme entre ambos bandos, desde la ventana de su casa veía el horror de la irrupción para caer muerto de espanto. ¿Y todavía sobre la tragedia sublime del mejor de los españoles se hacían llover contumelias templadas al rojo?

¡Oh la sonrisa de los buscadores de celebridad! Estallido agresivo de maxilares en una cara de líneas femeninas. Era un gesto desafiante a la misérrima caída en el gran pozo de la muerte, de niños y ancianos en el primer sitio de Madrid.

Quizá lo estuvieran viendo y sintiendo el conde Galeazzo Ciano, yerno de Mussolini, y el más tarde impertérrito Franco. Ambos catalogados en la escenografía de exterminadores de rojos.

*
* *

¿Y por qué hablar solo del terror europeo? Porque la esperanza estaba en América, laboratorio nuevo, tierra de promisión para tanta raza caduca. Bien podía aplicarse esta aserción a los Estados Unidos. Y eso, con marcadas excepciones. En cuanto a las Repúblicas democráticas de Centro y Sud - América, los síntomas señalaban un ostensible estado de pauperismo político. Gente oprimida y defraudada en sus positivas aspiraciones humanas, desde Panamá hasta el Cabo de Hornos. Y el mismo pueblo del Norte, como un gigante onduloso, constrictor, estaba atragantándose con pequeñas y grandes democracias.

¿Y habían de ser los ecuatorianos, una graciosa escepción? Ya estaban por la octava o novena etapa dictatorial. Después de haber ensayado ejemplares de hombres embutidos de

ardor cívico, se hallaban a la hora de la hora, despersonalizados y clamando por un tantico de libertad.

Pronunciaban los viejos con dulzura la palabra Ecuador. Los que sabían algo de su historia y en sus regocijados torneos de civilidad ganaron en optimismo y ultravisión, se daban a los mil demontres. La República del Sagrado Corazón para unos, la tierra de los volcanes para otros. Un cofre cerrado de maravillas, hasta mediados del siglo actual. Ahora, nadie sospechaba la existencia de este suelo ubérrimo. Imposible parecía que bajo los rayos oblicuos del sol ecuatorial hubiera elementos de vida, con el ritmo del progreso del espíritu.

Y más de un siglo hacía que en un medio centenar de pueblos se trabajaba, transformando la gleba del error en vendimia de eclosiones nuevas.

Los viejos aprendieron a entusiasmarse, a odiar, a repudiar hombres desde el floreanismo. Urbina cayó por su propio peso. En igual forma la teocracia de García Moreno. ¿y Veintimilla y Alfaro? Porque antes, un poquito antes de este último lustro, se jugaba el pingajo de la vida por un ideal. Dirigentes e impulsores hablaban con entereza desde el pedidístico. Magnífica contextura la de esa generación, que hizo rodar el andamiaje político sin banales componendas ni compadrazgos de secta. ¿Qué dirían los hombres de las épocas pretéritas de este popular de individuos, trastrocados en prestamistas de intereses privados, en eunucos de acontecimientos sin resonancia, en correveidiles de necesidades bajas de caciquillos y mandarines minúsculos, quienes aguantaban punto en boca?

¡Viva la paz mentida y anubarrada de este Ecuador ocido!

En un banquillo anónimo del parque añoran viejos y mendigos, con la caducidad de colorido de quienes no han renun-

ciado el derecho a la vida de los recuerdos. El cobertor invernal se extiende por la arrugada planicie lejana.

Los campesinos tienen presentimientos agudos. "¿Qué será, qué no será durante este colapso de dictadura?"

Precisamente ellos que ven desde lejos, y partiendo del punto de vista de la economía rural. Los otros, quemadas las pupilas en sus grandes teorías, los que son al fin y a la postre, partidarios de todo estado de cosas, hacen alarde de inquietudes y querer truncar consignas. Y para cuándo su arrojo? Y desde dónde comenzará el derrocamiento?

*

* *

Ya a bordo, y luego frente a la inmensidad azulada de las olas, sintieron un efluvio de fresca serenidad. Para unos el viaje era la iniciación de un canto, el canto de la sirena, la de las viejas leyendas y que no muere nunca en el pecho de muchos ilusos. Sería su éxodo una crudeza de victoria, con espontáneas radiaciones de triunfo.

El Dr. Granizo se dio a pensar en el Valparaíso de hacía dos lustros, fijo intensamente en su memoria. El puerto multicolor y ardiente, almohada inconsútil de sus ensueños de abogado regalón.

Sierra, hasta hacía poco contenía la ternura copiosa en su garganta. Venía dejando en Quito su novísima consorte y tantos compromisos pingües. Decorador hábil, su mano suntuaria reunía envidiables éxitos. Tenía pues que reconstruir su ventura en Santiago o en Buenos Aires, sin cejar por esto en el empeño de luchar dentro de su ideología.

El capitán Estrella miraba efusivamente el cariz del horizonte que se estiraba sin término.

Su excitación ganaba espacio por grados. Quería parecer como viejo lobo de mar, intimándose con éste y con la tripu-

lación, recorriendo compartimentos, palpando escalas, cables, yendo y viniendo sobre el cetáceo que empezaba a querer desperezarse. Se hubiera ingeniado por ser el palo mayor en una expedición de meses y años. Su Eldorado estaba y no estaba lejos, según lo arbitrara su imaginación.

Brito, Ludeña y Ruales nunca habían viajado fuera de Quito.

Se inmovilizaron en un fosco mutismo, mientras se repetían los pitidos preliminares y el humo formaba fumarolas espesas en el vacío. La partida sería cuestión de minutos. Es poco menos que imposible atenuar la nostalgia de un barco apostado en el puerto días y días. Quisiera alojar a la población misma, viajar con ella cambiándola de proa a popa.

Después, sacudió afirmativamente la cabeza. Y con la estridencia de las máquinas se inició el pesado movimiento. Una ráfaga de angustia atravesó todos los pechos.

- Ahora comprendo el valor de una idea —exclamó Ruales asomándose el primero a cubierta— Me siento más fuerte que nunca.
- Y yo, como compensación de lo que he sufrido, tengo un torrente de resoluciones. ¡Puah! El mundo nuestro cabe en el hueco de la mano. Y ¿qué diremos de la política de casa?
- Tráguese mas bien la palabra —repuso Granizo— Política a estas horas, cuando nos toca escoger rumbo, riéndonos de nuestros verdugos Yo pienso quedarme del todo en Valparaíso.
- Y yo, trabajar de diferentes modos en muchas capitales.
- Por lo que a mí toca, yo veré el modo de volver pronto a Quito, pero con hombres y armas. Los principios son los principios. No en vano los liberales venimos desde muy atrás derrumbando gobiernos.

No tuvieron los otros por menos que soltar una carcajada. ¡Con que los liberales había derrocado gobiernos! ¡Claro que sí! Los liberales con sus segundas intenciones y en medio de triquiñuelas y entre el ir y venir de intereses creados!

De cualquier modo, se efectuaba un rebullir de anhelos inconfesados. Los que iban a quedarse en el Archipiélago estaban cruzados de brazos. Se soterrarían en los bancos de arena como las iguanas dormilonas en soperosa expectación de siglos. Ellos, los anónimos en el mundo de los negocios sucios, ellos los empedernidos removedores de la inquietud proletaria.

Ayer fueron 65, ahora 36, inculpados de crímenes horrendos: malos patriotas, sediciosos incurables. Entre ellos venían cuatro pobres indios, abortos de su raza odiada en el Chimborazo. Tal vez se les ocurrió alzar un palo contra la intacable hiena del mayordomo. Después de haber sido en sus abuelos, en sus hijos y nietos, en toda una meznada de hambrientos y haraposos, los perros lodosos del páramo, en algún momento de esos intentaron vomitar su queja. Y por esto se les acorralaba, y nada más que por esto, se les recojió por el gajnate, y ¡a Galápagos!

Juan Morocho, Francisco Alpichu, Rafael Sailema y Abraham Tinacu, aporreados por la vida, por los hombres y por los siglos, ¿conspiraban contra la Dictadura de 1935? Ni siquiera hubieran sido capaces de reforzar el tono de los desterrados que, al avistar el Golfo, gritaron con buenos pulmones:

— Este y los 22 gobiernos anteriores se parecen como una sarna a otra. Ladrones y canallas. Las excepciones pierden de vista.

Tan pronto como la remesa humana se alejó de las aguas del Guayas, se hicieron abundantes arrestos en Quito y en

provincias. Y otra vez al Panoptico como veinte ciudadanos. Se efectuarían, seguirían efectuándose, manidos descubrimientos. Con la socorrida Ley de Seguridad Pública era muy hacedero dar con el sitio, número, clase e intensidad de la tentativa subversiva.

Alcanzaban a ver comunistas por todas partes. Cuantos que se atrevieran a sussurrar un suspiro, a modificar una opinión, a mezclar un bostezo con una exclamación. Y muy natural, por tanto, que detrás de los revoltosos estuviesen los verdaderos conspiradores, y en manos de éstos, cañones y lútiles apostados en cada encrucijada del camino y hasta en el altar mayor.

La revolución existía, debía existir en muchas partes, cuando en realidad ningún ilota se atrevía a mover ni el dedo meñique.

Y la revolución era el acomodo, la ganga, el chanchullo y el ascenso o ascensos inusitados. La inflación del Presupuesto, la dorada ruta de gentiles hombres del momento a lo largo de la República, y una y otra vez en pos de ovaciones y de succulentas expectativas.

Años que se daba el caso de contar con una generación de castrados para la democracia. En los Congresos anuales se habían preparado elementos conformistas, la complicidad misma y la componenda iamunda. Y los tres millones de hombres restantes tenían que observar con los ojos cerrados. Un medio centenar de cerebros pensantes escribían en la arena, o se mordían la lengua. ¿Cuántos vivían en el Ecuador con las cebollas de Egipto en la boca? ¿Podía su número igualarse a los dedos de la mano? Pero en vigésima potencia más rapaces, más vende patrias, más calculadores que los pasados.

Por fin, los mandarines chinos amainaron su cólera, y optaron por querer fijar la fecha de la Constituyente. Y de inmediato, ya para corroborar la bondad del intento, se apretaron las bragas. Una colonia de penados políticos abandonaron sus lares.

Los sabuesos del Régimen arreciaron la búsqueda de hombres y de papeles. Celo para publicaciones de carácter eventual, para la introducción de ideas y libros, aunque fuesen muy humanas y ajustadas a la realidad del mundo.

— ¡La Constituyente! ¡Que venga el hábito bienhechor de la Constituyente!! ¿Será verdad que el jupiterino poder se digne bajar el índice?

Pero, si no era para muy tarde el anuncio de tamaña ventura, la Nación estaba a las puertas de una banarrota. Durante años felicidad común se resumía en la locupletación de honores y ascensos militares y en el notorio desbarajuste interno y externo. Moneda devaluada, negocios en fluctuación dolorosa, hambre en la ciudad, hambre en los campos, agonía en la vida económica, y de adehala, una cosa peor: la pérdida de la nacionalidad.

“Dar la vida por la Patria es sin duda una gran virtud”, inculcó Edmundo de Amicis, repitiendo por millonésima vez lo que asentaron moralistas y educadores ilustres. Pero en la emergencia actual, ¿iba el Ecuador a presentar veinte mil hombres mal armados y peor equipados, a la boca de los cañones peruanos? ¿Cuántos y quienes los responsables? Los abuelos y bisabuelos de esta prosapia de pícaros. Los que, a título de patriotas, comieron y bebieron, legislaron y sofisticaron, y con satisfacción campante, se durmieron lustrados enteros sobre el fracaso de sus pretendidas negociaciones limítrofes.

¿Y ahora . . . ?

Con esta pregunta laminada en la boca, andaban por las calles los oscuros e inofensivos inquisidores de gobernantes nulos.

En Quito se aumentaba el odio, una especie de cólico oculto que recorría del vientre al costado, haciendo oprimirse el ombligo al enfermo. El mal databa de muy antiguo. En el curso de medio año de vida social, una estadística curiosa registraba 316 banquetes entre diplomáticos y gandules de la política reinante. Más de un ciento de viajes misteriosos de algunos que espumaban en el caldo gordo. Los alfiles rotarios de la ceca a la meca, y éstos, los que hacían obras de misericordia, manejaban la sartén, quitaban y ponían Roque, se cambiaban condecoraciones, y a los desafectos y gruñones, al estercolero.

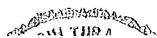
El día en que se empujó el vigésimo cargamento de hombres, se supo que el Perú rechazaba toda clase de arreglos en el diferendo limítrofe, y que era muy posible el desbande de los delegados de Washington.

¿La salvación de la patria vendría con la concentración de partidos?

Otra pregunta transitoria que pululaba en los labios. Pero los promotores de situaciones definitivas no darían oído a las masas. Acudirían al fantaseoso recurso de los requiebros diplomáticos. Es decir, por ahí se perfilaría el vigésimo fracaso, y con todo, la grey protocolaria sería la llamada a responder por el futuro de los pueblos.

A medida que se aproximaba la hora del fin, los presentimientos de adláteres y archipámpanos se sumaban a la angustia general. Para estos el predestinado al Poder emergía de los mismos, o sería el mismo . . . ¡Feliz augurio!

Dado el declive peligroso de las calles de Quito, las bolas rodaban vertiginosamente. Y fue entonces cuando el pseudo asambleísta Ramos venía haciéndose presente. En las este-



ras oficiales se aceptaban de buen grado genuflexiones y relatos de sucedidos largos.

Un buen día solicitó la cuarta o quinta entrevista en palacio. Más atinado hubiera sido creer que el Gabinete presidencial era como su casa propia.

No sería ni el primero ni el único. Era que se era el más decidor y habilidoso. Sabía con quienes debía contarse, y con cuáles y quiénes procederse con medidas drásticas. Estaba al tanto de lo que pensaban y sentían los pretendidos reformadores sociales.

— En el Ecuador unos desequilibrados y turbulentos.

— El país no puede dar un paso firme con esa clase de elementos. Cuando fui liberal de escuela los odiaba de muerte. Ahora que los conozco— no podría afirmar si soy un afiliado— los desprecio.

— ¿Ud. ha sido liberal?

— Y de los bien definidos.

La catadura moral del político bicéfalo estaba al descubierto.

Pero se había convenido en llenar una necesidad, la de acicalarse cumplidamente, a pesar de lo barroco de su edad. Ya se le facilitó la coyuntura de redondear el proyecto de un banquetito en honor de sus grandes amistades.

Ese banqueté de estilo, en el que se expectoran ofrecimientos y se logran aquiescencias lejanas.

Y se realizó el tal banquete. Y se engulló por el indispensable y nunca olvidado porvenir de la patria. Días que se esfumaron las gratas impresiones recibidas.

Pero le tendrían presente . . . Y en la primera oportunidad . . .

- Dice Ud. que fueron ellos los que . . . ?
- Exactamente los mismos socialistas Aquese domingo era el día señalado Y no crea Ud. que se trataba de un intento revoltoso, así no más La primera bomba era para Ud.
- ! !
- Porque la barbarie comunista ha invadido el ambiente de los pueblos de América. En ese día, verbigracia
- Basta, basta, mi querido amigo. Ya veremos cómo queda la República, después de un expurgo en forma. Fascismo o lo que sea. Ya veremos.

El hombre de efusión en efusión o más bien, entonado con la amplitud de la confianza oficial, se puso a perseguir proyectos másculos.

La altisonancia del minuto encerrado en su mano no le haría andar mucho.

Tornasolado el semblante, chispeante la pupila avizora, tensos los labios que oprinían la sílaba inicial, Ramos se mantuvo unos segundos con la visual precisamente en las cejas del Mandatario.

El rítmico esfuerzo suyo obtuvo con tercio y quinto.

Toda la sala puso el oído atento a la melíflua voz del Jefe de la Nación Y desde cuándo el Secretario de Estado ?

- Sr. Ministro, ¿qué piensa Ud. del Sr. Alfredo Ramos? Y después de unas dos semanas:
- ¿Qué piensa Ud. Sr. Ministro ?

- ¿Mi opinión?
- Yo pienso que él debe ser quien ocupe dicha vacante.
- El Consulado de la Coruña?
- Pues . . . Debe saberse que es el mejor amigo de la casa liberal. Con una docena de esta clase de hombres . . .
- Por el magín del Jefe de Seguridad cruzaban nombres y nombres para el próximo éxodo a las "Islas Encantadas!"



LEVIATAN

Estaban a tantos de setiembre.

Los vientos rabiosos de Agosto parecían ocultarse detrás del Ichimbía, y tanto que las nubes perezosas se amontonaban por ahí robándose un poco de la púrpura del sol poniente.

Rostros de negros lavados con jabón de lejía semejaban los agros yacentes del lado de Alpahuasi.

Una sinuosidad de camino pedregoso se abría campo por la cimera del cerro visionario, y los ojos querían ver gente dominguera de regreso a Conocoto con sus compras preliminares.

Tal o cual auto se perdía de vista. Al ser noche cerrada, con sus dos linternas vanguardistas hubieran hecho señas como luciérnagas.

Era de saberse que un ciento de familias divertidas pernoctaban en Sangolquí o se trepanaban el juicio en las cantinas, bebiendo hasta el "concho". Los que no daban por divertirse con sus caras mitades, convidaban a ciertas hembras a la Magdalena, pasaban en Chillogallo la tarde entera, o tomaban un baño dichoso en San Pedro del Tingo.

Elvira Cortés y Calisto escogió esto último, con la particularidad de no querer hacerse seguir de nadie.

— Vamos a ver si me la encuentro en Sangolquí --se dijo Julio Latorre, su novio en potencia, pensando emprenderlas, sin muchas vacilaciones a ese lugar.

Desde la víspera había sudado en árduas conjeturas. Estaba rematado. La amaba con alma y vida, a pesar del modo de ver de su hermano menor que vomitaba pestes.

— Te he dicho ya que no es de mi gusto.

-- Y ¿qué tiene de malo?

— No me gusta ni un poquito. A tu edad, y con vista de tus antecedentes, te convendría algo mejor.

— Pues a ella la quiero. No me contradigas, por Dios. Soy capaz de abrirme la calabaza.

Y se puso a buscar el modo de aprovechar el día siguiente, que era Domingo.

Era que desde el jueves no parecía la "muy sabida".

De seguro había partido al Tingo a reanudar los baños. Era un hecho que tomó la portante, perurgida por su capricho de mujer rica, mimada de la sociedad quiteña campante, aún en medio de sus treinticinco menguantes.

— Ya ves que ella se manda. Yo en tu lugar...

— Es que ciertas cosas no exigen explicaciones...

Ya en Sangolquí, Latorre se mantuvo esperándola en un hotelito de Alfredo Salazar, frontero al camino de autobuses.

Arrieros de poncho terciado al través, con un sombrero azuzado por delante, azuzaban con silbidos llorosos. El polvo danzaba delante de la piara. La guardia de honor del carretero — eucaliptos y sauces de cien brazos como Briareo — hacía una venia a los que pasaban de rato en rato.

De pronto en la plaza del pueblo se escuchó a los músicos de Alangasí. Tocaban bien un pobre tango en casa de los sacerdotes de la Virgen de Mercedes. En donde mismo se ubicaba el presentido lugar del bailorio priósteril, se ignoraba.

A poco, la cholera tocada de fiesta se dejó ver por la calle principal, sesgueando hacia el Sur, como quien "coge" para la hacienda "San Roque" de D. Leonardo Monge. ¡Qué olfato de los chagras de los contornos, que en variado conjunto había dado de hocico con el paraíso terrenal! Bailaban desde no se qué horas, arremangándose la esquina del poncho de "castilla", y tratando con poco aprecio a los alpargatas nuevos.

Latorre se derretía de ansiedad.

¡Cómo se hubiera abierto campo él también en el gran patio con ella, con ella que era de él, sin admitir distingos de nadie.

Esperaba verla de vuelta del baño. Con la mente la increpaba por su tardanza. Pues bien, llegado el caso, la alzaría en peso sin más fórmulas. Porque su amor no estaba para aguantar siglos.

Elvira, al verlo, hizo un gesto de simulado desagrado. No es que se manifestara contrariada por la presencia insólita de su novio: muy al contrario. Sencillamente, quería darse un tono imperioso como siempre.

— No quiero que me sigas. Ya ves lo que son las bocas.

— Es que no me podía aguantar tranquilo un segundo.

Anoche te soñé por aquí mismo; no me vas a creer.

Fíjate ¡qué coincidencia! Sin quererlo me vuelvo supersticioso. ¿Te figuras?

— ¿Me soñabas?

— Te he visto aquí. Esto era como ciudad, y eras una de las que salen de la misa de San Francisco. A nadie te parecías, desde luego. Estabas hecha de una cosa celeste como una virgen de Rafael Salas . . . Y yo te formaba de nuevo con jugo de pétalos fresquísimos cogidos en la Alameda, recreándome en tu carita pulcra, cubierta con la neblina casta de la mañana.

- ¡Caramba! ¡qué galante estás ahora!
- Te veo de mejor modo, Elvirita. Será porque el agua que te has echado encima contiene la virtud de purificar hasta el alma.
- Nunca me has hablado así. ¿Eres poeta?
- Hasta hace poco escribía versos patrióticos en los periódicos de Guayaquil. Pero la política, la renegrida política . . .

No era renegrida la política, que le trajo a Quito en ese año como Representante Congresil por la provincia de Imbabura. Por la gloria ilustre de su patria chica hubiera sacrificado su patriotismo todo.

Se tomó pues el trabajo de ocupar un sillón de esos, por solo una dieta de sesenta sucecitos.

Latorre no era quiteño, por lo visto. Se encariñó con la capital de los Shyris, a causa de haberse prolongado su permanencia. Se admiraba de tenerse ya por capitalino de corazón en tan corto tiempo, con ser que era fanático por su tierra, hasta el extremo de haberse cogido con los dientes de la disputada Gobernación de la Provincia.

Quito le entró por los ojos, por la boca, por cada poro del cuerpo, porque halló primores de chiquillas, porque tuvo la suerte de besar con furia a las que vinieron a sus manos y a las que vendrían como por ensalmo, pues que el diputado novel se daba la mano con el seductor de profesión.

Y así fue como se hizo de un bocato de mujer que salía de la casa N^o 39 de la carrera Venezuela. Con dinero disponible no se cuentan fracasos, ni a las puertas del infierno.

No cabía de ansiedad con semejante hallazgo. Como diputado provinciano no le convenía arribar solo al puerto, ni gastarse todas las dietas así como así. Debía acompañarse de algún hermanito de leche, o hacer causa común con

sus camaradas de mesa, comiendo en un solo plato. Latorre pues no iba a distinguirse por el lado del dispendio inconsiderado de dineros, ni por frecuentar casinos turbulentos.

II

Un día hubo Congreso Pleno.

Se iba a modificar el cariz del Presupuesto.

Latorre no había cambiado ni de costumbres recreativas. Media hora antes de abrirse las sesiones diarias, se amistó con dos Honorables recalcitrantes de la Cámara joven. A buen seguro que a él no le gustaba llevar la contraria, así como no se ajustaba con demasiada el nudo de la corbata. Medio volvió el rostro, cuando en buena, o mala hora más bien, se fijó en una mujer garbosa envuelta en un fastuoso abrigo de piel.

Se dominaron recíprocamente. Ella le trituraba con los ojos. Y acertó a pasar y repasar varias veces. Pues bien, él se resolvió a reunir bríos desconocidos . . . Si repetía por cuarta o quinta vez, él suprimiría las distancias.

Así fue, se suprimieron las distancias.

Desde entonces se hablaban por calles apartadas, bordeando puntos umbrosos, haciendo durar las horas del día, aunque lo llamaran decidioso, impuntual el día de presentar sus Informes soporíferos, y de vez en cuando, alguna moción de contornos inaceptables.

Con algunos miles en el bolsillo, nada importaba aquello con tal que él pudiera hacer frente al amor de una mujer del más alto escaño social. Siquiera por comenzar por alguien. Y así fue cómo él al principio ni le tocó el punto.

Ella todo era hacer hincapié en el lustre de su descendencia y en lo mucho que significaba su persona, ambicionada

por reyes y todopoderosos de aquende y allende el Mar Pacífico.

Era la dama intocada hasta la presente por algún cholote de tres al cuarto.

Quito entero la conocía, ya por la estridencia de su carácter, jamás adicto a elecciones cochinas en la cochambre social, ya por su beatitud cristiana, que la impedía obrar por sí sola.

— A varios doctorcitos los he mandado a pasear —dijo una vez— No porque me desagrade el matrimonio . . . Es el mejor paso, siempre que le corresponda a una lo conveniente.

Nunca creyó verse favorecida por este lado.

Para su alcurnia de Cortés y Calisto Gándara, quizá por devenir de Hernán Cortés, con traje y todo, no valían una higa el Sr. Cristóbal Donoso, dueño de "Timboloma", Don Gustavo Arteta, Gerente del Banco Pichincha, el Dr. Alfredo Ponce Borja, Decano de la Facultad Médica y tantos Ganguetas, Gortaires y Angulos, que la seguían como perros famélicos.

Había nacido en el barrio más aristocrático, oyendo consejas sabrosas de caballeros y próceres, oliendo el incienso deleitante del adulo, rodeada de pájaros, de madrigalescas suculencias rítmicas, sin un elemento de contradicción ni de lejos.

Ninguna obra pía se llevaba a cabo sin su iniciativa prima. Los pobres recibían el medio centavo tales o cuales sábados por su propia mano. Pagaba las misas al P. Coloma, prior de Santo Domingo en persona, quien daba su nombre para la Presidencia de muchas cofradías. En suma, llegó a ser el alfa y la omega en negocios de religión. De no hacerlo así, los oficiantes de la causa divina hubieran dado pasos en falso.

Después de Dios, ella contaba con los medios ciertos para llenar fines sobrenaturales, sin otra anterioridad que su voz resolutive.

Sin embargo, habían corrido los años. Su reciedumbre joven resistía a todo. En sus adentros Elvira suspiraba por un hombre, según ella, de chapa prócera. ¿Hallarlo en Quito? ¿Buscarlo en Quito? Disparate. Ni los místicones aquellos reunían prendas medianas, mucho peor los funestos liberales desde Alfaro acá.

Y este hombre, que había penetrado en su casa, que se decía inteligente, de regular posición conquistada por añadidura, culto, más allá de culto, sin llamarse a engaño, ¿llenaría sus ambiciones?

Y ya lo iba queriendo. De cierto, que le encantaban sus anhelos de sobresalir, sus ofrecimientos. Y que eran ofrecimientos halagueños casarse pronto, luchar, saber luchar por ella con propios y extraños, y luego partir para Guayaquil o más lejos, con recursos sonantes.

Bueno había de ser él, educado en el Colegio de San Gabriel y de adhehala escritor asiduo en los periódicos de fuera.

- Te advierto que no debemos retardar nuestro compromiso. Lo que pasa que va para largo el tal Congreso.
- No es lo peor. Sé que tu hermano no me ve con buenos ojos.
- Mi hermano es mi hermano, por último.
- Te parece. Como tú vives subordinado a él.
- Cuestiones de política de familia.
- Se cree muy grande el gran señor. No me conoce a fondo; no sabe el alcance de mi nombre, enemiga como soy de temporizaciones humillantes. A cuántos he desdeñado por adesios!

Y sin aguardar más disquisiciones, Latorre confirmó su palabra de matrimonio con un beso certero.

En la cara modosita de Elvira no se pintó ningún desagrado. Mas bien le tendió la diestra constelada con los cuajaronos de diamantes en dos o tres dedos.

Estaban en aptitud de recorrer el mundo todo a pie, con esa frescura de ambiente pueblerino, propicio para el desbande de las mariposas humanas a ras del suelo.

* *
*

Las callejas del pueblo de Sangolquí dormían siempre encajonadas en sus tapias recién construídas. Más acá o más allá se hacían presentes las casitas bajas de teja, con sus tenduchas al pormenor, poyo de adobes y corredor incrustado de huesos, siguiendo cierta geometría singular. Vendían aguardiente como primera providencia, aguardiente de "barril" y desinfectado por copas y por botellas, debiendo saberse que sin este aditamento, no se enderezaba el buen humor de los humildes gagnápiros de tantos lugares . . . La chicha de morocho de a medio el vaso, la "granadina", la cerveza "campana" y alguna que otra botella de "kola" en frascos rechónchos con etiqueta de brillante litografía, llenaban los claros de la mosquiteada y porosa estantería, como soldados reclutas en desmedradas filas. Sin tales combustibles, no era de esperarse —óigáse bien— alegría endiablada en caras indígenas, curtidas por el dolor, ni en las entrañas del chagra hervían deseos de llegar a mucho.

Tiendas "ochaveadas" de variado bastimento, alacenas, con curiosas baratijas, avalorios chillantes, mercería, lencería y abastos en un solo cuerpo, que se sucedían sin interrupción, como símbolo inconsciente de unilateral expectativa de vida de los más avisados en el comercio. Y si el estanquillo era

la tienda de seiscientos sures de capital, el estancquero ocioso, murmurador y de equívoca procedencia, se valía para los menesteres de vender y cercenar pedacillos de queso y de raspadura.

En esta psicología tendera se resumían historias sin civilización, sin mucho estampido, cosas sin resuello modificador, tales como el cohete chino, el fósforo de bengala, la pólvora para escopeta española ó el indispensable querosin, junto a la vela de sebo.

¡Dichosos rincones de ensueño campestre para enamorados locos y más criaturas rebeldes o por rebelarse con el medio ambiente!

Caminos que parecen calles empedradas, sueltos en el espacio de unas cuantas cuadradas, todos con albercas y cercados de guabos por miles, de gran sombra, tomates y chamburos; frutas sin nombre, escoltadas por el eucalipto señorial, siempre a filo de tapia, recubierta de espinos y hierbajos anónimos; dorsos de pared acribillada de tetreros truculentos, a cuyo pie se sientan a descansar a medio día peones "conciertos" con sus mujeres, en son de yantar de su olla de barro, ¡cómo llegan a ser la poesía insumergible de los tristes, de los inadaptados, que buscan de intento algún contacto con la soledad de unos cuantos kilómetros lejos del berrinche ciudadano!

Latorre había gozado de lo lindo en ese día domingo. Tenía que aprovechar el siguiente desde muy por la mañana. Formaba parte de la Comisión de Hacienda, y como tal, le tocaba asistir imperiosamente al Congreso.

- Puedes obtener una licencia de dos días.
- No estaría bueno, después de toda una semana de inasistencia. La barra se manifiesta muy hostil.

Emprendieron por el regreso casi a oscuras en un destartado "Dodge" de plaza. Y todo, porque cayéndose de cansancio llegaron a Conocoto. Latorre nó; porque, durante las tres horas empleadas desde Sangolquí, no se hartaba de admirar la primorosa vegetación del valle de Chillo. A no ser por ella, Elvira, que deseaba acurrucarse confianzudamente en sus hombros dentro de la capota de un auto, habría ascendido solo a pie hasta Quito.

La tarde estaba turbadora, melancólicamente turbadora por la gran esplanada de los Chillos. Los sembríos de hacienda eran cuadros cubistas inhalándose del opio vespertino. Los nevados, en número de no sé cuantos, se arrancaban de sus bases. Haciendas apartadas, a cual más salientes del arbolado compacto, avivaban airosas el fondo panorámico.

El horizonte madrapería iba tomando visajes nuevos, con el insuflar de nubes carminadas, tensas, espolvoreando humo y luz.

Parecía que las casitas rectangulares cambiaban de sitio o pasaban al espacio escueto con otra forma. Ya por las alturas los campos ariscos se encogían de frío como sus dueños, ocultos en las espadañas cerriles; repechos, cañadas, laderas cortadas por el viento, suplicaban por una ráfaga de sol, y como arañazos y rasguños sobre la piel amarilla del valle, se veían tal cual camino soledoso, sin continuidad conocida al parecer. Mas bien, abajo el río San Pedro fulgía como los anillos metálicos de una boa rozándose provocativamente con los chaparrales sitibundos de la carretera.

III

Latorre obtuvo un sonado triunfo en la Cámara por no sé que ley Reformatoria sobre la propiedad, por el lado de la Exposición de Motivos. Y no es que fuese un hombre de arrestos intelectuales ni lectivos, pero con un secretario de confianza, ¿quién no se arriesga a pasar a la historia?

Por ahí se le coló un fulano escritor en desgracia, prestándose para el desaguizado, como pasa o puede pasar ahora que, por una bicoca, se hacen milagros en materia de dictar leyes. Empolló sobre unas cuartillas de papel, y salió airosa la tal exposición de motivos.

Suficiente material exhibicionista, con el que Latorre satisfaría a quienes le dieran representación, y quizá a la fortuna en figura de Elvira Cortés, por quien se hubiera descrismado en algún laboratorio filosófico, marca Bergson.

Sus amigos le fortalecían con frases admirativas, luego ¿a quién diablos iba a temer? No es que hicieron lo propio unos cuantos? Solo el gabán lo guarda su dueño propio, por principio usándolo él solo, y a veces también la mujer pertenece a uno, cuando vale la pena.

Por lo demás, no nos vengan con que la originalidad en general es una virtud clásica, y que el que escribe alguna quioscosa en cualquier materia de legislación, necesariamente ha de manifestarse como padre legítimo del aborto. Que la prensa opositora, que la crítica chismográfica, que don Fulano se viene por ahí con un garrote, que el compañero de moción oyó llamar vino al vino, ¡disparate! Todos son peleles del buen sentido, y no hay uno que no se haya futrado sobre la lógica, sobre la gramática, sobre el latín y sobre la verdadera eugenesia de los principios.

Andaba bien la cosa, aunque no contaba con la aquiescencia de su hermano, de este hermano de la contradicción supina. ¿A qué le venía con que era una indecencia querer a una mujer? ¿De dónde había sacado descrédito y medio contra la pobrecita? ¿Qué sabía él de su vida íntima, si no fuese por intermedio de tanta gente maldita, que anda husmeando en las goteras pútridas de la casa?

— No es que saque de mi cabeza —añadió martirizante— Esta mujer no te conviene. Ya entrada en años, ansía asirse del que venga. Convéncete. Te engaña con sentirte el preferido. Además, que se cuentan de ella primores.

— Y tú das crédito?

— Y ¿por qué no, si viene de fuente fidedigna? Se sabe que mantuvo relaciones con cierta capucha allá por el año 10. ¿Ahora exiges el nombre del siervo de Dios?

— Mentira, Rafael Antonio, mentira. Todo es que una buena mujer se confiese con frecuencia para que le arrebiaten hombres de hábito? ¿Así que no hay otra solución?

— Por otra parte, al correr del año 12, mientras andaban ufanados aquí en ajetreos horrendos contra los Alfaro, un oficial placista camelaba a la beata de coturno con posibilidades de éxito. Jóvenes ambos, ambos llegaron a entenderse; el uno capitán de ejército, la otra golondrina de campanario, y luego la ocasión, la insistencia, los llamamientos de la sangre, ahí tienes que el bocado le sentó de perlas al capitán de mi cuento.

— Yo no creo. ¿Te figuras en el orgullo que carga ella?
— Déjate de genealogías zarandajas. La mujer expuesta en el horno de las tentaciones arde como tocino gordo . . . ¡Patrón nobiliario! ¡Presunción de alcurnia! Para los tontos . . . Nuestras hembras viven suspirando por seres ultraterrenos, sueñan casarse con margraves y **condotieros**, de . . . cartón; se hacen llevar al Viejo Continente, en donde saben que han nacido con la corona de Isabeles y Catalinas, beben con el inventor de la heráldica en el cráneo de Carlomagno, y así pasan el tiempo, esperando la llegada del príncipe oriental. Total, que de tanta liquidación de hombres, ahí se quedan solteras, sirviendo al Sr. que todo lo ve de dormitorio a dentro . . . Si es por sus pocos reales, es una debilidad tamaña atenerse al erario de la esposa . . . No te cases con ella, Julio, por lo que más quieras . . .

— Ya es tarde, Rafael. No me convencerás nunca.
Y le volvió la espalda.

IV

Ahora era Elvira la que convidaba al campo a su adorado. Conviniéron darse un salto hasta Machachi. Los Baños de Tesalia devuelven hasta la ufanía perdida. Siempre que el amor quiere salirse de madre, escoge Tesalia. Fuente de salud, piscina de Siloé, aguas de Juvencio, no están escondidas en el polo. A poca costa va allá el turista en auto. Si quiere, puede quedarse para repetir la operación, y sino, después de unas cuantas piruetas por esos lugares, siempre risueños, como un despertar andino, regresa a Quito sin novedad.

La alegría del viaje puso en tensión sus arterias. Jamás experimentó tanto gusto como ese día . . . Ya se consideraba dueña de la casa, que mandaba en voz alta, no solo a los suyos, sino también . . .

— Mira, Julio ponte este sombrero "macho". Nada completa al hacendado como el sombrero y el caballo. He pedido el mejor animal para tí a Ichubamba. Como debes ser más jinete que Napoleón . . .

Revolvió baules y cómodas. Entraba en la cocina. Buscó pañuelos en su costurero de ébano, embutido de concha. Se encasquetó un gorro de seda rojo. Sobre un vestido blanco, estilo sastre, le sentaba de perlas corbata azul, guante suavísimo de gamuza, el relojito de pulsera que le costó más de 500 sucres donde el gringo Brauer y seda china desde la camisa hasta las medias.

Y ella que tenía una exhuberancia de manzana "emilia". Sus mejillas intocadas, gordas, pimpantes como el melocotón de Ambato. De una preciosura armónica y con el talle feroz que llevaba orgullosa, los dos senos inquietos se le escapaban rompiendo la chaquetilla inocente.

Latorre observaba de hito en hito los tesoros ocultos en ese cuerpo semidesnudo. A corta distancia se mantuvo algunos minutos, conturbado, dispuesto a devolverle con mejores adobos de ternura la que disparaba de su parola agitada.

— Me muero, hijito, son más de las ocho.

— Pero si nada falta.

— Mis perritos se quedan solos.

— ¡Y qué! ¿te los vas a llevar?

— Nunca se separan de mi lado. Los he criado con más adulo que a mi gato "Moisés".

— No seas loca. Déjalos al cuidado de . . .

- Imposible. Se morirían. Muy bien caben en el auto.
 — ¿Esos dos elefantes? ¡Vaya con la gracia!

Y como traídos a propósito, se le plantaron a boca de jarro, jadeantes como un tren sediento. Eran dos corpulentos alanos de mirar fosco. Y no por corpulentos, repulsivos, sino por su ladrido infernal y por la disformidad del hocico recubierto de cerdas y baba. Rictus negro amenazante, sórdido, estudiada fachenda de animales acostumbrados a encaramarse hasta el altar mayor a la menor señal. ¿Cómo atreverse a viajar con ellos un minuto de tiempo?

Ella recalcó imperiosa:

- Se van conmigo y no hay mas. No los dejen solos.
 ¿Tú crees que no han intentado robármelos, rompiendo la reja de fierro del patio?

Latorre tuvo que cruzarse de brazos. Talvez, como ella decía, la costumbre era ley en esa casa. En fin, no serían carga pesada a la vuelta de media hora de camino corrido.

Lo curioso estaba en que los canes rabiaban de furor, estorbados por la presencia de Julio. Hacían por querer lanzarse como tigres.

- ¡Leviatán! ¡Fumarola! ¡quietecitos, cuidado!

Como que se aplacaban un poco. Se les acomodó en el auto. Latorre se movía nada nada menos que temeroso.

Elvira los sentó a su lado, dándoles palmaditas repetidas, a cambio de tanto besuqueo inmundo de los inconformes cuadrúpedos.

En Machachi comieron los amantes hasta tocarse con el dedo. Ya en el baño de Tesalia gastaron más de una hora, como dos ánaes en un estanque bañado de sol.

Latorre no las tenía todas consigo. No podía intentar nada, sin que el rabo brusco de los perros le escoriase la piel. Saltaban, brincaban se solazaban en la falda de su ama

— ¡Quítate los, mujer, es un horror! No das un paso sin ellos.

— ¡Pobrecitos! Si es que parecen racionales. Ya verás cómo conocen su puesto.

— Me repugnan. Bueno está por un rato.

Ella se esforzaba por espantarlos.

Los conminaba fuertemente; pero los animales a todo trueque, no se apartaban un palmo.

Latorre era pacífico como pocos. Y no se diga solo porque estuviera enamorado hasta los hígados: en cualquier coyuntura peligrosa sabía dominarse. De modo que dejó pasar el mal rato, encargándose más bien de temas diferentes.

— Puede ser que por esta vez se haya excedido —pensó—
Poco a poco lograré arrancarlos de cuajo.

Bien podía ser así. Resabios de la costumbre: se pegan a uno como trébol seco. Con el tiempo se verá si el arbolito necesitaba poda, o si era un caballito que requiriese el manejo de un experto.

Entre tanto, mejor sentaba el buen modo. La mujercita llega a llorar fácilmente. Por algo se parece a la gata marrullera de la noche. Ya que tiene hambre, ya que le deprime el frío, cuando en realidad lo que busca es abrigo en el lecho y . . . santas pascuas.

*

* *

El fantasma congresil ofuscó la atención como nunca. Se habían realizado maravillas en materia de leyes, proyectos y considerandos. Recargos de literatura discursista, brindis en calidad, cantidad y espuma más notables que el descubrimiento del radio, asediaban sin tregua. ¡Qué profusión de barrullos fiesteros con motivo del Centenario Republicano! ¡Cuántas pompas de jabón elevadas al Pritaneo de la gloria! ¡Qué fluir de verba grandilocuente de Presidentes y Secretarios de Estado, Directores de escena política!

El mundo había quedado aturcido con el estruendo diti-rámico de tanto héroe literario premiado en varios concursos a la vez. La tierra quería salirse de su eje, con el peso de tanta fama ecuatoriana cargada de honores, y no había de ser Latorre, por ningún título, de los últimos, siendo en su tierra de los primeros con pantalones y todo.

Cuatro proyectos filamentosos dió a conocer en la última semana de sesiones. Discutidos en primera y en segunda, los hados de la Patria los guardarían hasta la Legislatura próxima como conservas oprimidas en lata. ¿Volvería Latorre a su Gobernación, entre tanto? Con más gana que los demás, a quienes la Ley de Elecciones les favorecía con tercio y quinto. Y no solo que tenían a la dicha ley de parte de los Gobernadores, sino los Directores de Estudios, Secretarios respectivos, Intendentes, Rectores de Enseñanza Secundaria y más siete oficios, investidos legalmente con el cargo cambi-dizo de legisladores.

Estaba pues solucionado el futuro del novio. Sería el Gobernador reelegido, a raíz del festín legislativo, y se llevaría a su heroína de toda a vda. Y qué heroína!

Era rumor corriente que Elvirita Cortés desafiaba en hermosura y riqueza a la diosa Palas, que también se dió a la tarea de buscar marido, haciéndole ascos al viejo Júpiter del Olimpo.

V

Elvira no paraba en su casa una hora. Si antes de ser novia, apenas se daba tiempo para los bajos quehaceres, ahora sus agitaciones de puro noticierismo y visiteo, la reclamaban en muchos lugares. Contó su caso a sus amiguitas, a sus admiradoras, al menudo sirviente, que maldita la gracia que le hacían un hecho como cualquiera otro.

Sé casaba la incasable, la dama linajuda, la divinidad de Quito, custodiada por serrojos y puentes levadizos, cual otra Floripes, y no con un par de Francia, sino con un Latorre cualquiera, padre conscripto por la voluntad oficial.

Unas la felicitaban con despectiva actitud; la censuraban otras desenfadadamente. ¿Con quién se casaba? Con este Latorre de Ibarra. ¡Quia! No era gran cosa. Bien podía ser de Pimampiro o de Quichinche, arreamulas o tejeponchos en su "llacta". Pues que lo de la procedencia era lo principal. El hombre, según ellos o ellas, valía tanto cuanto tenía en su bolsillo, por vía de herencia, por el lustre de su apellido y por el lugar donde le cupo abrir los ojos. Solo con haber salido de un repecho del Pichincha o de Alpahuasi, tenía uno ganada la estimación general. Había que añadirle unos asperges de aguas bautismales en la iglesia del Sagrario o San Sebastián para poder llevar el nombre de quiteño, sin cuya investigación no se podía ascender al estrado social.

Latorre era, por lo visto, chagra, y decir chagra a un mortal, aunque fuese un genio, era imponerle un sambenito de estigma. Quedaba al margen de consideraciones personales, y apenas hacía peso en el Areópago de la política redi-viva.

Para Lolita Checa un novio debía ser alemán de origen, con unos diez millones de renta. Rosalía Quiñónez no pen-

saba casarse con provincianos de dudoso lugar. Rosana Araujo ganaría los mares en hidroavión, con tal de librarse de tanto tipo venido a Quito porque sí. Laura Román y Calisto, se había de conservar intacta, antes de entregarse a un cualquiera, elevado a la categoría de hombre. El mejor partido de una chica bien nacida era el claustro. El mundo comenzaba en alguien, que se preciaba de caballero y resultaba un sinvergüencita sin nombre, sin concepto alguno de nobleza, por haber salido de la plebe.

Berta Salazar, ex - novia por vigésima vez, opinaba por todas. Sin darse por notificada del estío de su edad, que le iba agostando el rostro con ligeras ranuras sobre masa cruda, se vanagloriaba de sus exigencias en escoger pareja. No le gustó ni uno. Y que se había rozado con muy exquisitos. Ya, a punto de unirse con un Gustavo, con un Gonzalo, con un Alfredo, con un Arturo de esos —los que tiran a nobles escogen suntuosos nombres de pila, que tienen algo que ver con historias reales de medioevo— se sublevaba su buen gusto, y a paseo con ellos. No habrían de mirarse en tal espejo: Ella aspiraba a un trono en las cumbres del "Ruco—Pichincha". Con el "juego de haciendas" que poseía por tierras del Norte, por Latacunga y el Chimborazo, seleccionaría despacio, y siempre con el concurso de criterios en el seno de su familia, la más limpia, la más señorial de Quito.

Y así en un triz estuvo de llenar el cholo a Latorre, si no se hubiera tratado de su Elvirita, pues al fin y a la postre, ella se había fijado en uno, podía suceder que éste uno fuera gente.

Los ajetreos comadreriles de Elvira congestionaron las pasiones desesperanzadas de no pocas señoritas en reposo otoñal. Pues si ella, Elvira, se iba a casar, ¿por qué no ellas? Lo que sucedía que no supieron agenciarse, ni poseían el arte de la atracción a poca costa. Con salir de la casa a la iglesia y de ésta a la hacienda, situada, cuatro leguas afuera, no se conseguiría un buen enlace. Hacía falta un servicio detec-

tivesco, a través de los cotarros de gente nueva: urgía ser presentadas con más frecuencia y, a muchos elementos de diversos caprichos y singularidades, y, a buen seguro, sí resultarían electas por alguien.

*
* *

Quito era un vivero ardiente de acontecimientos singulares. Uniones híbridas, imposibles, inexplicables se venían sucediendo, con todo, de veinte lustros atrás. ¿De cuando acá solo una era la predestinada? Pues bien ¡a la obra!

Este reconcentrado husmeo solteronil fue tomando proporciones desconcertantes y estalló en carcajadas futuristas en el rostro de Rosaritas, Guadalupe, Conchitas, Marietas y Guillerminas pasadas de moda, pero que se agarraban con una mano al árbol genealógico y con la otra a la futesa romántica de casarse con . . . el que deparare Dios.

En la alcoba de la Cortés y Calisto había lienzos de santos y santas que intercedían por ella día y noche. Encerrado, en marcos de oro y de un tamaño descomunal, ocupaban un sitio prominente en la fantasía de la devota, pródiga en homenajearlos con flores y ramilletes de brillante papel, con vaharadas de incienso, comprado a diario en la calle del "Comercio bajo", previamente bendecidos en la capilla de Santa Rosa de Lima los días sábados.

Se aprestó a seguir una novena a San Vicente Ferrer, pidiéndole, entre otras cosas, su ayuda eficaz en lo que se proponía llevar a cabo. Por medio de su intersección saldría con bien del cometido. Y antes de nada, ella vería con claridad en el fondo, y por ende, sabría pisar sobre firme.

Rafael Antonio Latorre no quería salir de sus trece. La tal Elvira de su hermano era mercadería averiada. ¿Quién le iba a convencer de lo contrario? No la hubiera apetecido él ni para una amante vulgar, so pena de cargarse con la censura de unos cuantos . . . Ya volteaba el risueño arrefice de la vida, y además —esto quiso remachar en la cabeza de su hermano— dió mucho que decir allá en su primera juventud.

—Luego, ¿no lo ves joven?—preguntó, realmente intrigado el novio, mas bien él irónico y cáustico, una vez que se resolvía el asunto.

— Hombre, la veo como está. Pisa ya en los cuarenta.

— ¿Qué dices, hereje?

— Que la quieras a despecho de todo, es otro cantar.

— Y hoy más todavía. No existe otro recurso que rematarme.

— Una monstruosidad, Julio, sin haber pedido informes al público

— ¿Al público, dices? ¿Al que deshace en un triz reputaciones bien cimentadas y juega con el lustre de familias decentes?

— Pues ese público cruel no se equivoca de vez en cuando, porque le ha tocado penetrar al dintel de la más recatada. Elvira tiene en su contra . . . Mejor será que me calle. Tú verás mejor que yo.

— Ya sé a dónde vas.

— Voy a querer disuadirte que desistas y nada mas, ¿Puede haber alguna cosa como envidia en casos como éste?

— Yo no digo tanto.

— Es que te ha deslumbrado. Más parece que vas a sacar la lotería, con hallazgos abarrotados allá en el

desván de la piedad hipócrita. Te figuras encontrar una santa, una virgen prudente en la gazmoñería, en la petulante prestancia de una que, bajo el alero de la unción devota, ha caído muy bajo.

- No digas eso.
- Hazlo, hazlo, tú que dices conocerla mejor que yo . . . ¡Puerca! No merece otro nombre . . . !
- Buenos estamos.
- Ya te he dicho, no me opongo. Está en tus manos o
- mejor en las suyas. Ya te ha cogido . . . ya te convencerás de lo que digo.

*
* * *

Contra lo que pensó al principio, pasarlo en Machachi, en Cotocollao o en el valle de los Chillos unos quince días, con su Elvira convertida en esposa, Latorre se dejó arrastrar al acto oficial por el dictamen de unos amigos de Cámara senatorial. Hubiera constituido un crimen de lesa sociedad casarse a boca callada.

¿Qué se diría después? ¿Que pensarían de él tantos que se preparaban a leer su nombre en la primera plana de los periódicos? ¿Cómo se iba a tolerar que un matrimonio de rumbo se hiciera a escondidas, siendo el Presidente del Senado el que se inclinaba a la coyunda? Pues no Sr; Latorre era merecedor de la atención oficial, y ésta debía tomar a su cargo su suerte, abriéndole espacio e interesando a los H. H. de Vicepresidente de la Cámara para abajo.

Unos tales Licurgos pusieron al tapete de la discusión el próximo enlace Latorre—Cortés y Calisto. Y para redondear algún plan deliberativo al respecto, se suspendió por una semana toda labor legislativa.

Ideas van e ideas vienen, se designó al Presidente de la República como uno de los padrinos de los esponsales. Con tal motivo, se daría un gran baile en el Club "Pichincha", turnándose banquetes de parte y parte: eso sí haciendo hincapié en la necesidad de unir las aspiraciones de una región con otra, enalteciendo a colectividades consabidas, centros aristocráticos, grupos de tal o cual salazón política, con el adjetivismo de estilo, vertido en revistas y papeles de resopló literario.

Latorre, el Gobernador caciquil, desde cierto Presidente Constitucional ante-juliano, se mantuvo incólume en su puesto. Y no se diga que le habían removido siquiera un segundo. Para él no se inventaron revoluciones, ni con él tenían que ver las transiciones históricas de los pueblos que se fijan en otros hombres, en aspectos nuevos de administración para empujarlos con viento fresco.

Permanecía inmóvil, intocado, enhiesto en su empleo insular. Decía pertenecer a una casta de hombres necesarios en su tierra, como el aire respirable, como el agua jabonosa que despercude el trapito sucio. Su nombre tumular de cal y canto o de cemento armado, sonó siempre a la cabeza de las ternas consulares, en el engranaje de confianza y en la parte eruptiva de informes anuales, con la misma continuidad del decorado con que en las "notas de sociedad" reseñaban su viaje de ida y venida, en perpetuo goce de licencia o en vísperas de gestionar un bocadito más condimentado.

Latorre probó de todo en los tres últimos gobiernos del Ecuador, más bien dicho, con los suyos paladeó, masticó se metió en la andorga tanto material alimenticio, tanta cifra de Presupuesto que era un contento.

Hasta que le tocó, en fin de fines, subir a la Presidencia del Senado. Por tanto, su nuevo estado civil no era un acontecimiento baladí: había que celebrarlo con salvas mayores, como una efemérides magna, y allá se quedaban en

importancia conmemorativa los nombres de Bolívar y Sucre, como en vía de ejemplo.

Mas de cien familias linajudas de Quito fueron las invitadas al matrimonio. En su mayor parte algo tenían que ver con la graciosa contrayente. Que por ahí existían primazgos en segundo grado, tiazgos en potencia propinqua, un pedacito de parentesco por el contorno materno o paterno; que por la quinta o décima rama resultaban parientes; que por éste es el otro intrínquis de familia, le correspondía el marquesado de Pica-pica, el conventillo de Pomasquí, la capitania de Guápulo en materia de bienes raíces, la abadía del convento de Santa Clara, si viniere al caso.

¿Quiénes eran los novios? Pues a la meznada curiosa había que responderla con el tapaboca conocido: dos personajes de la nobleza ecuatoriana, el Presidente del Senado señor doctor Julio Serventesio Latorre con la espiritual matrona Elvira Cortés y Calisto.

Con esta idea de la pro genie, la fantasía popular se forjaba maravillas en lo tocante a preparativos. Autos que bufaban como becerros hambrientos por calles y plazas; gente de chistera encajándose los albísimos guantes; flores y más flores desde el pórtico del templo de Himeneo hasta la cabecita orlada de la diosa; perfumes, ensueños, cortes de amor, material poético, en punto de caramelo, música fresca, indumento nuevo, programa orquestal y de humillo del banquete elevado al aire, condensándose como nube de tormenta.

Nadie se hubiera dado a creer, entretanto, que en medio de tamaña apertura de festines y mundanerías galantes, el pueblo zoquete se debatía de hambre.

Una tal revolución juliana, en vez de aflojar el dogal del cautivo lo atirantaba más, sobre todo por los que vinieron después a desvirtuarla. ¡Oh los que sobrepusieron a ella! Una cohorte de hampones, de atorrantes que, hicieron escuela desde lejanos tiempos y regresaban como a su casa. Ben-

dita revolución burguesa, vuelta al revés como birrete viejo! Bonita revuelta aquésta, con elementos retrotraídos de las antiguas capas telúricas, todavía con la argamasa de las Pirámides en los entendimientos! Divina revolución juliana, que tenía en su favor los mismos atentados, los mismos enjuagues sucios, iguales y peores componendas con los genizaros de la víspera: revolución beocia; más bien, revoltijo con la mano en un barril de chicha sedimentada, nada más que para so- liviantar la inmundicia del fondo.

Adviértase que, con elementos maldicientes, que no transigen ni en el cielo, no se puede ganar ni a la rayuela. Por desgracia, nos han quedado algunos con el título de reformistas inadaptados. No se aquietan con nada ni con nadie; pasean por sobre la sangre el colorido de los tiempos y el cariz de las situaciones, pegando a la pobre borrica de Balam.

El otro Latorre era de esta laya de hombres.

Liberal de escuela, terció en lides ardorosas con su pluma, sintiéndose incontrastable, intransigente en demasía con las porquerías corrientes. Y es sabido que por ahí no se llega a ninguna parte. Y él no llegó ni al oterillo de un destino de vigésima cuantía.

En tanto que su hermanito Julio, poco o nada afecto a gastarse tiempo en escribir bien su nombre, llegó a la cúspide, y ya iba acolocarse al azul empíreo como un aerolito. Si, se casaba bien en la capital, con más que su nombre senatorial. llenaba los ámbitos de la actualidad política. Por falta de sentido práctico, no se quedaría en seco.

Sonaba su hora y no era tan candoroso su olfato para hacerse de rogar con el plato servido por delante.

—Mi hermano Rafael Antonio se ha vuelto contra mí— se dijo Julio.— No hay duda; es un malvado a carta cabal.

Venirme con que Elvira . . . ¡qué bruto! ¡Que alce el gallo con otro so . . . ajo!

Lo de siempre en esos pueblos politicómanos de Sud América, que los hermanos de pila no lo son en principios. Se batan desde campo opuesto, unos con el gorro frigio en la mano y otros con la enseña azul al cuello. No era de extrañarse, por lo tanto que de los dos Latorres, no saliera un rascacielo, sino la torre de Babel, de cono dentado y truncado, a unos pocos pies de alto.

V

Elvira se multiplicaba en sus agitaciones domésticas. Aunque por otro lado no le dejaban en paz sus amistades.

Mujeres de severo continente, que daban gracias a Dios por el inesperado partido; pero en sus adentros se mordían de envidia. Unas tales primas, de edad filosófica, que la seguían de arriba abajo, con sus consejos desgajados del P. Mazo; las chiquillas del vecindario que no la abandonaban nunca. Y todo era la cosa, con un carcajeo continuo, más claro, como una fisga cristalina, de temperamentos burlones, atenedos a su relente claro de juventud a través del cual veían.

Y por ahí estaba la señorita Berta Bolaños, casta diva de sesenta años cumplidos, que había vivido pocas horas en su casa, por no serle posible dejarla un momento sola a su Elvirita.

* *
*

Era de cajón su apego íntimo, una especie de maridaje o mujeraje con su amiga de muchos años, dándole la razón al vulgo que las veía inseparables durante el sueño y la vigilia. Costumbre adoptada por la beatitud, con entreveros de pasión, por algo o por alguien, cuando se ha retardado el mando. Las sangres locas se entregaban al mundo sin más rodeos, en tanto que estas otras, en la penumbra de su espera, no se cierran el amor en forma humana sino decidiéndose por un gato, por un perico parlero o por un perro de faldas, grande o pequeño — tanto da— acumulador eléctrico de energías pasionales desconocidas.

Justamente la vispera del connubio, fue el acabóse de la novena a San Vicente. ¡Qué maravilla de siervo de Dios, haber alcanzado el hito de su felicidad en la persona de un perilustre humano! Y con todo esto, existían incrédulos que volvían la cara a un lado, en nombrándoles casos sobrenaturales.

Después de cerrar el novenario con la jaculatoria de estylo, intentó acostarse.

Pasada la media noche, quería descansar por fin. El día íntegro había empleado en visiteos de ínfima importancia y en arbitrase medios de que estuviera listo todo.

Se hallaba a solas con sus pensamientos, preocupaciones y recuerdos, inclinándose al vitral del pasado. ¿Sería este hombre el que le convenía? ¿Congeniaría ella con su liberalismo de hombre combativo? ¿No sería una necedad privarle del libre goce de sus preferentes simpatías? Por ejemplo, ahí estaban sus perros adentrados en su cariño. Por ningún pienso permitiría que se los aislara como tales. Formaban parte de lo más entrañable de su casa. Los había criado, mimándolos como a pimpollos de pecho. Eran tan comprensivos, olizqueaban el menor respiro, adivinaban hasta en el vuelo de un ave. En particular Leviatán, alano auténtico, de estampa bravía y talante temible. De color

chocolate, manchado de blanco por el pecho; por el lomo obeso resbalaba un brillo de gordura palpitante. De un tamaño gigantesco, pasaba por ser de Alaska, digno émulo del lobo de esa región fumosa; tosco el resoplido, su andar en son de acometida, con sus patas bien cuidadas; tan inteligente en la fidelidad, como en la intromisión de perro de alcoba adentro, por habersele educado así con estudiada habilidad.

Mientras el silencio cobijaba piadosamente el sueño de la opulenta novia, entre dormida y despierta, el animal se puso a ladrar con salvaje intensidad. Vomitaba de rato en rato un aullido como un agorero, que, en vez de debelar una catástrofe próxima, la concita con más gana.

Y luego soltaba ladrido tras ladrido trepanante, con el belfo rasgado, con capacidad de atrapar un gran pingajo de carne con huesos y todo. Si lo dejaban libre, habría saltado como una onza africana por encima de la casa o hasta la cumbre de una colina. Lástima que lo tenían encadenado en el patio, cuyas cuatro paredes le respondían con su acústica a sus protestas.

— Concha, suéltalo un rato ¡Así es él, si no se está siquiera media hora en mi cama!

De un brinco se pegó a la puerta del dormitorio. Con ese tableteo del tigre en celo, perurgió la entrada. Elvirauntuosamente le pasó la mano por el pelaje retemplado del lomo, alternando palmadas y arrumacos, con diminutos cucos que le finchaban de orgullo.

Leviatán no se cabía de orgasmo afectuoso; fustaba con la cola; pero pegándose todo él con el hocico baboso, mordizqueante, parándose en dos patas, en actitud de abalanzarse, retrechero, quejumbroso, como niño hambriento transido de gélida ternura.

VI

Muchos vinieron a saber que era día sábado: revisión de cuentas atrasadas al fin de semana.

Quito se metía hasta la cintura en baños aromáticos se pulía el rostro, se daba toques rotundos, soñándose ciudad cosmopolita, emporio de juventud y modernidad.

Quería ser vista en conjunto y barrio por barrio. Rojeaban los techos de teja bajo los cupideos de un sol de verano combustionante. Lamos de ensueño sombroso se tendían debajo del séquito de árboles desperdigados por las colinas urbanas.

Los ojos divisaban palomas mensajeras por los aires, enviadas por algún régulo Shyri desde el Panecillo. Y, sin lugar a duda, que los campanarios estaban animados por seres curiosos, que veían algo en las alturas límpidas: el atisbo de algún avión, saliendo de la nube cenital, en forma de volcán apagado, avión que tomaba rumbo hacia el épico Pichincha.

La gente andaba con el ánimo rehenchido de un gusto infantil. Por el ambiente absorto corría un eco de fiesta, un rumor musical, como pasodoble a compás de una parada militar. En las calles se aglomeraban grupos verbosos. Las conversaciones se coloreaban más y más con el sucedido del día, pasándose de mano en mano la hoja de un periódico. Una que otra noticia de Guayaquil, contundente como una bocanada de fuego, hacía fruncir el ceño, sobresaltaba un poco y abría la boca al comentario. ¿Qué más daba? La mala suerte general asolaba indistintamente.

Algún audaz emitía que era corriente y moliente el que las necesidades pululaban como ratas; que se habían dictado leyes y leyes, más que en la Roma de Justiniano; y no obstante, se cernía un viento turbido sobre las cabezas.

En Quito no dízqué se sentía mucho el mal. Lo decían los que poco alcanzaban de conflictos sociales, y no se fijaban en el color y la forma plástica del proscenio.

Al día siguiente vendría la mejor. Lo pensaban con aguzada ansiedad familias desahogadas, que para los domingos guardaban la piedad nueva, con vestidos propio de día festivo, siempre que lo pasaran fuera, con las mascotas divinas llamadas ilusión y juventud.

*

* *

Siguiendo al pie de la letra los números del programa convenido, el baile de novios se había prolongado hasta más de la madrugada del domingo. De los lindes de la borrachera belicosa pasaron al sueño, quienes no se sentían fuertes.

Por lo visto, se bailaba todavía con una "electrola" del Club. Y eran los más jóvenes primogénitos afortunados que seguían a sus padres en saber y desgobierno, "farristas" de más pujos, con pocas excepciones, sobrinos o neosobrinos de la Cortés, por Cortés y Calisto, o por lo que Dios quisiera.

Y ya se veían en apuros imperiosos, en particular los novios, empeñados en torcer el derrotero de su luna de miel, cuyos cuernos señalaban Cotocollao y Sangolquí.

Se hacían los sordos talvez los concurrentes, o no se escuchaba nada al través del barrullo de vueltas y más vueltas al rededor de la gran sala centellante, con rojizo rubor de incendio lejano. ¡Qué fluir de música ortofónica condenada al duo, al trío, con acompañamiento de instrumentos salerosos!

Ponían a disposición discos de moda, arreglados para baile y escucha. Lloriqueaba el violín nocturniego compinchado con la guitarra expresiva. Silbaba el flautín, la flauta de mí bemol, junto con un gangoseo de voces de contralto y barítono grave, saliendo del pulmón de una banda de músicos. O si no, eran sanjuanitos, pasillos efectuados de bohemia quiteña, yaravíes nostálgicos de allá del Norte, a cuyo contagio de tristeza aborígen, surgían parejas espontáneas, como para no desligarse nunca.

Como a eso de la tarde, se vinieron a dar cuenta de que los novios habían desaparecido. Cierto. Tenían derecho de buscar su cobijo matrimonial lejos de los profanos.

Escogieron el mismo Sangolquí de sus prístinas complacencias.

Lo curioso del caso, que Elvira no pudo aguantarse dos días seguidos en su papel de desposada. Que nadie estaba en la casa; que la gente de servicio no era a propósito para nada; que sus cosas, sus quehaceres y sobre todo, sus perros... Nunca se quedaron sin ella y para tan largo tiempo. Quería volar. Se agitaba de angustia.

— Déjate de gatos y perros! ¡No faltaba más!

— Ni un momento, hijo. Mi casa antes que todo. ¿Te figuras lo que habrá pasado desde ayer?

— Y no tienes a la Berta?

— Ni la Berta ni la Concha, ni los dos longos chiquitos valen un pito. Si no estoy sobre ellos....

— Pues en tres días más no se cargarán con las paredes...

— Dios no quiera. ¡Ni un segundo me quedo!

Era terquedad, y más que terquedad, amor casero, elevado a la décima potencia, lo que la impulsó al regreso.

Latorre se consideró incapaz de poder contener al Machángara.

¿Qué iba a replicar, si no fuera para agriar la miel que había libado por primera vez con su mujercita del alma? Sería complaciente; la daría voz y voto en, lo mínimo, seguro de merecer correspondencia.

La estaba contemplando medio embobado... ¡Qué talle! ¡Qué cara! ¡Qué amapola de cara, bien moldeada con grumos de masa sobre nieve purísima! Se reía estrepitosamente, descubriendo una gama de dientes límpidos, con dos de los extremos engastados en oro y platino.

¿Como no habían devorado esos ojos negrísimo, incisivos, con la amenaza de unas pestañas cosquilleantes? Y luego el imponente talle de su cuerpo, ágil de movimientos armónicos, con una inventiva de actitudes nuevas a cada paso. A ser por él, la estuviera besando ojos, boca, senos, talle, toda su corpulencia señorial, la ropa ajustada a sus carnes perfumadas, su imagen misma, al trasluz de los aires y del vacío, por por último.

Después de todo, no estaba mal; se encerrarían en casa, tapiándose el último resquicio. No se darían cuenta de que por la noche habían tomado su lecho propio, hecho un altar por varias manos.

*
* * *

El auto andariego de Gabriel Pinto se apostó a la puerta, casi sin hacerse sentir.

Todo era abrir la puerta para que se rasgara el silencio monacal de la casa.

A nadie le había resentido más la ausencia de Elvira que a Leviatán. Iba a romper las amarras de hierro, si no lo detenían. Era un hecho casual que lo tuvieran así, ya que, de lo contrario, Latorre hubiera pagado con creces . . .

Previsivo éste como gran político que era, buscó asilo en el cuarto inmediato, por sí la fiera ganara su libertad por sí sola.

Y de cierto que así fue.

Con miedosos gritos Elvira dió el alerta a su esposo, creyendo que estaba al descubierto. Dentro de la alcoba tomó a su cargo suavizar a Leviatán, como siempre, sin pensar en que, con esto, estaba predisponiendo la psicología del hombre postergado al bruto, y oculto sin más trámites.

— Al fin, ¿a qué me atengo? —razonó Latorre desde su escondrijo.

— Es que él sabe lo bueno y lo malo. ¡Dos días con sus noches!

— ¿A qué me atengo, te digo? Más vale tu Leviatán, según veo.

— No hay cuidado. No es más que hasta que te conozca. Puedes dormir en ese cuarto, entre tanto.

— ¿Qué dices, Elvira?—

— Me costó poco trabajo meterlo en la perrera.

Ya lo enseñaremos a dormir afuera. Fumarola no es tanto.

— Hay un recurso muy eficaz, despacharlo de un balazo. No me vengas con que

No acabó de hablar, alhelado de furia, de una furia poco consciente aún. Y comenzó a forzar la puerta de la alcoba, asegurada con llave por Elvira.

— Tú, a mi perro? Te equivocas—arguyó desde adentro.

— ¿Qué te pasa, mujer? ¿qué piensas, hacer entonces?

¡Abreme la puerta!

— Leviatán está suelto.

— ¡Amárralo con mil demonios! O no me entiendo entonces.

— Por ahora acuéstate solo.

De un empujón descomunal, Latorre desarrojó la puerta, y en dos trancos estuvo en el dormitorio.

— ¡Jesús! ¿Qué haces? El animal puede despedazarte.

— Conque, no podías enviarlo con un puntapié a la...
Pues ya veremos.

Y se fue de bruces contra el disforme animal, cogido por el collar por ella.

Iba a patearlo, cuando de súbito le asaltó la idea suprema consabida, palpándose la cintura...

— ¿Qué te propones, Julio? Digo que te equivocas de medio a medio...

— A ver, ¡suéltamelo!

— Julio, Julio ¿a mi perro, a mi Leviatán?

—¿Tú Leviatán? —repitió Latorre con voz descorazonada, oscura, mirándola cara a cara unos cuantos segundos.

Este corto momento en suspenso le hizo cavilar, le hizo aguzar en el fondo...

Aflojó su ímpetu y retrocedió espantado.

— ¡Conque tu Leviatán! ... tu ... Le ... via ... tán! ¡repítelo!

— No es sino porque está acostumbrado como perro de estima que es.

— Acostumbrado a qué? ... ¡ajá! ¡Acostumbrado!

Parecían dos contendores, prontos a enfrascarse con las armas buidas. Se miraban de punta. Se medían las fuerzas. Tomaban distancias.

— ¿De modo que no podría yo matarlo en este momento?

— Es que no lo harás. No lo consentiré.

Latorre se estrujaba jadeante por la cintura del pantalón. Y al no hallarse con nada, iba de aquí para allá como balón extraviado.

— Bien me lo decía Rafael Antonio. Me hizo ver infinidad de veces.

— ¿Qué te figuras con esto? Como si fuera delito defender a un animal... Y era por una o dos noches, nada más... ¿qué hay de malo?

— Si me lo decía Rafael con pelos y señales... ¡Soy un bruto! ¡más allá de bruto!

Intentó lanzar un hipo de llanto, vencido por la realidad. Se tapó los ojos con ambas manos, buscando un arrimo, las piernas temblorosas, la cabeza sin base, como un trompo que acaba su pirueta en el suelo.

— ¡Conque tú . . . !

— Pero si no pasa nada. ¿Era exigerte mucho una o dos noches?

— Vuelves a lo mismo, más bandida que el mismo animal?

Y al decir esto, metió el cuerpo en medio de este connubio absurdo de la mujer y el can, que gruñía por por lo bajo, asegurado por el cuello. Y la encendió a puñetazos, ciego, irrefrenable, como el borracho que a tienta pades acomete, desaffa y maldice.

Apenas el perrazo se vió libre, se abalanzó contra su enemigo con las fauces humeantes. Se dió el menor tiempo para desgajarlo desde los hombros y en carne viva, no sin menudear mordizcos por la cara y las piernas.

Latorre no se arredró, con todo, y repitió puntapiés, y trompadas sobre el avieso monstruo, hecho una furia del Averno.

Y tomó una silla como última providencia.

Antes de un sobre aviso, Elvira se lanzó con otra, candente de rabia también.

— Pégame a mí, márame de una vez!

— ¡Puerca! ¡como me decían ya! Eso mereces.

— Hazlo, si puedes!

Sintiéndose amolado, dolorosamente acribillado, dió un traspíe y cayó al suelo. La sangre le cegaba borbotante.

En esto, acudió la Concha, una chola rolliza de Tumbaco, de más de veinte años, con los aspavientos de sorpresa.

— ¿Qué pasa con la ña Elvirita?

— Me mata este bandido. ¡Haz gente!

— Me mata dice, ¿no me ves?

La Concha se enterneció en seguida, viendo a uno como hombre caído en un charco de sangre.

— Pero Sr. ¿quién le hace así?

— ¿Quién? ¡quién había de ser!

— El perro... ¡salga sumercé de aquí! ¡que infamia!
¡Salga, señor!

Y le tomó en sus brazos, condolida, como madre que era de tres como ella anónimos, casi desnudos, por no tener padre.

Parió en casa de sus patrones. ¿Cómo los iba a mantener, si era el mismo "niño" el señor de su desgracia?

— No sabe Ud. con quién se ha metido!

— ¿También conoces? ...

— Sr. si lo de esta Sra. no es cosa nueva. En Quito entero no lo ignoran... Basta decir que una vez...

— Dilo, dilo... no me ocultes.

— Una vez el P. Illescas de S. Francisco le negó la absolución.

— ¿De veras?

— ¡Santo Dios! Y con todo, el vicio no ha dejado hasta ahora.

— Qué es lo que dices?

— Si Ud. lo hubiera sospechado antes. Lo que sucede que como pertenece a lo mejor de la sociedad.... Ya me iba Sr., ya me iba por no ver semejante brutalidad.

— Harías bien.

¡ !

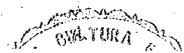
Apuntaba la madrugada por el rinconcito anubarrado por los árboles en vela.

Hacia el Norte se dirigían autobuses y camiones gaseantes. Iban cantando un ¡abráñse campo! por entre la entenebrecida carretera en pendiente...

Indios "guangudos" de Nayón, de Zambiza, de Carapungo empujaban sus yuntas, coyundadas al carretón de hacienda. Y paso tras paso las mujeres se agobiaban con su maleta, cargadas boyunamente por la cabeza y con el racimito de "taxos" en la mano.

Y por el suelo húmedo se escurría la informe sombra de un perro enorme en huida del neumático que le iba a exprimir la médula, como un queso de Chisinchig apenas condimentado de nata.

*LAS PASIONARIAS DE
SOR TERESA*



En los frecuentes accesos de fiebre alcanzaba a distinguir los objetos fuera de sus propias dimensiones. No pocas veces, así mismo, me parecía que las gentes iban perdiendo los rasgos de su fisonomía. Era la inevitable metamorfosis de un mundo que entraba forzosamente en otros lindes, para unos novedoso y singular y, para ciertos ojos, desprovisto de todo aliciente.

Al trasluz del relente mustio de la mañana se desvanecían los marcos de las ventanas en una licuación de plomo. Se abrillantaba el aire, cobrando poco a poco una temperatura pesada. Apenas una bocanada de brisa, impregnada de un hálito de drogas y desinfectantes, besaba las narices. Era la sensación formal de la posible convalecencia de unos cuantos enfermos de meses, y que efectivamente paseaban su murria por la asfaltada azotea del hospital a todo lo largo de siete u ocho cuadras de suave elasticidad primaveral.

En la sala N^o 3 abundaban legionarios de heridas incurables y lesiones mayores. Pocos enfermos de alta clínica confinados en el supremo destino. De los cuarenta o cincuenta clientes de la muerte, la tercera parte jugaban con ella, riéndose de sus compañeros, cambiándose bromas pesadas como de sesenta libras.

- Sor Vicenta, la paciencia se me agota. Estando como estoy con la rotura de esta pierna . . .
- Soporte, hijo, soporte. Para eso ha venido.

— Al que le duele, le duele, madre. Ellos no consideran....

— Todo será, pero hay que conformarse, amigo.

Los que comprendían el contenido de estas palabras optaban más bien por aguzar pullas y dicharachos.

— El "30" se ha traído hasta máchica para el café. Es un puerco, porque se sirve hasta las cortezas de naranjas. En su pueblo de Guamote daba a rédito. No come por no gastar.

La Madre Vicenta oía con cazurra malignidad. Durante veinticinco años había conocido las flaquezas de los hombres. No sólo vendando llagas y propinando brevajes después de las dos de la tarde, ganaba la aquiescencia de chicos y grandes, sino escuchando frases torpes, ocurrencias burdas de tanto sobrestante y mayordomo de tres al cuarto y de los infaltables jiferos de S. Blas cogidos por un toro desmanado. Pero había que probar un poquillo de la aspereza de su carácter.

Algúien decía que en el otro hospital de la calle García Moreno empezó a mirar con buenos ojos cierta porfiada insinuación soplada por el interno de la sala de María Magdalena. Jorge Rodríguez se permitía esas libertades. Eso era todo. Ella bajaba los ojos. Después dió por aceptar largas conversaciones, dejó que se confidenciáran de más cerca, sin conturbarse, ni inquirir por la persona del audaz. Andaba en la malicia humana como por sobre algodones inodoros.

La Madre Vicenta era de Loja. Por dos veces, según decía, Dios le llamó imperativo al estado del matrimonio. Hasta que un buen día . . .

Bueno, a mí no me interesaba Sor Vicenta, con su rebuscada vocación y al filo de su decantado renunciamiento del mundo.

Hablaba con rudeza rural. Se reía con desnuda desfachatez, exhibiendo su dentadura artificial, movable y desaseada, y una papada fofa, con frecuencia amagada por dos manos hombrunas.

Era cochina de porte. Hablaba mal de sus hermanas de religión, del médico nuevo, por lo regular inexperto y tardo; torturaba a los enfermeros y escatimaba las pócimas. Si hubiera estado en mí elegir otro cuidado, y por consiguiente, entregarme en manos de . . . de Sor Teresa, por ejemplo.

Antes de conocerla, se había enseñoreado su silueta en mi retina, la misma que la evocaba con fruición el Dr. Maldonado y los internos de los pabellones de mujeres, cohibidos de guardar en lo íntimo lo que sentían y pensaban de ella.

- Es una santa. Ha comprendido su misión como ninguna. Lástima que en el mundo en que vive, no puede estar tranquila. Hay dos estudiantes por ahí . . .
- En qué consiste que siendo una santa . . . ?
- Es la bondad misma. No conoce la ira. La suavidad de su carácter no tiene límites. Es capaz de tomar sobre sí las dolencias ajenas, todas, con tal de no ver caras compungidas. ¡Qué ternura! ¡Qué solicitud continua cerca de los enfermos repugnantes!

*

* *

La misa del domingo no se hizo esperar. Un domingo diáfano, lleno de efluvios frescos, de sol optimista y emanaciones lejanas. Los enfermos aquella mañana disponían de una alada agilidad, al ponerse en camino de la capillita, en vuelta aún en la penumbra suave de la madrugada.

Tuve la sensación de hallarme al frente de una ermita agreste, adosada a la aspereza de una peña, de donde sacaba el secreto de una ufanía extraña el embobado pastor de una media docena de ovejas.

Santuario pequeñín de almas adolescentes, constelado con el viso hialino de ojivas, tragaluces y vitrales por todas partes.

La algarabía del mundo se quedaba a las puertas convertida en campanulas de luz, hasta sumirse en una especie de vaguedad dorada e inconsútil, un tul levísimo de atmósfera de antaño, y por ende, familiar al espíritu.

En ese dulce asilo de seres ingravidos, tocados por un súbito llamamiento divino, hablaba en su propio idioma Jesucristo, Dios y Hombre desde el madero en la obra de Alvarado. Y la Virgen increada, eternamente núbil, pura, enviaba su sonrisa acogedora de hermanita pequeña y de presentida, apenas con el pudor de los 15 años.

Y nadie, sino el sol mismo, derramaba sus copos de incienso, el incienso extático en el altar mayor, y que, con las preces quedamente moduladas por el celebrante, se elevaban hasta el Empíreo ideal, entrevisto ya por los creyentes con los ojos semicerrados, llenos de lágrimas furtivas.

La misa iba tocando a su término, en medio de cánticos y rezos en coro, al compás de vocesitas pudorosas, abiertas en flor y dictadas por la inocencia, y siempre al ritmo de la devoción femenina.

Yo me sentí alzado en brazos ignotos. Iba a un tálamo extraterreno. Sin lugar a duda, reaparecía el cristiano ductil de los primeros años. Mi vista abarcaba dominios azules, como los que la perspectiva solariega señala allá por el oeste de Quito, siempre lozanos y evanescentes, alzándose siempre sobre el altozano de las nubes y con un cerco de oro despendigado en la infinitud, que debía ser el paracaídas del

vuelo o del deslizamiento, a través de la inmensidad sin ocaso y con el piloto del viento avizor.

De pronto, la inquietud de conocer a Sor Teresa me dominó.

En la misa, arrebujada en su propio decoro de verdadera religiosa, hacía contraste el atezado surco de las cejas con el blanco de su toca.

Y fue que entró en nuestra sala, perurgida por un caso mortal. Se trataba de un jovencito de Tulcán horadado el ombligo por una bala. Lentamente roído por el coma, demandaba piedad con sus quejidos, que parecían brotar de la tenacidad de su mirada.

Todos se volvieron a la monja, con igual simpatía que a la madrina celeste, cuya estatuita se destacaba muy al alcance de la mano.

El médico, contraído el ceño. Y el consabido interno de servicio sentía escapársele un anhélito de inesperada ansiedad. Era ella la figulina intocada de la hermandad de Paúl, voluntariamente exilada en el claustro del olvido. Como el hada imposible de la fábula, añada y se hacía amar por donde pasaba.

Muchos de nosotros estábamos jugando con fuego. Y fui el primero que rompí a hablarla a la sordina.

— Nadie que no sea Ud., podrá sanarlo.

— Y ¿por qué lo dice, Ud?

— Todavía creemos en la virtud de ciertas piedras preciosas.

La monja se ruborizó visiblemente. Iba a dar un paso adelante, cuando volví a la carga:

— Bastaría el roce de sus manos. Permítame citar ejemplos.

- No hace al respecto. Los hombres, por lo regular, son muy arbitrarios en sus apreciaciones.
- Es que tomamos la parte sana de las cosas. En el caso de Ud. no tengo empacho en asegurarle la eficacia de su presencia en esta casa. No tengo inconveniente en insistir que Ud. tiene el destino de muchos en sus manos.

Concluyó por apartarse del grupo con visible premura y acentuando un leve disgusto.

La ansiedad subió de punto, cuando el médico movió negativamente la cabeza dirigiéndose al grupo:

- Por segunda vez la hemorragia de la arteria. Probemos otra vez con . . .
- No juzgo necesario una inyección en el estado actual— opinó el Dr. Guerrero que se juntó al grupo, contentándose con decir a secas:
- Con mercurio cromo tenemos hasta la noche. Bastan las vendas, mientras el caso se despeje.

La sala se congestionó de profesionales y curiosos. Médico y estudiantes proseguían la exploración de la mañana. Y así una voz diáfona ordenó:

- Pídale, madre, un enema y una inyección de estricnina. ¿No ha dormido Ud?
- Casi nada.
- Y Ud. ¿Ha vuelto a recaer, verdad? Para este señor, una emetina, y que siga con el guataplasma.

Y así por este orden pasaron revista a los enfermos de indelible estado, estancados unos a fuerza de no salvar-

sán, sianuro de mercurio y calcio, en forma de inyecciones intravenosas.

Alternábase a veces el tratamiento con bebidas por copitas, obleas, purgantes y apósitos constantes y siempre el algodón hidrófilo.

De vez en cuando se oía:

— Aquí, gutapercha, tripaflavina, gasa.

A un enfermo de estreñimiento crónico se le aplicó el mismo procedimiento observado durante la semana:

— Repítale el cocimiento de 30 gramos de frángula en 100 x 100 de agua destilada.

— Para el "21" una nueva inyección de suero de caballo.

Sor Teresa intervino dulcemente:

— ¡Pobre Sr. ¡Tendrá que salvar la inyección, ayunando lo menos un mes.

— Por lo menos —corroboró el interno—Y eso si la úlcera da lugar. Porque una úlcera al estómago y a esta edad

Instintivamente opté por la salida de la sala, dejando en pie los comentarios del médico y del personal acerca del herido de Tulcán.

Y sin pensarlo ni creerlo, fui guiando a mi egregia interlocutora por el pasadizo a la azotea.

Y fue ella la que tocó el tema consabido:

← Y Ud. se siente mejor?

- No hace al respecto. Los hombres, por lo regular, son muy arbitrarios en sus apreciaciones.
- Es que tomamos la parte sana de las cosas. En el caso de Ud. no tengo empácho en asegurarle la eficacia de su presencia en esta casa. No tengo inconveniente en insistir que Ud. tiene el destino de muchos en sus manos.

Concluyó por apartarse del grupo con visible premura y acentuando un leve disgusto.

La ansiedad subió de punto, cuando el médico movió negativamente la cabeza dirigiéndose al grupo:

- Por segunda vez la hemorragia de la arteria. Probemos otra vez con . . .
- No juzgo necesario una inyección en el estado actual— opinó el Dr. Guerrero que se juntó al grupo, contentándose con decir a secas:
- Con mercurio como tenemos hasta la noche. Bastan las vendas, mientras el caso se despeje.

La sala se congestionó de profesionales y curiosos. Médico y estudiantes proseguían la exploración de la mañana. Y así una voz diáfona ordenó:

- Pídale, madre, un enema y una inyección de estricina. ¿No ha dormido Ud?
- Casi nada.
- Y Ud. ¿Ha vuelto a recaer, verdad? Para este señor, una emetina, y que siga con el guataplasma.

Y así por este orden pasaron revista a los enfermos de indeclinable estado, estancados unos a fuerza de no salvar-

sán, sianuro de mercurio y calcio, en forma de inyecciones intravenosas.

Alternábase a veces el tratamiento con bebidas por copitas, obleas, purgantes y apósitos constantes y siempre el algodón hidrófilo.

De vez en cuando se oía:

— Aquí, gutapercha, tripaflavina, gasa.

A un enfermo de estreñimiento crónico se le aplicó el mismo procedimiento observado durante la semana:

— Repítale el cocimiento de 30 gramos de frángula en 100 x 100 de agua destilada.

— Para el "21" una nueva inyección de suero de caballo.

Sor Teresa intervino dulcemente:

— ¡Pobre Sr. ¡Tendrá que salvar la inyección, ayunando lo menos un mes.

— Por lo menos —corroboró el interno—Y eso si la úlcera da lugar. Porque una úlcera al estómago y a esta edad . . .

Instintivamente opté por la salida de la sala, dejando en pie los comentarios del médico y del personal acerca del herido de Tulcán.

Y sin pensarlo ni creerlo, fui guiando a mi egregia interlocutora por el pasadizo a la azotea.

Y fue ella la que tocó el tema consabido:

— Y Ud. se siente mejor?

Una ráfaga insidiosa de frío se me plegó a los labios:

- Estoy bien. Vine por unos pocos días, mas ahí tiene Ud. Por ahora mi salud es de poca monta. Tengo alterado el espíritu.
- Debe ser Ud. muy nervioso.
- Nada de eso. Por primera vez, le diré, me siento en un plano vedado para mí. Créamelo, hermana. Yo no he amado nunca. Había llegado a concebir aversión a estas cosas.
- Y ¿por qué?
- Por inoficioso para un hombre de negocios. Desde muy temprano juzgué tiempo perdido.
- El que ama no pierde el tiempo.
- A lo menos así pensaba. Ahora veo que nadie escapa a esta ley. ¿Ud. no lo cree así?
- Sobre todo, si es en servicio de Dios. Lo digo porque solo ese amor concebimos nosotras.
- No me refería a ello. Debe ser cuestión abstracta amar a quien no se conoce . . .

Sor Teresa, Sor Teresa, óigame: Ud. es la mujer de mis ensueños, ni más ni menos.

He prescindido de todo lo que reviste Ud. en este asilo, y le amo con locura.

- Qué dice Ud? ¿por ventura le he permitido tanta libertad?

Quise dar un paso, con mil perdones. Me sentí desconcertado yo mismo con la indiscreción.

- De todos modos, estoy triste ante la impotencia de poder convencerme de esta verdad . . . Ud. no debe

permanecer aquí Madre Teresa. Es bonita sobre toda ponderación para vivir bajo la coyunda de este servicio.

- He elegido yo misma este campo, y me siento bien así.
- ¿Es posible? ¿no le cansa a Ud. la podredumbre de la vida?
- Precisamente por amor la busco para confundirme en ella, amigo mío. Y no vaya a creer que hago distinción de individuos, ni que me amedrenta el dolor de los pobres.
- Parece increíble que una mujer admirada por muchos.
- Lo comprendo. Este es un asunto aparte. Hasta ahora no me hago eco de lo que piensen de mí. Todo puede ser. Yo no he venido para eso.
- Dígame toda la verdad, Sor Teresa. ¿Y si yo . . . ?

No me dejó seguir adelante. Por segunda vez recibí todo el perfume ingénito de su persona, llena de inocente dominación. Sus labios tomaron un tinte lila, como las florescitas mustias sumidas en el orgasmo del huerto.

- No es Ud. el primero. He oído a muchísimos hablarme así. He renunciado el matrimonio para siempre desde cuando fui hermana de la Caridad.
- Y ¿no hay excepciones?
- Aspiro a ser la excepción de las excepciones, con el auxilio de Dios.

Yo no debía permanecer a su lado, pero ella se dió modos de llamarme la atención, con un largo relato acerca de la profesión religiosa, internándose en ciertos pormenores relacionados con sus hermanas de religión.

Había que ser realmente fuerte para resistir las tentaciones diarias. Los hombres eran por lo general mal inclinados. No comprendían, no querían llegar a comprender lo sublime que era ejercer la caridad desinteresadamente y con acopio de amor. Y no era raro encontrar corazones endurecidos entre las hermanas de Paúl. A fuerza de sufrir y ver sufrir, se les atrofiaba el sentimiento, y algunas flaqueaban a la postre.

Para otras el secreto consistía en buscar lenitivos mundanos, muchos, varios, los que tenían vinculación con la fraternidad entre las compañeras. De ahí se derivaban afecciones hondas, reconcentrados distingos, odios apenas disimulados, la rudeza del egoísmo mundano en su misma deformidad.

— Y qué me dice Ud. de la Madre Vicenta?

— Es tan buena como todas.

— Y de Sor Visitación, y de Sor María del Carmen?

— Todas cumplen su misión.

No le ví hacer esfuerzo alguno, al negarse a emitir su opinión sobre sus colegas. Lo que probada la pureza de espíritu y lo bien cimentado de sus virtudes.

Habíamos dado unas cuantas vueltas por la azotea flotante del "Eugenio Espejo", sin temor a los convalescientes, que sacudían sus nervios al aire libre, y bendecían al sol quiteño inmiscuído en el festival de oro que se tramaba en los arbolados dormidos de las lejanías.

Ante todo, el viento del Batán se encargaría de disolver las rompientes azuladas de humo que asfixiaban a la ciudad.

Era que amanecía durante varias horas y de distinto modo. Quien sabe si el astro se había caído de su sitial, dividido en miles de tonalidades, en millones de copos incandescentes, cada uno de los cuales ibase incrustando en el techo pizarroso de las casas y en las pupilas requemadas de las mujeres. Un

otrosí de bienandanza iba a comenzar, con la eucaristía de la sombra con la luz, a más del mediodía, a la hora en que lecciones de espíritus aliados se llevaban en peso medio Quito hacia los enfaldos del Pichincha.

*

* *

Varios días tuve la fortuna de ser el confidente obligado de Sor Teresa. Me maravillaba la desenvoltura espontánea en acortar mis temores de acercarme a ella. No hubiera querido hacerme el contradicho, ni volver a refrescar sus recuerdos. Ella buscaba la ocasión, cumplidos sus deberes religiosos. A pocos pasos de la capilla, una especie de demonio familiar nos ponía sobre aviso, y se iniciaban las confidencias.

Contaba con diez años de religión, apenas bien empleados, según ella. Su propósito era llegar a la santidad por medio del trato común, probándose diariamente en el peligro. A ella no le preocupaban lo que pudieran pensar sus compañeras, ni los hombres estragados del siglo. Con tal de contribuir con una pequeña ayuda a la obra de caridad cristiana en la persona de tanto desecho humano, se quedaría satisfecha.

No había cómo ocultarlo. Un fracaso amoroso la obligó a la aversión definitiva a todo trato con los hombres. Bien recordaba sus primeros fervores, su pristina dilección. La Teresita Ochoa de Cuenca fue la prometida de un hijo del Jefe Político. Después de dos años intensos de pasión, el amante de toda la vida y del juramento firme, dió un paso en falso, decidiéndose por su propia prima, una Srta. Lucrecia Tamariz. ¿Qué iba a ser de ella que había amado de veras? En algún momento tuvo intenciones siniestras en su persona, pero pronto recibió su conformidad. Pensó en Dios, abrazó la cruz de una sola resolución, y no tuvo por menos que meterse a monja.

— Y le advierto a Ud. concluyó ocultando una inadvertida lágrima— que he cumplido mi palabra. Juré olvidarme de todo, y echarme tierra encima. Nadie se acuerda de mí, ni para escribirme. Ni lo deseo, ni lo busco. De mi querida tierra, de mi familia misma, quiero saber muy poco. Sé que mi madre murió el año pasado, eso es todo.

— ¿Y su padre

— Mi padre es abogado de prestigio en Cuenca. Juzgo que no tiene interés en la suerte de sus hijos.

— ¿Volvió a casarse?

— Poco menos que eso. Debe estar conforme con su estado . . . ¿Comprende?

Hablaba con fluencia encantadora, pero sin enojo, pasando muy por encima de la epidermis de las cosas.

En su voz no había altisonancias, sino más bien, un susurro infantil. Le gustaba acicalarse con indecible suavidad de gusto y en invariable sonrisa. Nada de imperio ni de impetuosidad. Nada de palabrería afectada, ni de chismecillos inoficiosos, manjarcito paladeado por el monjía, hasta en la presencia de Dios.

— Por lo que veo, Ud. Madre Teresa, lee mucho.

— Algunas vidas de santos, pero con cuántas interrupciones! El deber no nos permite lecturas detenidas.

— Y ¿por qué santa se inclina Ud.

— La vida de Santa Teresita del Niño Jesús está a mi cabecera. Y le diré a Ud. el por qué. A pesar de mi estado, yo no soy triste. Me gusta la alegría. Soy muy jovial. La vida no es siempre una carga pesada. Para mí —y creo que para la generalidad— el trabajo equivale a una suave distracción. Me aterroriza en la vida de muchos santos sus maceraciones, sus increí-

bles matirios. Vea Ud. nuestra santita era una especie de colegiala romántica, llena de infantilidades; siempre juvenil y dichosa en su definitivo alejamiento del mundo. ¿Ha visto Ud. una estampa de santa Teresita del Niño Jesús? Es un primor de chiquilla. Apenas se revela en ella su pubertad. Nunca estuvo triste, porque vivía en comunión íntima con un Dios niño. Amaba las flores y hacía versos.

— Los hizo también Mariana de Jesús.

— Pero ¡qué diferencia! Mariana de Jesús fue una torturada. La otra es una niña saltarina de la primera comunión. Lleva copos de pasionarias en sus manos, las arrulla contra el pecho en medio de su arrobamiento. Pasionarias frescas están en las páginas doradas de su devocionario. Pasionarias amustiadas por el aliento de mujer quinceañera son sus estrofitas a la Virgen de Mayo. Lea Ud. sus madrigales, sus cánticos al Smo. Sacramento y hasta sus poemitas confidenciales. La santa de las flores sencillas, de los ropajes limpios, de la escarcha de oro que penetra hasta el santuario divino.

Todavía emigraba la nubecilla matinal a ras de tierra. Por el espejo azul no viajaba una brizna de nube. Los eucaliptos compactos de la loma de "Verde Cruz" se paraban; en actitud de armar una asamblea cordial, en la que se dispararían papirotazos de rato en rato. A veces se empinarían de orgullo, ávidos de llegar al éter. Las nubes, a su vez, emprenderían su exilio, llevándose jirones de ideal en sus flancos. Pero siempre bajando a la tierra y ganando la verde encrucijada de los valles. Solo así harían llorar a las Sor Teresas que aún quedaban en el erial del mundo.

Hablé sin contenerme yo también, pero cambiando de tono y de intención, como si estuviera repitiendo de memoria una biografía de santos. Pero convergiendo hacia ella.

En efecto, con gran sorpresa mía, ví deslizarse en sus manos pétalos de pasionarias, las que llevaba deleidosamente a la boca. Después abrió su libro diminuto en cierta página, llena de lágrimas, y los dejó caer. Se sonrojó un poco al volverse a mí, y murmuró entre dientes:

- Acaso es una pasionaria inofensiva el amor, pero mejor hay que aplastarla pronto, ¿verdad?
- Mejor sería volver a trasplantarla.
- O mejor sería —como ahora— dejarlo escapar. Así está bien, amigo mío. ¡Adios!

Iba yo a replicar siquiera con una palabra, cuando en la sala N° 3. se armó un barullo inusitado.

El capellán, Sor Vicenta, el médico y muchos curiosos entraron desoladamente.

—¿Qué pasa?—preguntaron de por ahí.

Sor Teresa fue una de las más acuciosas, volviéndose atrás.

- ¡Se muere el chico de la cama N° 24. La hemorragia del muslo.
- No es la hemorragia ¡es la muerte!— gritó uno.
- Vamos a exhortarle siquiera— suspiró Sor Teresa.
- ¡Jesús, José, María . . .

Mas parecía un hada vestida de arrebol, con alas de oro, en tensión devota al infinito. Una Virgen María vestida de Hermana de la Caridad, orando por la humanidad proletaria.

La primera mujer primaveral, totalmente sumida en su misión incomprendida de hacer el bien a chicos y grandes, a los chicos y pobres en particular, porque no pueden ni saben pedir, ni quejarse en voz alta.

Después, con los brazos en cruz, abarcó el momento supremo con la mirada en el suelo:

—Reemos por el descanso de la almita de Julio Navarro.
¡Que Dios N. S. le haya recibido en el coro de los mártires!!



A CARA O CRUZ

Tierra de Lobos — 10.

Una débil animación sacudía el sopor de la ciudad de Guayaquil, apenas velada por la neblina trasnochadora. Brisas venidas de muy lejos refrescaban las axilas de los primeros estibadores del Malecón que, con el desánimo del día anterior, querían "buscar" por la misma calle "Industria".

Pancho Layana estaba borracho y maldecía. Fernando Juncos, jaque de por vida, se le enfrentó con los puños, sorbiéndose los hilos de baba. A ver, ahora estaba en sus cábales, y no sería como ayer, que le "pisaron el poncho", en presencia de la peruana puta del Astillero, la zamba Rosalía, ladrona como ella sola de pujanzas viriles.

El **jachudo** Camilo Tutivén no se paró en chiquitas, al recordar lo sucedido con él la semana pasada. Viéndolo todavía con las calenturas, le movieron camorra tres de los mismos. Fuera de hacerle gastar la semana íntegra, le propinaron unos cuantos pescozones, porque sí. Y a no ser por el loro Anchundía, que se puso de por medio, llevándole después donde la serrana Rosario, lo habrían cargado los perros.

Mordiendo recuerdos y pisoteando puntas de vicisitudes, la emprendieron, con dirección a las Peñas. Ya no por la calle Industria, y peor por la Libertad, porque equivalía a volver por las mismas. Por ahí, claro que por ahí, estaba la quinta Pareja, emporio de vagos y matones, declarados en huelga y con el ojo avizor a un extraño, con su arma oculta.

Andandito se iban cambiando coces y empujones.

Subrrayaron su montuviada unos, recorriendo imaginativamente los grandes tendales de cacao de la "Maravilla" y "Tenguel", allá cuando los mayordomeaba Antepara, el "huatusa Antepara" de Samborondón, y de quien nadie sabía a estas horas si bebía agua en Guayaquil.

Entonces se encendió el comentario entre los seis o siete cargadores, al abocarse a la placeta de las Peñas.

Layana había conocido al "huatusa" en sus mejores tiempos, cuando tuvo éste a su cargo a la hija del caramelero Castillo, una hembra de lamerse los dedos. Y ¿qué más? Castillo, a la vuelta de cinco años escasos, y con gran sorpresa de los que lo conocieron, "puso" su barraca en la plaza de la orilla, y armándose de ínfulas mayores. ¿Quién le alivio de costas? Decían, y quizá no dirían por decir, que el maridaje de su hija extrajo tamaña utilidad, pues el huatusa Antepara se portó de lo mejor con ella, merced a sus ahorros que se esfumaron como humo de tabaco, quedándose él al abrigo de la mala suerte y carcomido por las deudas.

Antepara. ¿Talvez Florencio Antepara oriundo de Salitre o Samborondón? Apenas se recordaba su historia de los últimos días, si bien parecía haberse impregnado su figura en la memoria de algunos.

La hija del caramelero se hacía todavía lenguas de su grande hombre. ¡Qué prodigalidad! ¡qué poco aprecio a la plata, siempre que se tratase de ella! Podía quedarse, limpio, como a la postre se quedó, por tenerla contenta.

Solo el color le ofendía, porque era prieto y feo como un pecado mortal. Ella no lo veía así, y peor cuando tuvo hijos, y estos hijos eran su vivo retrato.

Alto de cuerpo, rollizo, ganando salud por todos los poros, venía a ser orgullo de su casa, y bien podía ser envidiado por unos cuantos.

Alto como una ceiba, estaba bien dicho; se hacía respetar de la cuadrilla de cacahueros en las diferentes trifulcas de los sábados.

Juncos se arrancó de sus compañeros y volvió a su trabajo, como a eso de la una de la tarde. Podía responder por unos veinte **lajos** dobles, ingeridos entre estas y las otras.

Era Lunes, y maldita la gracia que le hacía el tal lunes, cuando era él quien acuñaba dinero "para beber duro y parejo" en el término de unos segundos. De soslayo miraba el cariz de la ría atragantada de embarcaciones menores. Dormían su borrachera de distancias, vapores y lanchitas como el "Daule", el "Vinces", la "Adelita", la "Rosa Elvira", las "Dos hermanitas", y cien otras, remojándose la barriga prieta.

Y a él debía ocurrirle también darse una zambullida magistral, desnudito, con el hipo de la embriaguez en la boca. La idea de seguir sin rumbo en busca de su jorga le contuvo. Olizqueaba el ambiente de las olas, como perro nómada, sorbiendo emanaciones fuertes, verbigracia, la del cacao, puesto a secar frente a las empresas afines, Guzmán, Aspiazu, Vélez, etc.

— Yo lo conoco, debo conocerlo de hangas o de mangas al tal huatusa. No veo la razón de que este carajo se me haya ido de la memoria. Si parece que lo estoy viendo con su bembo tostado por el trago. Un negrantajo como yo. Sólo que sabía contar con suerte y adular a los blancos . . . Ganas me dan de . . .

El caso era que tuvo algo que ver con él, y ahora le producía cogerlo por el gañote, y suceda lo que sucediese. Tarea muy árdua hubiera sido tenerlas con un hombrote completo, inaccesible por el lado de la derrota, con el aplomo de sus treinticuatro años hechos y derechos. ¿No sería que por ahí el Juncos de las hombradas tardías halló unos cuantos

puntapiés, en presencia de sus aparceros de barrio, y que, por tanto, el recordado y temible Antepara se quedó muy fresco, como jefe de cuadrilla que era, y luego por estar acostumbrado a jugar muy bien la daga y la patada?

Bueno pues, Antepara debía estar fuera de Guayaquil. Siempre que se le buscaba, era unánime la versión de que contaba con una finquita de cacao en Colimes. Había cambiado de "secretaria", es decir de mujer y de ruana, por lo visto. La serrana Rosario lo sabía todo. Hubo alguien que destruyó tal cosa, asegurando que lo habían visto vivo por la calle del Cangregito.

La hija del caramelero rehuía referirse a este modelo de marido. Quizá porque la pócima del recuerdo atizara su fogata interior, o porque era de ruin catadura moral. Mas bien por este último, pues a la vista estaba la calidad de su alma en el grosor de carne picada de sus caderas exudadas y en el tiento torpe de sus maneras.

Ninguno daba en el clavo a la presente, porque hubiera sido recorrer vecindarios y reductos de gente maleante, hacer viajecitos cortos a Daule en ciertos domingos, en **acoplo** de "gallos y gallas" apretujadas como butifarras en el esquiife andariego, saber el destino que tenían el "Mariscal Sucre", el "Olmedo", la lancha "Posorja" en las repetidas visitas a la costa y a las regocijadas playas circunvecinas, inquirir por el estado de sus negocios, y hasta de su salud, en el transcurso de cuatro o cinco años que dejó de lado la cuadrilla del Malecón.

Aseguraban también que su padre había muerto hacía poco en Santa Lucía. De los cuatro hijos de éste, vivía solo uno, talvez Florencio, el mayor, y a quien debía caberle en suerte el quedarse a puerta cerrada con todo. No era cosa de arrojar a la calle "El Esterito", "Poza vieja" y "Palma Prieta", haciendas productoras y libres de consabidos gravámenes por pronta providencia.

¡Conque Florencio Antepara! Todo podía ser, sí, porque el hombre en sus frecuentes arrebatos de orgullo, hablaba de dineros, eructaba grandeza y amenazaba con que algún día, cierto día, que estaba en camino, el trazado sobre el lienzo acuático de Samborondón a Guayaquil, le anunciaría que era dueño y poseedor de . . .

Bastaba saber que su padre, que el abuelo materno, que unos tíos, en fin, Anteparas, Robles, Moranes . . . Así era de buena y prometedora esa prole adormida en los palmares y manglares de ríos y esteros en Santa Lucía parte, y parte en las mismas goteras de Samborondón.

Por la mañana o por la tarde que, para el caso no le hace, lo habían visto saltar de una balsa de plátanos. Se acompañaba de una morenaza, como de unos dieciocho años. Llevaba las caderas a compás de las olas que se acercaban y huían de la tentación del sol. ¿Se habrían casado por tierras de Vinces o Catarama? ¿Era de Salitre esa rotunda montuvia que remolcaba el frágil barquichuelo de la felicidad de Antepara?

En el espacio de cuatro meses volaron las murmuraciones en torno de este argonauta de las mujeres. Berta Núñez tuvo que pagar muy caro el hecho de abandonar su casa, corriendo aventura y media con el primer hombre de armas tomar. Sencillo es llegar a suponer que, como montuvia inexperta, vació sus realejos en manos del bellaco de Antepara, con más el impositivo deber de roer los contornos de su finca, con o sin la aquiescencia de los propios.

Un buen rato levó anclas, cansada de esperar los acontecimientos. Florencio había sido un canalla. Sin más ni más, hubo menester de otra prenda con la plata de la pobre Núñez. Y ahí fué que no le tocaba sino deplorar la falta, aceptando de lo malo lo peor.

Por aquellos tiempos se arrojaban a manos llenas ilusiones y dinero. De varios confines del mundo eran los navíos re-

pletos de riqueza barata que iban a parar en manos de botarates y libertinos. Quien poseyera veinte mil matas de cacao, y tuviera a sus órdenes una canoa lechera, estaba en potencia de abarcar el Pacífico de Balboa, sin más que embarcar cacao, café y bananos. Tenía dinero de sobra, y abundaban posibilidades de aumentar de volúmen y albúmina en el librecambio de afectos, entrando a sacó de mujeres en flor.

Ante para no paró ahí, sino que se abalanzó a otra jugada amorosa. Con dinero contante y sonante, y mejor si era el de la Núñez, marcó la voluntad de una que llamó su novia. Se metió en la casa del "bachiche" Dapelo y en dos por tres arregló un proyecto de matrimonio con Enriqueta. Pero debía llevarlo a cabo a hurtadillas y a espaldas del padre, porque de llegar a saberlo, nadie le arrendaba la ganancia en su negocio. ¡Poca cosa! Por entre las barbas del viejo, y ante el estupor de vecinos y malquerientes del "bachiche", alzóse con la cara prenda, yendo a dar de bruces en Ambato. Era la reincidencia sabrosa de un negro audaz, a hombros de la hazaña increíble, y cuando no era dable ni aceptable el que la hija de grandes recursos pecunarios pagara todos los gastos del viaje. No se quemó Guayaquil, ni llovió ceniza del Tungurahua ante la consumación del atentado. Al contrario, cuando Florencio, envidiado por chicos y grandes, reveló con entereza su modo de pensar, el interlocutor asombrado añadió:

— Eso sería en Guayaquil. Pruebe Ud. hacerlo en Ambato, y verá dónde le da el agua.

— Y qué es esto de Ambato?

— Amigo mío, ni los que tienen pellejo limpio hacen de las suyas aquí.

— Ahí veríamos.

I I

- Y vuelve Ud. con el tema de la ciencia médica. ¡Cór-cholis!
- Bueno, vamos a ver. ¿cómo piensa Ud?
 - Antes de querer abordar con Ud. tales cuestiones, yo yo no pienso bien de la ciencia médica . . . Lo que sí puedo decirle es que todavía se procede por tanteos.
 - ¿Quiénes?
 - Hombre, Ud. yo. Hablemos claro, los que han dado en la manía de llamarse médicos a boca llena.
 - Oiga Ud. ha leído a . . .
 - Yo no he leído a nadie, ni vale la pena. Admito por experiencia los hechos, y tales como son. ¿Cuántos y quiénes los que salen bien librados de las manos de un médico? Me dirá Ud. que fulano, zutano . . .
 - No sienta bien generalizar.
 - Nada de generalizaciones. La estadística demuestra que estamos todavía en los umbrales de la ciencia. Pócimas, simples apósitos, recetas administradas al azar.
 - Y las inyecciones? Y los milagros frecuentes y diarios de la cirugía?
 - Pamplinadas, amigo, pamplinadas.
 - ¿Y los sistemas curativos de última hora? ¿Y el proceso retroactivo? . . . ¿Se atrevería Ud? . . . ¿de cuándo acá?

Ansioso de dar una explicación especiosa acerca de los prodigios científicos en el ramo de la medicina, D. Augusto Rodríguez iba a convertirse en conferenciante. Pero no eran suficientes buen gusto ni conocimiento informativo, sino una buena porción de ecuanimidad. Empezó a sentir los estra-

gos de la sabihondez: acopio atropellado de ideas, de principios. El tumulto de cuestiones oídas y escuchadas remolaban en su cabeza.

- Ud. ha sido boticario, según veo, D. Augusto.—
- Sí, Sr. No le diría a Ud. que boticario mismo.
- Y entonces?

Puesto a sofisticar siempre sobre estos puntos, quería parecerse a su compadre Tarquino, el Dr. Tarquino Coello, especialista en enfermedades del estómago. Una insignificancia de facultativo, doctorado en Lyon, interno en varios hospitales de París, y, con perdón de media docena de profesores, una mayúscula celebridad. Surgían en su magín otras eminencias, sosteniéndose en el pedestal de una larga práctica. Viejos maestros, decanos ilustres, abocándose a la inmortalidad por lo inequívoco de sus doctrinas, hombres doctos, para quienes era poca retribución el confiarles la dirección de un hospital.

- Realmente lo que se propone Ud. es exhibirse como exigente.
- No tal —replicó Víctor Emilio Reinoso— ni exigente ni excéptico en demasía. Observador a secas. Todos los profesionales hablan de éxitos resonantes. En la abogacía, en la ingeniería, hasta en rebuscos antropológicos, es dable triunfar aceptando medianas probabilidades. Pero en medicina no satisfacen términos medios. O se conjura el mal de raíz, o fracasa el sistema.

D. Augusto aplicó un puñetazo sobre el tablero arcaico de la mesa. Bien que los señores médicos proceden por sobre la credulidad de la mayoría, hablan el lenguaje abscondito para los profanos, sin amoldarse a la manera de ver y conocer del

paciente. Hay que reconocer que saben mucho, y por pequeño que sea su atraco de conocimientos, el dictamen contundente lo llevan por adelantado, con el precedente de su nombre y lo que pesa en su mollera la terapéutica desmesurada, digerida a medias.

— Eso reza con los empíricos. ¿Y los invencibles, e incontrovertibles?

Otra vez el solemnísimo D. Augusto se acordaba de sapiencias aclimatadas en el Ecuador. Y se angustiaba de veras en la creencia de que, de los cincuenta o más médicos de Quito y Guayaquil, uno, o la mitad de uno, no merecía honores divinos. Y ahora si estuviese alguien en mientes de apalear a los que plasmaban de nuevo a los mortales?

— ¿Y no admite Ud. excepciones?

— Muy pocas.

— Está Ud. jugando con fuego, amigo.

“Charlatán, pedante en una sola pieza” —murmuró después en silencio— Si te oyera el Dr. Prudencio Cevallos, con un tomo de Testut no más te descrismaría, so audaz.

Al ver el entrecejo del gratuito apologista de profesionales, Reinoso iba a contenerse en su plácida ignorancia: Reventaría el entusiasmo del anfitrión del dios Esculapio, y entonces no habría cómo contener el chubasco.

Dicho y hecho.

Rodríguez, atusándose el esbozo de bigote rapado por los extremos, dió un fosido estentóreo, y poniéndose de pie replicó:

— Conque para Ud. no existe la ciencia moderna en el Ecuador.

— Ha venido, sí Sr. que ha venido en persona, a través de los libros

— ¡Ajá!

— Los curanderos viejos la conocen de vista. Los curanderos jóvenes comen y beben con ella, advirtiéndose que la soñarona finge un originalismo congénito.

— ¡Ajá!

— Y de estos comensales asiduos estamos ahítos. Pues ¡claro! que por este medio se inquiere, se ahonda, se palpa. Pero no logran cogerla por el cuello. El mal está más adentro, muy adentro, tan adentro que las pinzas escuálidas de las conjeturas, apenas si logran ubicar la zona malsana.

— ¡Ajá!

“Un médico, de los buenos que hay, —dijo para sí, con una fobia de contrincante que cree hacer mayor daño callándose— le propinaría a este . . . Y ahí lo vería yo cómo se las arregla con su humanidad.

— No quiero analizar méritos, ni anotar deméritos, D. Augusto. Pero me permitiría dividir a los médicos en visibles categorías: doctores, maestros, especialistas, intuitivos y charlatanes. Los últimos adoptan posturas distinguidas entre nosotros, amueblan su mente con datos y noticias de la hora novísima. Frecuentan los sanatorios, auscultan los casos extremos, toman el pulso a las oportunidades, hablan a destajo, y suculentamente, y triunfan: Son los grandulones de la opinión reinante. Dictan fallos irrevocables, y en sus manos está el destino de la meznada doliente por lo que hacen, por lo mucho que pueden hacer.

La frente despejada, surcada por hondos caminos, por donde ambulan chorros de principios inexplorados por otros. Ojos dulces en uno que otro. Labios gruesos, como que denotan que la ambición gorda está casi a su alcance. Desearían que el triunfo se deje ver al trasluz de una conferencia, o después de romper una costilla, por pronta providencia.

Después de los treinta años, un médico hambriento de honores no concibe la ternura para nadie. Es brusco, instantáneo, volátil, metalizado, indiferente.

D. Augusto se mordía los bigotes, atirantando el labio superior. La mal disimulada geometría de los zancos por el cuarto parecía derretir los conceptos del otro.

— Si esto es así, ¿por qué acude Ud. a los médicos?

Pero reducir a estas pocas palabras su réplica, la que estaba bulléndole en la garganta desde el principio, era recurso de debilidad idiosincrática. Así era él: hablaba para dentro, rabiaba por excederse en dialécticas, y la catapulta del raciocinio se le quedaba en la mano.

— Ahora en los hospitales— continuó de buena gana el inquisidor.

— Así es que los fulanos éstos para Ud. no valen un ardite, cuando . . .

Volvió a atarugarse.

— ¡Qué sarcasmo! ¡qué iniquidad!

— Un momento, Sr. No quiero llamarle la atención todavía por este lado. Lo que es que somos unos bobos, convéznase. Aunque, por otra parte, no tendríamos a quienes confiar nuestros pobres enfermos.

Podía suponerse que estos interlocutores obsecados hojeaban libros, repetían lecturas en ciertos tratados, o por lo menos, que les servía de mucho el acercamiento a un médico de reconocido prestigio.

D. Augusto revelaba una inocente sinceridad, al demostrar su asentimiento a los avances de la medicina. De vez en vez se inficionaba de teorías recogidas a tientas. El mínimo de erudición suya podía alcanzar un elegante tomito de sesenta apretadas páginas, con la desgracia que este despreocupado profesor de optimismo carecía de memoria y de meollo. Lo que aumentaba sus remordimientos y su inmediata irascibilidad.

Después de haber absorbido obstinadamente conceptos primordiales en líneas impresas y de haber escuchado al Dr. Asencio, al especialista González, al neurólogo Endara, al sutilísimo Dr. Ríos, taumaturgo de reciente aparición en el estudio del cáncer, la travesía de sus recuerdos quedaba borrada del todo. Llegado al meridiano de asimilación, sucedía que la réplica contraria, poco o nada consistente, barría con su saber endeble, viéndose ayuno y escueto, sin andar mucho.

La malicia de los amigos atribuyó a vanidad notoria su prurito de leer y adoctrinarse. Con su avidez de saber y su impaciencia en familiarizarse con gentes de laboratorio, un tonto de capirote como él, no iba a ganar gran cosa. Bien podía comerse páginas y páginas, amazacotadas cuotidianamente, el hombre se quedaría desprovisto.

Cabalmente hacía poco que por sus ojos pasó la noticia de conclusiones médicas sorprendentes; para los facultativos jóvenes un anacronismo.

Entre los sabios médicos de Washington se le concedía primacía singular, p. e. al Dr. C. J. Wiggers, el cual discurría con verdadero dominio de la materia sobre la detención o paralización momentánea del corazón, en las enfer-

medades cardíacas. Como al péndulo de un reloj se lograba imprimirle nuevos funcionamientos. ¿ De qué modo? Empleando corrientes eléctricas o masajes. Los experimentos se hacían sobre animales. De cuarenticinco casos, cuarenta revelaban éxito, a pesar de que permanecían en asombrosa tensión las fibras de los corazones durante cinco o siete minutos.

Podía discurrir también sobre la causa de la anemia después de largas infecciones. La sangre es destruída directamente, —había oído por ahí— o son los compuestos que la forman, inexorablemente absorvidos por la infección, en cuyo caso la hemoglobina, o sea la sustancia colorante del líquido vital, es detenida en su producción. Entonces, adiós el oxígeno impulsor de funciones desiderativas en el organismo.

Y en cuanto al sinnúmero de pruebas de vida embrionaria artificial, llenas estaban memorias médicas y revistas de mínima importancia científica.

D. Augusto oyó alzado lo que sigue: Cierta profesor, Gregory Pincus y un Sr. Enzman de la universidad de Harvard, dos años se habían aventurado a la empresa de dar la vida a conejitos en embrión, situándolos dentro de probetas de vidrio, con prescindencia, por lo visto, del cuerpo materno. Esto en 1930.

Pero lo más increíble estaba en que ya en 1910 un fisiólogo inglés, talvez el Dr. Heape, se atrevió a realizar una especie de intercambio de huevos fecundados de una hembra a otra, habiendo visto que el desarrollo normal no se hizo esperar.

Haldane en 1925 desarrolló, en el término de 10 días de prueba, ratas embrionarias en suero. Después de tanta maravilla en ensayos ¿ en dónde el mérito del Dr. Pincus?— observaban los estudiosos, a quienes oía el vanidoso D. Augusto. Escribe en que Pincus demostró: 1º. La posibilidad de fecundar en las probetas mencionadas huevos de mamíferos;

2º el de haberlos trasplantado a otra hembra bajo ciertas condiciones y comprometiendó experiencias de Química y Cirujía. A la unión de esperma y huevo, debía seguir activando con soluciones de sales fuertes, o sometiénolos a una temperatura de 1130—F.

Un poquitín de paciencia, amigo Reinoso. Un hombre de probada contextura optimista como su contrincante sobrio D. Augusto, no iba a quedarse ahí no mas. Su departamento memorístico tenía compartimentos y reservados, ventanillas y casilleros, poco o nada frecuentados por él, y en donde había guardado acuciosamente sus conocimientos. Los había de exhibir delante de pocos hombres, probablemente de los que no le tomaban en serio. En un momento dado, alzaría la cortinilla, y por ahí sería el deslizarse espontáneo de la riada científica.

Cuando Reinoso el ignorantón patentado, comenzó con sus desplantes, no las tuvo todas consigo. Con gravedad y mesura apará los ataques. Hasta se supuso dotado de radioactividad, por la lumbre nefasta que debían despedir sus ojos.

Su estudio firme sobre glándulas y neuronas y la confesión exabrupta de un amigo suyo de que él abarcaba el saber corriente y moliente, sin haber concurrido a las aulas maternas de una Universidad, le inspiró gozosa confianza.

Capaz era de romper lanzas con lo primero que brotara de su magín. Y lo primero sería una quinta esencia de aprendizaje en el transcurso de una conversación entre galenos de oficial significación.

- Dr. Valdivieso. En lo futuro la humanidad está destinada a nacer en vasos. Haldane lo predijo ya. ¿Conoce Ud. colega, su Daedalus?
- Debo conocerlo. ¿Sistema, obra escrita, o suero?
- Me refiero a lo que han dado en llamar ectogénesis.

— Eso es.

Este "eso es" revelaba al médico contexturado por el largo devanarse en disimular a seguida su ignorancia del asunto.

En otra disputa trascendente entre pulcros especialistas de Quito D. Augusto aplicó las orejas con tenue disimulo.

— A nosotros nos corresponde resolver esto: la irradiación del cáncer por los rayos X. Es un procedimiento acabado, o habrá que aceptar otro.

— No podría decidirme por nada— asentó ruborosamente el profesor de bacteriología de la Facultad.— En Quito no existe el cáncer.

— ¿Dice Ud. que en Quito?

— Bueno, en el supuesto que exista, la proporción normal de casos estudiados desalienta al profesional.

¡Cómo!

— Digo porque la lucha por la vida no nos da tiempo. Lucha feroz, brutal, constante. Añada Ud. Dr. el trabajo de cátedra, y, a las fatigas diarias del hospital, estudios serios, una imprudente consagración a una sola cosa.

Y con manifiesta sorpresa de todos, el que iniciaba la disyuntiva con esto de "a nosotros nos corresponde" no tuvo por menos que acogerse a la capitulación del bacteriólogo.

— Bien dice, colega. Todo depende del factor tiempo.

Nosotros somos a lo mas hombres de lucha dentro del medio. Defendemos el pan, y nada menos que el pan.

D. Augusto soltó un suspiro desfalleciente. ¿Por qué razón se ponía punto acápite en una materia primordial como ésta? ¡Oh si estuviera de Dios animarlos a seguir ventilando y desmenuzando . . . !

Con efecto, fue el mismo iniciador— talvez el diminuto médico de la sala de tuberculosos, avezado a tratar con o sin suficiencia, sobre todo, y con el primero que hallara a la mano— quien se resolvió traer el asunto por las crines.

— Esto del cáncer y sus tratamientos varios . . . Talvez si valdría la pena, antes que otra cosa, prevenir sus estragos. Porque el mal sigue y seguirá siendo una incógnita. Prevenir, detener y nada mas. Dícese que las complejidades de la vida moderna multiplican casos. ¿Será verdad?

— Con todo, Ud. si ha seguido las tentativas, infructuosas, desde luego —añadió el bacteriólogo, abrumado el cerebro con tanta teoría, apenas bien librado por su magnífica digestión— convendrá en lo oneroso que resultaría llevar a la práctica tamaño acopio de cosas nuevas sin vialidad en el estado de la aplicación casera. Y todo un bacteriólogo de Quito!

— Sólo sé que la irradiación, a que hice referencia, no es la conclusión lograda en Patología experimental. Las células del cáncer pueden multiplicarse con rayos X y todo. El radio es una conquista del día, lo sé, pero se tendrá que recurrir a un nuevo metal.

Lo que equivalía a no decir nada en buenas cuentas.

A D. Augusto le sonó a profecía las palabras guturales del profesional, y con el entropaso de uno que camina a tientas, bajo el conjuro de un encontronazo astral, se encaminó a la sala del pensionado.

- ¿Qué pasa con la hernia de su primo?
 — Bien, requetebién. Será cosa de diez días más de cama.

Dió unos pasos adentro. Animales de presa, prontos a la plegaria al Desconocido parecían algunos. En su mirada recóndita se presentía la persistencia del mal. Cáncerosos, febricitantes, entes sugestionados por el mismo médico, se revolvían en sus lechos.

Reinoso abandonaba la sala enseñando un cariz blasfematorio.

- Ya ve Ud. D. Augusto, cómo entre hombres de ciencia no saben lo que hacen.

Herido de nuevo por el imprudente, el viejo titubeó:

- Ya le he dicho . . .
 — Ud. no me ha dicho nada. Todo es hablarle con la verdad de los hechos, para que se ponga a dar golpes pecho. Hasta ahora me le tienen como al principio. El pobre Florencio Antepara viene gastando un carajal en médicos y boticas. Venga, véalo.
 — ¿Quién, el negro Florencio?
 — Negro o blanco, allá va a dar. Solo que para un hombre de color no se haya hecho la ciencia médica.
 — ¿No es pues mulato, Antepara? Yo no miento. 'Ahí está a la vista.
 — ¡Qué brutos son Uds! Se guían por la epidermis de las cosas. ¡Más de brutos!
 El erudito de D. Augusto se aplicó un pañuelo a la boca, al sentirse aludido.

Antepara no siquiera lo vió. Alargaba el brazo por debajo de la cama. Era la centésima vez que sentía írsele gotas de orina con sangre.

I I I

En cierta época era un lujo real tener automóvil "Dodge" a la puerta. Y para un médico de fama, indumento personal indispensable. No iba ningún benefactor de éstos a quedarse a pie, siendo su deber acudir al lecho del enfermo pronto y de buen talante.

El Dr. Lucio Carvajal disponía de dos al escoger. No necesitó de mucho para refocilarse con una hembra de rechupete en una casita rebrillante allá por las afueras del Ejido.

Cirujano del antiguo hospital S. Juan de Dios, pero en plena pubertad económica, era el Dr. Estuardo Freire, atestado de honores y Decano de su especialidad. Al eminente clínico Dr. Jorge Carrera le daba náuceas ser requerido por la gente pobre. Se hubiera deslucido su indumentaria social. Era el médico de cabecera de familias pudientes. Se saturaba con recomendaciones de damas y chiquillas dieciochenas. Jugaba al "tennis". Era miembro de veinte Sociedades Científicas, y con traje recién planchado acudía en litera, si se quiere, al certamen de la gloria en su país.

El profesor Suárez Villota había dejado vacante su cátedra de Tisiología, y con su aire sedativo y burlón, afirmaba que en esta especialidad, sin él no podían cubrir ni las apariencias.

El Dr. Fernández García era el más ocupado de los reudentores de hombres. Abierto su consultorio en horas determinadas, atendía por turno a los clientes. Oía poco. Dictaminaba a boca cerrada y procedía. Pero había que ver el lujo de su instalación quirúrgica. Un arsenal de aparatos de mayor a menor, de una tersura impecable. Muchos, varios, novísimos, recientes y de uso exclusivo de la técnica de última data. Se había conformado con aceptar unos profesionales de los pensionados del "Eugenio Espejo, cuando urgía el

imperativo de contar con un personal de servicio, "egresado" de las instituciones europeas. Los jóvenes becados darían mejor cuenta que tantas chochees rutinarias que oían a éter y bálsamo yodado.

Se había destacado en el tratamiento de enfermedades venéreas. Caballeros y señoritas confiábanse en sus manos. Y no había por qué protestar ante lo inasequible de sus honorarios. Sus descubrimientos estaban muy a la luz. No había un hombre, no podía haberlo, que no saliese inmune. De tal eficacia era su procedimiento profiláctico, que el potestado gonococo, jefe supremo de las dolencias humanas, invasor irreductible a través del cutis, vasos, sangre, huesos, se declaraba vencido. Tan cierto estaba de ésto el insigne venereólogo, que en sus horas contadas de ocio, le venía a la memoria algo como la figura de cierto hombre de tez bronceada, muy en el vigor del vocablo, a quien le obligó durante año y medio a descubrirse con dinero.

El negro se manifestaba un poco reacio en el pago, en virtud de que parecía no contar con los medios prontos. Manifestaba una marcada aversión a los facultativos de Guayaquil, pues estaba seguro de que ellos, y no otros, le habían despojado de dos de sus fincas de cacao.

Fernández García bruscamente expuso a su cliente que la enfermedad entraba en el período crónico, por decir lo menos. Lo hacedero y conveniente era probar fortuna, y esperar, esperar.

Antepara esperó. Dóscientos lavados vesicales, una que otra inyección de tripaflavina, en alternativa con los consabidos sellos, cápsulas y paliativos supletorios, dieron por resultado el avance del mal, subrepticamente, con estratagemas de ladrón nocturno.

Metaloides, alcaloides, albuminoides había ingerido por boca, músculos y venas. Una labor de sonda, zapa y exca-

vación se efectuaba en su órgano, siempre que le venía en gana al explorador.

Tizanas, diuréticos, asépticos y pomadas con su virtud extirpativa y preventiva, ¿qué se habían hecho? El paciente seguía lo mismo. ¿De qué servían? O si se quiere, le habían invadido por intersticios insospechados, enemigos múltiples. Estertores por los huesos y coyunturas, debilidad, agotamiento viril, orina escasa, escoriada con ácido úrico y filamentos sanguíneos. Inflamación de la vejiga y riñones.

Un día se confidenció con el médico de más de un año:

- Dr., ya no me quedan recursos, y sin mentirle, sigo de mal en peor.
- Era visto. Esta enfermedad
- Requiere tiempo y paciencia —me ha dicho Ud.— Está bien. ¿Y no son suficientes . . . ?
- ¿Qué cosas?
- Más de dos mil sueros llevo gastados solo con Ud. Dr.
- Ud. no se priva
- ¿Y de qué voy a privarme, si soy un esqueleto "andando"? ¿si no tengo ni para una taza de café a veces?

Fernández García se puso cetrino. Estudiaba la forma de enderezarle al paciente un taco de esos como: "Sépalos que soy un grande hombre, so tal, para que me venga con reflexiones semejantes". Negro, hijo de perra, ya te aplicaré otra vez el uretroscopio, a ver si te aguantás".

Se tragó el mal pensamiento que iba a enhebrarse en palabras. Se miraron de nuevo. Antepara se doblaba con la inflamación. Por instinto viejo se había acostumbrado a querer bajarse los pantalones.

— Y ahora, ¿qué quieres?

- Cúreme, por Dios, doctor. Creo ... todavía creo, ... que puede haber remedio.
- Estoy harto de tí. Más parece que eres tísico. No he querido llamarte la atención.
- Todo puede ser, Dr. —dijo Antepara, adoptando una compunción de vencido, por mas que le resultara inverosímil achicarse ante un negociante con título.
- Todo podía haberse evitado.—añadió—En tanto tiempo los médicos como Ud. prevenen, o dicen la verdad cruda, como sienten, aunque le duela a uno. A lo menos, lo pienso así.
- Vamos, vamos, ¿y contra quién te disparas ahora?
¡Espléndido! Yo tengo la culpa de todo . . .
- Debía haberme anticipado. Era de esperar de Ud. Conque ahora, que no cuento con recursos, me viene con la nueva.

“Son los mismos en todas partes. Solo cambian los nombres y los procedimientos”— se dijo.

La mirada del facultativo se tiñó en sangre. Iba a apretar los puños, pero a tiempo reparó en que el mulato podía faltarle, así como estaba, y entonces se ajaba su prestigio y su transparente y límpida prestancia profesional, que adquiriría por seguidos perpetuidad, según lo notaba en los punteros de su reloj de pulsera, constelado de brillantes.

— Eso es.

Antepara salió del consultorio. La boca seca. El pulso vertiginoso. El frío de la calle ganduleaba con su sombrero, incitándole a tocarse los botones del saco. Andaba haciendo curvas. Todos los transeuntes lo miraban con aguda extrañeza. Su estatura se doblegaba como palizón roído por la

corteza. Por doquiera se asomaba la figura fatídica del galeno. Y ahora no fueron las ocho o diez celebridades de Guayaquil.

Un día, un buen día,—bien que lo recordaba— fue recibido por el Dr. Eustorgio Salinas, con los brazos tensos a la puerta de su laboratorio. “Venga Ud. Sr Antepara. . . . Y ¿no sería mejor que le hagamos dos lavados al día? Y ¿cómo haré con mi — Déjese de escrúpulos. Es su propia mujer, y hemos de convenir en que el contacto frecuente es lo malo — Tengo que hacer un viaje a Salitre — Ajá! Supongo que los intereses en la hacienda. . . . — Si, Dr. necesito saber como anda eso, y traerme algunas monedas”.

La estación calurosa asediaba. El estaba muy pletórico, y para andar con soltura tomaba dos baños diarios en el hotel Ritz. Un vestido blanco le caía de perlas. Y con el mariposeo de la corbata nueva, ajustada con una herradura de perlas finas, y con el oportuno aplomo de su mocora recién escogido donde Poppe, y con la libreta de cheques contra el Banco Comercial y Agrícola, se completaba el hombre.

La cuestión era muy sencilla. “Después de unos quince días de tratamiento”— se lo había dicho dogmáticamente el Dr. Salinas, tocándole levemente en el hombro, sale cantante y campante para Ambato.

El amigo Dapelo, bueno, Dapelo se tragaria la ofensa. Llevaban ya tres semanas de vida marital. Hasta las fieras se amansan con el correr de los días y el ejemplo de lo que pasa en otras partes.

— “Y ahora soy el negro Antepara; para unos y otros el negro, uno como ser despreciable. Esto de la color me llena de asombro. No me creía muy quemado. Tal vez el clima, la enfermedad y el haberme rapado la cabeza. Y aunque así lo fuera. Un hombre de color ¿no tiene derecho a la felicidad? ¿No merece igual trato que un blanco? ¿Desde

cuándo los negros no tienen arraigo entre personas decentes? Y más cuando se trata de un médico, yo no veo la razón”.

La gente rebullía por las calles, malgastando el torrente de sol primaveral. Mujeres reñidas con la moda del día anterior. Apenas de dieciocho a veinte años, perfumadas, arrebatadoras, desplegando campánulas de dicha y felicidad por la hornalla de sus ojos.

Revoltijo de hombres, de automóviles gruñidores a la vuelta de una esquina. Vendedores de baratijas, de periódicos y revistas, voces, gritos, vértigo de la vida, sangre saturada de glóbulos rojos en el más pequeño y pobre, Quito en plena carrera Guayaquil, esto veía Antepara. Y por esto detuvo la corriente de sus recuerdos, y llegó a aturdirse. Se acentuaba la disyuntiva extraña. A nadie revelará la magnitud de su proyecto. Todavía alimentaba la posibilidad de curarse. Había leído, abundaban informes. Se publicaban estadísticas sorprendentes. Flotaba en la mente de muchos que la salud pública estaba garantizada por la Junta de Asistencia Pública.

Otra vez se rieron al verlo cruzar. Le seguían midiendo su gran estatura enclenque.

No importaba. Había sido hombre de empresas arriesgadas. Se había entendido con los jornaleros de su hacienda, con los cacahueros del “muelle”. Una vez, más de una vez, hizo uso, bueno o malo, de pistola, calibre . . . Y así . . .

— “Oye, no eres hombre de pantalones? Y entonces?”

Halagado con la idea incommovible de su reivindicación, fue encaminándose al hospital “Eugenio Espejo”. Sin sentirlo, había vencido las rebeldes verjas de la entrada.

I V

Casi había desaparecido la heroica empresa de D. Augusto de mantener en pie robustas reputaciones profesionales. Después del caso de hernia de su amigo, se le ocurrió contar con un médico, cuando pareció postrarle un ataque de uremia. Los medios con que contaba en su casa eran limitados y estériles. En la lejana perspectiva de comenzar con vegetales y aguas diuréticas, su investigación le llevó de la mano a los pueriles tratados, uno de ellos abierto en la pág. 168. Recorrió renglones, encontró fórmulas, masculló con el deseo la conveniencia de un específico. Pero avanzaba la peoría. Con un disimulado estoicismo ahogó la dolencia. Luego, no tuvo por menos que dar ayes con regular acento de hombre. Que venga el médico, aquel que habló largo y tendido sobre la dictadura cáncer en otros lugares. Entre el regocijo general, D. Augusto, después de cinco días de cama, se levantó jovial y salmodiante. Estaba visto que el estado de ánimo influía no poco en el enfermo. ¡A un cuerno con el encogimiento, con la presión de ideas fatídicas! ¡Caramba! Capaz de tomar una buena ducha. Unos sorbos de cerveza con el quidam de Reinoso vendría a su debido tiempo.

Se palpó la redondez de la barriga. La seda de la piel se iba distendiendo. El hígado intacto. Los pulmones debían absorber a torrentes aire puro. ¿Y el costado izquierdo? ¿Y el lado del corazón?

El primer paseito al rededor de su cuarto le trajo a la memoria la labor clínica del Dr. Varela Troncoso, otro de los que acudieron a su casa gratuitamente, ya cuando había cesado el peligro.

Con todo, recetó, aconsejó, agregó conceptos y razones coadyuvativas, al parecer, de alguno de sus colegas. Podían sumar unas diez páginas de un libro en cuarto.

De pronto, le asaltó de visita su contrincante Reinoso. Siempre habían quedado de amigos, a despecho de su afán de motivar asertos contradictorios.

También se hallaba preñado con una lectura reciente, y bregaba por aliviarse de su peso.

— No se medicine mucho, D. Augusto. Ya no es un niño para que se atenga a las tonterías que inculcan los facultativos.

El viejo diabético estaba gozoso por el hecho de haberse curado a costa de poco, quizá de nada. La farmacopea de sus sesenta años plácidos no equivalía a dos frascos de aceite de ricino. Naturalmente que siguiendo la proporción justa de ese montón de agostos sin digresión nefasta alguna.

—Al contrario, hoy como nunca, se me ha obligado a estar en manos del médico y de la botica. La enfermedad entra como Pedro a su casa, así sea por un resfriado.

— A propósito de resfriado —interrumpió Reinoso, alisándose el cabello— Acabo de hallar esto en un tratado de cirugía. Así, al paso, como dicen. Ya sabe Ud. cuánto y cómo leo:

“Mientras que la ciencia no ha llegado todavía a vencer un simple resfriado, la escultura en materia humana alcanza ya una perfección extraordinaria”.

— ¿No ve Ud. en esta afirmación nada menos que la derrota de los clínicos?

D. Augusto no le dejó acabar.

— ¡Caramba! Dale con los clínicos. ¡Siempre Ud. de punta con los salvadores gratuitos de la humanidad doliente!

¿Quién cree Ud. que me ha puesto en pie antes de una semana? Precisamente un clínico. Cuestión palpitante. Mi ataque de uremia no admitía componendas. Aquí no se trata sino de un enemigo jurado que no retrocede mas que al conjuro de la ciencia.

— ¿Ud. se ha curado de veras, D. Augusto? Pero demos el caso del acierto en su insidiosa enfermedad.

Sería una excepción. La mayoría de accidentes se solucionan sin el auxilio médico, consuélase Ud.

— Vaya, vaya, no faltaba mas.

— Como Ud. me oye. Un médico inglés decía estas palabras. No me olvido, ni me olvidaré: "Hay enfermedades que se curan, gracias a los medicamentos; muchas, sin necesidad de ellos, y muchísimas otras, muy a pesar de los medicamentos. El mejor servicio que un médico puede hacer a un enfermo, no es el darle drogas, sino el descubrir y darle a conocer las causas de su mala salud" Ahora pues, es incontable el número de personas que evitan la absorción de medicamentos, seguramente por instinto, o porque alguien les inculca este modo de pensar. Si viene de un médico, ávido de clientela adinerada, o que poco le importa la salud general, yo estoy dispuesto a dar crédito. Tal vez algún sabio o un bien intencionado salido de estampía de su centro de acción.

Dicen que Hipócrates daba poca importancia a los medicamentos. Mas bien, el régimen alimenticio, el ejercicio y la terapéutica, aún en los casos crónicos.

Lo mismo dicen de Platón, en el supuesto de que este filósofo insigne se haya ocupado en estas cosas. El Dr. Williams Osler, como decir un Dr. Egúez, un protomédico Cevallos de los nuestros, concibió un excepticismo absoluto en lo tocante a drogas. Hay un caso curioso todavía, D. Augusto. Un doctor Cabot, del hospital General de Massachusetts afirmaba que de 215 enfermedades reinantes, solo nueve

necesitan de específicos: ¿Cómo se podían curar las demás? Con buenos consejos; si Sr. Que el régimen alimenticio, que el sol, la higiene mental, la religión, la moral, es decir, la salud del cuerpo y del alma

Un hálito deletéreo pasó por sus narices en este momento. Sin ser llamado, se asomaba el espíritu de Antepara con la pungente emanación de sus axilas.

D. Augusto, de memoria deleznable, no pensaba en nadie. Un zoquete de pan negro extendido a sus manos hubiera hecho sus delicias. Hasta tal punto no se estaban quietas sus manos chatas, sino con la comparsa de pedacillos de papel, palos de fósforo o migajas de mugre.

—Y fíjese Ud. que vamos reduciéndonos a pocos específicos: la quinina para el paludismo, la insulina en la diabetes y el suero en la difteria.

D. Augusto se dió por aludido; y enarcó las cejas.

—¡Cuánto sabe Ud. amigo mío! Esto demuestra muy a las claras que su criterio marcha al unísono con la medicina actual. Así, pues, andamos conformes.

Reinoso repudió enseguida la estudiada astucia de su amigo, y sin poder contenerse, continuó:

— Abogo por la supresión de las drogas. Mi prédica se reduciría exclusivamente a la prescindencia de médicos y boticas.

— ¡Guay! ¿qué dice Ud?

— ¡Córcholis! Por lo menos, a su limitación. ¿Dónde está mi Cabot? ¡Ah! Pues aquí lo tengo. Este buen Sr. aconsejaba que no se recetase. "Plaçebos". Yo placeré" significa esta palabreja latina.

Otra vez D. Augusto abrió tamaños ojos, imitando a Hipócrates, a quien se le achaca el primer atisbo con la mirada al enfermo, comenzando por el nacimiento de la nariz.

— “Este individuo me ha tomado por un alumno pedigrño de la Universidad. Central pensó—

Al profesor de curso le extraen nociones y los puntos más salientes de la cuestión que pueden servir de tema de examen”.

— “El médico no tiene derecho de engañar a los enfermos— añade el mismo Cabot, aunque se empeñe en paliar el dolor por medio de calmantes”.

—Ahora, oiga Ud. una anécdota del célebre Magendie a sus alumnos continuó Reinoso. Pasaban de algunos miles los enfermos confiados a su cuidado. Pues bien, dividiólos en varias categorías. En una estaba los que recibían ciertos remedios, sin saber bien su uso y procedencia. Los de la otra recibían cápsulas de pan y agua de diversos colores, ignorándose lo que eran. Había otra clase de enfermos, a quienes no se les suministraba nada. Estos tomaban alimentos. Pero, como es natural, no dejaban de torturarse creyéndose abandonados. Se irritaban, suponiéndose de gravedad.

Como la naturaleza no descansa en su obra, salían a flote, y mejoraban visiblemente. Lo que quiere decir que los medicamentos, después de todo, ayudaban a la naturaleza. Concejos y sugerencias.

Un médico que no desconozca lo sublime de su misión, debe ser un amigo, en esto de prodigar remedios preventivos, higiene, sol, alimentación sana, agua abundante y suficiente reposo.

En este país de improvisados y empíricos con título, no conozco un hombre de esta envergadura. ¿No es verdad, D. Augusto?

Se hizo un silencio de plomo en torno de los dos buenos amigos. Las ideas arrumbadas en la mente del diabético pataleaban de furia. Hubieran buscado ventilación y el suficiente intercambio. Por desgracia, sin culpa del órgano receptor, a D. Augusto le gustaba ceder la palabra, aunque supiese lo penoso que resultaba saber mucho, sin poder abrir el cauce.

En los tejados de las casas de tres pisos los gatos hogareños hablaban de ausentismo. Naturalmente, que una sola pareja no puede cambiar la sociedad, ni la supervivencia del desequilibrio económico! El negocio de los capitales emigrantes! ¡La cola de empleados inútiles! ¡La monogamia oficial en lo tocante a la distribución de servicios administrativos! Con tal de ayudar a los bien recomendados, con una partidita presupuestaria, bien podía irse a la punta de un cuerno la maquinaria del Estado.

Los funcionarios jugaban a los bolos; y en oficinas y reductos gubernativos, a cara o cruz se arreglaban la marcha de los asuntos primordiales. Solo así se evitan disgustos y retintines en los bandos políticos.

Un mandatario modelo se paga con amistades y tradicionales ascendientes. Vuelve las espaldas a los advenedizos en ideología. Tiene miedo de las posturas serias, de la malhumorada chuzma de prosélitos y correligionarios; y con la aprobación de sus eternos compinches y anfitriones, vela por el bienestar de unos pocos, aunque la plebe ignorada perezca o rabe de impotencia.

Ahora, allá en un hospital ¿quién iba componer entuerotos? ¿El mulato Antepara, D. Augusto, Reinoso, el Dr. Facundo Ortega; otro de los auscultadores de bellas mentiras y

los intrincados quejosos contra el cuerpo médico de Quito y Guayaquil en el transcurso de unos cuántos lustros a la fecha?

— Creo que a estas horas los patriotas de España están en S. Sebastián —exclamó uno, poniendo buen cariz de geometría plana a la noticia.

Unos neumáticos estallaron al entrar en la carrera Maldonado: "Me gustaría ser un Mussolini en el Ecuador. Este país necesita hombres de este jaez. Tenemos indios y negros insolentes y que aspiran a posiciones relevantes. Con una batidita a estos titulados socialistas, la situación ganaría con cuarto y quinto".

Oír esta generala y orinarse un perro en el parque de la Independencia, todo fue uno. El crítico Lozada, que tiene la batuta de Bobadilla, se masturbaba la memoria, recordando sus tiempos impolutos, cuando coches, caballos y cocheros eran una misma persona. El negocio de vales y casas baratas era una preciosidad de ganga. Había rangos de nobleza en las familias y en los caballos de tiro. Y aún hasta los cerveceros tolerables eran barones y vizcondes por partida doble.

Un chisgaraviz detonó contra la posible colonización judía en el Ecuador de dos millones de hombres entre desocupados y presupuestívoros. "¡Upa! Un millón de deícidas en un pueblo católico. ¡Hágame Ud. el favor!"

Estaba a dos pasos de la iglesia de Santo Domingo, en una de cuyas ermitas se alza en una pila de agua bendita, S. Vicente Ferrer, exterminador por excelencia de semitas en España en tiempos del papa Luna.

Más de doscientos suplicantes pasarían esa noche con sorbos de agua de San Vicente en los bancos de piedra de acá o de allá, mientras que Monseñor Cento, Nuncio Apostólico de Su Santidad, ahuyentaba las pesadillas frecuentes de opíparas digestiones desde su arribo de Guayaquil.

V

— Estoy malo! ¡Estoy peor! ¡Hasta el estado del estómago!. .. A ¿quién se le ocurre a un enfermo de los riñones darle semejante brevaje!. .. Mis pulmones talvez se me hayan roto con más de tres horas seguidas de tos. Aunque no puede ser. El tal médico me andaba por la barriga, por las espaldas, por la capa del pecho, como quien busca una moneda a tientas. Ahora me doy cuenta que hay que auscultar con las manos, como búzos inexpertos con la mascarilla de la duda. De todos modos, estoy como al principio, después de haber recorrido la ceca y la meca en busca de salud.

Quería vociferar en voz alta, y para que supieran todo lo que ocurría en un pensionado de hospital. Pero estaba débil y desvencijado. Le agarrotaba el frío y pasaba por mísero y mal oliente. Lo encontrarían ridículo y repugnante.

Siquiera un grito. Siquiera una palabra de protesta en la cara del más satisfecho, si bien es verdad que todavía se consideraba muy hombre para sentir envidia. En su cabeza se confundían los ayes de los numerados y hampones de ninguna paga, amartelados por la muerte. Le quedaba en la memoria una ristra de terminachos mascullados por la nionja intonsa o por la vanidad naciente del interno: apósitos, enemas, puntos de fuego, telescopio para la vegiga, cianuros, bismutos, bideles, el diario etcetera de los excrementos.

Estaba ciego y sordo. Le subyugaba la idea de que cuántos se topaban con él eran tuberculosos y tíficos. Obesiones macabras le seguían como la sombra al cuerpo.

Talvez eran diez, eran ciento, eran mil los atacados de su mismo mal, aunque a nadie se quejaban ni fruncían el cariz. En cuyo caso, no valía la pena deplorar tanto su sino. Se figuraba hallar cacharros, humanos con los riñones inflamados, el hígado purulento y las ojerazas fofas. Por aquí, por ahí, por acullá pululaban bacterias, parásitos, toda la fauna microorgánica en apresurada y vertiginosa adaptación en su ambiente.

Conforme caminaba, perdía la noción de saber a dónde iba. Debía darse prisa. Durante tres largas horas la gente transitaba atragantándose espacio. Grupos de oficinistas y empleados braceando acompasadamente. Los cargadores de las aceras rumiaban sentados; los únicos dotados de oídos por todo el cuerpo. Eran los que seguían los espirales y zigzags de la campana mayor echada a vuelo y, de las veinte, y de las treinta correigionarias, con más pericia que nunca en captar almas para el cielo. En tal virtud, no cabían en los templos centenares de fieles repletos de preces los bolsillos. ¿Por que no se hablaba de negocios mundanos en las iglesias? ¿Por qué no se solucionaban conflictos sociales desde el púlpito? ¿En la sinrazón de las cosas reveladas residía la felicidad general? ¿Dónde estaba el fuego del cielo para los ricos? ¿Un hombre sólo encaramado y en la cátedra sagrada maniataba el derecho de ofensiva y defensiva en las clases miserandas? ¡Y pensar que en un templo alzado al Todopoderoso comunista de todos los tiempos, se daba comienzo a la esclavitud de alma y cuerpo! ¡Y creer que a los feligreses no se les permitía sino rezar, rascarse, llorar en silencio y ahuyentar al enemigo malo, olvidándose de sus verdaderas miserias!

Al descubrir una casita en la subida al Tejar. Florencio tuvo la visión plena de D. Augusto, su presunto pariente, elemento acomodaticio, recamado de catolicismo y frases baratas. Puesto a considerar la gravedad de su situación, le empujaría

quizá donde algún médico de su confianza, aunque hablando en oro, todos eran la voz oficial del saber humano. Bien es verdad que, cuando se le resbaló su mujer con otro, sacó a relucir autores, tratadistas, eucologios y centones de conformidad cristiana.

Una noche tuvo un altercado con él por una quisicosa de política militante. A la larga, él, Antepara, tuvo en su favor toda la razón. Acabaría el mundo puerco a queste por abrazar un comunismo racional.

Había que tallar hombres y desterrar utopías. Rematar con los parásitos, arribistas y apócrifos. Barrer con círculos individuales, como logias y hermandades políticas, romper bloques, trucidar trincas calcáreas, pulverizar el pasado, en lo concerniente al odio separatista de razas y religiones . . .

— ¿Hay alguien aquí?

La puerta de calle se resistía chirriando espantada. Una bocanada glacial de silencio le aventaron a los ojos.

— ¡Tío Augusto! ¿aquí está el tío Augusto?

A unos pasos de la cocina humeante, enseñaba las piernas a la resolana el carajinete del tío.

— Sabrás que estoy un poco sordo.

— ¿O es que la voz de un pobre . . . ?

— No creas. Desde cuando me clavaron emetina doble . . .

Como no hubo forma de sentarse, el visitante continuó sin rodeos:

— Sabrá que ya me largaron del hospital.

— No te creo. Probablemente tú mismo te apuraste.

Porque eres muy pintoresco.

- Nada de eso. En primer lugar que no tengo dinero. Y luego que en esa santa casa no hay caridad, no existe humanidad para los que tenemos quemado el cutis.
- Eso lo ves tú.
- Así es. Los negros no son gente. Para ellos no se ha hecho el reino de los cielos.
- Bueno, dejemos a un lado este asunto. Y ¿qué piensas ahora?

Antepara se fijó en el aburrimiento ilimitado del hombre. Tuvo tiempo de ver el cuidado empleado en su indumentaria. Las pantuflas estaban intactas. La tiesura del cuello databa de meses. La cadeneta del reloj en su puesto. En fin, el ambiente de la casa, revestido de orden y sobriedad aplastantes.

- Porque a mi modo de ver, tu enfermedad es incurable. Hasta los médicos se cansan. Falla el diagnóstico.

Antepara se tocó el ombligo desleído por el dolor. Hubiera querido disponer de un hoyo por cinco minutos . . . ¡Su enfermedad incurable!

- No vengo a pedirle nada, querido Sr. —rezongó doblando el espinazo— En mi vida no estoy acostumbrado a fastidiar a nadie. Quien nace teniendo, poco le importa lo que tengan los demás.

D. Augusto quería hablar a tiempo, y mucho.

- Ya lo sé, ya lo sé. Lo mismo digo yo.

— Yo he querido saludarlo y continuar mi camino. No se inquiete Ud. No hay peor tortura que la que se proporciona uno, cuando se anticipa una obligación para la que no está acostumbrado.

— Tiene gracia tu modo de pensar. No te he reñido por tu venida, no tengo por qué temerla. Has hecho bien en dejar el Hospital.

— Lo que esperaba de Ud. es un consejo, alguna sugerencia, en vista de lo muy relacionado que es con tanto médico de aquí.

— Claro- corroboró el viejo, respirando ya a sus anchas.

— Sabía Ud. que con una recomendación era basta.

No iban a cruzarse de brazos, tomando en consideración los quilates que se alza un hombre respetable como Ud. Pero no hace falta. Yo mismo en persona buscaré al médico. Me quedan algunos reales, y cuando carezca de todo . . .

— ¡Ah no! —exclamó solícito D. Augusto, pasando la mano hasta el puño en el bolsillo del chaleco.—No hay que anunciarse desgracias. Dios es muy grande y vela por los suyos.

— Déjese de pendejañas. No tiene Ud. otro recurso, y como Ud. todo majadero, ahijado de la mezquindad y el egoísmo. Quedese con su Dios. Yo no necesito baños tibios, ni me pago con teorías hueras.

En la calle de nuevo. La vieja y soleada esplanada del Pichincha estaba cerquita. Por los repliegues de las lomas se escapaban los rumores del vecindario: mentirijillas, comadreos sórdidos de indias borrachas, vómitos de murmuraciones, continuamente renovadas en el trajín de la vida vulgar.

Recorrió algunas cuadras. Ahora, con el papango del viejo en la pupila. Por poco no le zampa en la calle con la ayuda de los perros.

Entrevistado con Dios y con tan buenas personas como sus sobrinos, nietos y chuznietos, ¡cómo no iba a ocupar un sitio destacado en el mundo!

Los otros, los de la mediana manera de vivir, caminaban por igual. Honestos, piadosos, y pegados al alcohol, comulgando a diario, y más tarde destrizando honras.

De poca liberalidad, estrechos de faltriqueras, y a lo más, tenderos, prestamistas, o insignes traficantes de vales de jubilados y militares pasivos, sentábanse a la mesa los ciudadanos de la buena suerte.

Era que se aproximaba el medio día. El matrimonio Enríquez Bueno revolvía cómodas y vitrinas, con el deseo de pasar unos días en el Tingo. Aplazaban invitaciones reiteradas a la hacienda "La Merced". En Alangasí hay campos primaverales, colinas azules, aguas de salud, pero la monotonía de viajar en automóvil desde Quito, abruma.

En Sangolquí se aprestaban a la gran corrida de toros. La colmena social urdía planes y programas apetitosos. La exótica naturaleza europea no se iguala al encanto de un paseo al valle de Machachi en número de veinticinco personas. Las chiquillas hablan de sus grandes negocios futuros; fuman, obséquianse conceptos galantes, por hallarse en la misma edad. Se acaloran ante la expectativa de aceptar la moda que viene ó un novio irrumpido en el baile de la semana pasada. Tal vez puede advenir de Europa en la hélice de un aeroplano o en el elenco de una Embajada.

La esposa del Ministro Gangotena ha salido de apuros con su tercer vástagos. Pronto se pondrá más arrebatadora, y, con sus caprichitos y afecciones excéntricas, dará mucho qué hacer.

Es el vigésimo banquete en la Legación del Brasil: ochenta convidados de rechupete. Comidas y cuchipandas entre el elemento diplomático que se suceden con inimitable regularidad. Así se arreglan negocios y se transan dificultades. Comiendo y bebiendo anda el protocolo, y se enlazan afectos internacionales. Gracias a dos o tres empingorotados anfitriones, gana en color, olor y sabor la condición de los pueblos y la suerte de los hombres.

¡Eureka! En diez haceriones están distribuidas las actividades de D. Alberto Barba. Un solo administrador, cuando le place, para todas. Siempre se halla desalentado, ávido de ganar en calidad y no en cantidad, buenos colaboradores. Acaba de ensayar tractores y arados en unas diez hectáreas de terreno virgen.

Los indios no pueden hacer más. Y aunque estuvieran bien pagados. Al Fidel Guatúña le falta un dedo del pie. Al Patricio Anrrango le arrancó tiras del trasero el patrón, y le ha disminuído unas tantas rayas.

El suero de 100 litros de leche que se venda a buen precio. En la Cooperativa hay un activo de 200 sucres diarios, y sin embargo, no es posible distraer tres por semana en bien de pordioseros y pordioseras los días sábados.

Y propóngase Ud. hacerle notar al Dr. Alfredo Ramírez el monto de sus veinte casas arrancadas por embargo. Los inquilinos son hijos de Dios como él, y no han de dormir en la calle, por el hecho solo de no anticipar el pago de alquileres.

El Dr. Roberto Jácome es su sobrino carnal. Cuando abre su consultorio (porque la estolidez de los tiempos lo permite) evoca la fisonomía de su tío, se fincha de orgullo profesional y dobla los honorarios. Su piel adquiere una ten-sura juvenil. Sus ojos llegarán a expresar la persuasión doctoral. Por su boca los clientes oirán a Pasteur o a Noguchi. Alguna dolencia descarriada contará con la dureza de su alma, y ahí será la disyuntiva suprema que le queda a un pobre: ti-

rarse de cabeza sobre la enrikladura de un tranvía, o ganar desde una altura de veinte metros las aguas del Chota. Verbigracia, el célebre periodista Serapio Bejarano, que con su preclara rendición de fuerzas espirituales, se puso al habla con el Increado desde el laberinto túbido de las aguas.

VI

Antepara había arrastrado a su voluntad, en vez de que ésta fuese la iniciadora de actos ciertos.

Se levantaba, recorría unas cuadras, y se alzaba de hombros. Sentía inacción, flojera de espíritu. Una mar de veces le hacían continuar la vía a empujones. Como en los cuentos orientales, un genio malévoló se interpelaba, indicándole distinta trayectoria. ¿Volvería a Guayaquil? ¿Estaría bueno escribir a su ex-querido, de vuelta a la casa de su padre? ¿Hallaría a su antiguo amigo Raúl Briones? En vísperas de salir a la Sierra, éste la plantó una "arruga" de cien sucres, y se quedó muy fresco. Bien que lo recordaba . . .

— "Oye, hermano, pásame un puro. ¿dónde trabajas?

— Donde me llamen. ¿Y tu costilla? ¿no me decías que a la vuelta de un año?

— ¿Y la tuya? Ya sé que es de buena cepa, y que vas a comer rabiolas y tallarines a boca llena.

— Así se dice. Sabrás que mañana parto a Ambato con ella.

— Oye, hermanito querido, yo, a decir verdá, no tengo ni para un café. Tú andas bien, compañero, eso no me lo vas a negar. ¿Puedes franquearme unos sucres?

— ¿Como cuántos?

— La franqueza de una vez: cien sucres. No te has de caer muerto. Tengo un negocio entre manos.

— Está bien. Mañana a esta misma hora cuenta con ellos!"

Otro día el canalla de Litardo, el mismo a quien le tuvo bien servido en su finca de Salitre

Aunque mejor era no acordarse de él ni de la madre . . !

. . . Por dos veces se acercó al consultorio. ¿Qué iba a decir, como preámbulo a lo absurdo de su proposición? Que no contaba sino con un par de sucses? Y después?

Las últimas noches venía tosiendo rabiosamente. Un sudor copioso le bañaba el cuerpo. Y las miradas compactas de los transeuntes le hacían sugerirse sospechas agudas. De memoria sabía el proceso de su antigua enfermedad. Databa de cinco años. Si bien en su repertorio interior cabían otras etapas del accidente.

Se afirmaba, así mismo, en la idea de que el camino de la muerte debía ser muy largo. Pocos morían de gota, cistitis o prostatitis. En cambio

La espina inesperada se le clavó en el fondo. Y todo —volvía a repetirse con rabia— porque no le habían dicho con entereza; porque en la moral de un médico no existe el justo dictamen oportuno, ingenuo, caballeroso. Actúan detrás de bastidores, al buen tun tun, a lo más, echando suertes sobre el tapete de las probabilidades.

Estaba convencido de ello. Pruebas al canto. Cierta vez, por casualidad, dio con una pobre mujer del pueblo, que decía haber prestado sus servicios como lavandera a cargo del Dr. N. mediquillo sin clientes. Treinta sucses ni mas ni menos le adeudaba sin lugar a réplica. “—Págumę Dr. no sea así— No te debo nada —¿Nada?— Bueno, hagamos un negocio. Yo te los pagaré uno sobre otro. Pero con una condición: búscame enfermos.—Yo Sr.? Y dónde? Y cómo? Me mato antes que nada.— No hay necesidad de tanto. Verás: entras en busca de ropa en alguna casa, y . . . por ahí principias. ¿Entiendes? Hueles bien allí, y con el tino, que es de suponer, me los vas empujando a mi consultorio. ¿Comprendido?

El Dr. Rodas optó el mejor sistema. Puesto de acuerdo con un gracioso propietario de hotel, transformó en pacientes a muchos pasajeros, que tuvieron en mala hora la ocurrencia de solicitar hospedaje, sanos y salvos. Se les inculcó el temor de que adolecían de algún mal grave. ¡Al consultorio, sin mayores trámites!

En esto, Antepara se topó con la Clínica de un Dr. Jácome. La situación no daba para esperar mucho. Un olor apuesto se sobrepuso a su terrosa pequeñez.

- Ud. . . . Venga Ud.
- Dr. La suerte ha querido . . .
- ¿Qué es lo que tiene? A ver diga.
- Una especie de blenorragia.
- Apostaría a que no es de ayer, y que me trae Ud. un caso de sífilis. ¿no es cierto?
- Talvez; por qué de la otra hace cinco años.
- Cinco años ¿no ve? Y dónde y con quién comenzó el tratamiento?
- No me han sujeto a ninguno, apesar de haber gastado una fortuna.

Los ojos del médico rebrillaron como carbunclos a través de los prismáticos de oro.

- ¿Hay para tanto?
- “Este tiene un empaque de sabiduría” se dijo Antepara
- Como no. Son más de diez médicos, pero ninguno acertó con la mejoría.
- Y de qué sufre Ud?
- Ya puede Ud. figurarse.
- “¿No habrá necesidad de un nuevo examen”?

Antepara esperaba la consabida requisitoria, anterior al diagnóstico. De pie tuvo que hacer su exposición.

- Ante todo, debo decirle que su caso confronta una operación de alta cirugía. ¿Cuenta Ud. con el dinero suficiente?
- Dr., querría comenzar, como es natural
- No dispongo de tiempo para comenzar.
- Y se encaminó a indicarle la salida.
- Voy a serle, franco, Dr. No dispongo sino de dos sucres para esta consulta. Pero descuide Ud., sí le iré pagando poco a poco. Todavía me quedan unas matitas de café.
- Y ¿qué entiendo yo de esas zarandajas? Salga Ud.
- Cúreme Dr. se lo suplico.
- Sal te digo, y pronto.
- Dr. Ud. es un caballero. No puede negarme este servicio. Le pagaré todo. Sepa Ud. que nunca me he quedado con un centavo.
- Negro, zambo o qué diablos ¿Por qué no te largas por donde viniste?

Y diciendo esto, lo empuñó por el cuello. Y de seguida le aplicó el primer puntapié.

Antepara, en un momento dado, se acordó de sus bríos pasados.

- ¡Grandísimo! y a cuenta de qué me ultraja Ud.? "Este me paga los platos rotos", pensó sin pensarlo.
- ¿Sabes quién soy? Antepara, ¡so carajo! Un hombre como tú. Ahora ¡tápate! Soy Antepara, y que todavía

Y sacando fuerzas de su debilidad, tomó una silla, y la envió toda ella sobre el facultativo, y fue echando mano de la otra y de la otra, ciego de coraje, aturdido de inconsciencia salvaje.

Salió pues a relucir el puño de la Quinta Pareja y del "muelle".

— Todo lo que tú quieras, sí, lo que tú quieras! Un negro que no debe a nadie una muerte Ustedes están autorizados a matar en poblado y en despoblado a negros y blancos, y nadie hasta ahora

Y se puso en recaudo, con gran sorpresa de su alelado contendor. Después daba trompicones como balón bien inflado ¿Llegaría hasta la plaza del Teatro? ¿Podría alcanzar un tranvía?

De pronto, lo acometió un acceso de tos, y cayó de bruces. Arrojava la definitiva bocanada, ya cuando curiosos y torpes fueron compactándose para murmurar:

— ¡Pobre negro! Pero es imprudencia tamaña en media calle, y estando en último grado!



BUSCAPIES

—¿Sería verdad que D. Alfonso Luna era el más platudo de los Lunas de Cajabamba, hasta el extremo de dar y prestar a cuanto ricaño se asomaba a sus puertas?

Su hijo Gerardo lo afirmaba cada y cuando se le antojaba. Principalmente su hijo Gerardo, en la misma plaza grande del pueblo, cuando bien apuntalado con el trago *puro* que le daban peones y mayordomos de las otras haciendas, decía:

—¡A ver cuál muerto de hambre me quita el sombrero por cuarenta mil sucres?

La noche de un domingo de Carnaval se le antojó pasar en "El Ensebado" de D. Samuel Ruiz.

El compadre, una gran persona en su casa, le hartó de cuyes y papas con cáscara. Y de tal o cual retobo de una de sus hijas —la Florindita— propensa a dejarse enamorar de él.

Entre los de casa no cabía un Carnaval ruidoso. Se contentó con chicoleos y pololeos de poca monta.

Y luego el viejo de don Samuel le puso al tanto de lo que hacía o estaba por hacerse, en sus propiedades. Allí pudo conocer el sin fin de planes agrícolas ajustados al plazo perentorio de un año.

Se hubiera quedado en la casa el resto de la noche, pero atenciones imposterables le llamaban a gritos. ¿Se creía con valor suficiente para aventurarse a tales horas? ¿Por qué quería arriesgarse por semejantes caminos?

Luna se hechó a reir desafiante.

¿De cuando acá le venían con que él no era hombre como to-

dos, y sobre todo, montado en su gran caballo "Trucno", envidia de cuantos le veían andar al paso?

Se arrellanó sobre el animalejo, y sin más preámbulos, optó por despedirse de la casa de su compadre Samuel, arrojándose en plena oscuridad.

Quizás venía sintiendo que el mareo consiguiente le tomaba a su cargo. Sentose bien en la silla, y empezó a tragar el aire nocturno.

No, no estaba equilibrado. Capaz de ponerse a dudar de su fortaleza de hombre.

Eso de haberse echado casi un barril de trago encima, no daba para que la cabeza le estuviese dando vueltas, y vueltas.

En fin, sacaría partido de aquello, luciendo hombradas con el perro y con el gato desde el trono en que estaba. Como una mar de veces. Como uno de los días de la semana pasada, verbigracia, al empuntar a su casa a eso de las tres de la mañana.

Pudiera estar o no estar borracho. Se comería medio mundo en pedazos. Y aún sería poco, muy poco. Porque no estaba para aguantarse bromas ni del más pintado.

Hizo saltar unas cuantas acequias al "Trucno", escupiendo carajos y maldiciones en el tinglado del vacío.

Salió, por fin, del entresijo, y se plantó en media carretera. Carretera o camino real, tanto le daba: pues ahí estaba su campo de acción.

Simularía hallarse bien bebido y bravo.

Dió el primer impulso a la bestia, como si quisiera incrustarla toda ella en el callejón opuesto.

Le resultó a maravilla la maniobra. Buscó otra vez camorra con la sombra de cabuyos y más cabuyos, apañuzcados de antemano, casi a todo lo largo, por causa de tanto grito arriero y tamañazos golpes sobre el lomo de las mulas.

Apus se precisaba la infinitud del camino, repleto de polvo fino, de aquel pinol gratuito, que millares de cascotes apisonan y

hacen saltar a la boca del Toribio Galarza y más compañeros, en horas de hambre.

Un poco allá unos puntos negros indicaban con su olor fresco la burla sangrienta a los que venían atrás. Y no habían de ser los señores caballos los que se agacharan a constatarla.

El "Trueno" emprendió en trote brusco, hasta ir a toparse con un par de indios, que viajaban paso a paso, por la pesada maleta que llevaban.

El uno, quizá, padre de la pequeña, que se le adelantaba un poco, se perdía de vista en su atadizo, con cuatro o cinco guitarras y otros féferes colocados al través. Y él también se arbitraba la ilusión de calarse un sombrero nuevo de paño, apenas plegado al otro y otros, que formaban una torre de Babel sobre su cabeza de anónimo peatón.

—¿Quién va carajo?— inició Luna con voz gangosa y mandona.

—Yo, Sr.

—¿Quién yo? ¿Cuál yo? ¿No comprendes que tienes que seguirme, cualquier hijo de . . . que seas, de buenas o de malas?

—Imposible patrón. Quien *tan* será, *sumercé*.

—Pues vas a ver si puedes. . . . Mi caballo. . . . mi caballo es de pocas pulgas, y cuando lo monto yo, vuela así. . . .!

El pobre desconocido se hizo a un lado raudamente.

—Bueno pues, vamos a "coger" iguales. ¿qué dices?

—Pase Sr. por su camino. . . .

—No quiero pasar por mi camino.

El otro adrede se metió en la humedad de la sombra.

—A látigos te voy a sacar a medio camino.

—Y ¿por qué Sr.?

El "Trueno" resoplaba con malas intenciones —él también muy aleccionado— y hacía por querer alzar los corvejones a la menor señal.

En efecto, apenas sintió la espuela, rompió como un rayo, rozándole las espaldas al peatón, acoquinado ya contra la barriga de la peña.

Volvió el jinete a su intento, haciendo bailotear al animal. Medio cuerpo adelante, y con la cabeza que colgaba como cosa ajena, quiso nada menos que impulsar un arranque más vertiginoso en pos de algo o de alguien destinado a quedarse en añicos.

—Patrón, no sea así. Pase de largo y se acabó.

No bien acabó el hombre estas palabras, cuando el sujeto desde muy atrás empujó a su caballo con tal violencia, que se fue sobre los lomos del otro, dejándole contra el suelo, sin otro trámite.

—¡Ay, Jesús, Sr. ya me mató!—crujió la víctima, mordiendo la tierra y con estertores de muerte— Pascuala! *esperate*, ya me mató este mal cristiano.

La huambra se desató en lloridos.

—¿Quién *pes taitico*?

Parecía barnizada con cal límpida por la blancura del lienzo que le rodeaba media espalda.

Luna echó a correr, sorbiendo aire puro, mejor, impregnándolo de aguardiente.

—Para que vean ¡demonio! lo que soy. ¡Claro que sí! Con este animalito pudiera treparme al Chimborazo. Muy voluntarioso a ratos.... De repente se le pone.... sobre todo, cuando ve a una yegua arisca. Pero conmigo es otra cosa. Le hago probar estas piernas, y entonces....

Salió de nuevo el animal disparado, haciendo cabriolas de gran corcel, con el poco peso encima. Y aunque fuese mucho. Era su amo el que lo espoleaba sin tregua. Unas zapatetas sucedían a otras. Brincaba, rebrincaba, con adobos de vigor centaúrico. También él —más bien él— se sentía transformado en amo de los suyos. Que los hubiera visto al filo de los flancos seguidos de chilcas y espinos, queriendo sacar apenas las orejas, habrían sabido con quien se entendían!

A ratos quería de un salto coronar el barranco amparado por unos arbolejos de capulí, a medio medrar en la coronilla del *cangahual*.

Ya veía los objetos de otro grandor. Ya se figuraba que los objetos lejanos se convertían, o estaban por convertirse, en burrillos traposos, y entonces los succionaba por las narices.

Y lo que más le enconaba era las nalgas de su amo, y el timbre lontano de su voz.

—Up! up! up! que me caigo! que no me caigo! Apostemos que me doy la vuelta por la barriga, y vuelvo a mi puesto!

—Hola, hola. D. Zopenco. ¿Para dónde? —prorrumpió en seguida Luna, husmeando a un bulto en las tinieblas.

—¿No tenemos orejas, por si acaso?— volvió a preguntar.

Y emprendió a la carrera contra lo que presumía ser gente sin labios ni boca.

—No tengo necesidad de dar cuenta a nadie.

—¿Cómo, cómo es eso? No tengo necesidad! . . .

—Sí, Sr!

—Pues, nó Sr! Tiene Ud. que decirme con quién trato.

Hubo un silencio de segundo, mientras el caballo en persona— bien mandado como era— se le fue acercando a su compañero con ávidas narices.

—Bueno. ¿Quién es Ud.? No está por demás. . . .

—Alfredo Carrillo.

—Sí, Sr. Alfredo Carrillo. Ya ve, no se le ha caído la Ahora pues, debe Ud. saber que yo soy Gerardo Luna, un modesto hacendado.

—Ahaaá!

—Dueño— ahí donde me ve— de “Chalpatán”, “La Yunguilla” y “La Talanquera”. Pequeña cosa ¿verdad?

—No es poca cosa. Pero ¿a qué viene todo esto?

—A que yo sé hablar *duro* y con plata en la mano. A que nadie a mí me chista, así no mas.

—Nadie le dice que nó.

En efecto, apenas sintió la espuela, rompió como un rayo, rozándole las espaldas al peatón, acoquinado ya contra la barriga de la peña.

Volvió el jinete a su intento, haciendo bailotear al animal. Medio cuerpo adelante, y con la cabeza que colgaba como cosa ajena, quiso nada menos que impulsar un arranque más vertiginoso en pos de algo o de alguien destinado a quedarse en añicos.

—Patrón, no sea así. Pase de largo y se acabó.

No bien acabó el hombre estas palabras, cuando el sujeto desde muy atrás empujó a su caballo con tal violencia, que se fue sobre los lomos del otro, dejándole contra el suelo, sin otro trámite.

—¡Ay, Jesús, Sr. ya me mató!—crujió la víctima, mordiendo la tierra y con estertores de muerte— Pascuala! *esperate*, ya me mató este mal cristiano.

La huambra se desató en lloridos.

—¿Quién *pes taitico*?

Parecía barnizada con cal límpida por la blancura del lienzo que le rodeaba media espalda.

Luna echó a correr, sorbiendo aire puro, mejor, impre-gándolo de aguardiente.

—Para que vean ¡demonio! lo que soy. ¡Claro que sí! Con este animalito pudiera treparme al Chimborazo. Muy voluntarioso a ratos.... De repente se le pone.... sobre todo, cuando ve a una yegua arisca. Pero conmigo es otra cosa. Le hago probar estas piernas, y entonces....

Salió de nuevo el animal disparado, haciendo cabriolas de gran corcel, con el poco peso encima. Y aunque fuese mucho. Era su amo el que lo espoleaba sin tregua. Unas zapátetas sucedían a otras. Brincaba, rebrincaba, con adobos de vigor centaúrico. También él —más bien él— se sentía transformado en amo de los suyos. Que los hubiera visto al filo de los flancos seguidos de chilcas y espinos, queriendo sacar apenas las orejas, habrían sabido con quien se entendían!

A ratos quería de un salto coronar el barranco amparado por unos arbolejos de capulí, a medio medrar en la coronilla del *cangahual*.

Ya veía los objetos de otro grandor. Ya se figuraba que los objetos lejanos se convertían, o estaban por convertirse, en burrillos traposos, y entonces los succionaba por las narices.

Y lo que más le enconaba era las nalgas de su amo, y el timbre lontano de su voz.

—Up! up! up! que me caigo! que no me caigo! Apostemos que me doy la vuelta por la barriga, y vuelvo a mi puesto!

—Hola, hola. D. Zopenco. ¿Para dónde? —prorrumpió enseguida Luna, husmeando a un bulto en las tinieblas.

—¿No tenemos orejas, por si acaso?— volvió a preguntar.

Y emprendió a la carrera contra lo que presumía ser gente sin labios ni boca.

—No tengo necesidad de dar cuenta a nadie.

—¿Cómo, cómo es eso? No tengo necesidad! . . .

—Sí Sr!

—Pues, nó Sr! Tiene Ud. que decirme con quién trato.

Hubo un silencio de segundo, mientras el caballo en persona— bien mandado como era— se le fue acercando a su compañero con ávidas narices.

—Bueno. ¿Quién es Ud.? No está por demás. . . .

—Alfredo Carrillo.

—Sí, Sr. Alfredo Carrillo. Ya ve, no se le ha caído la Ahora pues, debe Ud. saber que yo soy Gerardo Luna, un modesto hacendado.

—Ahaaá!

—Dueño— ahí donde me ve— de “Chalpatán”, “La Yunguilla” y “La Talanquera”. Pequeña cosa ¿verdad?

—No es poca cosa. Pero ¿a qué viene todo esto?

—A que yo sé hablar *duro* y con plata en la mano. A que nadie a mí me chista, así no mas.

—Nadie le dice que nó.

—Gerardo Luna. Mi padre me enseñó a mandar a todo el mundo.

—A todo el mundo nó!

—Como me oye. Por lo mismo, no tengo empacho en decirle que soy muy hombre para cualquiera.... que tengo los pantalones bien puestos!.... Y con este, animalito.... ayayay! Vea Ud, cuando le pongo en capricho

—No bien oyó decir esto cuando Carrillo sintió que le venía encima una montaña.

Apenas tuvo tiempo para decir:

—¡Jesús! ¿que le pasa? ¿Qué pretende Ud.?

—Estoy probando a mi caballito, nada más.

Y siguió en repetidos ademanes de querer subirse a los picachos más altos.

—Ya por aquí, ya por ahí Este sabe obedecer; sabe quién le rasga la barriga. Con otro no haría lo que hace conmigo. Fíjese Ud. bien. . . .

Y de nuevo las emprendió a rota batida, como si fuera a cambiar de silla, hurgando en las ancas del viento terroso, que a esas horas se arrebujaba entre los cabuyales secos endosados de yuyos y arverjillas.

Carrillo comenzó a temer algo siniestro. Bien podía ocurrirle una desgracia, siguiendo los caprichos de semejante alevoso, empeñado en zumbarle de su caballito de mala muerte.

De buena gana hubiera torcido la marcha, o buscado por ahí la disparidad de vía, hurtándose a un portillo; pero no se le daba tiempo.

Y ¿qué índole de desgracia iba a ocurrirle? Una de tantas, la que estuviera fraguándose en el caletre del tal Luna, hijo-dalgo de un fortunón; y por lo mismo, dueño propio de sus geniales instintos.

—¿Qué le parece mi caballo?

—Una joya de animal.

—Y lo mejor que hace lo que yo digo. Por ejemplo. . . . pero nó, nó . . . Gerardo Luna no es hombre que se pára en chiquitas. Sabe mandar, sabe lo que quiere mandar.

Carrillo intentó en un momento dado, ganar una cuarta de terreno picando a su caballo. Fue para peor.

—Atención, que me están peinando. . . . Up! Up! Up! Uno, dos, tres!!!

Y en un segundo le fue pisando los talones.

—Pase Ud. de largo Sr. Déjeme el campo libre— pidió Carrillo, ya un poco inmutado— Esto es demasiado.

—No se caliente, amigo. No es para tanto. Lo que pasa es que. . . . no tengo la gana. . . .

—Y ¿por qué?

— Porque quiero tener el gusto de ir bien acompañado. . . . Y ¿qué tal le sentaría un trago? a ver. . . .

“El Trueno” era avieso como el que más. Se había propuesto él también entrarse en las patas del otro, un caballejo apocado, destartelado, por ser nada menos que “de carga y de albarda”. Por ese día se había sentido muy señor, hasta cuando avistó al otro, y se miró quien era.

A las continuas insistencias de Carrillo, todo era estacarse, y ponerse a dar diente con diente. Cobardón y torpe, ¿por qué no tuvo el acierto de alzar ambas patas sobre el hocico de su rival? Solo con el Justo Aponte se portó mal cierta vez, mas bien por que le cuidada como a hijo propio. Por eso le vendaban la cara con un poncho colorado, a tiempo de ajustarle de cuen-tas con unos dos quintales y medio. . . .

—Un buen *lapo* no sienta mal, eh? Vamos a ver. Pero la botella no asoma. . . .

Espere Ud. . . .

En vez de la botella a medio llenar, se tocó mas bien el revólver por el bolsillo trasero. ¡Ah, sí! el revólver, y bien cargado!

De inmediato le reventó la idea de un hijo de hacendado abusivo, creador de conflictos como él solo, con solo enseñar el arma. Le iría morder el calibre primero, y en último caso, la bala.

—Lo que son las cosas mire Ud.

—Y ¿qué pretende conmigo?

—Yo no pretendo nada. En vez de la botella. . . .

Y sin otro rodeo que aflojar la rienda, dió una corridita descomunal, soltando tiros que era un contento. Refrenó con aplomo el trote, y se puso en un cataplúm casi sobre las barbas del otro.

—¿Qué tal? Allí donde me ve, y a este paso, puedo bajar pájaros bobos de los árboles. ¿Quiere competir conmigo al blanco?

—Déjeme en paz le digo Sr. Así son Uds. le pisan el poncho al que no le da motivo. Me ve sin arma. . . .

—Y yo sé que Ud. no tiene arma? Por lo mismo, con la mía, un simple ensayo. Una pequeña apuesta. A ver ¿cuál da en el blanco? Una botella pipona, como la dueña del estanco, la Eloísa Dueñas. Vive a unas pocas cuadras. . . .

¿Talvez estaba allí la salvación de Carrillo? Fue un hálito nuevo que le trepanó los huesos. Iba a dar, por fin, con una persona racional, según él, con quien se vería integrado, como el alma con el cuerpo.

Y en verdad que de puro susto, el alma se le había escapado por los talones, y en trance tal se suponía un pingajo sucio hollado por el "Trueno".

La cabeza fuera de su sitio. Una inmovilidad de ánimo, una paralización total de movimientos. Hasta su sombrero estaba demás, tapiándole el conocimiento, la visión misma de lo que pasaba. Veía y no veía la perspectiva muerta de la noche, sin embargo que le ajusticiaba por los brazos, encajándole en una especie de desfiladero impositivo.

Por dos veces suplicó en silencio a lo desconocido por un aguacero copioso. También desde muy adentro deseaba el mila-

gro del amanecer. Pero su suerte perra hizo que el cielo se fuera ennegreciendo por el oriente, a medida que nada ni a nadie se barruntaba allá adelante.

Le llegó al hijo de la fortuna la idea de alzar la diestra, en ademán de dirigir el triunfo de una hueste.

Bien mirado, lo que quería demostrar era una inconsciencia de borracho, talvez cuando ya no conservaba ni los humos.

—Tengo que matar siquiera un perro esta noche. Deveritas que *me nada el cuero*, y cuando yo le digo y afirmo.... Conque, amigo, prepararse..... digo que a tomar un trago.

—A eso vamos— respondió entre dientes el otro, con los contornos ciertos de una catástrofe sobre los hombros.

Entre estas y las otras, Luna lanzó unos cuantos ajos gruesos, al presentir en medio del caos algo que le hizo volver grupas hacia atrás.

Eran dos o tres cargueros montados descuidadamente, y que seguían muy al filo de la quebrada que se escondía a sus pies. Por lo tanto, el despeñadero les esperaba patas arriba.

Con velocidad inesperada Luna arremetió con su caballazo, en tal forma y con tal certeza que, del primero y único empujón, hizo rodar a todos.

Carrilo oyó el estruendo y los alaridos, casi a escape, porque en ese momento preciso buscó por su lado: ¡Diantre! no era una carrera, sino un trotecito equívoco, mal logrado por el animaluco lerdo, perniquebrado y como aturdido por el miedo.

El malvado Luna, como si tal cosa, reanudó su carrera persecutoria, y sin mucho esfuerzo, le alcanzó muy holgado de cascacos:

—Ajá, conque de estos somos? Si es hombre, páre so..... ¿No sabe que tenemos una apuesta entre manos? La sangre de la botella, en todo caso.

—Buenas intenciones del señor Luna.

—Digo que una botella torina a boca de jarro, como es mi costumbre, cuando me encuentro con uno que sabe gastar para be-

ber, y no beber para gastar. Ya mismito llegamos. Y a la prueba me remito. ¿Alcanza Ud. a ver allá?

—Sí, sí —replicó Carrillo, por decir algo.

—Vamos a ver, ¿qué ve?

—Una casa.

—Claro que es una casa. Qué bruto! Jé! jé! jé! Lo que no sabe es que por ahí debe estar la Eloisa Dueñas. Ella me conoce y sabe quién soy. Gerardo Luna, un poco hombrecito, más de lo que se imaginan.

Y lo empuñó por las riendas, para tenerlo sobreeseguro.

—Déjeme, le digo. Yo voy solo. ¿Por quién me cree Ud.? Voy solo.

—Vamos, vamos donde la Eloisa Dueñas. Allí nos *dan* de comer y beber. . . . ¡Eloisa, Eloisaaaaá!!

Contestaron los primeros, los que no duermen a ninguna hora, porque vigilan la casa y muerden en los aires al extraño, menos a los muy conocidos, como ño Gerardo Luna.

Al sentirle venir, dieron con que debían salir a su encuentro, gimoteando de gusto. Así lo hicieron juntitos para llegar pronto, hasta tocar el cutis de las polainas del recién venido.

Cuando Luna los sintió a medio tranco de sus pies, disparó dos tiros uno sobre otro, sin errar ninguno.

Gañieron al caer los canes, a tiempo que la Dueñas dió un grito punzante:

—¿Qué es *pes* señor Gerardito? ¿qué motivo le han dado?

—Hombre, yo creía que no *son* tuyos.

—Hágase el inocente.

Oprimióse ella de pena, y quería llorar, pero haciendo de tripas corazón, se asomó al pasamano de tiras paralelas, y concluyó con el mismo tono de siempre:

—Desmonte, desmonte, señor Gerardito, ¿qué milagro es ver-
lo? ¿Y el señor?

—Un amigo, que sabe para que sirve el gargüero.

La Eloisa era la torinera de amor, a cargo de los grandulones de esos lugares. La Eloisa Dueñas, que derramaba saliva de adulación y sonrisita lasciva cada segundo. Tenía su lección bien aprendida: vender trago por botellas y medias botellas, recitar de memoria —y llevando muy a gracia— las fechorías en despoblado del señor Juliancito Piedra, de ño Guillermo Madera, de los hijos de D. Sebastián García, en los bodorios de indios, en el rodeo de ganado, en los *caves* de papas, precisamente porque se acostaba con ellos. Y debía a mucha honra aceptarlos adobaditos en alcohol y brutalidad. La Eloisa de la punta de la lengua de los Lanás, Moncayos, Oleas y Montenegro, de grata memoria. La Eloisa de *cualquier* hora de la noche, la Eloisa que no sabía parir, ni hablar mal de tan buenas personas, y que hizo su casita con dos patios grandes, y fue ensanchando las cosinas de bareque con el carrizo y la paja del cerro del señor Manuel Castillo, primer hacedor de su modo de vivir y..... que Dios le haya perdonado.

—¡Qué reverendota estás! Yo no sé qué comes....

—Papas gruesas con un buen pedazo de carne asada.

Pensaba Lúna y ya venía madurando el deseo de que se empezara a llenar copas dobles. Ella sabía sugerir con estas o con las otras:

—Una para el frío.

—Gracias, gracias, pero....

—Pero ¿qué?

—*Vos* primero. Puede estar con veneno..... ¡jé! ¡jé! ¡jé!

Carrillo se inició pidiendo una media *bota*. Se aquietaron las treinta o cuarenta *limetas* vacías, que formaban escuadras de a ocho en los estantes. Todas querían salir de su encierro y conversar con los recién llegados. El gran mundo de los borrachos se despeja con copa en mano, y nada más a propósito que pulsar la barriga de unas veinte a tiempo.

La cantina había estado animada. Hacía poco que el señor Marianito golpeó la puerta. Pidió cigarrillos "Progreso" amarillo y una media.

Y que tomaran con él, y que le oyeran sus impertinencias..

Ni que fuera un chiquillo. Le ofreció..... ¿qué le ofreció? Viejo chocho. Como si no le conocieran. ... que por un medio era capaz de volver y servirse.

—Será tu novio pues.....

—Cosa que no importa. Si no estoy loca.... a estas horas.

—No creo que te deja ni de día ni de noche..... Con razón a mi pobre.....

—Calle, calle, Ud. es muy quejoso.

Todavía pugnaban los árboles de la loma por querer entrar al patio; los árboles matonescos que se dieron empellones descomunales a vista y paciencia del sol que se ocultaba para no intervenir.....

¿Qué iba a suceder?... ¿Qué puede suceder en una tenducha del camino real, abierta a cualquiera hora y con toda la corte celestial en cromos y etiquetas de cerveza "Tungurahua" detrás del mostrador?

—Estese quieto señor Gerardito. Más parece *guagua*.

Carrillo había recorrido diez veces el camino que tenía que seguir: Licán, Calpi, y otra vez S. Juan, dando la vuelta por la hacienda de los Manchenos. Más allacito un gran amigo le hubiera brindado su casa recién blanqueada —aunque sea una "media agua"— para que pasara la noche en el canto de la faltriquera llena de papas nuevas: Roberto Domínguez, el ñato Domínguez.

No estaba dormido, al recordar todo esto.

Alzó los ojos al acaso. Quería y no quería hablar. El no se hubiera sentado en la falda ni de su propia mujer delante de gente.

—Estese, le digo ... vean al confianzudo- dijo la estanquera.

Y, sin reparar en lo que hacía, Luna intentó despojarla de sus vestidos.

—Quietito, quietito. No sea imprudente! Respete a su.....

—Con él y sin él soy hombrecito, muy hombrecito....

—Tomemos —añadió enfáticamente Carrillo— es lo mejor. Porque..... yo me..... voy.....

—¿Yo me voy? ¿Yo me voy? —repitió con sorna el hacendadillo.— No sabe, amigo, con quién está usted.

—Porque lo sé, quiero dejarlo en paz. Ya es buena hora.

—Después de estas copas pidó yo, y.... y.... y.... luego vendrá la botella de la apuesta..... Hombre, y ahorita que me acuerdo....

—Yo me voy.

—Ya le digo que nó! Vamos a probar nuestra puntería....

Y sacó a la luz su pistola, la misma que la usaba el papaíto unas cuantas veces, antes de matar dos o tres caballos, de puro gusto, y para ser visto por indios, vecinos e incondicionales de los alrededores.

—Jesús, señor Gerardito, no hay para qué.... Guárdela! guárdela! Añadió Eloisa.

—Calla, tonta. Esto es cosa de hombres.... ¡A ver, amigo, yo o Ud. al frente!

—Ni yo ni usted. Le digo que me marchó en este rato.

—Dame una naranja, Eloisa.

—Para qué? Yo no consiento.

—Dame la naranja ... ¡Si quiere Ud., yo primero me la pongo encima de la cabeza, y si *falla* su mano, se la vuelvo de un pepazo, yó, yó, yó!

—Hasta mañana con todos —redondeó Garrido, levantándose friamente.

Luna dió un salto descoyuntado.

—Hijo de perra. Ud. no se va!

—Y ¿por qué? ¿Le debo algo? ¿señora, le debo?

—No señor.

—Es que no te vas, chagra de..... ¿Te figuras que yo hablo en balde? He dicho que tienes que estar conmigo

La Eloisa me conoce lo que soy

—¡Deje, Sr. Gerardito, por Dios!

—Chagra, dice Ud.?

—Sí Sr., yo te digo, yo Gerardo Luna, propietario de de Todos estos desgraciados me deben plata, servicios.... Yo mando.... yo te mando....

—Será a sus peones, si le aguantan.

—A cualquiera le pongo la mano.

—Se equivoca.

Y dándole un leve empujón, apretujado como estaba por Luna, se dió modos y maneras de sacar al fin la cabeza por debajo del cuello del poncho y se esfumó en las tinieblas.

¡Qué hombre tan lerdo! En vez de hacer una curva, siguió en línea recta dándole tiempo al otro que....

¡Pim! pim!

—Jesús Sr. Gerardito! Por Dios! ¡Basta, basta!

¡Pim! pim!

Los disparos buscaron y hallaron al fugitivo.

—¡Ay y y!

El caballito traposo quiso correr alelado. Se le puso que se venían tras él con un toro bravo, o que el mismo "Trueno"...

Después oyó distantemente el anhélito angustioso de su patrón, tirado a sus pies, casi debajo de sus pies.

Y también él empezó a resoplar aterrado....

Y el caballazo se desperezó con estruendó, haciendo gemir a la montura con todos sus aderezos.

—¡A... a... a... a... h... h! Ahhh! Ah h h!

Un millón de ojos lucientes parpadeaban atónitos, pero giraban muy lejos. Y la cobija del cielo, aterida de infinito, siempre mucho más lejos!

El "Trueno rompía con su gordura el vacío. Se había llenado de la alfalfa palabrera de Luna. Había comido, y seguía rumiando esa letanía de apellidos con que éste se presentaba ante los que carecían de todo.

Estaba en un triz de rotular los aires con tal o cual disparo, en particular en las costillas flacas de tanto perro andariego. . . . ¡Ni que se hubieran levantado a una voz! ¡Ni que fuera un delito despachar a poca costa de un tingazo a un chagra de Cajabamba o de Guano!

—Pero ¡que bruto! De veras que soy bruto!

—Así es Ud: más bien cuando se le dice. Por donde mete la cabeza. . . .

—Es que yo creí que era broma.

—Broma, con una pistola cargada.

Se quedó oyendo no sé qué respiración que roncaba apenas. Buscó todavía al hombre. Lo vio. O se le puso que se agachaba con estudiada mañosería. Que hacía esos esquivas. Que se preparaba con un arma igual. Que se abalanzaba a su caballo, arrastrándose como *jambato*, vestido de parada, sin recordar que su poncho largo de fleco era de burda lana y no llegaba a veinte sures.

Avanzó hasta el muerto. Ya le había cubierto amorosamente la noche. Ya estaba abrigadito con el hielo supremo. Y sin esperar a la esposa, que estaba que no se cabía en su cama, con su Ricardito dormido y la Chepita tosiendo de hora en hora!

¡Qué corazonaídas de su Miche Gallegos! Temprano no más decía a su vecina:

—¿Qué le habrá pasado a mi Alfredo? Ya debía estar aquí con el sí o con el nó. Solo que le haya *atajado* mi compadre Roberto. . . . No sé qué me anuncia. . . . Parece que le han pegado, que rodó con la bestia. . . . En fin, Josefinita, no estoy en mí ¡Ojalá fuera un pajarito! ¡Ay que duro ha sido casarse muy *huambra*! Y todavía, por hacernos de la media acción de la casa.

—No es cosa fácil arreglar un negocio de esos.

—Pero ocho días enteros....

....Luna perurgió que le dejaran partir sobre la marcha. Quedarse significaba abrir por sí mismo el derrotero.

—Ya digo que si hay algo, no te comprometo.

—Ya lo sé. Pero es que no quiero que se vaya. Todo se puede hacer desde aquí. ¿Cree Ud. que soy tan desalmada?

—Y ¿tú crees que tengo miedo?

—Por otra parte, el bolsón del Aurelio.....

—Deveras, el Aurelio

La Dueñas en persona sirvió una y otra copa, y se sirvió también, exigiéndose ella misma. Sus miras iban a no consentirlo en su salida a la calle. Le ocultaba, parecía que le ocultaba en los pliegues frondosos de su cuerpo maduro, que no se agostaba ni con la edad cuarentona, ni con los diarios trasiegos de hacendados y uno que otro mozalbete pudiente.

Luna no era ya un muchacho. Pasaba de los veintidós, aunque su talla, como la de su mamá, escandalizaba. Desde chico chalané caballos bravíos y visitó a la Eloisa, y así se fue criando perdulariamente, aunque afianzado ante el *viejo* con los fueros de hijo mayor, el que hacía y deshacía en las tres o cuatro fincas....

—Pero *vos*, Eloisa, sí que sabes beber. Nunca te he visto ni siquiera fruncirte.... Pero esto que me ha pasado no está bueno..... Deveras que no está bueno..... Y ahora.....?

—Durmamos mejor señor Gerardito. Ya verá cómo todo se arregla.

El sueño de una cantinera, como Eloisa Dueñas, se compaginaba con el fuelle del amigo Ambrosio, que ya está viejo, y no ha pasado de herrador de caballos rengos, sin cambiar de taller cerca de medio siglo.

Ronca, sopla, bufa, cruje la torina de amor, acoplada con el señor Gerardito. De ahí que no queda telarañas en las paredes, ni polvillo intruso en la estantería. Motor de veinte caballos de fuerza para los automóviles de la inconsciencia. Siempre estaría

con su amante aplastando perros camineros con sus neumáticos, sin recurrir a la gasolina.

A ratos un suspiro hiposo. Se ha encontrado entre sueños sirviéndose una pierna de puerco..... Y por ahí se asoma el bolsón del Teniente Político.

—¿Qué le dió pues señor Gerardito? —dijo, casi al amanecer, desperezándose como una loba somnolienta— ¡Ay Jesús, el trago no hace cosa buena. Cuando hasta mí me desconoció.

—Y ¿qué piensas decir cuando sea tiempo? Porque esto no va a quedar así..... Me imagino.

—Nada: que yo no he visto nada.

—Solo que el bolsón del Teniente Político.

—¿Quién, el bolsón del Aurelio? Ya le digo, nos hará alto.

—Dices que.....?

—¡Qué memoria la suya!

—Ah, sí, yo, yo le hice nombrar. Es decir mi papá, que es lo mismo..... Cuando por la huambra de la hija no me dijo un término.

—¿No es cierto que Ud. le hizo nombrar?

—Mi papá. Hay que ver lo que hemos sido y somos con el Gobernador..... ¿No te acuerdas que el año pasado aquí mismo.....

—¿El año pasado.....?

Luna montaba en su caballo "Dominó".

La mulata Hortensia estaba todavía con el traje a la rodilla. Y la muy bandida andaba con tres a tiempo, hasta con el entonado del Andrés Pinto. Era atrevimiento y medio estando de por medio un chiquillo rico, y que no se aguantaba pulgas.

—Aquí, hija, aquí..... Como pájaros les tumbamos a dos.

—Ay, señor Gerardito. Ud. no se espanta hasta ahora....

El trago no se casa con nadie.



ÑA LAURITA

Tierra de Lobos — 14
CULTU

ÑA LAURITA

Tierra de Lobos — 14
CULTUR

—Susana, Susana, calienta el café del Alfonso! Deveras te digo, calienta el café!

La chola alzó con timidez los ojos a la barriga fofa del tumbado, en vez de fijarlos en los cachetes ribeteados de estambres rojos de ña Laurita.

Y su ufanía fue resbalándose en ondas salerosas por la vastedad de su alma.

Recién le venían a llamar Susanita. Como si la hubieran alzado en el puño de la mano hasta la cúspide del Panecillo un día domingo, se apresuró en forma. Y ¿cómo entendía ella apresurarse en forma? Pues soplando el polvo intruso de los rincones, limpiando con un trapo mojado tazas de porcelana y platos planos, avivando la murria del fogón, buscando pronto acomodo a la vajilla dispersa. Hizo por recordar episodios alegres transcurridos no sé dónde y no sé cómo, pero de cariz alegre como la cara de ño Alfonso, acostado aún, y que pedía con insistencia un traguillo de algo, así fuese frío y del día anterior, porque el hambre, un hambre de borracho trasnochado, le roía las entrañas.

—Siquiera con un pedacito de carne. ¿Por curiosidad no hay por ahí? —susurró el hombre.

—Lo que pasa es que vos no dejas cera en el oído —oyó la cocinera.

Na Laurita entraba y salía de la cocina. Sabiendo muy bien que con el café se daría por satisfecho el jefe de la casa, hurgó en la cómoda desvencijada. Bien pudiera suceder que existieran

cosas mejores por ahí no mas, pero la costumbre suya le llevaba a interpelar a la chola, siempre con repetidos aspavientos.

—Pero esa mañana . . . Admiración más que extrañeza, le causaba verse tratada de tamaño modo: Susanita. Lo mismo que en la otra casa, de donde salió haciendo fieros y exigiendo una *postura* de ropa cada mes. Allí no le hacían barrer la casa, ni le oprinían a diario, llamándola con calificativos humillantes. Le apodaban, cierto. A veces también le sacudieron el bulto, pero fue cuando la sorprendieron en citas frecuentes con el que llegó a ser su marido ¡Oh, la ña Laurita Escudero! Y sobre todo, el niño Gumercindo, primer hijo de D. Alfonso Estupiñán, que le regalaba con una mar de cosas, porque se le permitía fumar en la cocina y a hurtadillas el que le leyera sus cartitas de amor.

—¡Susanita!

Antes de ponerse a saborear el diminutivo, lamiose la mano como el gato, precisamente la mano ensangrentada a causa del garrotazo que recibió el día de ayer. Presentito lo tenía. El caso fue que la señora descargó todo el torrente de su mal humor sobre el primero que se topara al paso, después de una larga vigilia en espera de su esposo o de lo que fuera, a quien le había seguido con la imaginación por todo Quito, sin perdonar ni los alrededores frecuentados los domingos por chicos y grandes.

—*Vos* debes de saber también.

—Yo ña, Laurita?

—Si vos, chola alcahueta.

—Pero si no hace una quincena que le conozco al señor. Y luego que ni soy aparente.

Entre estas y las otras, la señora trajo a cuento el desagüe dañado por el lado de la cocina; los dos platos rotos que aparecieron por ahí y la cantidad de comida que salía de la casa con el destino consabido.

—Pero, señora si una trabaja ha de ser por algo. Comido por lo servido no cabe.

—Así es que quieres cargarte con todo?

Después de la rotunda paliza que recibió, a Susana no le quedaba otro recurso que buscar el tole.... Y así hubiera hecho. Pero a las dos horas justas, se oyó la voz tintineante de la misma ña Laurita, voz que hacía cambiar de sitio los objetos más pequeños.

—¿Todavía estás ahí, sinvergüenza? ¿Qué haces que no me traes el té?

Y ahora sucedía que la buena suerte le deparaba un tono de voz maternal: Susanita.

Y no esto nomas. Con una sonrisa bienhechora le fue pasando la mano por el hombro. Como que ansiaba la Sra. desanudar la confidencia familiar.

En efecto:

—¿Has de creer que el Alfonso ha venido hecho una plata...? Lo que nunca, me ha contado sus perrerías. A pesar de que yo nunca, pero nunca, le digo nada. Lo que no me entra es que se meta con cualquiera..... Que se duela de su sangre, eso le digo. Que no empañe su linaje. Porque los Estupiñanes no son cualquier cosa. ¿Sabes? ¿Te has fijado en los tíos de mi marido? Canónigo de la Catedral uno y los dos, dueños de la gran hacienda "Alcanfór" en Guangopólo..... Ahora verás lo que pasa. Como el uno o el otro de los viejos ya mismito..... ¿me entiendes? al Alfonso le corresponde entenderse . . . ¿no es cierto?

Susana asintió con un mohín, aunque nada sabía de la sorpresiva historia de los Estupiñanes, menos de la conducta de D. Alfonso Alcocer Estupiñán, casado en primeras nupcias con ña Laurita Escudero, linajuda como él, y asida como ninguna a la esperanza inextinguible de heredar unos dos fundos de su tía monja, que se iba reduciendo a un perfume del cielo allá en el monasterio de la Concepción.

Aquese día, siquiera por el hecho de las confidencias desfloradas en la cocina, la pobre Susana pudo marcharse aligerada de nervios, optimista y dicharachera consigo misma. Con su buen

por qué de comida halagó el gazzate de su hombre. Primera vez que sus negocios iban sobre ruedas.

La patrona que le ofrecía un reino, si se portaba bien, y por otra, que estaban a jueves 28 de julio, y a poco menester, cogería con ambas manos sus ocho sures uno sobre otro.

D. Alfonso nada sabía de lo ocurrido o por ocurrir con su señora, en sus arrebatos con sirvientes y cocineras. Aceptaba los servicios que le venían a la mano y nada más. Tenía tanto en qué pensar para detenerse un poco en el difuso ir y venir de gente extraña a su casa.

Veía por ahí unas caras humildosas, con una agenciosidad a toda prueba, que le camelaban de cerca. Desaparecían, y surgían otros seres un poco adecentados, decididos a ganarse la palmeta en puntualidad y limpieza.

A poco brotaba del acaso una que otra mujer, más allá de servicial y abnegada como pocas, la misma que iba cobrando adoración al buen hombre por su ecuanimidad y prudencia. El, a su vez, paraba la atención en su pasta excelente, debido a los pocos malos ratos que tenía en la mesa, pero sin más acá ni más allá, notaba que otro sirviente se acercaba a calzarle los calcetines, desecho en sumisión.

Pero nó pasaba de una mera observación.

Después de todo, poco le importaba negocios ínfimos de cocina. Podían ser la misma cosa la Josefina Granizo como la Dolores Erazo, y el sin fin de Rosas, Zoilas, Cármenes, Ineses defenestradas por su mujer a la vuelta de veinte y cuatro horas. A él apenas le incumbía pesar el conjunto, el difuso conglomerado de minucias caseras, el golpe de vista que presentaban los hechos observados al vuelo, por no decir que este ejemplar de cristiano jamás puso la monta en saber cómo, cuándo y por qué asumían su característica las cosas, elevadas al coeficiente de incidentes diarios, dignos de concatenarlos con cuidado.

Gracias a este ejemplar de hombres buenos como el pan, no se descabalaba el mundo. Porque ni siquiera adviene el perfodo.

evolutivo, conviviendo con tan pacíficas personas, que comen y duermen en haz y paz con su conciencia diáfana, libres de responsabilidades y rozamientos con el resto.

En Quito los hay para dar y prestar. Los Joaquincitoṡ, Gustavitos, Luises y Felipes, habituados a los retobos de sus mujeres, apenas tienen personalidad, apenas se dan perfecta cuenta de la imperiosa necesidad en q' se encuentran de operar por cuenta propia. Se dan por bien servidos, confiándose en manos ajenas en toda cuestión de vida o muerte. Por ejemplo, en la adopción de normas religiosas, en eso de inclinarse a un bando político y en el casorio de los hijos mayores. Las mujeres andan y desandan en todo. De ellas depende el que la casa —entendiéndose por casa la familia con sus ensoñaciones y atributos— marche con buen norte o se derrumbe del todo.

D. Alfonso iba pasando de los cincuenta, y apenas se dió a hurgar en la trayectoria de su vida matrimonial. Una especie de somnolencia gatuna cobijaba etapas y más etapas de sucedidos grises, como el remate de sus tres fundos pingues en plena lozanía de orgullo de su querida mujer. La muerte de su querida madre y la quiebra progresiva de sus negocios.

No atinó si emplear la risa epicúrea o la desesperación ante tales malandanzas. Ni lo repentino de un trance, ni lo atirantado de una situación, le llamaban a cuentas. Oía las bravatas de su mujer, las aserciones peyorativas de sus vecinos, los ladridos punzantes de su perro, como oír llover.

Quizás coleccionaba en silencio, como un anticuario sin instrucción, los acontecimientos, contentándose con rebanarles los contornos.

Alguien le participó la vistosa nueva de que unos hijos suyos habidos en fulano lugar, sin más apoyo que la bendición de Dios, se iban a doctorar. Encojióse de hombros. La casa en que vivía amenazaba cuartearse, por falta de cuidado en resguardarla de la más contigua. Más aún, con alguna insistencia se afirmaba que su Emmita, apenas de nueve años de edad, asídúa en su a-

sistencia al Colegio de los Sagrados Corazones, tenía la nariz amoratada como un tomate. Tampoco le hizo mella. Al fin, esto último provenía de su mujer, por demás alharaquenta y amiga de zurcir conflagraciones en pocas palabras.

Con paciencia se gana el cielo. Y como también existe un tantico para los seres mansos, que poseen la tierra en toda su extensión, su misma conciencia le afirmaba en ello, por cuya razón dejó de confesarse, a despecho del *recorderis* del P. Riofrío, su gran amigo de mesa, quien entre broma y broma le machacaba al oído.

Sin embargo, la mañana aquella en que Susana gozó del buen trato de su patrona, don Alfonso abrióse a la observación campante con estas palabras:

—Y ¿qué tiene ésta en la cara?

—Yo qué sé.

—Cómo yo qué sé? Lo que sucede que tienes un genio....

Con razón no te duran las cocineras:

—Y ¿de cuándo acá has visto que las cocineras.....?

—¿Te parece que soy sordo y mudo? No hay tal. También me doy cuenta de lo que pasa, hija mía, con el último bicho de la casa.

Susana en ese momento iba a decir esta boca es mía, no porque la tuviera hinchada, con más el cardenal en la mano; pero salió conforme y bien pagada con el diminutivo de su nombre que le había sonado durante el día en el tímpano.

Y ahora la actitud de D. Alfonso le hizo juzgar en demacía.

En adelante le tocaría las tres cuartas partes de dicha matrimonial, siendo ella partícipe también de una que otra afectuosidad plasmada entre los dos. Se dejó llevar de la confianza de ir de mano en mano, siempre que supiera atinar con los bocaditos y con los varios y contrapuestos gustos de uno y otro.

Les adivinaría en sus gestos. Se adelantaría, en todo caso, a los caprichos del varón, una vez que él se iba haciendo cargo de

su causa. A él, y sólo a él, remitiría sus culpas, porque verdaderas culpas muerden el alma retostada por la adversidad de las pobres cocineras, enyugadas días y días a la aviesa obligación de satisfacer aberraciones burdas, recalcitrantes monomanías de damas y señoronas sin piedad ni sesos, propulsoras de la mala fe y la maledicencia como ellas solas.

Basta era recordarle de pe apa a la señora Laura de Estupinán, como ama de casa, la bicoca de quince años, el verdadero comportamiento observado con sus sirvientes, de cocinera para abajo. La cuestión era saber cuánto le significaba una mujer de estas desde el primer día.

Consejos y buidas admoniciones por anticipado; un programa de acción repleto de puntos y aspectos, susceptibles de pronta ejecución; la necesidad de que todo ente, que visitara su casa, debía tener la boca callada y las manos limpias, una conducta cabal, unos antecedentes lúcidos también y de que por fas o por nefas iba a estar sujeto a su vigilancia continua y uno como estrecho y tupido tamiz, en lo tocante al manejo de la cocina, sin desperdiciar una pelusilla de nada, caían sobre la cabeza de la desgraciada postulante. Después ya se vería.

Y lo que se podía ver en la más cruda realidad, podían testificarlo en cabeza propia las que desfilaron por sus manos. Nada menos que tres o cuatro hijas de la fatalidad, que todavía guardan recuerdo de su martirio, aseguraban en calles y plazas lo mismito que la pobre Susana, que tuvo que soportar cerrada la boca, en el lapso escaso de una semana.

Rosa Cuello, por unas libras de manteca, golosineadas por el perro de la casa, sufrió una tremenda rotura de cabeza. Una garrida chiquilla, Zoila Vázquez, pagó muy caro su manía de llevar consigo su espejito de mano. La señora le rasgó los senos con los vidrios rotos, después de espanturrarla contra el suelo. A una tal Carmen Mariño le adulaba a escobazos cada mañana, obligándola a recorrer el patio y los corredores. ¿Y la simpática Lucía Guerrón? ¿Y la indefensa Pastora Angulo? ¿Y la siem-

pre olvidadiza Laura Rivera, a la que dejó en pelotas en media calle la idiosincrática Escudero, a vista y paciencia de tanto transeunte? Y ¿dónde quedaban las demás hazañas llevadas a cabo con los mismos enseres de la cocina? Volaban los vasos lanzados desafortadamente de su puesto. Con los baldes de agua sucia bañaba el bautismo de la víctima, sin reparar en que con su boca deslenguada irrogaba mayores ofensas.

Las ollas cambiaban de sitio, y día hubo que con agua hirviente desolló las espaldas desnudas de Mariana Brito, a punto de estar todo listo para la mesa.

La una era longa ladrona de nacimiento, otra era nada menos que una chola cochina, con más defectos que el mismo Satanás; y tanto unas como otras llevaban sobre sí deficiencias, imperfecciones, fealdades sin nombre, ya fuese en los pies, en la cara, en la boca, en cualquier punto insospechado del cuerpo humano.

Sólo ella se lo sabía todo. Sólo ella carecía de resabios corporales, siendo la beldad en persona por sus cualidades mujerieles, y el Dios mismo, por el imponente acopio de buenas obras en favor de ingratos y mal agradecidos.

He aquí en pocos embutidos las conclusiones a que llegó la mentalidad de la señora de Estupiñán a lo largo de sus quince o dieciocho años de manguonear como ama de casa:

1.—“En la cocina he llegado a darme cuenta de la inferioridad de la mujer del pueblo, puesta al servicio diario. La chola busca siempre su puesto entre los cerdos, desde cuando atiza las sobras y los centavos sobrantes el día de las compras.

2.—La chola es sinónimo de cocinera. Y como tal, concibe el deseo de vivir a costilla del patrón. Si no le roba en crudo, le succiona en cocinado, si es que no tiene la pretensión de entregarsele en cuerpo y alma, sin acordarse de su ralea.

3.—A la cocinera palo y agua caliente: Si es buena, porque está en un triz de dejar de serlo, si es mala, para que se enmiente o reviente.

4.—Una mujer del pueblo, vaso de corrupción, sentina de vicios. Solo la necesidad le obliga a una al sacrificio de verle la máscara.

5.—Solo el remanente de lo que se traga la cocinera llega a la mesa; con razón, a poco de confiarles la despensa, rivalizan en carnes con una, y aun le propasan con el mondongo.

6.—Cuidado con los secretos íntimos: ellas se los divulgan a cucharadas. Por eso las corto primero la lengua con el cuchillo que tengo a la mano.

7.—De cocineras está poblado el infierno, así como de cholitas, el mercado del Sur. Con razón abundan los enfermos del estómago y se pierde la nobleza de antaño.

8.—La mitad en la boca, la mitad en el suelo, y si hay otras mitades, que si las hay, la muy desconsiderada comparte con el chapa, que es el marido, y con los cuatro o cinco patas sucias, que no tienen padre conocido”.

* * *

—Susana, creo que te llamas Susana?

—Sí, Sr.

—¿Quién te ha hecho así?

Iba a decir que la Sra. Estaban por salirle turbiones de palabras, según la cantidad de saliva espumosa que le bañaba los labios; pero se contentó con un rodeo disimulado:

—No sé qué es lo que tenga. Talvez algún golpe contra la mesa.

—Está muy feo cerca del ojo. Si no te quitas a tiempo, vas a quedarte así.

Una nueva sorpresa para ella por demás agradable. Ahora era ya ño Alfonso el que le prodigaba atenciones.

Seguramente que las cosas irían bien, cuando el mismo patrón: ... ¡Qué ganas de preguntarle el por qué de su buen modo! ¿Es-

taría demás volver a entrar en su dormitorio, por si tornara a llamarle la atención? Sin cavilar un segundo, hizose un lugar para ir acercándosele poco a poco.

El hombre respiraba buen humor por todos los poros. Repantigado dulcemente en la almohada, veía retorcerse las volutas de humo del cigarrillo, como si fuera hallando la razón de ser de su pensamiento.

Porque estaba, sin lugar a duda, dando forma a su pensar, la primera vez en su vida. El mismo sintiose bien situado en la zona consciente. ¿Desde cuándo? Quizá desde cuando sufrió un ataque de nervios, después de no sé qué bebezona. Alguna fuerza oculta actuó sobre su espíritu, ahogado de por vida en las vagas estepas del letargo.

Remordimiento súbito, reacción violenta, algún choque brusco de recuerdos olvidados, obrando sobre su naturaleza en sus propias raíces, le trajeron a un nuevo despertar.

Recién comenzaba a saber que existía, y existía para algo útil en medio de la mediocridad de su posición. Lograría sacudir su inacción, dar un paso adelante, en demanda de su propio yo?

No solo que era el dueño de su vida, sino del criterio de su mujer.

Bien estaba ella con su dinámico temperamento, pronta a remover las piedras de la calle. Lo que había en el fondo era un excesivo apersonamiento, con mengua de toda intervención; más que otra cosa, un continuo estallido de voluntariedad.

—Ahora yo soy el que mando— se dijo.— De no ser así, nos va a cargar el diablo a todos. En primer lugar...

No pudo dar con el comienzo de lo que se proponía hacer. ¿Sería una medida prudente repeler con buenas palabras la habitual intromisión de su mujer? ¿O habría que emplear de una vez un sistema drástico, sin más cavilaciones?

—Mañana me voy a la hacienda.

—A la hacienda? Y de cuándo acá?....

—Porque debo moverme un poco. Yo, yo quiero “hacer los pagos” allá. Mañana es día sábado.

—Puede ser, pero yo como mujer voy a ver mis cosas. Quiero hacerme sentir como siempre.

—Ya he dicho que yo debo ir, y asunto concluído.

Estupiñán hablaba con aplomo, seguro de ser oído y obedecido por su mujer, que le miraba con aviesa intención. Ella se detuvo breves instantes en estudiar el gesto del labio inferior y la lucidez de su mirada. Se sobrecogió de estupor, por lo que alcanzaba a ver en el continente demudado, envolviendo en conjunto el ambiente callado de la sala, como si lo fuera reconociendo por primera vez.

—Así es que tú...

—Sí Sra. yo que tengo por qué disponer y mandar lo que mejor convenga.

Y sin más ni más, se levantó resuelto. Parecía movido por extraño escozor.

Buscaba la resolución rápida en la abrupta brusquedad con que se dispuso a salir.

—Oyes, Alfonso, ¿qué te pasa? ¿a dónde vas?—dijo ella queriendo interponerse imperiosamente.

Pero solo la silueta del buen hombre se divisó que tomaba para la calle despanzurrada.

—Este hombre está loco —refunfuñó, buscando ella también un claro de luz en el caos de las incertidumbres.

Se la anudó la lengua, de la indignación que sentía, viéndose destronada de su alteza de esposa consentida, que mandaba en la casa y pretendía torcer el curso de los acontecimientos.

Su mente corría desbocada a través de conjeturas y conjeturas sin fin... Por lo pronto, acudió a su memoria la figura de una mujer, de una cualquiera, que lo había revuelto los sesos, trocándolo en un monstruo de siete cabezas.

Ahí no mas acababa todo. ¡Qué horror! ¡Qué confusión! ¿Cómo iba a arreglarse con un hombre totalmente cambiado?

¿Quién le decía que la catadura de su querido Alfonso era la misma?

Con este cargamento de consideraciones corrió desaforada a la cocina. Y fue que ahí su cocinera era la que estaba quizá en autos de todo.

—Vos debes saberlo, porque a ustedes nada se les escapa: de la boca del diablo arrebatan el secreto.

—Yo no sé nada, ña Laurita.

—Lo sabes todo; no me ocultes.

—Pero, ¿por qué he de saberlo yo? Si ni siquiera conozco lo que ha ocurrido con el Sr?

Y es que nada anormal ocurría en la casa, aunque a la buena patrona le ponían de vuelta y media sus absurdas suposiciones.

Gritaba, yociferaba, lloraba, sacudía los brazos. Recorría, tartamudeando preces, imprecaciones, considerándose la más desgraciada de las criaturas.

Estaba cansada de sufrir. Ya no contaba con las fuerzas suficientes. Como que la fatalidad le había escogido a ella sola. Sí, a ella sola porque su hermana Lola, que no era una santa, vivía con envidiable comodidad, lo mismo que su prima, su otra prima, que tenía una gran casa en el "mesón". No había que darle vueltas: el asunto estaba perdido. Su marido se había buscado su entretenimiento en la calle . . . ¿Ni cómo iba a ser de otra manera, con tanto mataperro de amigo?

La baraunda fue en aumento cuando creyó ver en la cara de Susana no sé qué destello de complicidad.

—Chola, puerca, "vos" tienes la clave de todo esto. Cuando a mí se me pone. Ahora vas a vomitarme todo, todo.

—Sra., en dios y en cruz que ignoró lo que está pasando.

—El garrote va a responder por vos.

—...

—Aquisito me vas a decir.

La chola se puso a gimotear lastimosamente.

—Yo soy una pobre que no falto a nadie.

—Vas a declararme.... Y si no, con cuatro roturas de cabeza saldrás de aquí....

Y diciendo y haciendo, tomó una raja de leña en las manos, y fue descargando uno después de otro sobre la indefensa Susana, que no hacía mas que hurtar el cuerpo, azorada y convulsa por los rincones.

—Ña Laurita, por Dios! Ña Laurita, por la Virgen Santísima!

—Habla, bruta, no te comas la lengua.... ¡Toma, toma, en vez de ese bandido.

—Ña Laurita, siquiera por que estoy.... Cualquiera se duele por eso.

—¿Qué dices, chola, perra?

—Que no me haga semejante "desdicha", estando como estoy.... Me ha pegado sin piedad, como una enemiga, como si le hubiera quitado talvez.... Solo así, se comprende.

—¡Te voy a dejar de una vez de barriga....!

Desgarrada la camisa, bañada en sangre que le inundaba ojos y narices, Susana aguzó el llanto hasta la desesperación.

En ese llorido se mezclaban la ira, la venganza, el clamor impotente, el alarido racial, cohibido en el pecho, y que restallaba de una vez contra los cielos.

Era la protesta revuelta en sangre y en jirones de una alma pisoteada. Eran hilachas de cierta dignidad desconocida por todos, pero que reaparecía para befar contra la sociedad, hecha a fuerza de hipócritas componendas y de falsos ensalmos de piedad dentro de los templos y fuera de las convicciones.

—Si mi marido supiera.... porque siquiera él....

—¿Y todavía estás ladrando?

—Claro que una también tiene derecho, Sra.... ¿Qué se han creído?... Y lo peor estando como estoy. Sra. sépalo, ni a los animales se les trata así....

Se apoyó un momento contra la nalga prieta de la pared, vencida ya por un indefectible vaguido de muerte. De pronto, le

acometió una especie de vómito. Hubo unos minutos de silencio. La fiera de la ña Laurita se recogió en su habitación.

Y cual si le vaciasen el vientre, la víctima rompió con un grito supremo, y con hipos repetidos intentó pedir auxilio.

—Jacinto, me muero, me muero. Oyes, me estoy yendo en sangre! ¿En dónde estás?

Estas palabras gangoseadas, contra la frialdad del muro, demostraban que estaba perdida en definitiva. Era mas que el truco de las roturas de cabeza, porque se le iba la vida con un rompimiento precoz de arterias dentro de su seno maternal.

—¡Auxilio, auxilio, por caridad! ¿Quién vive en esta casa?

Ya se ha dicho que la egregia patrona, después de su hazaña consumada a sangre fría, fue hundiéndose en sus meditaciones. ¿Sería ella la que se hiciera eco de los ayes recónditos de ese barrunto de humanidad fracasada en el tálamo rasgado de una mujer del pueblo?

Sólo dejaba al arbitrio divino lo que pudiera suceder más tarde en su casa, con sus cosas y sus intereses. Poco a poco se esfumaba el susto del primer momento. Volvería su esposo arrepenido. Por algo sus oraciones se elevaban muy alto. Al fin, conseguiría asordar al que todo lo puede. Porque era buena, y la fe cristiana su mejor escudo.

Se afirmó en esta idea fundamental, y repitió maquinalmente sus preces conocidas, como si tuviera en su delante la corte celestial.

Tuteaba a N. Sra. y a los santos de su devoción, ofreciéndoles a cada uno misas y novenas a granel. En ese momento se hubiera cambiado en una monja clarisa, para disciplinarse sin réplica.

Quiso quitarse el peso de su alma, el de haber sospechado en la conducta de su esposo. El demonio era, que se mete de rondón en las almas inocentes. Pero ya pasaría la tormenta.

Se aquietó luego, besuqueando a la Dolorosa del Colegio. De allí se dirigió a mirarse en el espejo, sonreída, conforme con lo que la deparara el mañana.

* * *

La noche debía estar muy fría, según el unánime centello de los astros lejanos. Muy allá, en la faz de platino del horizonte tiznaban con ambas manos. Y por el oeste la luna se disponía a formar parte de un anuncio luminoso, que iría a proyectarse en algún confín más lejano todavía, no entrevisto por el espíritu mercantil de los mortales.

Siempre que a la iglesia de la Compañía o al teatro "Bolívar" acudiera el público, que merodeaba sin rumbo por la plaza Sucre, con motivo de no sé qué fiestecilla religiosa, el cielo se despejaba del todo, cubriéndose de algodón. Sencillamente porque nadie se conformaba con la rigidez de julio.

¿Qué estaría ocurriendo en la casa de un tal Enrique Cárdenas? Decían que la Sra. estaba de meses mayores. Tal vez por la delicadeza de su estado, aplazarían la consabida operación.

El P. Jijón Bello había estado muy oportuno esa mañana. ¡Con qué crudeza y oportunidad embistió desde el púlpito contra la lucha de clases actual!

Llegó a probar hasta la saciedad, que el Diablo en persona empujaba a las masas, inventando entre ellas todo aque ese alud de falsedades, con el nombre de problemas sociales. Oportuno y elocuente y hasta profético para las entendedoras de feligreses rectilíneos como don Pascual Puente, el señor Belisario Guarderas y unos cuantos Rafaelés y Agustines y Franciscos Racines.

A la hora de dormir, ña Laurita, en vez de hacerlo con su marido, se acostó con los santos y santas que pululaban por los contornos de la casa, con quienes haría por solucionar sus inquietudes sexuales de media noche.

Sin embargo, el silencio de tumba en que yacía la casa, le tuvo sobreaviso. Ya se figuraba que alguien se paseaba campante

por los corredores. Y es que desde el anticuado portón se incitaba a hacerse la señal de la cruz al visitante.

La autoridad de vida de los dueños, la horfandad de los contornos y la inamovible escarcha del pasado sobre esa casona de tres patios y de rocosas pilastras, imponía respeto. Y no sería la audacia de un simple ladrón la que viniera a perturbar el sueño.

Con todo, Laura se puso a revolverse inquieta. Seguía con los oídos abiertos los suspiros y oscilaciones vagas de la noche.

Le parecía que andaban por el techo, que avanzaban por las escaleras. Como que se agazapaban detrás de las cortinas mosquiteadas de la sala.

El eco, uno como eco porfiado, zunibaba en sus oídos, anillándose en los nervios.

Podía suceder que alguien a esas horas trajera una nueva de la hacienda. De nuevo se puso a horadar en el silencio. Veía en la sombra que el mismo Alfonso se precipitaba a caballo por la loma de Puengasí.

Se habría detenido, como a eso de las siete de la noche, frente al estanco del chagra Joaquín Villafuerte. Una de dos: o se encontraba bebiendo en Conocoto con los compadres Sosas, o se abocaba ya a Chimbacalle, tamboreándose la bota con el "mango" cuerudo del foete.

Pero ya quiso dormirse más bien. Era mejor esperarlo a la madrugada. Y que fuera el "huasicama" el que tocara quedo el aldaba de la puerta:

—Ña Laurita, ya viene el patrón.

He ahí porque se arrebujo bien, rebien en su cama, sintiéndose tocada ya con un leve indicio de sueño.

Habrían rodado unos veinte minutos, cuando efectivamente ella se despertó sobresaltada, como si le zumbaran de la cama.

—Oyé, ña Laurita! ña Lauritaaaaá!

—¿Qué pasa? ¿sois el longó Justo?

—Sabrá que el patrón Alfonso se muere con un ataque de uremia.

—¡ Comóooo!! ¿Qué decís?

—Con un ataque. Así dicen, ataque de..... A estas horas creo que ya será cadáver.

La cosa era conocida, pero el buen hombre se creía seguro, toda vez que era el caballo negro el mejor en que montaba, y más "suavito" que una hamaca.

.....

—Y la Susana?

También cabe preguntar: ¿Y la Enriquetita, hija de don Jorge, que desde muchos días venía rascándose la nariz?

Dura es la vida de los grandes, sobre todo, cuando hacen porfiados esfuerzos para burlarse de una diabetes, del axiomático avance de la sífilis, o de la sorpresa nocturna de la uremia.



LA MAESTRA DE GUANO

- ¿Y tú crees que el César? Yo le conozco
- Yo también le conozco. Pero yo no sé por dónde esté la cosa.
- Ya verás, ya verás. Le tomamos la delantera al Director de Estudios y preparámosla porque buena mesa se inventan los maestros de escuela por estos días.

Y con el pensamiento en el César, en el tal César Herrera de Guano, dispúsose a partir tranquilo y campante Luis Napoleón Araujo. El otro siempre dicharachero, siempre jovial, era el **mapasingue**. Así lo llamaban los amigos de cama y rancho, quizá por lo abigarrado de las pecas, por su nariz roma y gruesa o por el gangoso del habla.

El Mapasingue era Gerardo Dueñas, exilado ya en el vicio de los mayores de edad, el alcohol, a pesar de sus veintidos años apenas vividos. Después iban a agregarse cinco, por falta de uno, a la fiesta. Una especie de fiesta real era, a no dudarlo, la época de exámenes para el preceptor rural. O se obligaba, o lo obligaban a preparar mantel largo, chicha y trago para los comisionados escolares.

Allá, por la plaza de San Francisco se reunieron los restreitos marchantes. Trozos oscuros de calles habían recorrido, trenzando planes macabros. Y a la mañana, muy por la mañana, debían montar a caballo, a pesar de que no distaba una legua de Riobamba el lugar del jolgorio. Saldrían bien equipados, aún cuando muchos opinaban que era una tonte-

ría conducir pertrecho a un campamento bien provisto de lo bueno y lo mejor.

Al fin, la razón triunfó. Siquiera unas botellas de algo como vino o aguardiente en las bolsas de la montura. Si bien era cierto que la cerveza "Tungurahua"... Algo mejor que cerveza, la chicha **huevona** hallarían en abundancia. ¿No iban pues a comerle medio lado a la maestra de Urabarrío? Y luego el César ...

¿Qué clase de César les esperaba como una providencia en Guano?

Jorge Román hizo un frenético elogio de este César tan renombrado. Era una gran persona. Desde el Colegio Maldonado se distinguió entre sus compañeros de 1910, por sus frecuentes mataperradas. Ahora ya cerca de conseguir el doctorado, buscó la Jefatura Política del Cantón. No la buscó él, sépase. Bueno, como quiera que fuese, era muy joven, y siendo muy joven y con unos grados de audacia, debía ser todo en su pueblo, claro está. Después pensaría incorporarse en Quito, cuando no en Guayaquil, haciendo ascos a su humilde origen, y horrando recuerdos de Jefaturas y amyordomías administrativas. A esas alturas no sería el chagra mandón, sino ...

Ya en camino, todos a caballo, sintieron en la cara un friecito cortante. Viento burlón y trashumante que se pega a las pencas de cabuya, a los cardos lechosos del camino en cuesta. Un viento arriero que fustiga sin piedad a ratos las ancas de los burros haraposos, y a veces se sienta al borde gramíneo del barranco, y cuando le viene en gana, sigue el trotecito de los indios de Hapo, por ahí por las rajaduras de los talones.

Napoleón Araujo hacía caracolear a su caballo bayo, alabocarse al enteco bosque de eucaliptos de D. Manuel Barriga. Los demás querían hacer lo propio, rozagantes en sus cabalgaduras alquiladas, menos el gran Albertó Dueñas, muchacho

grandulón, perdonavidas, palabrero, aún sin copas en la cabeza. Picó a su caballo, que se lanzó como un relámpago por zanjas y mogotés de cangahua.

Iban a la casa del cholo César Herrera a "rematarse". Allí tendrían a su sabor todo. Ese todo consistía, por lo pronto, en un "cariucho" en regla, con papas gruesas recién cavadas y éstas que les entrara gritando. Lo remojarían con la tradicional chicha de Guano, que hace hablar diez idiomas a los mudos, que se retuerce en las tripas, mueve los pies y pone en la mollera pujos de dominar de un salto la loma de Langos. Un cariucho, una guitarra bien templada y una chola rechupetona, he ahí lo que iban a hallar en ese bendito lugar. Lo que se ofrecía siempre en los suburbios del mundo oficial a los hacedores de empleados públicos y caciquillos ociosos.

— Vamos a comer y beber donde la maestra de escuela, si quiera una semana.

Sí, allá iban, fantaseando sobre la misérrima espontaneidad de los centros pequeños.

Roberto Alzamora recordaba, muy clarito, las escenas heroicas de la víspera. A él le tocó iniciar "el chivo", a él que presumía de macho y se adueñaba de cualquier bochinche, a caballo y choleando a todos. La antevíspera estuvo en la hacienda del General Valdivieso. Copas van y copas vienen, con cerca de veinte chiquillos de pelo en pecho, hacendados desde sus antecesores, el hombre quiso realizar proezas originales en el patio de la hacienda. Cositas de muchacho viril, mimado por los suyos, hijo del Dr. Bernardo Alzamora, dueño de "Alpatán", "Molino Seco" "Igualata" "Elenes Viejos" y unos cuantos feudos enclavados en los riñones de la cordillera oriental. Venía exhibiendo una pistola "nuevecita" ¡Qué primor de pistola! Querían verla y registrarla con sus propias manos. El héroe, antes de franquearla, comenzó a hacerles blanco. Los tiros fueron su-



mándose uno a uno, dos a dos entre la algazara y el miedo general. Se aplacó un poco, cuando pudo tender a uno patas arriba. Se agrió la orgía. Se exaltaron los ánimos. Llovieron insultos. Brotaron inmediatamente recuerdos y referencias sobre quisicosas de alcurnias y abolengos, con ser que todos los circunstantes eran nobles.

Alzamora, alzado todavía a mayores, dejó a un lado consideraciones fútiles, y en presencia de los que le trataban despectivamente, apuntó sobre su caballo.

La valentía del gamonalito quedó demostrada axiomáticamente.....

*

* *

La población de Guano iba animándose a Dios gracias. Era la cabalgata de riobambeños que sacudía el marasmó de los alrededores. La naturaleza se había permitido anticiparse con un sol acogedor de muchos quilates. Salían y entraban de las casas para verlos pasar. Tal cual muchachillo de escuela se asomaba con su vestidito limpio, y dejaba caer el humilde "buenos días".

Por las aceras angostas transitaban las gentes boquiabiertas, que miraban con cierto acato a los recién llegados, que sin mirar a nadie, azotaban el lomo de puerco de las calles, una después de otra, a fin de ser vistos y notados con sus chirriantes aderezos de montar.

Se apearon los Alejandro Magnos en casa del consabido Jefe Político, gotera con gotera de la que servía de hospedaje y recibimiento a la maestra.

— No Robertito.

— No Gerardo.

— No Luchito.

El "ño" estuvo en boca del mismo César Herrera al principio. Cuidado pues que era el Jefe Político, y más tarde ... Pero era de Guano.

Hallaron acomodo sobre unas pomposas alfombras, mejor que sobre tapices persas, en medio de un enjambre de zalameros, como el Teniente Político, los jueces parroquiales, los dos escribanos y la susodicha maestra.

- ¿Qué milagro por aquí?
- ¿Desde cuándo Sr. Luchito? Con razón hace un día ...
- Por fin se ha movido.
- Ya verás pues, tus amores. Los sonados exámenes de tu escuela.
- ¡Uy! Sr. Luchito no es para tanto.
- Como no ...
- Aquí partiremos una cabecita de cuy. — A lo que da la tierra. Tendremos regular concurrencia ... Más que el año pasado, porque el Sr. Director de Estudios también va a honrarnos con su asistencia.
- ¿De veras viene el cuico? — apodó a la Primera Autoridad escolar— el famosó Dueñas.

La maestrita sonrojada hacía gala, a su modo, de la trascendencia que debía revestir el acto.

Lucrecia Velasco. La Lucrecita de los riobambeños pudientes, y, por lo tanto, confianzudos como ellos solos. La "Señorita Lucrecia" para los que tenían en algo su nascente personalidad de maestra.

Bien visto, se había acicalado en forma, con una cercana inclinación a la moda, con un terno de seda color limón, bien ajustado a sus floridas y frescas formas. "Postura" confeccionada en Riobamba con alguna anticipación, y en el intervalo de tiempo disponible entre gestionar por el pago de sueldos atrasados y correr en pos del encanto de sus pocas amistades.

Y había acertado a ponerse apetitosa, y ambicionable.

Más de dos ojos hambrientos se posaron sobre ella, precisamente los ilustres invitados, garridos, elegantones, refinados, hasta en el modo de blandir el foete y chasquearlo contra las polainas nuevas.

"Lucrecita por aquí", "Lucrecita" por ahí, la maestría no se daba tiempo en llenar de pronto cumplidos de mayor a menor, siempre con la atención máxima sobre los recién llegados. ¿Era que tuviese algún apego por estas bellas personas? Más bien el deseo inocente de quedar bien. Porque ella pensaba, a todo trance, en quedar bien, sobre todo, con las autoridades escolares, adjuntos y allegados a la temible comitiva. Quedar bien con ellos, quería decir darles en seco y en mojado, hasta que se tocaran con el dedo, suministrarles combustible cada minuto, bailar con uno y otro, dejarse llevar incondicionalmente por el anzuelo bronco de sus necesidades, entregarse, en una palabra, en sus brazos.

Quedar bien: maestros y maestras hacían lo propio desde muy antaño. Sacrificaban sueldos queridos, no con otra mira que la de extender los pies fuera de las sábanas a fin de año. Por ahí existía la probabilidad de continuar intocables en el cargo. Las maestras buenas mozas debían aspirar a caer en gracia y hacerse querer, ser del amaño del Director de Estudios y, con escasas excepciones de su amaño impúdico a la corta o a la larga.

Lucrecia desde la madrugada había despachado comisiones especiales en busca de alumnas retrecheras, padres y madres de familia remisos, un compadre de por ahí y un ahijado de por allá.

Eran por cerca de las diez. De rato en rato entraban a la sala de exámenes ponchos, macanas, rebózos, sombreros abombados de burda lana. Eran entes medio atontados, cariaacontecidos, sudorosos.

Ella estrujaba suavemente a unos, increpábales por su tardanza a otros, buscábale asiento previo a tal o cual conocido, imponía silencio a un grupo parlero de examinandas iba y venía pesarosa, buscando en el vacío algo o a alguien que se atrasara, en fin, midiendo el tiempo que se le escapaba de entre las manos.

Se entiende que, en el cuarto contiguo a la sala de clase, ya estaban solazándose con repetidos "turnos" de aguardiente los gamonalitos en cuestión, con el Jefe Político a la cabeza.

Pocos minutos antes, ella misma en persona les perurigió a ocupar los primeros asientos entre los de la comisión examinadora.

— Déjese, Lucrecita, de gramatiquerías. No faltará alguno que nos examine mas bien a nosotros. Y en todo caso, Ud. linda.

Hizo ella un dulce mohín de disgusto y tornó a compactar grupos, a presidir el desfile de grados hasta el lugar preciso del examen.

Ya estaba el tribunal de Minos pesando almas infantiles. Azoradas las avechitas de poco menos de siete años respondía en monosílabos a los hombres graves, a tiempo que la fantasía ingenua de parroquianos hacía apreciaciones ilimitadas sobre la sapiencia nunca oída de los que contestaban a las preguntas.

Terminadas las pruebas, mal o bien, comenzó el desbande de los que nada tenían que ver con el semibanquete preparado por la maestra.

Por los ámbitos de su memoria desfilaban compadres, comadres, simpatizantes asíduos, niñas premiadas, todo el escenario aquel que se ensanchaba o iba a ensancharse, en confuso vaivén de caras y gestos de quienes no eran atendidos ni con una sonrisa ritual.

Y había acertado a ponerse apetitosa, y ambicionable.

Más de dos ojos hambrientos se posaron sobre ella, precisamente los ilustres invitados, garridos, elegantones, refinados, hasta en el modo de blandir el foete y chasquearlo contra las polainas nuevas.

"Lucrecita por aquí", "Lucrecita" por ahí, la maestra no se daba tiempo en llenar, de pronto cumplidos de mayor a menor, siempre con la atención máxima sobre los recién llegados. ¿Era que tuviese algún apego por estas bellas personas? Más bien el deseo inocente de quedar bien. Porque ella pensaba, a todo trance, en quedar bien, sobre todo, con las autoridades escolares, adjuntos y allegados a la temible comitiva. Quedar bien con ellos, quería decir darles en seco y en mojado, hasta que se tocaran con el dedo, suministrales combustible cada minuto, bailar con uno y otro, dejarse llevar incondicionalmente por el anzuelo bronco de sus necesidades, entregarse, en una palabra, en sus brazos.

Quedar bien: maestros y maestras hacían lo propio desde muy antaño. Sacrificaban sueldos queridos, no con otra mira que la de extender los pies fuera de las sábanas a fin de año. Por ahí existía la probabilidad de continuar intocables en el cargo. Las maestras buenas mozas debían aspirar a caer en gracia y hacerse querer, ser del amaño del Director de Estudios y, con escasas excepciones de su amaño impúdico a la corta o a la larga.

Lucrecia desde la madrugada había despachado comisiones especiales en busca de alumnas retrecheras, padres y madres de familia remisos, un compadre de por ahí y un ahijado de por allá.

Eran por cerca de las diez. De rato en rato entraban a la sala de exámenes ponchos, macanas, rebozos, sombreros bombados de burda lana. Eran entes medio atontados, cariacontecidos, sudorosos.

Ella estrujaba suavemente a unos, increpábales por su tardanza a otros, buscábale asiento previo a tal o cual conocido, imponía silencio a un grupo parlero de examinandas iba y venía pesarosa, buscando en el vacío algo o a alguien que se atrasara, en fin, midiendo el tiempo que se le escapaba de entre las manos.

Se entiende que, en el cuarto contiguo a la sala de clase, ya estaban solazándose con repetidos "turnos" de aguardiente los gamonalitos en cuestión, con el Jefe Político a la cabeza.

Pocos minutos antes, ella misma en persona les perurrió a ocupar los primeros asientos entre los de la comisión examinadora.

— Déjese, Lucrecita, de gramatiquerías. No faltará alguno que nos examine mas bien a nosotros. Y en todo caso, Ud. linda.

Hizo ella un dulce mohín de disgusto y tornó a compactar grupos, a presidir el desfile de grados hasta el lugar preciso del examen.

Ya estaba el tribunal de Minos pesando almas infantiles. Azoradas las avecitas de poco menos de siete años respondía en monosílabos a los hombres graves, a tiempo que la fantasía ingenua de parroquianos hacía apreciaciones ilimitadas sobre la sapiencia nunca oída de los que contestaban a las preguntas.

Terminadas las pruebas, mal o bien, comenzó el desbande de los que nada tenían que ver con el semibanquete preparado por la maestra.

Por los ámbitos de su memoria desfilaban compadres, comadres, simpatizantes asíduos, niñas premiadas, todo el escenario aquel que se ensanchaba o iba a ensancharse, en confuso vaivén de caras y gestos de quienes no eran atendidos ni con una sonrisa ritual.

- Lucrecita, véngase por aquí le daremos un abrazo porque ha salido bien, acentuó César Herrera— sin haberse acordado ni de broma de las tales pruebas ni de los tales deberes de su incumbencia.
- ¡Oh! sí, Lucrecita, Ud. es un tesoro de maestra! —corroboró Araujo con las sonajas de sus dos manos.

La pobre, ruborizada hasta no más, no atinaba cómo corresponderles. ¡Tan grandes y tan autorizados eran sus fallos!

- Lo que mucho cuesta mucho vale— sentenciaron a una Dueñas y Román, con una copa doble en la mano.
- ¡Uy! me muero, me voy a **chumar**.
- Por tus exámenes, amorcito.
- Bueno, un poquito . . . una gotita.

Y salió presurosa en seguimiento de unos cuantos resentidos. Abandonaban la reunión, en vista de que ni se les tomaba en cuenta.

- Un momento, Señores, vamos adentro.
- No, Señorita Ud. está muy ocupada.
- Dispensen por ahora. Ya ven que cuando una es sola.

Y realmente estaba sola en el vasto compromiso, terciando dentro y fuera, eso sí airosa sagaz, conciliadora. Repararía carcajadas al chico y al grande.

Para los gamonales era la mejor dádiva, impregnada de prometedora coquetería. Y si la cortejaban recio, ella no iba a ser tan descortés.

* * *

Guano estaba de fiesta, sin quitarle un ápice. Todo el inmenso arsenal de tejidos de bayeta sumido en el sopor del mediodía, llamado Urabarrío, se movía hacia el ambiente inactivo del centro. Cinta cinematográfica dividida y subdividida en series, la pintoresca barriada.

Dos mil bocas modulaban el nombre de la maestra Velasco, por lo inteligente, entusiasta, llena de encantos por cada pelo de la cabeza.

De pronto entraron como veinte a la sala. Al ver al grupo de riobambeños embriagados ya, y que peroraban, sobreponeando ante todo sus apellidos, sus hombradas en tales o cuales ocasiones, los modestos chagras se achicaron de ánimo y fueron, buscando un asiento menos visible por ahí. Antes que ser vistos y llamados estentóreamente por su apodo o procedencia, preferían encubrirse en el cuello o con las hojas de su poncho largo.

Sin embargo, los gallos finos se dieron a repetir, a grandes voces:

- Oyes, Alfonso Villacís. Cholo Villacís.
- Chagra Tamayo, Jacinto Tamayo, una copa contigo.
- Jorge Herrera, ve vos tan te haces el grande . . . Con todos, con todos, salud.
- Bueno, ño Jorge, con Ud. lo que quiera. Su papá, sobre todo . . . —susurró uno.
- ¿Conoces a mi familia?
- ¡Ay! Sr. **Jorgécito**, lo mejor que ha dado Riobamba.
- Ya lo creo que sí. Y aunque no me lo dijeras, está a la vista.
- Bueno pues, bromas aparte. Una copa general. ¿dónde está la maestra? —asentó de golpe y porrazo, Herrera.

Llamamiento del Jefe Político, alzado ya a cien codos de altura. Tuteaba él también a los orgullosos visitantes.

- Oiga, linda, no se haga de rogar cuando estos señores ...
 — ¿De rogar? ¿no ve cómo soy? Jesús, lo que siento es que la orquesta ...
 — Después habrá orquesta. Déjenos a nosotros.
 — No "resulta" solo con la banda.
 — La banda de aquí, cuatro chagras boquiduros ...

Y en seguida, se irguió de nuevo:

- A ver una copa, pero buena.
 — Nunca he dicho que nó —replicó ella sonreidísima.—
 Ud. primero Cesitar.
 — ¡Oh! ¿me cree Ud. un salvaje?
 — Bueno, gracias.
 La joven apuró a sorbos, besando la copichuela.
 — Tome todo. Seca y volteada.

Con visibles muestras de triunfo, Herrera se acercó a los demás, que dormitaban apoyados sobre una mesa rinconera. Se hacían los dormidos, valdría decir.

- ¿Toda? ¿Tomó toda? — preguntó uno ellos.
 — Toda.
 — Ahora, hay que cargarle de veras.
 — ¿Qué dices, vos Mapasingue?
 — Encantados.

Sin sentir habían corrido las horas. Entre sentarse a la mesa, atender a unos pocos y dar dos vueltas, ocho horas. ¡Caráspita!

Sin embargo, había para comenzar. A las nueve de la noche recién vienen a abrigarse los ánimos. Y luego que la segunda mesa estaba por verse, la mesa para los nativos del lugar.

Pero la intención de los riobambeños era otra. ¿Qué les importaba aguar el gusto de los demás?

- La maestra se va con nosotros a “Los Elenes”— rompió imperativamente Alzamora.
- ¿A dónde?
- A “Los Elenes”, así como sueña.
- No sea Ud. niño —objetó Araujo— ¿No ve que
- Lo digo yo, c Es que se va, subrayó, itaconeando fuerte el disparador de pistola sin ton ni son.
- Lo digo yoooó!— repitió, golpeándose el pecho con una torina llena.
- Sr. Robertito, por Dios!— susurró Lucrecia con ese timbre atiplado de súplica o sorpresa.
- Se va Ud. con nosotros, se va. . . .
- ¿A dónde? —volvió a replicar dulcemente.— ¿quiere decir que la casa de una pobre no vale? ¿qué es esto?
- No digo que vale, ni que no vale.
- ¿Entonces? Vamos, vamos adentro a divertirnos. Ya vendrá la orquesta.
- Digo que nó Te vas conmigo, Lucrecia Es que te quiero. Por tí he venido.
- ¿Qué dice? que por mí? Por lo mismo. Sigamos.

El improvisado galán daba traspiés, o hacía que daba, sobre el piso enladrillado.

- El caso es que aquí— gangoseó.
- No, no, Sr. Robertito. Mire que Ud. es educado
- Aquí hay mucha gente puerca.
- Nó, nó, todos merecen consideraciones. A la hora de la hora salirme yo con esto, no Muchos me han colmado de servicios.
- Chagras miserables.
- Sr. Alzamora, oigá

- Son unos miserables, unos vendidos . . . Yo quiero, es que yo quiero divertirme con los míos, lejos, en mi hacienda, allá . . .
- Después, claro que después.
- ¡Nó!
- ¡Sí!

Herrera daba vueltas en torno del cuarto aparentando indiferencia. Los circunstantes oían alelados. Comenzaron los comentarios a subir entre las volutas del humo perezoso de los cigarrillos, el rumor lejano de los que aún regustaban en la mesa riendo y haciendo reír; el canto monocorde de los borrachos moscardones del tumbado, mosqueado por el tiempo.

Turnáronse los concurrentes a la tercera mesa. Alguien sugirió la idea de que la maestra presidiera por esta vez. Y con tal fin, se acercó a ella el escribano:

- Señorita Lucrecia, Señorita Lucrecia.
- Déjenmela a mí— redondeó Alzamora, que la tenía en las faldas, baboseándola con sus promesas.
- No, Sr. Robertito, le digo que nó. Respete mi casa, y si no a mí, a la concurrencia.

* * *

A la vuelta de una hora incompleta, la sala estaba despejada. Pero había dos y muy holgadas, en donde buscaron respiro el buen humor y la porfía de cincuenta a sesenta personas. No les faltó atenciones, ni el menudeo constante de copas.

Pugnaba la maestra por desprenderse un rato del besuqueo empalagoso de Araujo, Román, Alzamora y Cía. Herrera se remiraba en su hechura a gran distancia.

Calló el arpa tristona del vecindario en la honda expectativa de saber qué pasaba con la Srta. Lucrecia, que se había hecho humo, según el decir de la mayoría.

Por algún lado la diversión presentaba su incentivo. Quince muchachas regularonas la matizaban de encanto. No habrían sido tan enloquecedoras para ojos riobambeños, asidos de las pulpas de una sola, pero, ¿qué tenía de particular, Lucrecia Velasco en ese día? ¿dónde estaba su ángel de la guanda, ya que poco o nada se daban por notificados los concurrentes de lo que se estaba tramando por ahí?

— Hay que repetir la dosis— asentó César Herrera a la oreja de Alzamora.

— Mejor sería un tabacazo.

Rióse el Herrera, sabihondo en estas cuestiones, candidato a doctor en medicina.

Mejor sería . . . mejor hubiera sido santificarla con un peso puro en ambos labios gordezuelos en medio de los semicírculos de un pasillo del maestro Ortíz. Mejor hubiera sido llenarla los ojos del alma de romanticismo. ¿Acaso no merece una simple maestra rural, según el decir inverecundo, el regazo matrimonial, en pago de lo mucho que ama, y espera y busca, y suaviza, y dulcifica ese corazón plasmador de corazones?

— César, César, la huambra la ves?

Se había apoyado un poquito sobre los hombros arteros de Araujo. I es que a esas horas formaban cerco estrecho los cuatro, y botella en mano porfiaban con requiebros torpes.

— Tome, Lucrecia. Siquiera porque estamos en su casa.— Abrió ella los ojos con disgusto.

— No me exijan tanto. ¿Qué se proponen conmigo? ¡Bonita cosa! Eso no es cariño, ni

— Tome, no sea egoísta.

Ella, quebrada la tez un poco, con el sesgueo de la embriaguez hablaba acaloradamente.

— Que yo sola tome, no es la gracia.

— ¿No ve como nosotros.....?

Herrera se acercó empeñoso:

— Qué le pasa, Lucrecia, por qué no toma?

Araujo rostro a rostro con ella, la besuqueaba libremente. Alzamora la apretujaba por los senos. Herrera se paseaba inquieto, mirando el conjunto soslayadamente.

— Vamos adentro— exclamó ella, fatigada, pesarosa, rehaciéndose un poco. Esto no es posible.

Quiso levantarse, y no solo que quiso.....

— Sr. Alzamora, Ud. ha venido a mi casa, y me parece....

— El aludido casi no hablaba, absorto en algún intento que salía hasta sus ojos torvos, anubarrados.

— Dame una copa, Jefe Político. ¡qué diablo! ¿No hay cariño en esta casa?

— Allá voy.. No sólo una . . .

— Voy a tomar con mi negra, con esta negra de mis pecados.

Lucrecia intentó sacudirse de nuevo. Y es que se iba dando cuenta del estado excepcional de su persona en medio de cinco verdugos.

— Quiero irme . . .

— No te irás, Lucrecita, Lucrecita.

— Buena estaba la cosa, ¿y por qué?

Herrera buscaba un resquicio oportuno para expandirse él también:

— Lucrecia del alma mía". No pudo continuar con D. Juan Tenorio de Zorrilla. Y a continuación se acercó con la pócima en la mano.

— Yo no tomo más —dijo en un brusco arranque de resolución— Les digo que no tomo un gota.

— La última. Palabrita que es la última.

Claro que fue la última, porque los resultados no se hicieron esperar. Cayó a plomo la infeliz cabecita con el vértigo definitivo.

— Ahora es tiempo— perurgió Herrera.

— Yo estoy medio borracho —siguió Alzamora— pero allá voy.

— Yo, yo primero— replicó Araujo.

— Cualquiera puede ser el primero por esta ocasión— rasguñó Dueñas.

— ¡Caráspita! ¿Y ahora? —volvió a preguntar el Jefe Político— porque aquí todavía se enteran.

— ¿Hay gente adentro?

— Lo suficiente para seguirnos la pista.

Gente de los alrededores había quedado en número de veinte. Parloteaban a media voz, y estaban a filo de dormirse tales y cuales, porque los minutos se agolpaban desesperadamente.

Volvió Herrera del cuarto contiguo con una llave.

— Vamos entonces allá— rugió Alzamora. Quiero decir que vamos por partes.

Hicieron por querer tomarla por la cintura, como si se tratara de un peso muerto.

Sin embargo, y muy a pesar de su estado, Lucrecia se es- tiró colérica:

— Oigan Ustedes. ¿qué pretenden conmigo?

— Contigo, nada, negrita.—replicó Alzamora— Eres mía, y solo mía.

- ¡Váyanse de aquí! Sí, Sr.. Comprendo el intento. No estoy, es que no estoy . . .
- Nadie intenta nada —arguyó Herrera— Lo que pasa que por allí podemos estar con más libertad.
- Pueden irse todos, sobre todo, usted, César. ¿no tiene hermanas, por ventura?
- Si no pasa nada.

Hizo guiños con malévola insistencia a los demás.

- Lucrecita, no diga eso, vamos adentro.
Y la fue levantando de plano.
- Cierto, adentro con un poquito de libertad.
- Voy a hacer gente. Esto es un abuso, una iniquidad... ¿Para eso han venido?

Alzamora entró en acción con bríos mayores:

- Bueno, pues, maestríta, adentro. Ud. se va conmigo, es que se va conmigo.

Y diciendo y haciendo, como una pluma la condujo al cuarto previsto:

- ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡uy! ¡auxilio!— gritó Lucrecia.
- César, tápale la boca.
- ¡Nó! ¡nó! ¡nó! ¡Por Dios, por favor! ¡mamasitaaaaá!— gangoseó lastimadamente.
- Tapále la boca, te digo, sobrito-mandó por segunda vez Alzamora.—Y tú sal hasta la puerta de calle.

Uno de los aludidos obedeció en el acto.

La muchacha se asfixiaba entre cuatro sayones, invencibles para una mujer en tales condiciones. Fuerte era, eso sí, y disponía de un arrojo sin igual, aún en ese momento, con el dominio del alcohol y de uno como estupor mortal.

Después— y era muy natural que sucediera así— con lágrimas en ambos ojos, suplicante como un niño inerme; suavcita la voz, endulzada su angustia, con una oración pronunciada mentalmente apenas, y al verse sola, muy sola, se volvió a Alzamora, como último recurso!

— No sea Ud. así Alzamora. Por el buen nombre suyo, por Dios, por mi profesión, por la honrosa profesión que tengo, déjeme!!

— No seas tonta, cállate, que es para peor

— Por sus padres, hágalo por ellos!

i!

i!

i!

* * *

A eso de las tres de la mañana, los señores perros andaban por su cuenta. Relataban y recontaban sucesos inverosímiles. No habían ahondado mucho en lo ocurrido aquel día en casa de la maestra.

A mucho barruntaban, solo barruntaban en el ensueño político del pueblo entregado a la inacción al parecer.

Unas cuantas cantinas abiertas.

“Anselmo Gómez. Ventas por mayor y menor” “Roberto Camino - Comerciante”. “El 10 de Agosto” —“Salón de licores” “Polibio Montalvo.—Licores del país” “La juventud de Guano de Arcadio Valencia”.

Bebían con sorbos de canto y floriqueos de desespero.

Más allá se afanaban en urdir discursos fofos, acentuando aquello de actualidad: el tamayismo. Para unos, un castigo de lo alto; para otro, ocasión favorita, deliciosa oportunidad de salvar el país.

— Eso será para Udes. mamones de por vida. Yo no necesito sino de mi trabajo.



- ¿Ud. duda de la honorabilidad de . . . ?
- Yo dudo de todo y de todos. Son majaderías. Hay que colarse a los calzones de Barrigas, González, Garcías y Alzamoras de Riobamba para vivir bien, es decir, bien empleado. Ahora mismo. . .
- Ahora mismo, ¿qué?
- Que han venido a importarnos la consabida lista.
- No han venido con ese objeto . . . Los exámenes . . .

La noche caminaba lentamente con dirección a Riobamba. Quería salirse de la hoya de Guano, por mas que aquí o por más allá hubiera arbolados umbrosos, un largo trecho de huertos hermanos en vegetación virgiliana.

¿Por qué no salía un poquito afuera la luna de oeste? Egoísta, como las solteras que se arrehujan junto a la cama de sus padres, cuando uno las busca, revolviendo infolios de recuerdos, acallando a los canes seguilones, rumiando penas prietas.

Decían que Julieta Rivas, que Magdita Proaño, que una morenota imponente llamada Tarcila Merino, nacida a las faldas del Altar, pero radicada muchos años en la loma del Calvario, estaba enloqueciendo a muchos, y que no había audaces . . . a pesar de que andaba sola.

Capaz de buscar de nuevo la banda de músicos y seguir la silueta de Carmelita. ¿Carmelita? Sí, la hija de Porfirio Chiriboga, reina de la Fiesta hasta hace poco! Qué halo de chica, después de sus dieciocho años apenas cumplidos!

No quería irse la noche. Hubiera deseado el diablo mismo que rompiera la aurora por alguna parte. Como si la mañana hubiera sido suficiente para que asomara la justicia!

Abraham Rodríguez era el Comisario Nacional por la gracia de . . . su buena suerte y de su tradicional sistema de palanqueo.

- ¿Está en su despacho el Comisario?
- Y ¿qué se le ofrece?

- Nada. Que no sabe Ud. lo que pasa? En la casa de la maestra de escuela se ha cometido una pues, una violación.
- Se ha cometido, qué?
- Unos chullas de Riobamba en número de seis, han abusado de la maestra de Urabarrio, Lucrecia Velasco. Esto pide justicia al cielo, Sr. ¿En dónde estamos?

Y si le digo que el mismo Jefe Político es uno de ellos....

- ¿Dice Ud. la verdad?
- Todo el público está en llamas. Salga y oiga.
- ¿El Jefe Político? ¿Hasta el Jefe Político? --se repitió el tal Comisario, colgando el labio inferior, el único cogitabundo en un ente imbécil.-Esto quiere decir que ... yo no puedo hacer nada, nada, cuando la primera autoridad. Porque vamos a cuéntas ¿cómo procedería mi humilde persona? Con todo...

A poco irrumpieron a una, con la misma nefanda nueva, que pasaba de boca en boca:

Ya no cabían en el despacho de la Comisaría. Juraban maldecían, amenazaban, vociferaban pestes, exitando de mil modos al paciente y solariego Comisario de Policía.

- Pero, Sres, ¿qué puedo hacer?
 - ¿Qué puedo hacer? De modo que ... Ud. no lleva pantalones?
 - Lo que me incumbe es investigar a fondo, informarme bien, recibir declaraciones. Por lo pronto, el sumario.
 - ¡Qué sumario ni qué niño muerto! La captura, la inmediata detención....
 - Y ¿con qué pruebas? El sumario, vamos a ver ... Con la instrucción del sumario...
- Nada en dos platos.

Hasta muchos meses después ladraron los perros de la murmuración callejera contra la honra de la pobre maestra de Urabarrío. Decían todos que ella se habían brindado espontáneamente a todos por asegurarse en su puesto. Cuando mas bien el tabacazo, preliminarmente preparado por el Jefe Político, produjo el deseado objeto, en pago de su proceder sublime.

Y este Jefe Político fue el gentil hombre de la política acomodaticia, y poco más tarde, celebrado galeno, con fehacientes testimonios de haber recorrido Europa en un patatús de rápida especialización.



SOBRE LA PISTA

—Jacinto Villalobos, más pareces..... bámbaro —dijo el *maraco* Cerón, apretando los ijares de su caballito color de estopa. Entra no mas hasta el patio. ¿Tenés miedo a la gente?

—Yo no tengo miedo a nadie —respingió de mal grado el interlocutor. Lo que pasa es.....

—Aquí no pasa nada, sino que *donde* mi compadre Pozo....

—Pues vamos donde tu compadre Pozo.

En efecto, la casa que eligieron los amigos de a caballo era de Tarfilio Pozo, en donde bebían y bailaban como diez, unas dos leguas afuera de Tulcán, muy hacia el norte.

Desde todito el día habían pasado en estrecha camaradería unos cuantos, pidiendo medias botellas y sendos turnos de *hervidos*. Pues los hervidos de a real sabían a gloria los sábados, después de tenerlas con amigos y compadres en cien lugares diversos.

No sentaba otra cosa mejor que echarse encima una docena y media y pasar adelante. Y con el frio pungente que hacía y el camino todo a pie que tenían por comenzar. La carretera era nueva, apenas transitada de día por contrabandistas y *piscos* maleantes, que traían y llevaban en el bolsillo del pecho sucedidos de a varas, con más la infaltable *milagrosa* en toda correría y ocasión.

— ¡Hola, paisita, a tu salud! ¿que dice Ud. Restrepo?

— ¿Ud. sabe que me llamo Restrepo?

— Ni mas ni menos. hombre.

— ¿Faltaría verlo —repuso otro de por ahí, a primera vista,

bien rasurado, alto, antioqueño por la catadura y por el acento, a pesar de que se ocultaba, y todavía más el tonillo afectado de costumbre.

—No diga Ud. sino que lo conozco como haberlo parido. Ud.

—Basta, *pisco*, basta. Supóngase que me ha conocido hace un mes, y asunto concluído.

Comenzaron a trasegar con mayor avidez todos.

Villalobos y Cerón, como es natural, se incorporaron a los colombianos, porque colombianos auténticos eran los cuatro o cinco que estaban cambiándose heroicidades desde muy temprano.

A poco, los dos *pupos* —y muy que pupos— renunciando a sus cabalgaduras, intentaron proseguir su viaje a la plaza de Ipiales, tan pronto como dispusieran de la primera luna que les permitiera divisar el derrotero practicado en el descenso de una colinita.

Y en algún momento se lo dijeron al mentado Restrepo, que recién aportaba a suelo ecuatoriano:

—Vamos a concluir la más bien en Ipiales.

—Pero, ¿cómo se les pone que yo a estas horas...? Yo he venido desde el *Voladero* a pie, y así quiero llegar hasta Quito.

—¿Hasta Quito? Está Ud. loco, sin duda —asentó el maraco— ¡Quito! De aquí a Quito hay lo mismo que a Cali, y quizá un poco más.

Desaba ver qué cara ponía el desconocido, insistiendo en sacarle de la cantina de Pozo, pues que venía la noche, y el dueño y sus tres hijas cabeceaban simultáneamente.

Afuera caballerías y huéspedes mondaban a compás un sueño atrasado de semanas. Por el camino real pasaban no sé quienes nombrando al tal Pozo y a sus allegados, como si fuese su tienda la única, abocada al borde de la vía, en espera de puendos y pastuzos, anudados por la suerte en la misma empresa de tomar una misma dosis de resolución para poder burlar la vigilancia de los guardas de Rumichaca.

Con gran sorpresa de Restrepo, que se quedó a la postre solo, mirando su propia sombra, se destacó del rincón del cuarto, un sujeto grueso, patillado, terciada la ruana al hombro y con una fría desfachatez en la falda de su sombrero de paja cruda.

—Esto de quedarnos solos significa que tenemos entre manos un secreto.

—Yo no tengo secretos — replicó Restrepo, alargando la mano a la botella vacía respondona de la mesa.

—¿Dice Ud. que nó?

—Pero vamos a ver, demotre , quién es este otro?

—Bien que lo sabe Ud. Restrepo—replicó con desgaire provocador e irónico el de la patilla y de la alpargata bordada.— Como que yo acabo de saber una cosa de Ud.

—¿De mí?

—De alguien que está aquí con esta cara. Venga acá, paisita, venga acá.

—Como para qué, vamos a ver.

—No tenga recelo, acérquese. Yo soy colombiano también. ¿no lo sabía? Todos los puendos *chuchas* se han ido. Podríamos hacer cosa igual.

—Claro que podríamos.

—Pero a estas horas no valé la pena.... Acérquese, y venga a ver. Esto es muy curioso. Restrepo, caballero Restrepo.... si no lo viera con mis propios ojos....

—Y ¿qué ha visto Ud.?—inquirió avelado.

—Parece mentira. Como si lo hubieran dispuesto de antemano.

Restrepo iba despabilándose poco a poco.

Una mesa, cuajada de botellas vacías, platos, cacharos de barro, polvo de lustros atrás, vió o creyó ver, y ante todo, un gran espejo de cristal de roca, que ocupaba lugar relevante en medio d etanto cachivache, en el que se remiraba la generalidad sin querer.

—Restrepo, señor Restrepo, y esto qué es? Á fe de quien soy, yo no he visto nunca la cara del diablo.

El aludido, entre tanto, mirábase en el espejo con aguzada ansiedad, demudándosele el semblante. Las sombras de los dos únicos personajes se proyectaban agigantándose en la húmeda vastedad del cuarto, y también dialogaban a su modo.

Una racha de aire congelado mordía la juntura de la puerta entrecerrada apenas. Y el ladrido incisivo del único guardián del patio hacía pensar en alguna ultravisión horrible, de proporciones diminutas, pero precisas, reveladas en la faz cerúlea del malféfico espejo.

• —¿Y Ud. alcanza a ver algo?

—Sí, algo —concluyó Restrepo, por tener que decir.

—¡Qué barbaridad! Hasta el último detalle. Mire con detenimiento, con fijeza.

¿No le parece como preparado de antemano para nosotros, Ud. y yo?

—Y ¿por qué le parece?

—Pero, ¿no ve Ud. hasta los poros de su propio cuerpo?

El videnté puso el dedo sobre el cristal, en verdad empañado de rasgos y figuras movibles.

Restrepo, en vez de armarse de coraje, y ántes que de coraje, de curiosidad, experimentó una depresión de espíritu igual al miedo, pero un miedo cortante, imperioso y torpe. Y al ver el gesto del otro, que rayaba así mismo en pánico, fingió rehacerse totalmente.

—Ud. nadie me lo quita, Ud. está aquí en el espejo en cuerpo y alma.

—Conque yo.....

—Ud. que a estas horas tiene cuentas pendientes con la justicia. No me lo va a negar.

Restrepo apartó los ojos de los objetos, petrificado del todo.

—Me está tomando del pelo, doctor —asentó con simulada ironía.

—No hay tal. Vaya Ud. a equivocarse con esto... ¿No ve usted?

—Calle Ud. Rivera, por Dios —exclamó, dando un paso adelante, con el objeto de tomar el espejo en peso.

El otro se interpuso indignado:

—No señor ¡déjelo ahí!

—Es que...

—¡Déjelo en su puesto! Nadie le ha dicho que usted y no otro, está de cuerpo entero ahí, y jugando con el destino.

Y en realidad, que la superficie iba revelando toda la realidad de una escena tangible, aceleradamente trágica.

Un joven espaturraba a una mujer hermosísima contra el diván de la sala, puñal en mano. La víctima no pudo por menos que arrojarse de rodillas al suelo, y en esa actitud recibió la estocada mortal.

Repetición de un crimen ocurrido hace poco en Colombia, pero que se reproducía fielmente, indefectiblemente, con minuciosidad imprevista.

Por segunda vez Restrepo quiso lanzarse de bruces. Rivera entró en cólera progresiva, y apresuróse a declararlo:

—No me quedá un jerónimo de duda. Ud. es, Ud. mismo.

Los gritos entre uno y otro se multiplicaban, y había mucho para que una reyerta masculina rompiera de una vez con el estado de somnolencia de la habitación, abismada en su habitual soledad, desde el día de su nacimiento agreste.

Tarfilio Pozo se había puesto en pie, y como buen *papa*, a quien no le sienta tan bien un ligero desliz de extraños en su casa, empezó a idear un plan por su cuenta, entre restregarse los ojos y decir entre dientes:

—¡Sofía! ¡Sofí. i. i. i. ta á! y o. o. o. o. ra. Vay a ver que no tenemos ni un hervido. Calienta el agua de nuevo.

Después instruyó:

—“Los hechos se desprenden por sí solos. Claro está. Este tipo no es bueno. Para mí, con seguridad que ha cometido sin asco una y buena. Lo bonito sería que mi hija se entienda con los dos hasta que rompa el día, mientras yo. . . . Porque de aquí al pueblo no dista sino unas dos leguas. Y con el Gobernador D. Víctor Espíndola que no se pára en pelos”.

—Sofía! ; Sofi i.i.i. taá! Atiende a los señores. Lo que ellos pidan ; ya *sabés*.

Echó unos cuantos trozos de carbón en el brasero de barro, y tentandó con la punta del pie a su hija, salió con todo sigilo.

Ya le pareció que era la madrugada, cuando por el ombligo de la carretera empezó a distinguir voces, murmullos de gente que seguía a Ipiales como para reanudar actividades de feria.

Avivó el trote, y fue encontrando grupos de ocho, de doce, hasta de 15; con sus saquillos de sal al hombro, y un poco allá, de regreso del santuario de las Lajas, indios de Amaguaña, Alan-gasí y la Magdalena.

El Barrial, el Ejido Norte, la Rioja, la Ciudadela, es decir el Tulcán del porvenir, se dilataba sobre esplanadas extensas de verdura; todo un campamento poco o nada cultivado, pero de inocente placidez alpestre, ya como almohada del crepúsculo, ya como sudario del olvido.

II

Alfredo Restrepo era de Buga, como podía serlo de diez ciudades, porque de su mismo apellido existían ejemplares y renuevos en los departamentos de Cundinamarca y el Valle, y en la mismísima capital.

En Bogotá, y cuando apenas pensaba coronar sus estudios de jurisprudencia, dióse a pensar, en mala hora para él, en una clásica selección. En cierto día y a cierta hora, sintió que se desbordaba todo un raudal de dulzura sobre su alma. Aurora Munive Nieto, la Reina del estudiante, la que tuvo adoradores

y poetas en Colombia por cada mentón en flor y por cada hombre, dotado de la gracia de nacer allí, era una muchacha linajuda y de muchos quilatés de espiritualidad, para no inclinarse fácilmente al primero.

Había de ser un Restrepo y de los auténticos, quien pretendiera su mano, y de estos quienes, los fervorosos, audaces y mimados de la fortuna.

Acababa de asomarse a la colina de los dieciocho años, cuando eligió el suyo, siendo por mucho tiempo este matrimonio objeto del comentario febril y la envidia de muchos.

Salieron a Barranquilla. Surcaron el Magdalena. Buscaron Cali por una temporada corta. Escogieron Papayán y Buga, como lugares favoritos para medio año de inconsciente erranza: ella un poco inconforme y enfermiza en su nuevo estado.

Y no se dieron por satisfechos, sino que fueron divagando por los pueblecillos vecinos, pasando a perderse en la eterna orgía del Cauca, orgía de climas, de panoramas inalcanzables, de un cielo siempre joven y puro, de la poesía inagotable, indeterminada e inconfundible de esa venturosa comarca.

Casi cerca de un año la pareja no tuvo acomodo fijo, si bien adaptándose a la extraña costumbre de vivir al azar.

Pero acabaron por querer buscarse estabilidad, la soñada estabilidad campestre aquí o allá, pero de todos modos, lejos del ambiente ciudadano.

Los Restrepo podían vivir en cualquier reducto humilde o en un alcázar morisco. Un D. Cristóbal, su tío Rafael y tres hermanos mayores, recién llegados de Europa, poseían fincas a cual mas y mejor.

La mujer podía anidar en el más lejano, o en el mejor, provisto de suntuosidad, el de Alfredo, por ejemplo, situado a quince kilómetros al noreste de Buga. Era la "Calesa", residencia ideal de gente rica, porque el nombre convenía, mejor que a una hacienda, a toda una región a donde confluía la corriente racial de esa familia.

Aurora hacía frecuentes viajes a Bogotá. Nada había de particular, contando con la aquiescencia fácil de su esposo. Después se extendió el permiso al tiempo y a lo indefinido del tiempo.

Hasta que un día tal, Alfredo dió cabida en secreto a una conjetura. Los que algo sabían, dieron a decir que la cosa tuvo un origen muy singular. Estando a solas en su aposento y a punto de dormirse, escuchó un estampido insólito, una especie de mensaje exabrupto en pocas palabras:

—Tu mujer no juega limpio.

La voz —porque no fue una voz incisiva y pungente, como la que creen oír muchos entre dormidos y despiertos, sin que se sepa nunca el cómo y el dónde de su procedencia— le repitió, no sé ¿Oyó de cierto, entreoyó, le sugirió algún malvado. Nunca se detuvo a inquirirlo.

Le sobrecogió desde entonces toda la picazón de la sospecha en forma desesperada y cargante. Y la culpa la tenía él, que no puso reparos... que la endiosó sobremanera. Bien estaba cohibirla despacio, reduciendo su órbita de acción.

Aurora era de buen natural, inclinada a la piedad, y ejemplar en la práctica de las virtudes domésticas.

Por su belleza era excepcional. Llegaba a fascinar, a la vuelta de brevísimo tiempo.

En Popayán numerosos pretendientes forjaban planes inverosímiles. En Cali tuvo que salir de estampía, pretextando una grave indisposición.

Restrepo era sonámbulo desde niño, y tanto, que llegó a serle un problema árduo conjurar el mal por medios corrientes. De ahí que durante su estadía en la Universidad tuvo a su lado una sirviente de confianza.

Una noche salió de casa, combinando el propósito de buscar a su rival. Lo había visto al principio con su imaginación, des-

pués se acentuaron señales y lineamientos, y ya creía contar con los medios de ubicarlo en su propio sitio.

Otra noche. Y otras noches angustiosas del mes de agosto, cuando inaccesible a sus amigos, tuvo que huír por lugares excéntricos. ¿Acabaría por volverse loco? ¿No estaría mejor optar por el suicidio? ¿Iba a ceder un punto, después de tal o cual indicio? Y ¿que indicios eran aquellos?

A diario la interrogaba. A diario la violencia; por último, con requisitorias y amenazas. Por su parte él se sometía a pruebas risibles, como la de permanecer horas y horas oculto en su cuarto, con tal de ver u oler de cerca.

—Aurora, yo no te condeno. . . . Es que todavía no me atrevo a creer. Así y todo, nadie me quita de aquí la posibilidad de que en un momento de esos. . . .

Y juraba y rejuraba que no eran celos los suyos, ni los podía concebir un ser consciente. Solo que le habían dicho, sin omitir ni una coma. . . .

¿Estaba seguro de que lo habían dicho?

Oyó de súbito en el silencio tombal de la noche.

No es aventurado asegurar que a veces se oye. . . . lo que otro no alcanza a oír.

¡Tantos ecos perdidos en la inmensidad del aire, tantos efluvios vagos sin esfumarse en el transcurso de los siglos!

—Alfredo, tu mujer no juega limpio. . . . !

¿Conque ella, la que vivía siempre con Dios en el pecho? ¿Su Aurora Munive, en cuya fisonomía no se proyectaba la estela de un mal pensamiento? ¿Su Aurora que no conocía de frente ningún otro Alfredo como el suyo?

Hasta que cierto día, a eso de las diez de la noche, una sombra humana se deslizó por el ribazo de la cuadra. ¿Ilusión óptica, obsesión de un hombre irreductible a la crítica de los sentidos de los demás?

Esperó noche tras noche, acurrucado detrás de un árbol de moral perniquebrado, contiguo a la proximidad del camino. ¡Si

los cafetos de tres años tuvieran almal! Si los arbustos ociosos de la pared estuvieran dotados de malicia olfatoria! Pero ni sus dos perros "Brumel" y "Liliput!" . . .

Después, unas diez noche más. La figura deseada no aparecía ni por ensalmo, aún cuando él veía rasgos ciertos por varias partes, y oía respirar en el susurro nocturno, no bien movía el cefirillo intruso la pelusilla de las gramíneas y de las milpas rinconeras.

Alfredo ya no pudo contenerse entonces. De dos zancos estuvo en la alcoba de su mujer; encendió una cerilla, y no tuvo mas tiempo que lanzarse sobre ella con el arma en ristre. Fueron unos segundos, fue un grito filudo y tintineante, y el disparo de una interjección lanzada sobre el blanco, pero que nadie, ni el mismo Restrepo, hubiera podido indentificarlo.

Le pareció que eran dos bultos, resguardándose uno detrás de otro, y que ganaban a horcajadas la vórtice del vacío.

Pero de ahí no pasaba la inventiva absurda de su imaginación, porque, haciendo alto con una investigación paciente, nadie era capaz de burlar el sigilo de su casa.

Y, ¿si fuese verdad que en cualquier otro momento los desconocidos aquellos viniesen por la misma?

Ya estaba consumado todo. ¡qué importaba! A su modo de ver, la esposa culpable no merecía el perdón, pues, al agravante de ser hermosa sobre toda ponderación, se añadía el de nunca haber abierto la boca ni en su defensa.

Despacito iba surcando las anfractuosidades del éter la luna de agosto. Y hasta muy cerca había descendido, con el ánimo de meterse de rondón en el patio de la quinta. Y es que sufría tamaña equivocación. No era Efraín, el de "María" de Jorge Isacc, el personaje furtivo que se deslizaba a tientas por el sombrero de las tapias, sino Restrepo aledado, loco, a punto de volver el puñal contra sí. Hubiera sido mejor.

Por momentos fue cobrando lucidez, y entonces una como ruptura de sus sentidos contra su conciencia le perurgia a llorar a gritos.

También la luna enmendó su error, abandonando la esplánada del patio y colándose a la enramada esquivá del jardín.

Restrepo, a la final, salió a la tragadera turbia del camino, y empezó a correr sin tino. Más de un ciento de viviendas apretujadas a todo lo largo de dos kilómetros lo vieron pasar. Seguiría sorbiendo polvo a través de cinco, de diez ganjas florecientes: "La Bombilla", "Salafuera", "Pedregal", "Gatosucio" y "Congonomá" de Illescas y Camargos, Holguines y García Pinto, por más señas.

Le sorberían la pista, sin lugar a duda, y todavía, la misma sombra de su Aurora querida. ¿No sería mejor elegir una tierra muy cercana, por el departamento de Nariño, el primer pueblo del Ecuador, como quien no quiere la cosa?

III

"Restrepo, tu esposa no fue culpable. Lo que sucedió que su silencio, que su inexplicable silencio. . . . Nunca quiso abrir los labios, segura como estaba de que tu discreción sobrabá en casos dudosos como éste. Y en verdad, que tu discreción faltabá, por que a diario has dado frecuentes pruebas, hasta cuando te enfrentabas con tus encarnizados enemigos políticos.

Un marido cuerdo espera que los hechos se revelén por sí solos, ausculta despacio, inquiere en los pormenores, mide las consecuencias de una sospecha, formulada a la ligera, orienta a su imaginación. . . . y aún más, con las pruebas sobre la mesa, detiene el golpe, y todavía mejor, conviene en dar un cuarto de conversión, retirando para siempre la confianza a la mujer infiel sin volver por ella. . . . Pero tú. . . ."

Alfredo se vió impotente para acallarse. Porque era el eco de su conciencia, aquese grito persistente que le trepanaba sin

tregua. A veces oía deslizarse un leve forcejeo en las junturas de la puerta, o el saltito consabido del ratón por el piso cubierto de estera de la celda. De cualquier modo, hubiera querido confidenciarse con alguien, antes que estar oyendo la misma recriminación.

“El Ecuador no es tu patria. Y aunque no fuese sino por simples presunciones. . . . Fuera de que hay un cúmulo de pruebas, a cual mas flagrantes. . . . ¿De dónde han brotado tales pruebas? ¿Cómo crees que se ha descubierto la verdad?”

¡Iluso! te figuraste que contabas con personas de confianza. cuando te permitiste referirles circunstancias y particularidades ocultas. Porque tú, en el calor de una discusión, pusiste de manifiesto tu fogosidad de carácter. Y no paraste en ello. Acuérdate de ese tal Villalobos, a quien le colmaste de atenciones, en medio de frecuentes cigarrillos, franqueados después de cada trago de cerveza. . . .”

Por centésima vez sacó su reloj. Y volvió a repetir el paseíto de dos varas del preso engrillado y confeso. Y vueltas y vueltas y vueltas, como león confinado en su jaula y que no puede conspirar contra los gruesos barrotes, por mucho que sea un jayán de férrea musculatura.

Las ocho, y nada más que las ocho de la noche. Era el cuarto o quinto día de encierro. Estaba en Tulcán, una población apenas conocida en el norte de Colombia.

En Bogotá casi se ignoraba su existencia. En Bogotá no tienen una concepción clara de lo que ocurre en tal o cual reducto del sur. Y como él pertenecía a una clase social, por demás conocida en el gran mundo, y no abrigaba planes descabellados, como por ejemplo, salir de la capital con rumbo al Ecuador. ¿Cómo era Tulcán? ¿Como Cali, Manizales, Pasto?

Al principio preguntó con insistencia, y fue aquella noche cuando oyó hablar con pintoresca simpatía de esta pequeña ciudad ecuatoriana, apropiada del Carchi, ciudad de aguerridos

y de hombres fuertes, de legendaria altivez, de característica altivez, en medio de lo minúsculo de su territorio.

Pero los más estaban acordes en que, por cada individuo que cruzaba por sus calles apisonadas, limpias, se encontraba con un viejo canarrada, hospitalario, sencillo, un corazón sin dobleces, un alma abierta a la ternura.

Hubiera querido hacerse ver, explicarse, meterse en el criterio de la Autoridad. Por desgracia, fueron breves minutos, y a una avanzada hora de la noche, cuando lo empujaron en medio de dos policías, sin muchos trámites.

“En Colombia la justicia anda en zancos . . . ¿Comprendes? Ya puedes darte cuenta cuántos y cuáles te siguen de muy cerca. Ya tienen en su poder innumerables datos, los que pudieron entresacar de conjeturas, confrontación de fechas, careo de personas, presunciones reveladoras, atisbos de autoridades acuciosas a la menor ruptura del equilibrio social.”

“A estas horas la prensa local está empapándose hasta la saciedad. No hay día en que no aparezcan datos nuevos, como si tú estuvieras en Bogotá despertando el comentario de intuitivos y murmuradores. Algo muy grave acaba de suceder. No lo tomes a broma. Tu Aurorita tenía un perrito. No vayas a imaginarte que al animal la tragó la tierra, ni que no se dió cuenta cabal de todo. Apenas notó la desaparición total de su ama, buscóla con sus narices, aullando desesperadamente, yendo y viniendo, olizqueando en el vacío, hasta que fue a dar allá . . . Se detuvo en aquel sitio, empezó a gemir, y luego se dió a la tarea de escarbar con las patas. . . . Tal vez, a fuerza de clamar en el vacío, concibió la idea . . . Se han dado ejemplos elocuentes, se han multiplicado heroicidades de este jaez”.

De pronto, Restrepo dió un traspie, y cayó con un síncope brutal.

Si lanzó un grito, si fue un sollozo incoherente el que le crispaba la garganta, si juntó las manos en ademán de suplicar a

Dios, o si las tuvo todas consigo, después de una ligera conmoción nerviosa, no podríamos precisarlas.

El hecho es que, a eso de la madrugada, acurrucado como el "Liliput" de su Aurorita, se sintió acorralado de presentimientos crecientes, fuera de los que se levantaron como una marejada la antevíspera, hasta dar con él en el suelo.

La caída debía haber sido de bruces, porque en un triz estuvo de creer que lo habían apaleado. Sí, señor, bien podía haber ocurrido tal cosa, en el empeño desafortunado de comprobar plenamente el hecho.

¿Su extradición? Ni más ni menos, en vista de la denuncia hecha con pelos señales desde Tulcán al Prefecto Robledo, denuncia que produjo en Bogotá un efecto colosal.

"Comprende que no hay más remedio que... Por desgracia, te la han arrebatado del bolsillo, antes de arrojarte al calabozo. Vuelven por la centésima vez.

¿Serían capaces de ir hasta ese lugar? Son como diez kilómetros de trayecto desigual, y no lo sabía sino Saavedra. ¿Oyes? Saavedra. Pero Saavedra se dejará dividir en mil pedazos, así, en mil pedazos, como que te llamas Alfredo Restrepo....."

* *

*

...Las cosas habían ido sucediéndose con una pasmosa espontaneidad, a medida que la imaginación de Restrepo cabalgaba sobre ellas desde la cárcel de Tulcán.

Apenas salió de Bogotá, y fue la señora de Restrepo el objeto de la búsqueda, junto con el comentario de autoridades y particulares, nadie puso en duda de que fuese su esposo mismo el autor de tamaño atentado. Y fue el mismo público, conocedor de antecedentes y coincidencias, el que ayudó a la justicia. Aunque poco o nada se adelantaba, y había que cambiar procedimientos y adoptar varias actitudes. Hasta que una tarde

—¿Ud. asevera que la muerta?

—La muerta nó, sino el muchacho, confidente por mucho tiempo de Restrepo. Aún cuando no hace falta su confesión.

—¿También sonámbulo?

—Claro que sí. Y si no basta este medio, convengamos doctor, en que todavía tenemos el hilo en nuestra mano. Está en la conciencia de algunos que el perrito de la casa acaba de revelar el hecho.

El doctor Gómez Ríos, fiscal de la causa, se puso de pie, como perurgido fuertemente por detrás.

—Y ¡cómo! Porqué habría que comenzar por el muchacho.

—No señor. Pues voy a decirle a Ud. que el perrito me ha denunciado el crimen. Lo he seguido a una considerable distancia, en su camino de construcción del drama, y así es cómo ante varios se ha dado modos de llevarme como de la mano al sitio, en donde se supone (al menos me supongo yo con certeza) que existe el cuerpo del delito.

* * *

El abogado defensor de Restrepo, por su parte, confuso, inermemente, lanzaba miradas divergentes, y hacia arriba, implorando una solución al espacio. Alcanzó en su magín a completar la escena al pie del declive cuajado de malezas. No era un camino trillado, ni estaba muy lejos del llano fronterizo a una de las dehesas de la finca.

El asesino había tenido que vadear arroyos, trasponer la barrera apuesta de predios baldíos, separados por la garganta húmeda de una quebrada, seguir a filo de acequia en el espacio de pocas cuadras, y en cuclillas adosarse a una especie de túnel, encajonar allí el cadáver, y dejar caer a plomo el barranco sobre el hoyo.

Y fue el perro quien realizó toda la estratagema de la tragedia: obra de olfateo, lento, sinuoso, equívoco, de avance y retroceso, ya con la linterna sorda del hocico, ya con la borra de

la cola, a través de la pizarra de cartón del acaso, a veces acercándose al objetivo, otras describiendo óvalos, parábolas, serpentinatas, pero siempre con la intuición en la punta de las narices.

Cuatro gendarmes se pegaron a la sonda de su cola. Y a pocos pasos, y con la desconfianza, va a la vez, cierta forma de curiosidad, lucieron compañía al acucioso animal el Juez de Instrucción, el Sub-prefecto, dos mujeres allegadas a la familia y el señor Marino Rojas. Un oficial de Policía urbana debía iniciar la delantera. De acuerdo con la memoria olfativa del can, iría a esperarlo a un corto trecho, con un pedazo de algo, trazando un circuito imaginativo, a través del cual "Liliput" aceptaba o se resistía, oliendo el suelo, bajando y enarcando las orejas, al ritmo del presentimiento de exploradores y curiosos o de su ruda presunción.

En un momento dado, hizo alto, y aplicando con fijeza el hocico, dió unas cuantas vueltas, y luego, antes de dar aullidos, restregóse con la mitad del cuerpo. Dió un corto rodeo en torno de un determinado circuito, y empezó a remover cierta parte con las patas.

Las mujeres hicieron coro a la estupefacción general, dando un alarido unísono.

—¡Conque por aquí! . . . por aquí! ¡Quién lo hubiera soñado siquiera! ¡Malvado! ¡cien veces malvado! Y con la mujer más santa de Bogotá!

—Clorinda, ¿qué te parece. Aquí no veo sino el dedo de Dios. "Liliput", ven acá. ¡Cógelo tú, hijita, para besarlo. Con razón, en Europa los encierran en mausoleos de mármol después de muertos.

El Juez de Instrucción le pasó la mano por el lomo lustroso, en ademán de querer alisarles las pestañas y las anteojerías amarillas.

Sin embargo, movió la cabeza dubitativamente y dijo:

—Ahí donde ven ustedes, ni hemos comenzado. A lo más se han ratificado sospechas, enderezando el trabajo de investiga-

ción. La ruta es ésta, claro, pero ¿quién nos dirá, con todas sus letras el nombre y el apellido del actor? . . . ¿Y los testigos? ¿Y otras pruebas más palmarias? ¿Y la ratificación de estas pruebas y otros testimonios personales en el decurso del proceso?

Dejaron el sitio, por lo pronto, con la consigna de practicar la consabida excavación.

Y llegó el momento de que el cadáver testificara el hecho en su deformidad, por haberse descubierto indicios, señales, rasgos incontestables. Los jueces querían acumular testimonios fehacientes y el ineludible comparecimiento del victimario. Acudieron entonces al muchacho, por sí pudiera desprenderse alguna otra ráfaga de conocimiento.

¿Ven hasta muy lejos los sonámbulos? ¿Pueden constatar hechos o sucedidos, con solo el medio ultrasensible de que disponen? ¿Hasta qué grado de evidencia puede aceptarse lo que barruntan en las nebulosidades del sueño?

Claudio Corrales, el mentado muchacho de la casa, no quiso someterse a ningún interrogatorio. Y aunque su videncia poco menos que inaceptable, andaba de boca en boca, nadie se vió en el caso de servirse de ella, en medio de la ofuscada gestión de continuar en la búsqueda de medios diversos, expurgando incidentes, desmenuzando probabilidades.

Se hizo proverbial la ansiedad de obtener el testimonio definitivo del sonámbulo, bajo la ingerencia científica de dos centros de investigación psicológica, o de algún operador espiritista, de los muchos que abundan en la capital colombiana.

Pero nadie se decidió por tales pruebas, sencillamente porque esperaban algo muy concreto. Y si lo esperaban de un momento a otro, no juzgaron discreto divulgarlo así no más.

¿Vendrían datos de Tulcán? Precisamente de allí, y con el veredicto informativo del Gobernador de la Provincia, quien se pronunciaba el primero por efectuar la extradición del preso.

De ningún pueblecillo emigraba tanta gente a Guayaquil como del más zahareño y cristiano, que demora hacia el O. de esta villa de Ambato. Puede haber exageración en esto de la erranza y emigración, así como, en aquéllo de creer que sólo en un país de infieles se vive mejor y sin el peligro de que a uno le caiga sobre la cabeza la sentencia de morir apedreado o arrastrado como un perro.

Pues no se necesita el auxilio de Estadística alguna para demostrar el trasplante de lugareños hacia un medio más hospitalario como Guayaquil, en donde hasta, hace poco, los buscavidas de aquende y allende el Litoral se encontraron con el vellocino de oro en las calles del puerto, cuando no era algún rey Simbad que les invitaba para un viaje ilusorio a la ciudad de Jauja, sin mayores apuros y a poca costa.

Guayaquil, la Bagdad del Ecuador, se ha portado como una madre con tanto hijo pródigo de la Sierra; allí han hallado carta de naturalización indios y cholos hasta llegar al señorío; allí se han improvisado riquezas, con sólo soplar en la vejiguilla de la suerte, especie de hidroplano que viaja por mares y ríos y aterriza sobre el misterio lontano de las playas; allí se han quedado en eterna espera los ambiciosos de fortuna y porvenir, desde los ochos años, que abandonaron su chozil de carrizo.

Sólo a Guaitara se le ocurrió volver a su pueblo natal, a su casa tan evocada por él en cuatro lustros de ausencia, en donde

todavía contaba con su madre anciana y con ese alguien —vecinos o conocidos— que le escribía de cuando en cuando.

Algún día me verán allí— exclamaba— hecho todo un hombre.

Y al decir esto, apretaba los puños febrilmente, engolfándose con la idea de alguna hombrada o temeridad, que pudiera llevar a cabo, llegado el caso. Porque se las daba de valiente y “entrador”. Ante él nadie se le ponía delante. Cuando manejó el machete en las haciendas de caña, aprendió mucho ese arte maravilloso del ataque y del “quite” en medio de lances oportunos. Y sobre todo, pocos como él en eso del puñetazo y el puntapié. Se había adiestrado en la “sabana”, en el muelle, en continuas trifulcas con los de su “jorga” los días sábados, bebiendo chicha peruana, luchando con los marinos, con los canoeros del Morro, de Estero de Boca, provocadores, destripaterrones por una hilacha.

—Guáitara, ¿cuándo piensas marcharte? —le preguntaban, a veces en serio.

—D. Angel, ¿cuando nos da con la ausencia?—le inquiría alguna amiga del barrio de la Tahona.

—No se apure tanto. Ud. sabe lo que son en nuestra tierra. Cuando no se les lleva algo, le vuelven a uno las espaldas. Si quiera un pañuelito de nariz... Cuando menos se piensa, saltan por ahí compadres y comadres y “dónde te pondré santo”, amigo, si le notan con el bolsillo lleno....

El hombre, que estaba en el plano de su orgullo juvenil, y en verdad se había distinguido a su modo en lances de amor y de sangre, pensaba en todo esto.

Ciertamente que los tiempos habían cambiado mucho, para creerle dueño de medio Guayaquil.

Quince años, más o menos, desde antes del famoso incendio de 1896, que transformó el destino de unos cuantos benditos.

Después de un tiempo así, habrían de verlo los del pueblo de pies a cabeza, habían de percatarse cómo había venido y de qué cojeaba, si es que llegaba cojo. Allí estaba la dificultad.

Según el sentir general, el que conocía Guayaquil debía regresar como un Creso; dejaba su Banco a la deriva, y su hacienda quedaba allá por el río Daule o Tenguel, estando en el deber de repartir regalos y efluvios de salud a chicos y grandes.

Guáitara se puso primero a revisar su baúl. No estaba bien equipado, por lo visto. Dos ternitos de cáñamo y un pantaloncito de angola, unos zapatos "chagrín" amarillo, de más de medio uso y un sombrero de mocora, de un colorcito así como así de feo y pare de contar. Doscientos suéres en plata, apenas le alcanzarían para el viaje por tierra hasta llegar al pueblo con algunos quebrantos; pero, ¿quién le decía que iba a salir con bien en el trayecto, en ese largo trayecto, a través del páramo?

Ni una cobija, ni una colcha de dos suéres, ni siquiera una bufanda de franela. Con todo, se determinó. Iba a cambiar de clima, y ver si se salvaba del tercer período; pues que casi desde que salió de Bodegas apenas probó bocado. Sintióse mal y mal, sin saber que debía ser así, dado el estado de los caminos, la condición de la caminata, y por qué no decirlo, la debilidad de sus pobres pulmones. ¡Perdido sin remedio! De ahí que los médicos le aconsejaran lo más prudente en tales casos. . . . Quizá significaba más bien que sus días estaban contados.

En su casa se encomendaban a Dios todos los días, y nada llovía para su pobre madre. Así había vivido siempre. Le cayó por sorpresa su hijo y se creyó que resucitaba. Venía de Guayaquil, después de haberla halagado con unas tristes cartas, y con más que se habían hecho lenguas de él sus paisanos.

A poco resurgió su desaliento viéndolo entrar en un borriquín, demacrado, débil. Y por contera, con su cortejo de familia atrás. Eran cinco, por decir poco. ¿Y el consabido baúl, y el gran cargamento de preciosidades y fruslerías baratas para contentar a los suyos?

¡Otra vez la miseria en ese traje y a la luz del sol!

* * *

La población toda se encendió con la nueva de que un "guayaco" había llegado con el "mal de Bodegas". Querían conocerlo de cerca, tratarlo, oírlo y saber a ciencia cierta qué vida llevaba y cómo andaba de medios. Esto en primer lugar, porque era más allá de cosa averiguada que el que había pisado un centro como Guayaquil, era un mal hombre. Por lo regular, allí se pervertían hasta los hígados, y los ángeles mismos perdían su pureza celestial. Pues había que verlo.

Guáitara, guarecido en el chozín de su madre, no pudo impedir la invasión inusitada de curiosos. Presa de una fiebre palúdica y con los síntomas amenazantes de la tisis, se revolvía en su lecho, dado a los mil demonios. ¿Qué querían de él? ¿Venían en su ayuda con medicamentos y consuelo, por ventura? ¿Por qué se afanaban tanto en penetrar en su pobre aposento? Es que no era una cuestión baladí el secreto descubierto por esos días. Guáitara era masón; el cholo Guáitara era un hereje de lomo y lomo. Nunca oía misa y dizqué se pirraba por comerse santos y curas con la mayor sangre fría.

Pocos dudaban de aseveración semejante. Quizá este malvado era algo más. ¡Cuántos se han visto en tierra extraña obligados a realizar pactos irrompibles con sectas y sociedades secretas, a cambio de la nonada de un empleo o algo en metálico! El asunto se prestaba para una seria inquisición, sin cavilar mucho. Era la época más propicia de servir a Dios matando al diablo en persona. Por aquel año de 1902 se elevaban plegarias y rogativas al cielo, pidiendo la destrucción del Liberalismo. Se acababa el mundo, sin duda, y el Antecristo se paseaba por el Ecuador, implantando iniquidades tamañas, como el matrimonio civil, el divorcio y la secularización de cementerios.

¡Qué horror! Así que ¿se había de sepultar en sagrado a herejes, suicidas, concediéndoles un palmo de tierra a los enemigos de la Religión?

En el pueblo aquel se alborotaba el cotarro por saber quién era este Guáitara llegado de Guayaquil. No había réplica. Era

el demonio el tal físico incurable. Y tanto que no se le vió en la Iglesia ni los domingos. ¿Querría al menos confesarle el muy menguado, si se daba como cierto su gravedad de salud? Con este imperativo categórico se llegaron al enfermo unos cuantos. Vieron que se debatía con una calentura máxima, con esa exasperación horrible retratada en el rostro. Se conocía que el individuo estaba atenaceado por doquier y que le devoraba una sed intensa. Al ver a los desconocidos, apretándose junto a su camastro de jerga, se figuró verse acometido de súbito. ¿Venían a ahorcarle, por ventura? Lanzó un grito de espanto, intentando escaparse del lecho. Le calmaron con palabras melosas los intrusos.

—Me muero, señores— explicó Guáitara suplicante— ¡por caridad, déjenme tranquilo!

—No es cosa de pasarlo en silencio —replicaron— En un país católico como éste no hemos de permitir que un hereje.... ¿?

—Habrán venido para esto y nada más? repitió para sí sorprendido.

—Nos precisa saber quién eres.

—Pues, un hombre como....

—No hay tal.... Eres un masón.

—¿Masón? Yo, un masón? Soy un pobre trabajador, y nada más. Nada tengo que hacer con los señores masones. Mi insignificancia personal, mis medios de vida no me han permitido....

—¡Mientes, bandido, mientes! Te han visto llevar no sé qué medalla o escarapela al pecho.

El paciente hizo por incorporarse, demudado de ira y se descubrió el pecho. La mugrienta camiseta quedó dividida en jirones.

—Y si nó, ¿por qué no llamas al confesor?, ¿qué esperas?

—En este estado....

—¿Qué dices? ¿Te niegas a ello? Bien dijo el señor Cura.

.....

LA BIBLIOTECA

—Me estoy muriendo de sed . . . me abrasa la fiebre, carezco de todo, y me vienen con que el señor Cura . . . ! Hombres sin corazón! Quise creer que me hallaba . . . ¡Dios mío!

—Vamos por el señor Cura. Se probará hoy día mismo si éste es cristiano como nosotros.

Y se encaminaron, en efecto, por el siervo de Dios.

Guátara se revolvía como un precito en el suelo. La fiebre le calcinaba sin tregua. Parecía que poco a poco le subía la temperatura y que le golpeaban por dentro el corazón, los riñones y los hígados. Y a fuerza de llorar y desesperarse, de clamar a su pobre vieja y a su mujer, perdió la noción de sí mismo.

Cuando llegó el Cura, lo hallaron debajo de la cama acurrucado como un batracio. Lo sacaron soezmente de allí. El infeliz forcejeaba en los brazos de los crueles devotos, que le ponían delante un cuadro de cierto táumaturgo.

—Un momento— gritó su mujer— Si es que no se da cuenta de nadie . . . Que se reponga del síncope siquiera . . . ! ¡Pobrecito!

—¡Si supieran lo que ha sufrido con la enfermedad —susurró la madre— Ha vomitado las entrañas . . .

—Por lo mismo, debe arreglar su alma— dijo el Cura—. Que se encomiende ahora que todavía hay tiempo.

Y se le fue acercando con el crucifijo:

—Hijo mío, hijo mío!

—Nó, nó— protestó el enfermo alzando las manos temblorosas. Pero . . . ¿quién es Ud? Si no estoy loco, si no estoy condenado.

—Confíesate.

—No estoy loco! No soy hereje! Agua! dénme una gota de agua!

—Blasfema el hereje —prorrumpieron desde afuera —no acepta ni a Jesucristo. Es un renegado . . . ¡Es el diablo!

—Por Dios, señor Curita —gimoteó la madre! —veamos si le baja la fiebre. No es que él sea un hereje. Pero que nos dejen sólo. ¡Con tanta gente!

—Es un hereje, ni más ni menos— gritaron con más crudeza. En nuestro pueblo no, no permitiremos semejante escándalo. Razón para tantas heladas. Las calamidades públicas no cesan, señor Cura, por éstos....

El Cura, viendo que el enfermo, en vez de volver el rostro al Crucificado, se insuflaba de ira, de intensa bravura salvaje y enseñaba las espaldas, buscando el rincón de su lecho, en donde estaba de nuevo, le increpó en alta voz:

—Dicen bien, es un hereje. No quiere arrepentirse.

Y de nuevo se acercó con la sagrada enseña.

—Déjeme usted un instante. ¡No puedo!

—¡Es imposible! No quieres? ¿Rechazas la gracia, miserable?

—¿Qué mal le hice yo, señor, para que me trate así? No puedo ni moverme y me martirizan todos.

—¡Arrepiéntete! ¡Vuelve la cara!

—¡Un médico señor! Una tizana, por caridad!

De entre el grupo surgió el que decía llamarse Teniente Político. Era un sujeto alto, duro de facciones, valentón, atrabiliario y soez con los indios y mestizos morosos, una pasta de azúcar con el párroco; marido y amante de las cholas "holsiconas". Añádase que el hombre había nacido para ese cargo, pues lo ocupaba por quinta vez. De modo que nadie lo conocía por su nombre de pila. De chico a grande le apodaban con el remoquete oficial. "Comisario". Y era de significativa sonoridad en el reducto rural, en donde hasta el día perdura la costumbre, la infatigable costumbre de arraigarse en juzgados civiles y tenencias políticas, a fuerza de ofrecer holocaustos desde gobernador para abajo, con la adhehala de la humillación, del sumerceo y del achicamiento del chagra fuera de su centro, en pleno ambiente provincial.

Pues este personaje de campanillas, llamado "el comisario", se lanzó contra el hereje en defensa de Dios.

—Si no te confiesas, inmediatamente, yo tomaré mis medidas.

Y le cogió por el brazo descarnado.

Preguntó el tísico:

—¿Quiere matarme, entonces?

—¡Escandaloso, puerco!— devolvió "el Comisario", herido en lo vivo con lo inusitado del tuteo.

Guáitara abrió entonces sus ojos sin fijeza, encandilados por la fiebre. Hizo un esfuerzo supremo de visión frente a la catadura autoritaria del contendor. Y se sacudió de él con desusada violencia.

—A tí te digo, que has faltado al señor Cura! Recalcó el primero.

—¿Con que así se obliga a un hombre indefenso? Me ven en este estado, ¡bah! Yo con mis fuerzas....!

—Terminemos de una vez—gruñó el tal "Comisario", asién-dolo al enfermo, que hacía por cubrirse el cuerpo con un pedazo de frazada..

—Señor, no me trate Ud. así. Estoy en mi casa.

En efecto, Guáitara se quedaba en cueros, despojado del guíñapo de frazada; sin embargo, se encabritó por un momento, en medio de su impotencia espectral, y clavando una mirada en su atacante, le lanzó un salivazo en la cara:

—¡Cobarde abusas de mi estado y de mi desgracia! Si pudiera disponer de mis puños...!

No necesitaron de más los de la chuzma: de golpe pusieron las manos sobre el temblequeante tísico y a empujones y estrujones le sacaron afuera. Por ahí apareció la madre.

—Y ¿qué le van hacer! ¡Hijo, hijito de mi alma! ¡Auxilio! se lo llevan como a un animal!

—Es mi marido! ¡Angel! ¡Angel y ¿qué has hecho para que te conduzca así?

Endurecidos, rellenos de insólita animadversión, se iban juntando muchos individuos por los contornos de las lomas.

Hombres del pueblo, lugareños embaídos en los preparativos de las fiestas de Semana Santa. Como que una inmensa clarinada de odio trepanara los aires y armara los elementos; como que se había cometido algún crimen de lesa humanidad por un aborto del planeta.

—¡Qué lo maten!— asintieron todos, aumentándose en número y variedad de rostros y visajes...

—Hay que ahorcarlo como a un perro... Estos traen las desgracias a pueblos ejemplares como...

Momentos antes se había refocilado la animación sencilla de curiosos romerós en el pueblo.

Por las calles agrestes y silenciosas se destacaban miriadas de séres con la sonrisa festival en feliz encuentro con el entusiasmo. Habían concurrido a la procesión nocturna antes de que se llenaran las posadas. Prometía ese miércoles estar muy sotemme. Los priostes eran personotas y gastaban sin medida. ¡Cómo sería aquello, cuando acudían tantos forasteros, con ese subido despejo social, que sorprendía a los timoratos! No constituía una falta grave darle campo libre al buen humor y al desgaire, con un tiempo invernal, que no permitía un encierro absoluto; luego pues había que medirse en todo,...

En la plaza se cernían gentes despaciosamente en un ajeteo, a modo de feria. Por los rincones y dinteles de piedra de las tiendas se barruntabann grupos de sentados y en cuclillas. Los aldeanos nuestros se parecen a los beduinos en su trata de cosas terrestres. Sentados o acurrucados en un hoyo o en un barranco, arreglan sus negocios hueros, como que están solo de paso o que la piara sigue muy adelante.

Una mancha de sol caía sobre el oterillo en donde se sentaba el chozo del hereje. Y no es que anoheciera aún, siendo como las seis de la tarde. Las campanas de la iglesia estaban sobre aviso. Era la hora de llamar al último día de Ejercicios. Pocas conciencias, quedaban por depurarse con el arrepeni-

miento; aunque los rostros estuvieran impregnados de polvo. Un viento del Sahara tremolinaba durante varios días, hasta estremecer el vidrio azogado del horizonte, que mira hacia Ambato.

Con semejante flagelo la apachurrada vegetación semejaba un campamento devastado, y los arbolados parecían crispase como comprimidos en su mismo sitio.

De ahí las asiduas reflexiones acerca de los castigos divinos que descendían sobre la tierra por culpa de los malos. Y ¡qué decir entonces de un "hereje" empedernido y brutal como Guaitara!

Había provocado a Dios y sus fieles servidores! Se rebelaba contra los que querían mirar por su alma. Y lo peor de lo peor que atentó contra la primera autoridad de un salivazo...!

Angel Guaitara pues, fué atraillado como una fiera indómita por sobre las súplicas de la madre y de su mujer.

Más de dos sayones rompieron la marcha con el hombre, llevado por el suelo, y que se quejaba y ahullaba de dolor. Eran muchísimos en número, y sumándose a ellos los que salían de aquí y allá. Novedad y tragedia, ahinco de tomar parte y comezon de saber a dónde irían y qué harían a la postre.

Se dispusieron para una regular subida de algunas cuadras. Los ladridos de los perros, el barrullo de muchachos y mirones en torno de la víctima, y los quejidos angustiosos de ésta, ofuscaban el silencio de la hora.

Había oscurecido del todo, y a tientas tomaron el camino de la toma de "Pucará". Sin el menor embozo de ternura, sin ningún atisbo de humanidad, oyendo y contando latido a latido los estertores del victimado, siguieron por la cimera aquella, hasta dar con una esplanada, atiborrada de arena y espinares.

Más allá desembocaban acequias y caminos en una gran quebrada. Había que atravesarla, aunque fuese más largo el viaje, por no decir onimoso, criminal y abominable. Se iba apagando la protesta de la vida, el dominio doloroso de la que-

ja. Y alguien vió, y quizá vieron muchos, cómo se iba quedando en fragmentos el hombre entre las espeluncas y espinares de la vía. Y así descoyuntado, mal trecho, tundido y mutilado, salvó ese cuerpo en el antro de la quebrada. Los verdugos, hábiles ejecutores en casos como éste, derrumbaron el barranco, con el que lo cubrieron, por toda sepultura....

Pasaron los años. Tal cual vez teníamos que cruzar ese como desfiladero de pastores llamado "Quilloguayco". Los transeúntes se hacían cruces al atravesarlo, aún a la luz meridiana. Al fin, se divisó una cruz de ramas sobre el túmulo arenisco, adosado al boquerón, que las aguas de lluvia, y regadío iban royendo poco a poco. Nos tocó también pasar por ahí, temblando de pies a cabeza. Y como es natural, las consejas brotaban en generación espontánea de boca de ingeniosos y locuaces.

Mi madre la más creyente, la única que rezaba por el "hereje". Decía que el pobre Guaítara fue un mártir y por ende, que no merecía el infierno. Lo encomendaba al Señor, por infeliz, y luego por que no le dieron tiempo de protestar, ni de hacerse oír.

—Es cosa muy grave, me decía — concitar el odio de un pueblo—. Pero, ¡Dios me perdone! eso clama la ira del cielo.

Diez años después ocurrió en Quito una tragedia igual, con los siete ajusticiados personajes del imborrable y nefando 28 de Enero de 1912, ante la estupefacción de un mundo....!



INDICE

	<u>Página</u>
Tierra de Lobos	5
La Vigésima o la Trigésima	45
Antes y después del éxodo	63
Leviatán	87
Las pasionarias de Sor Teresa	127
A cara o cruz	145
Buscapiés	189
Ña Laurita	209
La maestra de Guano	229
Sobre la pista	251
El hereje Guáitara	271
